¿CÓMO CONSEGUIR UN AMANTE?





DESCÚBRELO EN ESTAS HISTORIAS

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
E-pack Bianca, n.º 431 - enero 2026

I.S.B.N.: 979-13-7017-270-1

Índice

Créditos
Unidos por un error
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Si te ha gustado este libro…

Una noche en Venecia
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…


BIANCA™
HARLEQUIN
ABBY
GREEN
UNIDOS POR UN ERROR

Portadilla

BIANCA™

ABBY GREEN

UNIDOS POR UN ERROR

HARLEQUIN™

Prólogo

Tara Simons miró a su querida hermana pequeña e intentó refrenar su pánico.

–Mary, vuelve a contarme lo que ha pasado.

Los labios de su hermana temblaron de forma agorera, pero dijo:

–¿Podrías no ponerte las manos en las caderas? Me intimida.

Tara le dedicó una sonrisa tranquilizadora, apartó las manos de las caderas y las levantó.

–¿Mejor ahora?

Mary asintió. Estaba pálida, con sus ojos azules muy abiertos. Tara se acordó de un día de diez años atrás, cuando estaban juntas frente a la tumba de sus padres. Mary solo tenía trece años por entonces y, como ella tenía dieciséis y era la mayor de todos, se convirtió súbitamente en la matriarca de sus cuatro hermanos.

Pero el problema de ese momento no tenía nada que ver con el pasado.

Ya estaba a punto de volver a ponerse las manos en las caderas cuando Mary desembuchó por fin:

–Tus óvulos, los que congelaste hace dos años. Cometieron un error, y los usaron para crear un embrión con el esperma de un cliente.

Tara notó que las piernas le fallaban. Afortunadamente, había una silla detrás de ella y, tras sentarse, asimiló lo que acababa de oír y miró a su hermana, que era enfermera en la clínica de fertilidad.

–Sí, bueno, pero no significa necesariamente que…

Tara no terminó la frase. La expresión de su hermana la detuvo en seco.

–Lo siento mucho, Tara. Sé que congelaste los óvulos porque, después de criarnos a todos, querías ser independiente, trabajar y

poder elegir el momento adecuado para ser madre. Pero ahora…

–¿Ahora qué? –preguntó aterrada.

Mary tragó saliva.

–Uno de los embriones era viable. Se lo implantaron con éxito a una madre de alquiler, aquí, en Dublín. Pero regresó a los Estados Unidos para dar a luz… y por el cliente. Es un hombre.

–Un hombre –repitió Tara como un loro.

Mary asintió. Tara sacudió la cabeza, intentando comprender las implicaciones del asunto.

–Pero ¿cómo…? ¿Por qué? ¿Dónde…?

–Me acabo de enterar. Iba a extraer óvulos para otro cliente cuando he visto que había pasado algo con los tuyos. Lo siento mucho, Tara.

–¿Qué me estás intentando decir? ¿Que hay un bebé mío por ahí?

Su hermana asintió con tristeza, más pálida que antes. Tara se levantó con tanta brusquedad que la silla de la cocina se cayó.

–¿Me estás diciendo que hay un hombre que tiene un bebé de mi sangre?

El hecho de que siguiera siendo virgen y hubiera tenido un niño con un desconocido al que ni siquiera había tocado le pareció histéricamente divertido. Pero solo durante unos instantes, hasta que el pánico regresó.

Agarró a su hermana del brazo y la levantó de la silla.

–Ay… Me estás haciendo daño, Tara.

Tara no le hizo caso. Tiró de ella, la sacó de la casa y la llevó al destartalado coche familiar.

–¿Adónde vamos? –preguntó nerviosamente Mary.

Su decisión de congelar óvulos había sido impulsiva. Lo había hecho por asegurarse de que podría tener hijos si llegaba a desearlo, y no lo deseaba en absoluto, porque acababa de recuperar su independencia. Sin embargo, no soportaba la idea de que un hijo suyo estuviera por ahí, en alguna parte, sin ella.

Tara miró de nuevo a su hermana.

–A la clínica. Vas a averiguar la identidad del hombre que tiene a mi hijo.

Capítulo 1

Dionysios Dimitriou escudriñó la abarrotada sala, donde se había dado cita la flor y nata de la sociedad ateniense. Era un acto benéfico de carácter anual; un baile de máscaras que se celebraba en un mansión con impresionantes vistas de Atenas.

Al otro lado de los abiertos balcones, que daban a unos preciosos jardines, el crepúsculo daba paso a la noche. Los faroles del exterior proyectaban una luz dorada sobre la multitud. Y al fondo, sobre una colina, se veía la iluminada Acrópolis.

Dion siempre se sentía orgulloso en ese tipo de ocasiones, por todo lo que había conseguido con su propio esfuerzo.

Su mirada pasó por magnates, multimillonarios, políticos y, por supuesto, hermosas mujeres. Todas eran a cual más atractiva, pero ninguna le decía nada. No le interesaban en absoluto, aunque eso no le sorprendió: en los últimos meses, sus prioridades vitales habían cambiado drásticamente.

Su teléfono móvil vibró en el bolsillo interior de la chaqueta. Lo sacó y echó un vistazo. Era un mensaje de su niñera, Elena. Decía así:

Nicolau se ha dormido. Mi sustituta llegará pronto. Nos vemos mañana.

Ese era el motivo de que sus prioridades hubieran cambiado: su hijo, al que había adoptado seis meses antes.

Dion tenía miedo de admitir que aún no sentía ninguna conexión con el bebé, aunque los médicos y los expertos le habían asegurado que era una situación normal. A veces, los padres tardaban en

establecer un vínculo con sus hijos y, por otra parte, él no tenía experiencia en ese tipo de cosas.

Ser padre era lo más espontáneo que había hecho en su vida. Se había sentido obligado a ello por la creciente sensación de que sus logros no tenían ningún sentido si no los podía compartir con nadie. Se había dado cuenta de que necesitaba tener a alguien en su vida, y no quería una amante a largo plazo, ni mucho menos una esposa.

Quería un hijo, un hijo al que pudiera ofrecer una educación mejor que la que él había tenido. Un hijo que pudiera heredar la fortuna que había acumulado, y que no paraba de aumentar. Un hijo que nunca se encontraría en la situación que él había tenido que sufrir: lo que le había hecho su propia madre, quien lo había despreciado porque estaba saliendo con un millonario que tenía su propia familia.

Aquello lo había marcado de tal manera que nunca había vuelto a confiar en las mujeres. ¿Cómo iba a confiar, después de semejante trauma? Lo había abandonado la mujer que tendría que haberlo querido más.

Casi habían pasado dos años desde que Dion había seleccionado un par de clínicas de fertilidad europeas, a las que había dado su esperma para poder tener el hijo que deseaba. Al final, una clínica irlandesa había conseguido un embrión viable, que luego habían implantado en una madre de alquiler.

Y ahora tenía un bebé, Nikolau Dimitriou.

Solo faltaba una cosa: el amor.

Sin embargo, el amor no lo había ayudado a llegar tan alto. Su éxito se debía a la rabia, el dolor, la determinación y las ganas de triunfar. Además, su hijo tendría cosas bastante mejores que el amor: seguridad, respeto, apoyo y un padre. No necesitaba una madre. Su propio ejemplo lo demostraba, porque había salido adelante sin la suya.

Apartó la vista del teléfono y volvió a mirar a la gente. Una mujer avanzaba entre la multitud con la evidente intención de hablar con él. Era una antigua amante, con la que no tenía ninguna intención de volver a estar.

Dion giró sobre sus talones y se dirigió al otro lado de la sala. Las mesas estaban cargadas de comida y bebida, empezando por un

sinfín de copas de champán. Los camareros, vestidos de blanco y negro, caminaban ágilmente entre los invitados. Una banda de *jazz* tocaba en un rincón.

No podía negar que los anfitriones habían hecho un magnífico trabajo. Leo Parnassus y su esposa, Angel, se superaban a sí mismos todos los años. Y, tratándose de Atenas, eso no era tan sencillo.

Mientras lo pensaba, algo llamó su atención; o, más bien, alguien.

Ni siquiera supo por qué le interesaba tanto la pelirroja mujer que estaba junto a una de las mesas del bufé. Pero, fuera lo que fuera, se apoyó en una de las columnas de mármol del gigantesco salón de baile y se dedicó a observarla.

Era alta. Llevaba un vestido de raso, de color verde oscuro, con dos piezas que se cruzaban bajo sus pechos y pasaban sobre su abdomen antes de dar paso a unas capas de seda y tul que llegaban hasta el suelo.

Su piel era extremadamente pálida, y Dion podía ver sus pecas incluso estando tan lejos de ella como estaba. ¿Sería eso lo que había llamado su atención? Al fin y al cabo, la mayoría de los presentes lucían cutis morenos, que hablaban de carísimas vacaciones en lugares exóticos y exclusivos salones de belleza.

Fuera quien fuera, no encajaba con los demás. Y tras fijarse un momento en la máscara que llevaba, del mismo color que el vestido, deseó acercarse, verle la cara y, curiosamente, acariciarle la piel.

De repente, volvía a estar interesado en las mujeres.

Justo entonces, ella tomó algo de un plato y se lo llevó a la boca. Dion vio entonces su perfil, de nariz recta, mandíbula delicada y labios apetitosos. Y un segundo después, tras morder lo que parecía ser un langostino, puso cara de asco, alcanzó una servilleta y, tras echar un vistazo rápido a su alrededor, escupió el trozo de langostino en la servilleta en cuestión.

Dion sonrió. La inocente mujer creía que nadie la había visto, y ese detalle también era una novedad en un acto como aquel.

Decidido a saber quién era, salió de entre las sombras y avanzó hacia ella. La desconocida giró la cabeza justo antes de que él llegara a su altura, y se ruborizó tanto que se le notó a pesar de llevar una máscara.

Dion notó dos cosas en ese momento: la primera, que tenía los ojos de color azul verdoso, y la segunda, que era sencillamente impresionante.

Tara deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara. ¿Habría visto lo que había hecho con el langostino?

Esperaba que no, porque ya se sentía bastante incómoda. Ni siquiera podía creer que le hubieran permitido asistir a la fiesta. Oisin, uno de sus hermanos, era un genio de la tecnología, y había encontrado el modo de conseguirle una invitación. Pero, a pesar de ello, a Tara le sorprendió que la dejaran entrar en semejante sitio, el más extravagantemente elegante que había visto en toda su vida.

Por no hablar de la multitud. Nunca había visto a tanta gente genéticamente perfecta en un solo lugar, y eso era aún más cierto en lo tocante al alto y moreno hombre que caminaba hacia ella, sonriendo levemente.

Era de labios firmes, sensuales, como esculpidos en mármol. Llevaba un esmoquin negro que parecía pegado a su potente cuerpo, y resultaba intimidantemente atractivo a pesar del antifaz negro que ocultaba la parte superior de su cara. Parecía salido de una película o de una revista de moda.

¿Sería una estrella de Hollywood? Quizá, porque estaba segura de haber visto a un actor famoso mientras intentaba pasar desapercibida.

Cuando se detuvo ante ella, Tara echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. Era alta, pero él le sacaba treinta centímetros.

–Hola –dijo con voz baja y grave.

–Hola –respondió ella.

–No eres de por aquí, ¿verdad?

Tara sacudió la cabeza, y fue súbitamente consciente de la pluma de su máscara, que llevaba en un lateral. A ella le había parecido un exceso, pero su hermana pequeña, que estudiaba precisamente moda, había insistido en ponérsela.

–He estado investigando, Tara –le había dicho Lucy–. Y créeme: no quieres llamar la atención por motivos equivocados.

Los hechos habían demostrado que Lucy tenía rezón. Ni su máscara ni su vestido desentonaban con los del resto de las invitadas, lo cual no estaba nada mal, teniendo en cuenta que eran de fabricación casera.

–Soy irlandesa, de Dublín.

–Bonito país. Muy verde. Y húmedo.

–Eso no te lo voy a discutir.

Él alzó una mano, con la palma hacia arriba. Y ella se dio cuenta de que quería que le diera el trozo de langostino que había puesto en una servilleta.

Tara se lo dio, inmensamente mortificada, y él se lo pasó al camarero que estaba detrás de una de las mesas, quien no pareció sorprendido en absoluto.

¿Quién sería aquel hombre? ¿Un guardia de seguridad, disfrazado de invitado?

–Dime qué te apetece comer, porque es obvio que los langostinos no te gustan.

Ella parpadeó desconcertada. Pero no había comido nada desde que su avión había despegado del aeropuerto de Dublín, y necesitaba energía para lo que tenía que hacer: localizar al padre de su hijo.

–¿Te gusta el humus?

Tara asintió, y su perplejidad aumentó cuando él alcanzó un plato y le sirvió humus, queso, unas aceitunas y pan sin levadura.

Después, llenó un plato para él, alcanzó agua y dos copas de vino blanco y dijo:

–Sígueme.

Tara lo siguió, literalmente. Visto desde atrás, parecía aún más alto y de hombros más anchos. Su cabello, oscuro y rizado, le acariciaba el cuello de la camisa.

Instantes después, salieron al exterior. La gente abarrotaba las mesas del jardín, y bebían y comían con el paisaje de la ya iluminada Acrópolis al fondo, porque se estaba haciendo de noche.

Hasta entonces, Tara no había sido demasiado consciente de la belleza del lugar. Tenía preocupaciones mayores, como la de encontrar a Dionysios Dimitriou. Pero eso no impidió que se sentara con un desconocido a una de las mesas ni que echara un rápido trago de vino para armarse de valor.

Desde luego, necesitaba comer. Pero no se engañaba tanto a sí misma como para decirse que el atractivo de aquel hombre no tenía nada que ver en el asunto.

–Gracias por la comida –dijo ella–. No conozco el protocolo para esos casos.

–No hay de qué. Aunque sospecho que no te habrías servido nada si no me hubiera apiadado de ti –replicó él, con un destello de humor en los ojos.

–Es que no sabía qué servirme…

Él alzó su copa y dijo:

–*Yamas*.

Tara aceptó el brindis.

–Salud.

Acto seguido, empezaron a comer. Tara se concentró en su plato; pero, cada vez que miraba al hombre que estaba ante ella, sentía un extraño calor entre las piernas. Y cuando por fin quedó relativamente saciada, se limpió los labios con la servilleta y se echó hacia atrás.

Él también había terminado de comer. Y su plato estaba limpio.

–Veo que no soy la única que tenía hambre.

–Aprendí hace tiempo que no se debe dejar nada en un plato –comentó él, enigmáticamente.

Antes de que Tara pudiera interesarse al respecto, el hombre preguntó:

–¿De qué conoces a Leo y Angel Parnassus?

Tara reconoció los nombres porque su hermano los había mencionado. Eran los anfitriones de la fiesta.

–Soy una gran admiradora de las joyas de Angel Parnassus.

–Sí, su trabajo es magnífico.

–Lo es –enfatizó ella, alegrándose de haber investigado un poco.

–Pero no llevas ninguna joya esta noche.

Ella se ruborizó. No, no llevaba ninguna. Había cometido un error de principiante. Pero tampoco se podía decir que tuviera muchas joyas; de hecho, solo tenía la modesta colección de su madre, que además compartía con sus dos hermanas.

–En realidad, he venido a buscar a una persona.

Él probó su vino y se recostó en su silla.

–¿A una persona?

–Sí, aunque ni siquiera sé qué aspecto tiene.

Lo único que su hermano había podido averiguar sobre Dionysios Dimitriou era una serie de abrumadores datos sobre su multimillonario negocio. Había encontrado algunas fotografías en Internet, pero siempre estaba de espaldas o de lado, así que no se le podía ver la cara. En cambio, se veía perfectamente a todas y cada una de las impresionantes mujeres que, por lo visto, estaban siempre a su lado.

Dionysios Dimitriou era un enigma. Un lobo solitario, según decía la prensa.

–¿Cómo se llama? Tal vez te pueda ayudar.

Un camarero apareció en ese momento para llevarse sus platos, y Tara aprovechó la ocasión para poner sus pensamientos en orden.

Cuando el camarero ya se había ido, se levantó y dijo:

–Gracias, pero no es necesario. Será mejor que vuelva a la fiesta. Estoy segura de que tendrás cosas más interesantes que hacer.

Él también se levantó.

–¿Te apetece bailar conmigo antes de marcharte?

Tara no sabía qué hacer. Por un lado, no estaba allí para divertirse; por otro, jamás habría imaginado que la noche terminara siendo tan mágica, gracias a un desconocido que parecía estar reestructurando todas sus conexiones cerebrales. No se había sentido tan atraída por nadie en toda su vida.

Sin embargo, también era cierto que casi no había salido con nadie desde el fallecimiento de sus padres. Aquella tragedia la había obligado a hacerse cargo de sus hermanos, porque, por mucho que sus tíos fueran sus tutores y se encargaran de los gastos, no les podían dar lo que ellos necesitaban.

Eran encantadores, pero no se fijaban en las cosas pequeñas. Por ejemplo, no habrían visto nada extraño en el hecho de que Oisin, el más pequeño todos, empezara repentinamente a pasar demasiado tiempo en su habitación, sin hacer otra cosa que jugar. Sus hermanos la necesitaban, y Tara no había podido liberarse de esa responsabilidad hasta que Oisin se había ido a la universidad.

Pero aquel hombre la estaba mirando. Le había pedido que bailara con él, y no había bailado con nadie desde el instituto. Su vida social había sido tan inexistente que seguía siendo virgen a sus veinticinco años de edad; y ese hecho hizo que algo rebelde se avivara en ella, un deseo de vivir el momento.

De repente, ya no estaba segura de estar preparada para encontrar al padre de su bebé. Si lo encontraba, cabía la posibilidad de que tuviera que enfrentarse a él por la custodia del pequeño. ¿Y qué pasaría después? Ni siquiera se lo había planteado. Solo sabía que quería formar parte de la vida de su hijo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, tocó los dedos del desconocido, y se sorprendió al ver lo pequeña y pálida que era su mano en comparación con la de él. Luego, él cerró los dedos sobre su mano, y ella notó que no eran suaves, sino ásperos. Aquel hombre no era un simple ejecutivo. Aquel hombre estaba acostumbrado a mancharse las manos.

Tara sintió una descarga eléctrica cuando la llevó de nuevo al enorme salón de baile. Fue tan extraño que se preguntó si aquello era un sueño y seguía dormida en el estrecho asiento del avión en el que había volado a Atenas. Pero no lo era, como supo al encontrarse repentinamente entre sus brazos y sentir sus duros músculos.

Mientras bailaban, tuvo la sensación de estar flotando. Su desconocido era un gran bailarín, y lo único que podía hacer ella era dejarse llevar. Además, olía maravillosamente bien, de un modo terroso, almizcleño, con un fondo como de especias exóticas. Algo oscuro, masculino.

Al ser bastante más alto que ella, Tara clavó la vista en su camisa y, cuando se atrevió a mirar hacia arriba, estuvo a punto de perder el equilibrio. Él la estaba mirando con tanta intensidad que sintió su

mirada en la piel, como si fuera una caricia. Y una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo.

Abrumada, admiró su incipiente barba e intentó imaginar qué se sentiría al notar su roce contra la sensible piel de la cara interior de sus muslos.

Y, justo entonces, él dejo de bailar. Y Tara se quedó helada.

¿Habría dicho lo de los muslos en voz alta, sin darse cuenta?

Tal como iban las cosas, no le habría extrañado en exceso; pero él la tomó de la mano, la sacó de la pista de baile y la llevó de vuelta a la terraza, donde ella respiró hondo, intentando recobrar la compostura.

Desgraciadamente, el aire fresco no ayudó a enfriar su recalentada sangre. Y tampoco ayudó que él la llevara a un rincón apartado y se girara para mirarla.

Dion deseaba aquella mujer; eso estaba claro. Sin embargo, no se estaba comportando como se comportaba cuando conocía a una mujer atractiva que lo deseaba a su vez y quería lo mismo que él. Cuando eso pasaba, todo era algo físico, una necesidad de satisfacer un impulso sexual, que desde luego no implicaba ningún deseo de extender la relación más allá de la cama.

Le gustaba el sexo. Lo que no le gustaban eran las ataduras que podía conllevar. Y a pesar de que intuía que aquella mujer y aquella situación distaban mucho de ser lo que él buscaba, no le importaba en absoluto.

–¿Te puedo quitar la máscara? –preguntó, ansioso por ver su cara.

Ella tragó saliva y asintió. Él alzó las manos y le desató la máscara, resistiéndose al deseo de soltarle también el pelo y hundir los dedos en su cobrizo cabello, de apariencia sedosa. Tenía una piel increíble, de una palidez casi traslúcida, y llena de pecas.

Cuando ya se la había quitado, ella hizo lo mismo con la de él, y se le quedó mirando con ojos desorbitados.

Dion sabía que era un hombre atractivo, pero nunca había sido arrogante al respecto. Había heredado la belleza de su padre y, como eso era lo que había seducido a su pobre madre, no se

alegraba de ver sus regulares rasgos cuando se miraba al espejo. Tenía la sensación de que se estaban burlando de él.

–Guau –dijo ella–. Eres impresionante.

Dion sonrió. Su sinceridad lo había sorprendido, y no había muchas cosas que lo pudieran sorprender. No fingía distanciamiento, como la mayoría de las mujeres a las que estaba acostumbrado; y, aunque era posible que solo fuera una buena actriz, lo estaba disfrutando enormemente.

Un instante después, ella se ruborizó como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho. Y a Dion le pareció adorable, porque no recordaba cuándo había sido la última vez que una mujer se había ruborizado estando en su compañía. Sus amantes eran tan cínicas y duras como él, lo cual agradecía: no le gustaban las mujeres blandas. Salvo, por lo visto, en ese caso.

Pero ¿por qué?

Tal vez, porque aquella mujer exudaba una especie de suavidad que no había visto antes, desde sus curvas hasta su discreta calidez. Toda una novedad.

–Y tú eres preciosa –afirmó sinceramente.

No había duda de que lo era. De un modo refrescantemente natural. Piel bellísima, grandes ojos de color verde azulado, pestañas largas, cejas finas, nariz recta y una boca que le hizo pensar en cosas bastante más depravadas que suaves. De hecho, le provocó una erección.

Dion le puso un dedo debajo de la barbilla y se la levantó un poco. Las pupilas de la mujer se dilataron y, por si eso fuera poco, soltó un suspiro que acarició su piel, excitándolo más. *Theo mou*. Casi no la había tocado, pero ya estaba a punto de estallar.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –dijo ella.

Dion la miró con extrañeza. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que una mujer no había sabido quién era él. Nunca había cortejado a la prensa precisamente, pero toda Grecia sabía quién era.

Por supuesto, existía la posibilidad de que estuviera fingiendo; pero, una vez más, se sorprendió decidido a seguir dentro de aquella fantasía y disfrutar el momento.

–Los nombres están sobrevalorados, ¿no crees?

La respiración de su acompañante se aceleró. Aparentemente, a ella también le gustaba esa fantasía.

–Sí… puede que tengas razón.

Dion clavó la vista en su boca. Ella se mordió un labio, avivando su deseo.

–Necesito besarte –dijo con voz ronca.

–Y yo a ti.

Dion cerró las manos sobre sus delgados pero fuertes brazos y tiró hacia él. Sus cuerpos se tocaron nuevamente, y el contacto de los senos de Tara le provocó otra oleada de deseo. Era increíblemente suave.

Cuando bajó la cabeza y la besó, descubrió que sus bocas encajaban con la perfección de dos piezas de un rompecabezas. Cualquiera habría dicho que no era la primera vez que se besaban, pero lo era. Y por si eso fuera poco, no necesitó estimularla demasiado para que Tara se abriera a él con toda su lujuria y reventara la impresión que le había dado al principio, la de ser una mujer tímida y dulce.

De repente, Dion se sintió como si la tierra se abriera bajo sus pies y él estuviera cayendo en un pozo de ardiente necesidad. Tanto fue así que ni siquiera fue consciente del momento en que ella se aferró a su chaqueta como si estuviera cayendo en ese mismo pozo y necesitara agarrarse a algo.

Tara no sabía ni si estaba aún de pie. El mundo se había reducido al intoxicante, embriagador y eléctrico contacto de los labios y la lengua de aquel hombre, que jugaba con ella y exploraba su boca, animándola a sumarse a su pasión. Y ella se sumaba con un entusiasmo que ponía en duda su falta de experiencia amorosa.

Aquello era lo más emocionante que había hecho en toda su vida. Todo su cuerpo vibraba. Los pezones se le habían endurecido, y sus senos parecían más pesados. No deseaba otra cosa que apretarse aún más contra él, crear una fricción que, de forma instintiva, adivinaba inmensamente placentera.

Sin embargo, él la dejó de besar y se apartó. Tara tuvo que hacer un esfuerzo para abrir los ojos y mirarlo otra vez.

–¿Te encuentras bien? –preguntó él, con mejillas ruborizadas.

Tara asintió y contestó, a duras penas:

–Sí… creo que sí.

Justo entonces, se dio cuenta de que estaba aferrada a su chaqueta como si fuera la única cosa que impedía que se desplomara. De hecho, ni sus dedos parecían dispuestos a separarse de la tela ni él a soltarle los brazos. De fondo, se oían los distantes sonidos de la fiesta: tintineo de copas, risas, música.

Era como si estuvieran en una crisálida específicamente suya. Y como ardía en deseos de besarlo otra vez, no dudó ante la pregunta que él formuló un segundo después:

–¿Quieres pasar la noche conmigo?

–Sí.

Tara todavía no había perdido el control de sí misma. Sabía por qué estaba allí y qué estaba en juego: encontrar al padre de su bebé. Pero, en ese momento, le pareció irrelevante. El padre estaba allí, en Atenas, y, si no lo localizaba entonces, lo localizaría más tarde. Además, aún no sabía si verdaderamente era la madre de ese niño, porque no tenía los análisis de ADN necesarios.

Esa fue la razón de que tomara la decisión más rebelde que había tomado nunca. Quería hacer algo para ella misma, por su propio placer. Ya se preocuparía al día siguiente de lo demás.

–Quiero que sepas que no me suelo comportar así –dijo ella.

Él sonrió.

–Te creo.

Tara se sintió inmediatamente insegura. ¿Tan obvia era su falta de experiencia?

–Vámonos –añadió él.

La inseguridad de Tara se desvaneció al instante.

–De acuerdo.

Tras dejar sus máscaras allí, Dion la tomó de la mano, la condujo a través de una abarrotada estancia y del vestíbulo del edificio y la llevó al exterior. Instantes más tarde, un coche se detuvo en el vado,

frente a ellos. El chófer se bajó del vehículo y abrió una de las portezuelas traseras.

Tara y Dion se subieron a él, cada uno por un lado. Ella sabía que estaba haciendo algo aparentemente insensato, pero su instinto le decía que se podía fiar de aquel hombre; lo cual no impidió que, cuando el coche se puso en marcha, dijera con voz temblorosa:

–No serás un asesino en serie, ¿verdad?

Él se giró en la oscuridad del asiento trasero. Ella no lo veía bien, pero las farolas de la calle iluminaron fugazmente su cara, traicionando la intensa y feroz expresión de sus ojos.

El corazón de Tara se aceleró.

–No, claro que no. Estás a salvo conmigo. No haremos nada con lo que no te sientas cómoda. Has tomado la decisión de venir conmigo, pero eso no te obliga a nada –aseguró él–. Lo digo en serio.

Ella se relajó un poco. Luego, él sacó su teléfono móvil y se puso a hablar con alguien en griego, apresuradamente.

Hasta eso le pareció *sexy* a Tara; sobre todo, porque mientras hablaba por teléfono, se desanudó la pajarita y se abrió el botón superior de la camisa, despertando en ella el deseo de sentarse en su regazo, desabrocharle el resto de los botones y besar su cuello.

En lugar de eso, se giró hacia la ventanilla y se dedicó a mirar las calles de Atenas, con sus gentes charlando y bebiendo en las terrazas. Todo era normal; todo menos lo que le estaba pasando a ella. La necesidad de tocarlo era visceral, primaria, como si se hubiera encontrado con su amante perfecto y lo hubiera reconocido al instante.

Nunca había sido tan consciente de sí misma y de su interés por el sexo. Y no lo había sido porque nunca se había permitido ser libre. Tenía demasiadas responsabilidades.

Pero eso se había acabado.

Por lo menos, hasta que encontrara al padre de su hijo.

–Quizá deberíamos decirnos nuestros nombres –declaró él súbitamente.

Ella sacudió la cabeza, desesperada por seguir al margen de la realidad.

–No, es mejor que no. Una noche… solo será eso, ¿no?

Él asintió.

–En efecto. Una noche es todo lo que te puedo dar.

Tara miró sus labios y pasó los brazos alrededor de su cuello.

–Me parece bien.

Tara lo besó entonces. Él le pasó las manos por la espalda y la cintura, y ella dejó de tener la sensación de controlar sus emociones cuando su acompañante le devolvió el beso de un modo tan hábil y minucioso que se vio en la necesidad de apretar las piernas en un intento por refrenar la humedad.

Tras unos largos y adictivos momentos, él se apartó y dijo:

–Si por mi fuera, haríamos el amor ahora mismo, aquí. Pero conozco un sitio algo más privado y más cómodo.

A Tara no le habría importado que hicieran el amor en el coche, pero hizo lo posible por mantenerse recta y fingir un nivel de refinamiento que, desde luego, no tenía.

–Está bien.

Solo entonces, cayó en la cuenta de que estaban entrando en lo que parecía ser un aeródromo. Instantes después, el chófer detuvo el vehículo delante de un helicóptero, se bajó, le abrió la portezuela y la ayudó a salir.

La brisa del Egeo sacudió ligeramente su vestido y le revolvió el pelo.

–¿Nos vamos a subir a eso? –preguntó mirando el helicóptero.

–Sí.

–¿Y adónde vamos?

–A una pequeña isla, que no está lejos del continente –respondió–. Pero no te preocupes. Estarás de vuelta cuando amanezca. Te lo prometo.

Ella tragó saliva. Definitivamente, aquella noche parecía un sueño.

Luego, él la tomó de la mano y preguntó:

–¿Confías en mí?

Capítulo 2

Tara lo miró. Aunque su desconocido era intimidantemente guapo, *sexy* e intenso, había en él una especie de vulnerabilidad que ella sentía en su propio interior, resonando.

Sí, confiaba en aquel hombre. Así que asintió, permitió que la acompañara al helicóptero, se subió tan elegantemente como pudo y se sentó. Él se inclinó sobre ella para ponerle el cinturón y, al hacerlo, le rozó los senos.

Tara suspiró, y Dion la miró con deseo; pero lo único que hizo a continuación fue alcanzar unos cascos y ponérselos sobre las orejas. De hecho, ni siquiera se sentó a su lado, en la parte de atrás del aparato: tomó asiento junto al piloto, y ella lo agradeció, porque le daba la oportunidad de recuperar la compostura y hasta el funcionamiento de su anestesiado cerebro.

Por desgracia, Tara no había estado jamás en un helicóptero y, cuando despegó y osciló en el aire, se aferró al asiento con nerviosismo.

–¿Estás bien? –le preguntó él, girándose hacia atrás.

Ella tragó saliva y asintió.

Tomaron altura rápidamente y, al cabo de unos minutos, ya estaban sobrevolando la milenaria ciudad. La Acrópolis parecía una maqueta en lo alto de su colina, tan pequeña como los transbordadores y los cientos de barcos sobre los que pasaron luego, antes de dejar atrás el continente.

A partir de ese momento, no pudo ver otra cosa que el mar y los distantes destellos de los puertos de las islas. Pero, al cabo de media hora, el helicóptero empezó a descender, y Tara divisó una hilera de luces en la costa de la isla a la que se dirigían.

Lentamente, se acercaron a tierra. Tara pudo ver que iban a aterrizar en un helipuerto que estaba en lo que parecía ser un cerro de vegetación exuberante, situado frente la localidad del puerto. Y, en cuestión de segundos, también vio un edificio que habría sido el sueño de un minimalista moderno: tejado plano, líneas blancas, mucho cristal. Incluso tenía una piscina, que brillaba bajo la luz de la luna llena.

Cuando el helicóptero tomó tierra, Dion ayudó a Tara a quitarse el cinturón de seguridad e intercambió unas palabras con el piloto. Ella bajó del aparato, y se tambaleó un poco sobre la hierba, por culpa de sus tacones altos. El estruendo del rotor era tremendo.

Instantes después, el pequeño aparato despegó nuevamente, viró hacia la izquierda y se alejó en dirección a Atenas.

De repente, Tara estaba sola en una isla, acompañada por un desconocido con el que iba a pasar la noche; y, para empeorar las cosas, ninguna persona de su familia sabía dónde estaba. ¿Cómo se le había ocurrido algo así? Llevaba años asegurándose de que sus hermanos la tuvieran localizada en todo momento. Y, ahora, se comportaba como una adolescente.

Desaparecido el zumbido del helicóptero, se hizo un denso silencio, solo interrumpido por los insectos nocturnos. Pero, al cabo de unos momentos, Tara oyó unos sonidos distantes, levísimos: música, conversaciones, risas.

–Cuando el viento sopla en determinada dirección, se oyen los sonidos del puerto –le explicó él.

A Tara le pareció un detalle reconfortante, porque demostraba que no estaban completamente aislados.

Entonces, él la tomó de la mano y la llevó hacia la casa. Las luces se encendieron mientras cruzaban el jardín, pasando junto a la terraza donde estaba la piscina. Tara pensó que aquello debía de ser precioso a la luz del día.

Al ver que él abría la puerta sin más, ella preguntó:

–¿No necesitas llaves para entrar?

Él la miró brevemente.

–Mi ama de llaves abre la casa cuando sabe que voy a venir.

Tara notó un súbito sabor amargo en la boca. ¿Qué significaba eso? ¿Que había avisado a su ama de llaves con antelación porque ya sabía que iba ir con una mujer? De ser así, ella solo había sido la afortunada de aquella noche.

–¿Tenías intención de venir a la isla de todas formas?

–No, pero la he llamado por teléfono por el camino, para pedirle que abriera y trajera algunas cosas.

–Ah…

–Te aseguro que esto no estaba planeado. Iba a ir a mi casa de Atenas, pero… he cambiado de opinión cuando nos hemos conocido.

En ese momento, Tara pensó algo que no se le había pasado antes por la cabeza. Bajó la vista y miró sus manos. No llevaba ningún anillo; pero, a pesar de ello, preguntó:

–¿Estás casado?

De no haber notado el leve estremecimiento de su acompañante, jamás habría creído que un hombre así se pudiera estremecer.

–Oh, no. Claro que no –dijo con vehemencia.

Ella estuvo a punto de sonreír.

–No estás muy a favor del matrimonio, ¿eh?

Él frunció el ceño.

–No.

Preocupada de nuevo con el hecho de que nadie supiera dónde estaba, Tara preguntó:

–¿Te importa que vaya al servicio?

–Por supuesto que no. Sígueme.

Él la llevó a un elegante y moderno cuarto de baño, lleno de productos de lujo. Tara cerró la puerta, alcanzó una crema de manos y abrió el bote. Olía maravillosamente bien, como a bergamota y naranja. ¿Quién era aquel hombre que viajaba en helicóptero a una isla del Egeo y tenía una mansión de millonario?

Fuera quien fuese, sacó el teléfono móvil del bolso y envió un mensaje a su hermano Oisin, adjuntando la localización del sitio donde se encontraba:

Hola, hermanito. Estoy aquí. Te llamaré mañana.

Luego, guardó el móvil, se miró en el espejo y gimió. Tenía el pelo tan revuelto que el elegante moño que se había hecho en el hotel donde se alojaba había dado paso a algo más parecido al nido de un pájaro.

En un intento de estar más presentable, se quitó las horquillas y se soltó el cabello. Luego, se pinzó un poco sus pálidas mejillas, se lavó las manos y, tras respirar hondo, volvió al salón que habían cruzado antes.

Era un lugar impresionante. No se había fijado mucho al entrar, pero parecía una galería de arte con los enormes cuadros que había en las paredes. Eran obras apasionadas, llenas de color, que contrastaban vivamente con los tonos blancos del austero espacio.

Mientras ella se encontraba en el baño, él se había quitado la chaqueta y se había acercado a los abiertos balcones. Ahora estaba de espaldas al salón, con las manos en los bolsillos, y ella se preguntó si se estaría arrepintiendo de haberla llevado allí. A fin de cuentas, no era una mujer especial; por lo menos, en comparación con las bellas y elegantes mujeres de la fiesta en la que habían estado.

Además, tampoco se parecía a su hermana Lucy. No le interesaba particularmente la moda. De hecho, casi nunca llevaba maquillaje, y tampoco iba jamás al gimnasio. Si sus músculos estaban tonificados era por una simple cuestión genética.

Un segundo después, él se giró y la miró a los ojos, y ella se sintió incómodamente consciente de sí misma.

–Me he tenido que soltar el pelo… el helicóptero me lo ha revuelto.

–Oh, lo siento.

–No, no pasa nada, no es como si me hubiera peinado una peluquera profesional ni nada por el estilo –dijo ella con nerviosismo.

Tara se maldijo para sus adentros por ser tan insegura, pero su inseguridad no impidió que preguntara a continuación, cansada de sus tacones altos:

–¿Te importa que me quite los zapatos?

Él sacudió la cabeza.

–En absoluto.

Tara se quitó los zapatos y los dejó a un lado. El suelo de mármol estaba deliciosamente fresco bajo sus pies.

–¿Te apetece una copa? –preguntó él.

Tara dejó su bolso en la mesa y se le acercó.

–Por supuesto. ¿Qué tienes?

–Lo que quieras.

Él se acercó a un panel de la pared y pulsó un botón. El panel se abrió, revelando un iluminado y bien surtido bar.

–Guau –dijo ella–. Es impresionante.

–Gracias.

Tara miró el montón de botellas y arrugó la nariz.

–En realidad, no se puede decir que yo beba mucho. Con agua bastará.

–¿Estás segura?

Ella asintió, y él le sirvió un agua mineral con una rodaja de limón en un vaso de cristal.

Tara, que no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, se sintió nuevamente fuera de lugar. ¿Qué debía hacer? ¿Sentarse en un sofá con pose seductora y esperar a que él se sentara a su lado y la besara? ¿O debía ser ella quien diera el primer paso, como habría hecho una mujer atrevida, segura de su sexualidad?

Como no quería pensarlo, se acercó a uno de los enormes cuadros. Él se puso a su lado, y ella lo miró de arriba a abajo. Era un hombre muy alto, pero no se sintió vulnerable por ello. Por algún motivo, sabía que no la iba a obligar a hacer nada que no quisiera hacer.

–¿Elegiste tú los cuadros?

–Sí. Me encanta la obra de este autor. ¿Qué te parece?

Tara ladeó la cabeza.

–Que es muy apasionado. No tiene mucho que ver con el resto de la decoración.

–Lo sé, pero me gusta el contraste.

–Se nota.

Ella se preguntó si la pasión de aquellos cuadros era un reflejo de su verdadero carácter, de la espontánea pasión que había dado pie a aquella noche. Aunque, por otra parte, cabía la posibilidad de que

aquello no fuera tan espontáneo como parecía. Era posible que fuera una situación habitual para aquel hombre.

–Pero no es lo único que me gusta de esta habitación –añadió él.

Tara lo volvió a mirar, y se sintió en la necesidad de preguntar lo que estaba pensando.

–¿Sueles hacer estas cosas? ¿Traer a mujeres a esta isla para presumir de mansión?

Él la miró con sorpresa y sacudió la cabeza.

–Ni mucho menos. Eres la primera mujer que viene aquí –contestó–. Es el lugar al que vengo cuando quiero estar solo.

–¿En serio? –dijo ella, sorprendida a su vez.

–En serio.

Ella le creyó. El ambiente se había cargado de electricidad, y él alzó una mano, le acarició la mejilla y deslizó un dedo por su cuello. El pulso de Tara se aceleró. Su piel estaba tan tensa como la de un tambor, y ardía en deseos de que le acariciara los pezones.

–Si ahora te dijera que me quiero marchar, ¿me lo permitirías?

Él contestó sin dudar.

–Naturalmente que sí. Llamaría a Antonio, y el helicóptero llegaría en treinta minutos. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Es que te quieres ir?

Tara tragó saliva.

–No, no me quiero ir, pero me alegra saber que podría marcharme si quisiera.

–Pues claro que podrías. En cualquier momento, y con independencia de lo que estuviera pasando.

Tara asintió.

–Está bien.

Él la tomó de la mano y la llevó a otra estancia, que abrió. Era un enorme dormitorio con una cama de gran tamaño.

La luna llena lo iluminaba todo, pero él encendió una luz de todas formas y, a continuación, abrió una puerta corredera de cristal. La cálida y aromática brisa del mar acarició instantáneamente la piel de Tara, cuya respiración se volvió más irregular cuando él avanzó hacia ella y cerró las manos sobre su cintura.

El beso que se dieron a continuación fue lo más decadentemente escandaloso que había hecho Tara en su vida. No se parecía nada a los torpes besos de su juventud, cuando estudiaba en la universidad.

Aquello era una liga diferente. Él era un maestro. Tocaba su cuerpo como un virtuoso del violín habría tocado su instrumento. Y cuando apartó las manos de su talle y las llevó a la cremallera del vestido con intención de bajársela, Tara se dio la vuelta para facilitarle la tarea y se echó el cabello por encima de un hombro.

Él le bajó la cremallera hasta la cintura, y ella se sujetó la parte delantera de la prenda para que no cayera y expusiera sus senos. Sin embargo, su esfuerzo no sirvió de nada, porque él le apartó las manos con suavidad.

El vestido cayó, dejando sus desnudos pechos al descubierto.

Su suspiro posterior de admiración la dejó anonadada. Sus senos no eran para tanto. No eran ni grandes ni pequeños. Eran normales, nada más.

–*Thee mou*, eres impresionante.

Tara alzó la vista. Los ojos de oro oscuro del hombre que estaba ante ella devoraban su cuerpo de tal modo que un rubor tiñó inmediatamente su piel. Sus pezones estaban tensos, casi doloridos, y lo siguieron estando hasta que él se inclinó y le acarició uno.

La sensación fue absolutamente exquisita.

–No estoy segura de poder seguir de pie –le confesó.

–Pues túmbate.

Él la llevó a la cama, le quitó el vestido y la sentó. La única prenda que Tara llevaba ahora eran sus braguitas y, como eran unas braguitas normales y corrientes, del montón, se sitió tan mortificada que se tapó los ojos.

–¿Qué estás haciendo?

–Es que…

–¿Sí?

–No creo ser como las mujeres a las que estás acostumbrado –contestó mirando brevemente su ropa interior.

Él la tumbó, se acomodó a su lado y dijo:

–Eres la criatura más bella que he visto nunca.

Tara se volvió a ruborizar.

–Yo…

Ella no terminó la frase, porque él la besó de nuevo, interrumpiéndola. Y se alegró de que la interrumpiera. No quería pensar. Solo quería sentir.

Con una eficacia nacida de una experiencia más que evidente, él le quitó las braguitas y la dejó completamente desnuda. Pero, lejos de detenerse ahí, le separó las piernas y le pasó una mano por el pubis.

Tara estaba muy excitada. Era la primera vez que un hombre tocaba esa parte de su cuerpo, y la sensación era tan incendiaria que tuvo miedo de estallar incluso antes de que empezara a acariciar los húmedos pliegues de su sexo.

Abrumada, cerró los ojos. Y él le ordenó:

–Mírame.

Ella obedeció, incapaz de negarle nada. Con unas pocas caricias, había conseguido que lo olvidara todo, todas sus inhibiciones e inseguridades, todas las cosas que habían ocupado sus pensamientos durante demasiado tiempo.

El perfecto ritmo de sus atenciones la obligó a entregarse por completo y, cuando él inclinó la cabeza y le succionó un pezón sin dejar de masturbarla, Tara perdió totalmente el control y cayó en un abismo de interminable placer, retorciéndose contra sus dedos.

Cuando volvió a abrir los ojos, que había cerrado de nuevo, todo estaba borroso. Tuvo que parpadear para volver a ver bien. El eco del orgasmo seguía azotando su cuerpo, rompiendo en ella como las olas.

Momentos más tarde, él se levantó de la cama, y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que seguía completamente vestido. Sin embargo, ese estado duró muy poco, porque se despojó de su ropa con tanta eficacia como la que había demostrado llevándola al clímax.

Tara se incorporó lo suficiente para poder apoyarse en los codos y admiró su magnífico y masculino cuerpo. Obviamente, había visto muchos hombres desnudos, pero ninguno como aquel. Era un dios griego, una maravilla de piedra y acero, sin un gramo de grasa

sobrante; una preciosidad de piel morena, hombros anchos, estómago liso, piernas potentes y largo y duro sexo.

Luego, él regresó a la cama, y ella no tuvo más remedio que rendirse a su curiosidad.

–¿Puedo tocarte? –dijo sentándose.

Él asintió.

–Sí, por favor.

Él se tumbó, y Tara le pasó las manos por el pecho, jugueteó unos segundos con su vello y sus pezones y descendió hasta su entrepierna, fascinada con la súbita tensión de los músculos de su estómago.

Ya estaba acariciando su erecto miembro cuando preguntó:

–¿Te gusta?

–Desde luego. Si sigues haciendo eso, no sé lo que va a pasar, pero me encanta.

Instintivamente, Tara se llevó a la boca uno de los dedos con los que le estaba tocando. Necesitaba sentir su sabor.

–Me estás matando –dijo él–. No puedo esperar más.

–Ni yo.

Tara se volvió a tumbar y, durante unos instantes, sopesó la posibilidad de confesarle que era virgen. Pero no se podía arriesgar a que su confesión rompiera el hecho, así que guardó silencio y se limitó a esperar mientras él abría un cajón, sacaba un preservativo y se lo ponía.

Ella estaba tomando la píldora, así que no estaba preocupada con un posible embarazo, pero le alegró que él afrontara el problema por su cuenta, sin tener que pedírselo. Por lo que sabía, no era tan habitual. Sus amigas decían que los hombres con los que se acostaban preferían hacer el amor sin preservativo, para sentir más.

Entonces, él se tumbó sobre ella, y ella separó las piernas, encantada. Estaba deseando sentirlo en su interior y, cuando por fin la empezó a penetrar, se puso momentáneamente tensa. Sin embargo, no notó la punzada de dolor que esperaba; solo una intensa presión.

Él dejó de moverse y la miró. Tara se sentía tan llena que no estaba segura de poder hablar. La sensación dominante era de

incomodidad, pero sabía que, si él se detenía ahora, ella no llegaría a saber lo que pasaba después. Y sabía que sería placentero.

Decidida, cerró las manos sobre sus brazos y tiró de ellos para que la penetrara más.

–Sigue, por favor –dijo.

Era virgen.

El descubrimiento resonó en el cerebro de Dion con la estridencia de un claxon. Su instinto le rogó que saliera de su cuerpo, que se detuviera al instante; pero estaba tan dentro de ella, y ella cerraba sus músculos con tanta potencia sobre su sexo, que fue incapaz.

Siempre se había enorgullecido de controlar sus emociones, de no permitir nunca que los demás supieran lo que sentía. Y ahora, de repente, perdía el control y se ahogaba en el pozo de dos ojos de color verde azulado.

¿Qué podía hacer?

Lo único que se le ocurrió fue recuperar parte del control siendo, sencillamente, un amante. Y eso fue lo que hizo. Se empezó a mover arriba y abajo, excitándola cada vez más, humedeciéndola cada vez más, hasta que el roce se volvió fácil y ella empezó a temblar contra él, con la espalda arqueada.

Lo había conseguido. La había llevado al orgasmo de nuevo. Y cuando por fin se detuvieron, cuando él ya había obtenido su propio placer, Dion pensó que había sido la experiencia sexual más maravillosa de su vida.

Pero también se dijo otra cosa: que seguramente lo había sido porque ella era virgen y que, en consecuencia, no la debía volver a ver.

Cuando Tara despertó, supo exactamente dónde estaba y lo que había hecho; pero, por pura superstición, no quiso abrir los ojos, por si los abría y descubría que estaba en la habitación del hotel de Atenas, que todo había sido un sueño.

Su cuerpo estaba pesado y lánguido. Una suave brisa marina le acariciaba la piel. Y había dejado de ser virgen; se había convertido en una mujer y había accedido a un mundo de sensualidad que jamás habría creído posible.

Ella, la responsable y estudiosa Tara.

No, nunca habría imaginado que el sexo pudiera ser así, tan transformador. Porque se sentía cambiada, alterada.

Y en cuanto al desconocido, solo podía decir que era un hombre increíble. Había despertado su fuego interno, un fuego que se avivó por el simple hecho de pensar en él. Pero cuando se giró en la cama y estiró un brazo para tocar sus fuertes y cálidos músculos, no encontró nada. Se había ido.

Tara abrió los ojos y escudriñó la habitación. Estaba sola, con la sábana hasta el cuello, como si él la hubiera tapado bien antes de marcharse.

¿Dónde se habría metido?

Se sentó y que vio su vestido estaba ahora en el respaldo de una silla, y que había una bata a los pies de la cama. Se levantó y se la puso. Luego, entró en el cuarto de baño y retrocedió al verse en el espejo. Su pelo estaba terriblemente revuelto y su piel, enrojecida de tanto roce. Además, se le había corrido el rímel, y sus ojos eran dos manchas negras.

No podía permitir que él la viera así, de modo que se quitó la bata y entró en la ducha. Era tan grande que habrían cabido varias personas, detalle que la llevó a imaginar a su desconocido con otras mujeres.

Era *sexy*, seguro, encantador; un amante con tanta experiencia que ella le debía de haber parecido ordinaria en comparación. Seguramente, ya habría llamado al piloto del helicóptero para que se la llevara de allí.

No estuvo mucho tiempo en la ducha. Salió, se secó e hizo lo que pudo con su pelo. Después, se volvió a poner la bata, regresó al dormitorio y siguió el olor a café hasta el salón, donde se quedó momentáneamente atónita con la belleza de las vistas. El mar y el cielo se fundían de tal manera que no se sabía dónde acababa uno y empezaba otro.

Al pensarlo, se acordó de la definición que daba su hermano a esa situación: la piscina infinita, lo llamaba.

Tara casi pudo oír su voz, y sonrió al pensar lo que diría si se llegaba a enterar de lo que había hecho. ¿Quién habría pensado que perdería su virginidad en una isla griega? Y con un hombre que casi era una dios.

–¿Café?

Tara se sobresaltó al oír la pregunta. Él estaba a pocos metros de distancia, con una taza de café en la mano. Se había duchado, afeitado y vestido. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa de color azul.

Obviamente, no era la ropa que llevaba puesta la noche anterior, y ella se sintió en clara desventaja.

–Sí, por favor –respondió, intentando parecer relajada.

Él asintió y le hizo un gesto para que lo acompañara a la cocina. Una vez allí, alcanzó la cafetera, sirvió otra taza y dijo:

–¿Quieres leche?

–No, gracias.

Cuando le dio el café, él mantuvo las distancias más de la cuenta, como si tuviera miedo de rozarla.

–¿Cómo te encuentras esta mañana?

–Bien –respondió ella.

Tara estaba algo confundida con su fríamente educada y cortés actitud. No parecía el hombre que la había llevado a su isla para seducirla y hacer el amor con ella; o, más bien, para hacer el amor sin más, porque habían entrado directamente en materia.

–Deberías haberme dicho que eras virgen.

Por supuesto que se había dado cuenta. ¿Cómo no?

Tara se ruborizó al instante, pero hizo caso omiso. Ya había renunciado al imposible intento de controlar las reacciones emocionales de su piel.

–¿Por qué no me lo dijiste? –insistió él.

Tara alzó la barbilla, negándose a parecer avergonzada, aunque su cara debía de estar roja como un tomate.

–Porque no era asunto tuyo, y además… tuve miedo de que no quisieras seguir adelante –le confesó.

Sus ojos estaban más oscuros que dorados esa mañana, y su voz sonó sombría cuando dijo:

–A decir verdad, estuve a punto de parar. Nunca me acuesto con mujeres vírgenes.

–Pues ya te has acostado con una –declaró ella–. Pero ¿por qué no?

–Porque prefiero a las mujeres con experiencia.

–Bueno, no te preocupes por eso. Dudo que la virginidad sea contagiosa.

Una leve y casi imperceptible sonrisa apareció en los labios de él, pero desapareció tan deprisa que Tara creyó haberlo imaginado. Especialmente, después de que dijera:

–Lo de anoche no se va a repetir.

Tara se preguntó qué habría visto en aquel hombre. No se parecía nada al encantador seductor de unas horas antes.

–Ya habíamos acordado eso.

–Hay un vestidor lleno de ropa en la *suite* para invitados, que está enfrente de mi dormitorio –dijo él, cambiando radicalmente de conversación–. Debería haber algunas cosas de tu talla. Antonio está avisado, así que nos vendrá a recoger y nos llevará a Atenas.

Tara se puso tensa.

–¿Cosas de mi talla? ¿No habías dicho que era la primera vez que traías una mujer a esta casa?

–Y es verdad. Pero la alquilo de vez en cuando, y conviene tener ropa para la clase de personas que se alojan aquí.

Enfadada con ella misma por haberse mostrado insegura, se bebió el café que le quedaba en la taza y dijo:

–Gracias. Me cambiaré enseguida.

Tara salió de la estancia tan elegantemente como pudo, teniendo en cuenta que iba descalza y sin más ropa que la bata. Su sueño de despertarse en la cama con su primer amante había estallado minutos antes, y ahora también estallaba el de desayunar tranquilamente con él y volver a hacer el amor.

Mientras cruzaba por el salón, vio sus zapatos y los alcanzó. Después, vio su bolso en la mesa y, tras alcanzarlo también, se dirigió a la *suite* de invitados y entró en su vestidor.

Efectivamente, había ropa en grandes cantidades, para mujeres, hombres y hasta niños. Echó un vistazo y eligió unos pantalones vaqueros hasta la rodilla y un top blanco, sin mangas. Como no se quería poner los zapatos otra vez, porque aún le dolían los pies de la noche anterior, echó mano a unas sencillas alpargatas.

A continuación, regresó al dormitorio, metió sus zapatos y su vestido en una bolsa que había encontrado en el vestidor y se fue al cuarto de baño de la *suite* de invitados, imaginando que habría productos de maquillaje.

Ya se había terminado de maquillar cuando se acordó de su hermano y decidió mirar el teléfono para ver si le había contestado, como así fue. Y el contenido de su mensaje la dejó completamente helada:

Bonito lugar, hermana. Veo que has encontrado a Dionysios Dimitriou. ¿Cómo se lo ha tomado? ¿Has ido a su casa a ver al bebé?

Tara volvió a leer el mensaje. Aquello no tenía ningún sentido; pero, al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo. Pero ¿cómo era posible? Con todos los hombres que había en la fiesta el día anterior, y había tenido que dar con ese. El destino le había jugado una mala pasada. Se había acostado con el padre de su hijo.

Sin embargo, había otra posibilidad: que aquella no fuera realmente su casa, que él fuera un simple invitado de Dionysios Dimitriou y le hubiera dicho que la propiedad era suya para intentar impresionarla. De hecho, hasta era posible que tuviera prisa por marcharse de la isla por ese motivo.

Aún desconcertada, salió de la *suite* y volvió a la cocina, donde él estaba mirando precisamente su teléfono. Ya se oía el distante sonido del helicóptero, acercándose cada vez más. Pero, en ese momento, el hecho de que aquel hombre estuviera ansioso por librarse de ella era la menor de sus preocupaciones.

Al verla, él la miró de arriba a abajo. En otras circunstancias, Tara se habría preguntado si le gustaba o le disgustaba la ropa que había elegido; en esas, se limitó a preguntar:

–¿Eres Dionysios Dimitriou?

Capítulo 3

Dion tardó un segundo en asimilar la pregunta que le acababa de formular. Estaba tan guapa que se acordó de su noche de amor y de lo apasionada que había sido con él. Pero el segundo pasó, y Dion se puso tenso.

–¿Cómo has sabido quién soy?

–Así que es cierto… eres Dionysios Dimitriou.

–Sí, lo soy.

Dion no supo por qué le resultaba tan extraño. De hecho, había llegado a sospechar que ella lo sabía desde el principio. Era un hombre relativamente desconocido en relación con la mayoría de sus pares, pero no dejaba de ser famoso.

–¿Qué importancia tiene eso? –le preguntó.

Ella tragó saliva.

–Toda la del mundo, teniendo en cuenta que eres el hombre que estaba buscando anoche, en la fiesta.

Dion se acordó de que, efectivamente, había dicho algo al respecto, y de que él se había ofrecido a ayudarla.

–¿Y por qué me estabas buscando? –dijo frunciendo el ceño.

–Porque tengo que decirte una cosa.

–¿Cuál?

–Yo… no sé por dónde empezar, la verdad.

Dion se empezó a sentir frustrado. El helicóptero estaba ahora tan cerca que casi no se oían el uno al otro.

–¿No podríamos postergar la conversación hasta que estemos en Atenas?

Ella sacudió la cabeza, y él se maldijo para sus adentros. ¿Qué demonios tendría que decirle? Hasta la noche anterior, no la había

visto en toda su vida. Aunque ahora la conocía de un modo extremadamente íntimo.

–Quédate aquí un momento. Le diré a Antonio que espere.

Él salió de la casa, se dirigió al helicóptero y habló con el piloto, que apagó el rotor del aparato. El silencio posterior duró hasta que Dion regresó a la cocina, cuando ella le dijo, sin preámbulos:

–Me llamo Tara. Tara Simons.

–Ah, muy bien. Ahora conocemos nuestros respectivos nombres.

–Ya sabes que soy de Dublín…

Dion se acordó de su hijo, Niko, que indudablemente se estaría despertando en esos momentos.

–Sí, lo sé, pero… Mira, tengo cosas que hacer, reuniones que…

–Soy la madre de tu hijo –lo interrumpió ella–. O, al menos, creo serlo.

Dion se la quedó mirando atónito.

–¿Cómo sabes que tengo un hijo? Casi nadie se ha enterado todavía.

–Lo sé porque usaron óvulos míos.

Dion sacudió la cabeza, como intentando aclararse las ideas.

–Pero tú no eres…

–¿Qué?

–La persona que elegí. Elegí a una mujer muy parecida a mí.

–Ya sé que no eres la persona que elegiste, pero mírame bien.

Dion la miró de nuevo. Piel pálida, cabello rojo, ojos entre verdes y azules. Alguien le había dicho que los ojos del bebé cambiarían de color al cabo de unos meses, pero ya tenía ocho y seguían siendo iguales.

En cualquier caso, el parecido con Tara Simons era indiscutible.

–Me temo que cometieron un error –continuó ella–. Usaron un óvulo mío en lugar del que habías elegido.

Dion no conseguía encontrar sentido a lo que estaba pasando. Y, entonces, se le ocurrió algo inquietante.

–Has sabido todo el tiempo quién era, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, y el movimiento de sus rojizos mechones lo desconcertó brevemente, haciendo que se maldijera a sí mismo. ¿Cómo la podía desear en ese momento? ¿Cómo podía ser tan débil?

–Me tendiste una trampa. Sabías quién era y me tendiste una trampa, cruzando los dedos para que te encontrara atractiva.

Tara casi se puso verde al oírlo, y él pensó que era una magnífica actriz, porque ahora estaba convencido de que sabía quién era desde el principio y se había entregado a él para sacarle dinero. Algo parecido a lo que había hecho su propia madre.

–No, eso no es cierto en absoluto. Llegué a Atenas ayer, y lo único que sabía de ti era tu nombre y que ibas a estar en esa fiesta. Ni siquiera conocía tu aspecto.

Dion se cruzó de brazos, sin creer nada de lo que acababa de decir.

–Reconozco que has hecho un gran trabajo fingiéndote virgen.

Ella se quedó boquiabierta, y el tono verde de su cara dio paso a un rojo intenso.

–¿Cómo te atreves a decir eso? Era virgen de verdad.

Él bufó.

–¿Esperas que crea que una mujer de…? ¿Cuántos años tienes?

Ella también se cruzó de brazos.

–Eso no es asunto tuyo.

–Déjate de tonterías. Dime cuántos años tienes.

Tara suspiró.

–Veinticinco.

–Veinticinco… ¿Y esperas que crea que seguías siendo virgen a tu edad? De todo lo que has dicho hasta ahora, eso es lo más increíble.

–Pues es cierto, y también lo es que no es asunto tuyo. Eres un hombre despreciable. Y sí, tienes razón, lo de anoche fue un error.

–Yo no he dicho que fuera un error –puntualizó él–. Puede que me arrepienta de haberme dejado manipular por una cara bonita, pero no negaré que fue muy placentero.

Justo entonces, el piloto llamó discretamente a la puerta de la cocina que daba al exterior. Dion abrió, mantuvo una corta conversación con él y se giró hacia Tara:

–Nos tenemos que ir ahora mismo. Se está levantando viento.

Manipulado por una cara bonita.

La frase de Dion había molestado tanto a Tara que estaba a punto de estallar. Y encima, había definido su noche de amor como una cosa simplemente placentera, cuando a ella le había cambiado la vida. Aunque, por otra parte, era lógico que hubiera sido más importante para ella: a fin de cuentas, había perdido la virginidad.

Pero, a pesar de su enfado, no se podía quitar de la cabeza que Dionysios Dimitriou la consideraba bonita; a ella, que no se había sentido guapa en toda su vida. Y en el fondo de su corazón, ardía en deseos de preguntarle si era verdad que le gustaba.

–Iré a buscar mis cosas –dijo con tanta frialdad como pudo.

Tara giró sobre sus talones y fue a buscar su bolso y la bolsa donde había metido los zapatos y el vestido. Aún estaba asombrada con el hecho de que el hombre con el que se había acostado fuera el que estaba buscando; pero, por lo menos, lo había encontrado. Aunque no pareciera ni remotamente inclinado a creerla.

Cuando regresó a su lado, Dion la sacó de la casa y la metió en el helicóptero sin demasiadas contemplaciones. Esta vez, ni siquiera la ayudó a ponerse el cinturón de seguridad, y tuvo que ponérselo sola.

Un minuto después, el aparato despegó y sobrevoló la isla. Sin embargo, Tara estaba demasiado distraída como para admirar la belleza de las casas blancas, las vacías playas de la costa y el mar.

Poco después, divisó el continente y, al cabo de un rato, Atenas. Aterrizaron en el helipuerto de un aeródromo; presumiblemente, el mismo de la noche anterior. Tara vio que había un taxi en la entrada, además de un elegante y caro vehículo, el de Dionysios. Pero supuso que no querría llevarla con él.

–No he creído ni por un segundo que seas la madre de mi hijo –declaró Dion cuando ya estaban en la pista–. Creo que descubriste que tengo un hijo y decidiste engañarme y sacarme dinero.

Tara intentó mantener la calma.

–Estoy casi segura de que soy la madre biológica de tu bebé, y deberías concederme la oportunidad de demostrarlo con un análisis de ADN. Si confirma que soy su madre, tenemos muchas cosas que hablar. Para empezar, por qué estabas anoche conmigo en lugar de estar con él.

Él la miró con rabia.

–Eso no es de tu incumbencia, pero te aseguro que está perfectamente bien –replicó–. En fin, no tengo tiempo para esto. Me tengo que ir. Además, no tienes derecho a exigir ningún análisis de ADN. Si tienes algo más que decirme, dímelo a través de mi equipo de abogados. Su dirección está en la página web de mi empresa… y no te costará encontrarla, teniendo en cuenta que ya me has investigado.

Dion señaló el taxi que estaba en la entrada y añadió:

–Te llevará a donde quieras ir. Ya está pagado. Adiós, señorita Simons.

Luego, dio media vuelta y desapareció en el interior de su vehículo. Tara se quedó mirando el coche hasta que se empezó a alejar, momento en el cual se subió al taxi y dijo al conductor:

–Siga a ese coche, por favor.

Dionysios Dimitriou podría haber acabado con ella, pero ella no había acabado con él.

El taxista se las arregló para seguir al coche de Dion por las calles de Atenas y las frondosas colinas, donde Tara atisbó varias mansiones gigantescas, casi ocultas tras bosques y verjas de hierro. Se parecían bastante a la mansión donde se había celebrado la fiesta de la noche anterior, aunque le pareciera que había pasado un siglo desde entonces.

Por fin, el coche de Dion redujo la velocidad y pasó bajo un particularmente formidable portalón, con altas paredes de piedra a cada lado. Había un guardia en el exterior, pero Tara no se dejó intimidar y pidió al taxista que la dejara un poco más adelante.

Tara esperó a que el taxi y el vehículo de Dion desaparecieran y cruzó la carretera. No tenía ninguna posibilidad de que el guardia la dejara entrar, porque avisaría a Dyonisios y le impediría el acceso. Sin embargo, el muro de la finca no era completamente liso. Las piedras sobresalían aquí y allá, así que tenía sitios donde agarrarse y apoyarse. Pero, cuando empezó a escalar, se dio cuenta de que no podría si no se quitaba las alpargatas.

Se descalzó, dejó las alpargatas en la hierba y lo intentó de nuevo, negándose a pensar en lo que estaba haciendo. Al cabo de unos minutos, había llegado a lo alto y, aunque estaba sudando, se sintió eufórica. Ahora, solo tenía que dejarse caer desde una pared de tres metros de altura a lo que parecían ser unos arbustos impenetrables.

Al pensarlo, soltó un gemido. No, tirarse era demasiado arriesgado; pero había llegado demasiado lejos para echarse atrás, así que estudió detenidamente el problema y empezó a bajar de la misma manera en que había subido, agarrándose y apoyándose donde podía.

Al final, llegó al suelo y empezó a caminar por el pequeño espacio que había entre los arbustos y el muro, hasta que descubrió un hueco por donde pasar. Aliviada, se metió como pudo por él y salió al otro lado.

Sin embargo, la alegría no le duró mucho. Instantes después, oyó el gruñido de un perro y se giró hacia él. Era un animal enorme; pero, por suerte, no estaba suelto, sino refrenado por la correa que agarraba un guardia.

Tara sonrió con debilidad. Al parecer, acababa de perder cualquier posibilidad de que Dionysios la tomara en serio. Pero, para su sorpresa, el guardia no la llevó hacia la entrada de la propiedad, sino hacia la puerta principal de la mansión, que estaba abierta. Y justo allí, delante de ella, estaba Dion, con un bebé entre sus brazos.

Era el bebé más adorable que había visto en su vida, de cabello oscuro, piel cetrina y enormes ojos claros, entre verdes y azules. Sus ojos.

Algo estalló en su interior. Fue un verdadero amor a primera vista. Ya no necesitaba ningún análisis de ADN para saber que ella era su madre.

El bebé la miró justo entonces. Y en lugar de sonreír, empezó a llorar.

–Te he dicho que no quería volver a verte –bramó Dion.

–Tenemos que hablar de esto –dijo Tara, mientras el pequeño seguía llorando–. ¿Se puede saber qué le pasa?

–Elena, la niñera que lo cuida de día, se ha ido por un problema familiar. Además, hoy es fiesta, así que mis empleados tienen el día

libre, incluida mi ama de llaves –explicó Dion–. Y la niñera que se encarga de él de noche no llegará hasta las cinco de la tarde.

–Será que le están saliendo los dientes, porque tiene las mejillas rojas –dijo ella, antes de notar un olor inconfundible–. Y necesita que le cambien los pañales… ¿cuándo le han dado el biberón por última vez?

Dion no dijo nada, y ella adivinó que desconocía las respuestas a todas las preguntas que le había hecho.

–Yo diría que necesitas ayuda –continuó.

Dion siguió en silencio, sin moverse del sitio.

–Oh, vamos, no puedes creer de verdad que orquesté nuestro encuentro. Al menos, deja que lo tranquilice.

–¿Sabes lo que hay que hacer?

–Tengo cuatro hermanos más pequeños que yo, y hasta trabajé en una guardería para ganar algo de dinero extra. Sé bastante más que tú al respecto.

Dionysios asintió a regañadientes y dijo:

–Está bien.

Tara entró en el vestíbulo de la mansión, de fríos suelos de mármol. Solo entonces, se acordó de que estaba descalza y, al ver que Dion le estaba mirando los pies, se sintió en la necesidad de explicarse.

–Me he tenido que quitar las alpargatas para escalar el muro.

–¿Por qué no has dicho al guardia de seguridad que te dejara entrar?

Tara arqueó una ceja.

–¿Habrías permitido que entrara?

Él frunció el ceño y miró el bolso que llevaba encima, porque Tara no lo había dejado junto a las alpargatas. Se lo había cruzado sobre el pecho y había escalado y bajado con él.

–Puedes dejar tus cosas en la silla.

Ella hizo lo que Dion había sugerido y tomó al niño en brazos. Pesaba bastante, y la sorpresa de verse con otra persona hizo que el pequeño dejara de llorar inmediatamente; pero Tara sabía de niños, y supo que, si no actuaba con rapidez, rompería a llorar de nuevo.

–¿Dónde está su habitación?

–Por aquí.

Dion la llevó a la escalera que daba al vestíbulo y subió con ella a la primera planta. Una vez allí, avanzaron por un largo corredor y se detuvieron ante la última de las puertas, que él abrió. Daba a una encantadora *suite* de habitaciones especialmente diseñadas para un bebé. Por lo visto, no había escatimado en gastos.

–¿Cómo se llama? –dijo ella.

–Nikolau… Niko.

Tara puso al bebé en la mesita para cambiar pañales, y se emocionó al volver a mirar sus ojos, idénticos a los suyos.

–Hola, Niko. Encantada de conocerte.

Tara le pasó un dedo por la mejilla, y el pequeño movió sus piernecitas y sonrió.

–¿Puedes ir a buscar un biberón? Seguro que la niñera ha preparado algunos –continuó ella.

Él asintió y se fue. Entonces, ella desnudó al bebé, le cambió los pañales y, a continuación, buscó ropa limpia que ponerle, intentando que la emoción de haber encontrado a su hijo no la sobrepasara. Por fortuna, encontró ropa suficiente para diez bebés.

Ya lo había dejado como nuevo cuando Dionysios apareció en la entrada con un biberón lleno de leche.

–Aquí lo tienes. Estaba en el frigorífico.

Ella lo alcanzó.

–Muy bien. Se lo daré y lo pondré a dormir. Creo que está cansado.

Tara se sentó en una mecedora, con el pequeño entre sus brazos. Después, se aseguró de que la leche no estuviera demasiado fría y le metió la tetina del biberón en la boca. Niko chupó como si no hubiera tomado nada en varias horas, con la vista clavada en ella.

Tara estaba tan emocionada que apenas era consciente del hombre que seguía en la puerta. Había encontrado a su bebé, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario por él.

Dion miraba a Tara con absoluto desconcierto. La contraposición entre la amante de la noche anterior y la mujer que estaba dando el

biberón a su hijo era gigantesca. Seguía pensando que no era la persona que decía ser, pero se empezaba a plantear la posibilidad de que hubiera dicho la verdad.

En cualquier caso, el bebé había dejado de llorar, y lo único que se oía era los rítmicos chupetones que daba al biberón. Tara sería lo que fuera, pero era obvio que Niko la necesitaba en ese momento.

Al cabo de unos minutos, bajó a la cocina y se sirvió un café. La situación que se había encontrado al llegar a su propiedad lo había superado por completo. Por mucho que le disgustara, tenía que reconocer que no se había preparado bien para la perspectiva de tener un bebé en su casa. Pero todo había cambiado desde que Elena lo había acompañado a los Estados Unidos para recoger a Niko.

Ahora tenía que satisfacer necesidades que ni siquiera sabía cómo satisfacer. Y cuando Elena le plantó el bebé en los brazos y salió de la casa, se quedó helado.

–Ya se ha quedado dormido. Estaba agotado.

Al oír la voz de Tara, se giró hacia ella. Su melena estaba algo revuelta, y Dion se acordó inmediatamente de su noche de amor.

–¿No deberías estar con mi hijo?

Ella alzó una mano y le enseñó un dispositivo blanco con varios pilotos de colores.

–Esto es un monitor de bebés. Si se despierta, lo oiré –dijo–. Pero ya que preguntas eso, ¿no deberías haber estado anoche con él?

–Su niñera estaba con él –dijo Dion, sintiéndose culpable–. Tiene las mejores cuidadoras que pueda tener, y las tiene veinticuatro horas al día.

Ella sacudió la cabeza.

–¿Quién diablos hace eso? ¿Quién compra un bebé y se lo deja a sus empleados?

Dion apretó los dientes. No le gustaba nada que le hablaran de esa manera.

–No tienes derecho a juzgar mis motivos para querer tener un hijo. A Niko no le faltará nunca nada.

–Salvo una madre, claro.

Dion perdió la paciencia con ella.

–¿Una madre? La mía me tuvo para poder extorsionar económicamente a su rico amante. ¿Y sabes lo que hizo cuando el dinero se acabó? Dejarme en los escalones de un orfanato y marcharse. Pero sobreviví y prosperé. Soy la prueba viviente de que no son siempre lo mejor para sus hijos.

Tara lo miró con ojos desorbitados, atónita con lo que acababa de oír.

–Siento mucho lo que te pasó. Es horrible… Pero ¿dónde estaba tu padre?

–Casado con su propia familia, por así decirlo. Yo no le interesaba.

–Oh, Dionysios… lo lamento muchísimo, en serio. Ningún niño debería pasar por una situación tan cruel.

Para fascinación y horror de Dion, los ojos de Tara se llenaron de lágrimas, y a él se le hizo un nudo en la garganta.

–No me llames Dionysios. Es como me llamaba mi madre. Prefiero Dion.

Tara parpadeó y asintió.

–Como quieras… Dion.

Él carraspeó entonces, extrañamente emocionado.

–Supongo que debería darte las gracias por haber conseguido que Niko se quede dormido. Y por encontrar un punto débil en mi sistema de seguridad.

–Siento haber saltado el muro, pero sabía que no me dejarías entrar.

–Parece que te llevas muy bien con él, con Niko.

Ella se encogió de hombros.

–Los bebés son bastante fáciles. Comen, duermen y hacen sus necesidades. Si les das lo que necesitan, suelen estar contentos.

Él no dijo nada.

–Sé que es mi hijo, Dion –continuó Tara–. De hecho, es prácticamente igual que mi hermano Daniel cuando tenía su edad. Es el único de la familia que tiene el pelo de color oscuro. De hecho, le tomábamos el pelo diciendo que debía de ser hijo del cartero.

Súbitamente, Tara se ruborizó y añadió:

–Discúlpame. A veces soy incapaz de dejar de hablar. ¿Te importaría darme un vaso de agua, o algo así?

Dion se sintió avergonzado por haber olvidado sus modales. Fuera quien fuera realmente aquella mujer, merecía un poco de educación.

–Sí, por supuesto –contestó–. Y, de paso, sacaré algo de comer, porque imagino que tendrás hambre.

Dion sacó la bandeja que el ama de llaves le había dejado en el frigorífico. Tenía fruta, bollería variada y yogur. Luego, buscó un plato, una servilleta y unos cubiertos y lo dejó todo en la mesa, al otro lado de la cocina.

–Siéntate, por favor.

Ella se sentó y dejó el monitor del bebé a un lado.

–¿Te apetece un café?

Tara asintió y alcanzó un *croissant* de la bandeja.

–Sí, por favor. Gracias.

Dion le sirvió una taza y se la dio. Ella echó un trago y dijo:

–Has mencionado que nadie sabe aún lo de Niko. ¿Puedo preguntar por qué?

Dion estuvo a punto de decirle que no era asunto suyo, pero podía darle otra vez esa contestación.

–No es que no se lo quiera contar nadie. Es que todavía no he tenido tiempo de anunciarlo –respondió–. Quería pasar una temporada con él antes de que los medios de comunicación se vuelvan locos con el asunto.

–¿Volverse locos? Dudo que un niño de seis meses les interese tanto.

Dion frunció el ceño. Era obvio que Tara no entendía la situación; no comprendía que, siendo quien era él, la prensa haría un montón de preguntas sobre por qué había elegido tener un hijo por su cuenta. Y si empezaban a investigar, cabía la posibilidad de que descubrieran lo que le había pasado a él en su infancia.

En un intento de desviar su atención, preguntó:

–¿En qué trabajas?

–De momento, en nada. Acabo de salir de la universidad.

–¿A los veinticinco años?

Ella se ruborizó.

–Ten en cuenta que estudiaba y trabajaba al mismo tiempo. Y, en esas circunstancias, sueles tardar más que el resto de los alumnos.

–¿Y qué carrera has hecho?

–La de aparejadora.

Dion la miró con sorpresa. No esperaba esa respuesta.

–¿Aparejadora? ¿Y eso?

–Mi padre era arquitecto. Cuando era pequeña, solía ir con él a las obras, y siempre estaba fascinada con los aparejadores, porque parecían ser los únicos que tenían una idea clara de todos los aspectos del edificio que se estaba construyendo. Me encantaba su forma de fundir lo creativo con lo práctico.

Dion se quedó estupefacto con ella. Más que nada, porque apreciaba a la gente que afrontaba las cuestiones profesionales de un modo pragmático.

–Has dicho que tienes hermanos…

–Sí, en efecto.

–¿Cuántos?

–Cuatro. Daniel, Mary, Lucy y Oisin.

–¿Oisin?

–Sí, de Osheen, un nombre irlandés. Significa cervatillo.

–Una familia grande, sin duda.

Dion no alcanzaba ni a imaginar lo que se sentiría a tener una familia con tantos miembros. Él solo había tenido a su madre, hasta que dejó de tenerla. Y ni siquiera se acordaba bien de aquellos años, porque ella no le solía prestar demasiada atención.

–Supongo que sí –respondió Tara.

–Y dime… ¿por qué donaste óvulos? ¿Por dinero?

Capítulo 4

Tara lo miró con desconcierto.

–No, no fue lo que te imaginas. No doné óvulos a nadie. Solo quería que estuvieran allí para usarlos en un futuro.

Él frunció el ceño al otro lado de la mesa.

–¿Para usarlos en un futuro? ¿Es que tienes problemas de fertilidad?

Ella sacudió la cabeza.

–No, no tengo ninguno. O, al menos, no creo tenerlos.

–Pues no lo entiendo.

–No hay mucho que entender. Muchas mujeres congelan sus óvulos en la actualidad, porque nos da opciones que de otro modo no tendríamos. A diferencia de los hombres, no podemos procrear toda la vida.

–Sí, soy consciente de ello –dijo él.

Tara suspiró. No quería dar explicaciones, pero, si quería tener una relación buena con el padre de su hijo, debía saber algo de su vida.

–Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años. Se mataron en un accidente de tráfico, por culpa de un individuo que conducía en dirección contraria.

–Lo siento mucho, Tara.

–Sí, bueno, fue algo terrible. Pero, cuando murieron, yo me tuve que hacer cargo de mis hermanos, porque era y soy la mayor.

–¿Te dejaron que cuidaras de ellos? ¿Con dieciséis años?

–Técnicamente, los tutores eran la hermana de mi madre y su marido. Vivían cerca de nosotros, así que seguimos en la misma casa. Yo me ocupaba de los problemas diarios, y ellos nos supervisaban y se aseguraban de que tuviéramos dinero suficiente.

–¿Mientras estabas en el instituto?

Tara asintió.

–Tuve que dejarlo un par de años. Esa es la razón de que terminara tan tarde la carrera, además de lo que ya te he dicho. Aunque mis tíos nos ayudaran, tenía que estar con mis hermanos.

Él la miró con intensidad y dijo:

–Hiciste algo admirable.

–No tenía elección. Y, si la hubiera tenido, habría hecho lo mismo de todas formas –le confesó Tara–. Adoro a mis hermanos, y necesitaban estabilidad.

–Así que decidiste asumir la responsabilidad…

–Supongo que sí. Pero, en fin, ese es el motivo de que congelara mis óvulos. Mi hermana trabajaba en la clínica en cuestión, y fue ella quien me dio la idea. Me gustaba pensar que, si los tenía congelados, podía tener hijos más adelante, cuando yo quisiera. He sido madre y padre de mis hermanos y hermanas, y sé lo duro que es cuando eres muy joven. Quería estudiar y terminar la carrera antes.

–¿Tu hermana trabaja en esa clínica? –preguntó él de forma extraña.

Tara entrecerró los ojos, preguntándose qué estaría pensando.

–Sí, en efecto.

–¿Lo que ha pasado es culpa suya?

–No, en absoluto –replicó Tara con vehemencia–. Ella se limitó a informarme de lo que había pasado.

–Pero, si lo que dices es cierto, los responsables de esa clínica han cometido un error tremendo –afirmó él.

–Desde luego que sí, pero ya no se puede hacer nada.

–¿Cómo que no? Los puedo denunciar.

Tara se quedó helada.

–No, por favor. Si presentas una denuncia, mi hermana perderá su empleo. Además, los trabajadores de esa clínica ayudan a cientos de parejas.

–Han sido negligentes. ¿Quién sabe cuántos errores más han cometido? Esa clínica no debe seguir abierta.

Tara sintió pánico.

–Mira, hasta que hagamos un análisis de ADN, ni siquiera estaremos seguros de que Niko sea hijo mío, así que tampoco lo estaremos de que efectivamente se haya cometido un error. Y ahora que he visto al bebé, no voy a volver a Atenas hasta que salgamos de dudas. Supongo que tú también quieres saberlo, ¿no?

Dion se puso tenso, y Tara se dio cuenta de que estaba tentado de contestar negativamente a su pregunta, de afirmar que le daba igual.

–Si quieres, me puedo quedar aquí, cuidando de Niko –añadió, en un esfuerzo por tranquilizarlo.

Dion la miró como si eso fuera la última cosa que deseaba. Sin embargo, era obvio que Niko se iba a despertar en algún momento, y también lo era que él no estaba en posición de negociar.

–De acuerdo. ¿Dónde están tus cosas? ¿Dónde te alojas?

Ella le dio el nombre del hotel, y él arqueó una ceja. Evidentemente, sabía que no estaba en uno de los mejores barrios de la ciudad.

–Hablaré con mi ayudante y le pediré que busque una niñera nueva, para que sustituya a Elena hasta que pueda volver. Pero supongo que tiene sentido que traigas tus cosas aquí. Si vas a cuidar de Niko, será lo más práctico. Además, la casa tiene habitaciones de sobra.

Tara se sintió aliviada. Dion había decido, aunque solo fuera porque la necesitaba.

–En ese caso, llamaré un taxi e iré a buscar mis pertenencias.

Dion sacudió la cabeza.

–No, tú tienes que quedarte con el bebé. Si me das el número de tu habitación, enviaré a alguien al hotel, recogerá tu equipaje y pagará la cuenta.

–No, no, yo…

–Déjalo en mis manos, Tara.

–No hay necesidad de que pagues nada. Tengo dinero –dijo ella orgullosa.

–Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta que me vas a ayudar con Niko –alegó Dionysios.

Tara pensó que tenía razón, pero preguntó:

–¿Y la prueba de ADN?

–Tu presencia aquí me ha hecho dudar de todo el asunto. Yo también quiero saber lo que ha pasado. Quiero saber si eres lo que dices o me estás engañando.

–Yo no te estoy engañando –dijo ella apretando los puños–. Tengo cosas mejores que hacer, como buscar un empleo. Ni siquiera tenía intención de ser madre tan pronto. De hecho, era lo último que quería.

–¿Insinúas que te marcharás aunque se demuestre que Niko es hijo tuyo?

Tara se sintió inmensamente frustrada.

–No, no estoy insinuando eso. Si Niko es hijo mío, no le daré la espalda en ningún caso, bajo ninguna circunstancia.

Dion resopló y dijo con sorna:

–Creeré eso cuando lo vea.

–No voy a abandonar a mi hijo –insistió ella.

Niko la miró durante unos segundos y, a continuación, le volvió a pedir los datos del hotel. Pero, justo entonces, se oyó un sollozo en el monitor.

–Oh, vaya, será mejor que suba a su habitación –dijo ella.

Tara se levantó y le dio los detalles del hotel rápidamente.

–Estaré aquí, trabajando en el despacho de la casa –le informó Dion entonces–. Huelga decir que no te voy a dejar a solas con mi hijo.

Tara se mordió la lengua y guardó silencio, aunque tampoco sabía lo que podría haber dicho. Estaba tan alterada que no podía pensar con claridad; porque, si Niko era hijo suyo, su vida estaba a punto de cambiar radicalmente.

Pero, de momento, solo podía hacer una cosa, y la hizo: alzar la barbilla y salir de allí con tanta dignidad como pudo, descalza.

Al cabo de un par de horas, cuando Dion ya había hecho varias llamadas telefónicas y mantenido un par de reuniones virtuales con su equipo, fue a buscar a Tara y al pequeño. Había alertado a los

guardias, para asegurarse de que su invitada no intentara escapar o hacer alguna estupidez.

Cuando llegó a la *suite* de su hijo, descubrió que Tara se había sentado en el suelo, con el bebé entre sus piernas. Se había recogido el pelo en una coleta y estaba jugando con Niko, que reía sin parar, encantado.

–Oh, espero no haberte molestado con el ruido –dijo ella al verlo.

–No, qué va, mi despacho está al otro lado de la casa. Pero supongo que tienes que comer en algún momento. ¿Vamos a la cocina?

El estómago de Tara gruñó entonces, y ella se ruborizó de nuevo.

–De acuerdo. De todas formas, quiero ver las rutinas de la alimentación de Niko. Con la edad que tiene, imagino que sus niñeras le habrán empezado a dar comida sólida.

Ya en la cocina, Dion sacó la ensalada, la carne fría y el pan que le había dejado el ama de llaves y llevó a Tara al lugar donde estaba la comida del bebé.

–Hum. Hay puré de verduras –dijo ella–. Le podemos dar un platito, complementarlo con el biberón y ponerlo a dormir.

Dion echó un vistazo al reloj.

–La niñera del turno nocturno llegará en un par de horas. Dijo que vendría antes de lo habitual, para echar una mano.

Tara asintió y fue a buscar al pequeño, con quien regresó minutos después. Por supuesto, Niko lo manchó todo cuando se puso a comer, y ella se sintió en la necesidad de disculparlo.

–Lo siento. Los bebés no suelen ser muy limpios con estas cosas.

–No te preocupes por eso –dijo él, comiendo mientras hablaban.

–Por cierto… ¿por qué quisiste tener un hijo por tu cuenta?

Dion se encogió de hombros.

–Porque me gustaría dejar mi negocio a alguien.

–Eso no explica que quisieras tenerlo solo, sin una madre.

–Tara, no siento el menor deseo de tener una relación con alguien.

–¿Por qué no? ¿Es que no te gustan las mujeres? ¿Es por lo que te hizo tu madre?

–¿Que si no me gustan las mujeres? No sé cómo puedes preguntar eso, después de lo de anoche –contestó él.

Ella se volvió a ruborizar.

–Mira, respeto mucho a las mujeres –continuó Dion–, pero decidí hace tiempo que no quiero estar con nadie. Niko tendrá todo lo que necesite en su vida, empezando por amor y seguridad. No se encontrará en la situación en que me encontré yo, abandonado por su madre y rechazado por su padre.

Mientras Dion hablaba, Niko se había empezado a frotar los ojos, manchándose la cara con puré. Tara limpió al niño y dijo:

–Está cansado. Le cambiaré de ropa, le daré el biberón y lo acostaré.

–De acuerdo. Pero, antes de que te vayas, tus cosas ya están en la casa. Las han puesto en la *suite* que está junto a las habitaciones de Niko. He dejado la puerta abierta, para que la encuentres con facilidad. Y esta noche vendrá uno de los enfermeros de mi médico, para tomaros muestras de ADN y hacer los análisis oportunos.

–Guau, qué rapidez… Muchas gracias.

–Descansa cuando Niko se haya quedado dormido. Debes de estar agotada.

Ella se ruborizó por enésima vez, y Dion se volvió a quedar desconcertado, porque las reacciones lo desarmaban por completo. Sin embargo, eso no era lo importante. Tenía que salir de dudas, saber si efectivamente era la madre de Niko. Si había mentido, no supondría ningún problema: la subiría a un avión y la enviaría a Atenas al instante; pero, si había dicho la verdad, las cosas serían más complicadas.

Tendría que averiguar qué buscaba exactamente. Y qué hacer para no perder el control de la situación, porque empezaba a perder el control de sus hormonas.

Cuando Niko se quedó dormido, Tara se fue a la *suite* que Dion le había indicado. El dormitorio resultó ser enorme, luminoso y alegre. Tenía un cuarto de baño con todos los productos que se pudiera desear, y un vestidor donde descubrió su escaso equipaje.

Tras desnudarse, se puso unos vaqueros y una camiseta y dejó lo demás en lo que parecía ser el cesto de la ropa sucia. Luego, se

tumbó en la cama y se puso a pensar en su hijo y en su nueva situación vital; pero estaba tan cansada que se le cerraron los ojos.

–¿Tara?

Tara se despertó al oír la voz de Dion, que estaba en la puerta.

–¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Es Niko? ¿Se ha puesto a llorar y no lo he oído?

–No, no, tranquila. María, la niñera nocturna, ya ha llegado. Está con él, abajo.

–Ah… lo siento, me he quedado dormida.

–El enfermero ya ha tomado una muestra a Niko. Solo faltas tú.

–Sí, claro, por supuesto.

Tara se levantó, se puso unas zapatillas y siguió a Dion por los corredores y escaleras de la impresionante mansión, hasta que llegaron a la zona donde estaba su despacho. Un joven de bata azul los estaba esperando.

Tara se sentó y dejó que el joven le metiera un palito en la boca. Dion se quedó de pie, en una esquina, con los brazos cruzados. Luego, el enfermero guardó el palito en una bolsa, se despidió y se marchó, dejándolos a solas.

–Tendrán los resultados mañana –anunció él.

–¿Tan rápido?

Él asintió y miró su reloj.

–Tengo un compromiso esta noche. Cuando tengas hambre, ve al frigorífico y come lo que quieras. El ama de llaves te habrá dejado algo, así que solo tendrás que calentarlo. Yo suelo comer fuera.

–¿Incluso ahora? ¿Con Niko en la casa?

Dion suspiró.

–Mi forma de criar a Niko no es cosa tuya.

–No, pero lo será cuando se demuestre que yo soy su madre.

–Pues ya afrontaremos ese problema cuando se presente, si se presenta.

Obviamente, Dion seguía esperando que la prueba de ADN fuera negativa, para poder quitársela de encima de una vez por todas. El ambiente que se había creado entre ellos no podía ser más distinto al de la noche anterior, cuando Tara se había rendido a su implacable ejercicio de seducción. Aunque, en realidad, no se podía decir que

hubiera tenido que seducirla: un simple beso, y se había dejado llevar a una remota isla en un helicóptero.

–En fin, bajaré y hablaré con María.

Tara dio media vuelta y salió del despacho a toda prisa, para que él no se diera cuenta de lo mucho que le habían afectado sus palabras.

María resultó ser una joven encantadora de cabello oscuro y, tras intercambiar unas palabras con ella, se concentró en Niko e intentó olvidar lo demás. Sí, su vida había cambiado por completo, y cambiaría más al día siguiente, cuando tuvieran los resultados de la prueba.

Dion estaba enfadado y agotado cuando volvió a la casa. Se quitó la corbata y se desabrochó los botones superiores de la camisa. Había estado distraído toda la noche. Cabía la posibilidad de que Tara fuera un caballo de Troya, pero no podía dejar de pensar en ella. Su noche de amor había sido un soplo de aire fresco.

Al acercarse a la zona de los dormitorios, oyó sollozos de bebé y vio que una mujer abría una puerta que daba a la habitación de Niko. Solo la vio un instante, pero supo que no era María, porque conocía a la perfección ese cuerpo, y lo deseaba con toda su alma.

Justo entonces, María apareció en el corredor, en pijama, y se sobresaltó al verlo.

–Lo siento, no te quería asustar.

Tara reapareció al instante.

–No te preocupes, María. Estaba despierta, viendo una película. Acuéstate… ya me encargo yo de Niko.

La niñera miró a Dion con preocupación; pero, tras un momento de duda, él asintió y dijo:

–Tara tiene razón. Acuéstate, María.

María se fue, y Dion siguió a Tara a la *suite* del pequeño, que estaba prácticamente a oscuras.

–Estaba en el saloncito, viendo la televisión. Espero que no te importe.

–No, claro que no.

–¿Has cambiado alguna vez unos pañales?

Dion sacudió la cabeza, perplejo. No esperaba esa pregunta.

–Me temo que no.

–¿Quieres probar?

Dion era un hombre acostumbrado a enfrentarse a adversarios terribles y a negociar acuerdos por valor de miles de millones de euros, pero sintió pánico ante la perspectiva de cambiar unos simples pañales. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

–Claro que sí.

Tara tumbó a Niko en la mesita y lo empezó a desnudar, dando explicaciones a Dion mientras le quitaba la ropa. El intenso olor del contenido de los pañales llegó a la nariz del padre del pequeño, que puso cara de asco. Y Niko rompió a reír.

–Cree que eres gracioso –dijo Tara.

Dion se acercó a su hijo, que no le quitaba la vista de encima. Tara retiró los pañales sucios, limpió al pequeño y dijo:

–Bueno, ha llegado el momento. Inténtalo.

Dion alcanzó los pañales limpios y se los puso, siguiendo las instrucciones que ya le había dado y las que dio durante el proceso. Curiosamente, Niko guardó silencio todo el tiempo, como si supiera que estaban dando una lección a su padre.

Cuando Dion ya había terminado, Tara alcanzó al pequeño y se lo plantó entre los brazos.

–No tengas miedo de sostenerlo. Los bebés no son tan frágiles como parecen –dijo ella–. Encárgate de él mientras voy a buscar un biberón a la cocina.

Tara se fue, y Dion apretó a Niko contra su pecho, con la pequeña cabeza apoyada entre el codo y el hombro. Su hijo se acurrucó contra él y se quedó muy quieto. Fue un momento desconcertante para él, porque la idea de ser padre, de tener un heredero, había sido puramente abstracta; no se lo había planteado como algo físico, real.

Sin embargo, ahora era muy real, la vulnerabilidad del niño hizo que se sintiera avergonzado. No se le había ocurrido que un hijo era un ser humano, y que iba a necesitar bastante más que dos niñeras trabajando a destajo mientras él edificaba un imperio.

Aún estaba dando vueltas a ese asunto cuando Tara regresó.

–Toma, sostenlo tú –dijo él–. No quiero que llore por mi culpa.

Tara se quedó con el niño, pero dijo:

–Pues a mí me parece que está encantado contigo. Además, se está quedando dormido, así que no se daría cuenta de nada.

–Los resultados del análisis de ADN llegarán mañana por la mañana –dijo él de sopetón.

Ella se sentó en la mecedora, con Niko entre los brazos.

–Me alegro. Así sabremos cómo proceder.

Dion no lo habría admitido nunca, pero tenía la sensación de que la noticia que iban a recibir al día siguiente no contribuiría a restaurar su equilibrio emocional perdido.

Más bien, a todo lo contrario.

Capítulo 5

Tengo los resultados aquí. ¿Quieren saber lo que dice?

Tara estaba sentada en un sillón del despacho, tensa. Dion estaba junto a la ventana, con las manos a la espalda. La voz del médico sonaba desde el teléfono de la mesa.

–Sí, por favor –respondió Dion.

El médico carraspeó y dijo:

–Según el informe, hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que Tara Simons sea la madre de Niko.

–¿Estamos seguros de eso? ¿No es posible que se haya cometido un error? –preguntó Dion.

–Bueno, podemos repetir la prueba o, si lo prefieren, hacerla en otra clínica, pero creo que descubrirían que…

–No, no se moleste, doctor –lo interrumpió Dion–. Gracias por su tiempo.

Niko cortó la comunicación, y Tara dijo, sin poder ocultar lo herida que se sentía:

–No quieres que sea su madre, ¿verdad?

Él clavó la vista en ella. Sus ojos estaban muy oscuros, sin el menor atisbo de dorado.

–No es nada personal. Es que no esperaba que las cosas salieran así. No quería tener una relación con la madre.

–Pues yo me alegro de que Niko tenga una. Y no solo por mí, sino porque también tendrá una familia entera en Irlanda… tíos, tías y hasta primos algún día. ¿No lo habías pensado?

–No –admitió él–, pero pareces dar por sentado que la vida de Niko se cruzará con la de tus familiares.

–¿Que se cruzará? No estas hablando de calles, Dion.

Los dos se miraron durante unos segundos, hasta que él rompió el silencio.

–Imagino que querrás volver a tu casa. Si quieres, te puedo organizar el viaje.

–¿Por qué querría irme? ¡Mi hijo está aquí!

–Porque tienes una carrera a la que volver. Y tienes a tu familia.

–Aún no he conseguido un empleo en lo mío y, por primera vez en mi vida, mi familia no depende de mí para todo. Ahora son adultos.

–Bueno, pues ¿qué propones?

Tara se sintió acorralada, bajo presión.

–Todavía no lo sé. Solo sé que no quiero dejar a Niko.

En realidad, Tara no estaba pensando solo en Niko al decir eso. Tampoco quería dejar a Dion. Por obtuso y frío que fuera en ese momento, había algo en él que le gustaba de un modo visceral, incluso más allá de lo físico.

–Me dijiste que congelaste tus óvulos porque no querías tener hijos siendo demasiado joven. ¿Cuánto tiempo tardarás en estar resentida con él por haberte robado tu libertad?

Tara sacudió la cabeza.

–No, no, hice lo que hice porque la opción estaba disponible y porque me pareció que tenía sentido. Pero esa no es la única razón de que congelara mis óvulos. También los congelé porque no estaba segura de poder quedarme embarazada con facilidad.

–Tienes cuatro hermanos… dudo que tu fertilidad sea un problema.

–Quizá, pero podría serlo a pesar del historial de mi familia. Y, como ya te dije, las mujeres solo podemos tener hijos hasta una edad determinada.

Él asintió.

–Sí, eso es cierto. Sin embargo, eso no asegura que no acabes dando la espalda a Niko para poder retomar tu vida.

–Mira, reconozco que esto no es lo que había planeado, pero las cosas no salen siempre como se quiere. Ahora tengo un hijo, y estoy decidida a darle el mismo amor que mis padres me dieron a mí. Puedes estar seguro de que nunca le daré la espalda. Y si tengo que trabajar y vivir aquí para estar a su lado, trabajaré y viviré aquí.

Dion entrecerró los ojos, y el corazón de Tara se desbocó.

–Esa clínica cometió un error muy grave. Los voy a denunciar.

–No los denuncies, por favor. Lo que pasó no es culpa de Mary, pero esa denuncia podría hundir la clínica, y ella perdería su empleo.

–Seguro que no somos las únicas personas que se han encontrado en una situación así por culpa de unos incompetentes, Tara.

Ella tragó saliva. Dion tenía razón.

–Puede que haya un modo de informarles sobre el error que han cometido sin llegar al extremo de denunciar a la clínica. Estoy dispuesta a hacer lo que sea, pero no los denuncies.

Dion la miró sin decir nada durante unos segundos, y Tara, que nunca había dado demasiada importancia a su aspecto físico, se sintió intensamente consciente de que llevaba una vulgar coleta en el pelo y los mismos vaqueros del día anterior, aunque se hubiera puesto una camiseta limpia. Debía de parecer una universitaria desarreglada.

–María está haciendo turno doble, como ya sabes.

Tara se limitó a asentir.

–Antes de que llamara el médico para darnos los resultados, hablé con Elena. Tenía que volver dentro de unos días, pero ha dimitido. Al parecer, sus circunstancias impiden que siga trabajando para mí.

–Ah.

–Así que tengo un problema.

–No tienes ningún problema. Soy su madre, y estoy contigo.

Él apretó los dientes.

–Bueno, necesito a alguien hasta que sustituya a Elena. Y puede que quedarte aquí te dé la posibilidad de reflexionar sobre tus prioridades y replantearte la situación.

–No necesito replantearme nada.

–Por supuesto, recibirías un sueldo por tu trabajo –dijo él, como si no hubiera escuchado lo que Tara acababa de decir.

–¿Un sueldo? No voy a recibir un sueldo por cuidar de mi hijo –replicó ella indignada.

Dion se encogió de hombros.

–Como quieras.

Tara suspiró y se hundió en el asiento donde estaba sentada. Al final, se iba a quedar; por lo menos, temporalmente.

–¿Estás bien? ¿Te pasa algo? –preguntó Dion.

Tara lo miró con una sonrisa trémula en los labios.

–Sí, es que estoy muy contenta con la noticia que nos ha dado el médico.

–Comprendo… –dijo él–. En fin, hoy tengo que ir a la oficina. Siéntete como si estuvieras en tu casa. Mis empleados llegarán en cualquier momento. Thea, mi ama de llaves, te dará lo que necesites. Yo volveré esta noche.

Dion se acercó a la mesa, apuntó algo en un papel y se lo dio.

–Toma, es mi número de teléfono personal. Por si necesitas hablar conmigo.

Tara alcanzó el papel y soltó una absurda risita.

–¿De qué te ríes? ¿Qué tiene esto de gracioso?

Ella sacudió la cabeza, nuevamente seria.

–Nada. Pero, pienses lo que pienses al respecto, puede que sea bueno que Niko tenga a su madre a su lado.

Tara se fue rápidamente, porque no se quería arriesgar a que el mal humor de Dion estropeara el suyo. Iba a pasar el día con su hijo. Tendría la oportunidad de conocerlo mejor. Y no quería pensar en que su padre la quería lejos de su vida.

Dion estuvo pensando todo el día en Tara y, cuando regresó a la casa, la tenía tan metida en sus pensamientos que se excitó al verla en el saloncito de la *suite* de Niko. Llevaba una bata corta que dejaba ver sus desnudas piernas y, a pesar de la escasa luz, su pelo le pareció tan rojo como siempre.

Disgustado por pensar en ella antes que en su hijo, preguntó:

–¿Está Niko bien?

Tara se giró, sobresaltada.

–¿Podrías dejar de hacer eso?

–¿Hacer qué?

–Entrar sin avisar.

Tara llevaba el monitor del pequeño en la mano, pero eso no fue lo que llamó la atención de Dion. La bata se le había entreabierto y, aunque llevaba una camiseta debajo, la curva de sus pechos se veía con toda claridad.

–Niko está bien –continuó ella–. Se ha quedado dormido hace un momento.

Dion se apoyó en una pared, dominado por el deseo. A pesar de lo que había sucedido durante los dos últimos días, sentía la necesidad imperiosa de volver a conectar con aquella mujer, de descubrir qué había en ella para que él perdiera el control de ese modo.

–¿Por qué me miras así? –preguntó Tara.

Dion nunca había sido un hombre que se anduviera por las ramas y, por supuesto, su contestación no pudo ser más directa.

–Porque aún te deseo.

Tara abrió la boca y la volvió a cerrar, atónita.

–Yo…

–¿Sí?

–No esperaba que dijeras eso.

–Lo de la otra noche fue algo único para mí, Tara, algo sin precedente alguno. Te dije que no volvería a pasar, pero me estaba mintiendo a mí mismo. Habría hecho lo que fuera por acostarme contigo otra vez.

La confesión de Dion la dejó completamente sorprendida. Daba por sentado que lo que había pasado entre ellos había sido un simple divertimento para él. Ni siquiera se le había ocurrido que aún la deseara.

–Pero… no podemos…

–¿Por qué no? Somos dos adultos que se gustan.

–No lo dudo; pero, hasta este momento, pensaba que lo nuestro había sido cosa de una sola noche.

Él sacudió la cabeza.

–Pues no es verdad. Te deseo más de lo que he deseado nunca a ninguna mujer.

Tara casi no conocía a Dion, pero tuvo la seguridad de que estaba hablando en serio. Y su corazón se aceleró de nuevo cuando se

obligó a decir, contra sus propios deseos:

–No creo que sea buena idea. Hay demasiadas cosas entre nosotros.

–¿Y qué? Seguro que podemos trazar una línea y mantener separadas esas cosas. Ya sabes que no tengo ningún interés en mantener una relación amorosa.

Ella soltó una carcajada sin humor.

–Sí, lo dejaste bastante claro al decidir ser padre soltero.

–Efectivamente. Pero los dos sabemos a qué estamos jugando, así que nadie engañará a nadie. Además, tú misma has dicho que no te vas a ir a ninguna parte.

–Desde luego que no. Quiero estar con mi hijo.

–Entonces, ¿por qué no dejamos que lo que sentimos siga su curso, por así decirlo? Por lo menos, no quedarán cabos sueltos cuando nos vayamos por caminos separados.

–¿Ah, no? Te olvidas de Niko. Y es un cabo suelto bastante permanente.

–Tara, seguro que llegamos a un acuerdo. No voy a impedir que formes parte de su vida. Tenías razón al decir que necesita una madre.

–Por supuesto que la tenía, y también tengo mis derechos. Voy a estar con él para siempre.

–¿Para siempre? Nadie sabe lo que puede pasar. ¿Por qué no nos concentramos en lo que tenemos, en el presente?

Tara no dijo nada.

–Sé que me deseas –prosiguió Dion.

A ella le habría gustado negarlo, pero ¿cómo lo iba a negar cuando las rodillas se le doblaban y estaba deseando que la besara de nuevo?

–Niko… –dijo con debilidad.

–Niko está dormido en la habitación contigua. Y tenemos el monitor.

Tenemos. Dion lo había dicho en plural, no en singular. Y antes de caer en el pozo de sus confusos pensamientos, intentando dilucidar qué significaba ese plural, Tara se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

Dion la tomó de la mano y la llevó a su dormitorio, donde las bajas lámparas proyectaban doradas manchas de luz. Luego, cerró la puerta, se hizo cargo del monitor del bebé y lo dejó encima de una cómoda. Tardó poco en quitarse la chaqueta y, acto seguido, se desabrochó la camisa y se despojó también de ella, mostrando a Tara su ancho y musculoso pecho.

Al verlo, ella lamentó no llevar algo más *sexy*, como un fino salto de cama de encaje.

–Necesito probarte –dijo él.

Dion le puso una mano en las mejilla y la empezó a besar. Ella se dejó llevar, tentativamente al principio y, luego, con más intensidad, explorando, jugando.

Poco después, llevó las manos a sus hombros y le quitó la bata. Lo único que llevaba debajo era una camiseta y unos pantaloncitos cortos, sin adorno alguno; y Tara se sintió avergonzada y bajó la cabeza.

–No hagas eso. Eres preciosa.

Tara se preguntó cómo era posible que un hombre que básicamente había comprado un bebé le dijera cosas como esa y la hiciera sentir la mujer más bella del mundo. Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntarse nada más, porque Dion le quitó la camiseta a continuación y la dejó en braguitas.

El apasionado beso posterior acabó con todas las inhibiciones de Tara, que ya no pensaba en otra cosa que no fueran las maravillosas sensaciones que Dion despertaba en ella. Y cuando la tumbó en la cama y la liberó de la única prenda que aún los separaba, alzó las caderas sin vergüenza alguna. Estaba hambrienta de sexo.

Pero Dion no la tomó entonces. Se quedó de pie, devorándola con la mirada.

–Dion, por favor…

–¿Qué, *gattina*?

–¿Qué significa eso?

–Gatita –contestó él–. ¿Quieres que te toque?

Ella asintió.

–Sí, por favor.

Dion sonrió con malicia.

–Eres tan educada… ¿cómo me podría negar?

Dion se inclinó sobre ella, llevó la boca a uno de sus senos y empezó a lamer, succionar, mordisquear suavemente. Le había metido una mano entre las piernas, y la combinación de sus atenciones la excitó de tal modo que llegó al orgasmo poco después.

Cuando recuperó el aliento y abrió los ojos, Dion la estaba mirando con ojos brillantes.

–Eres increíblemente receptiva. Eres la mujer más *sexy* con la que he estado.

Tara abrió la boca para decir algo, pero no pudo. La había dejado sin palabras. Y siguió callada mientras él alcanzaba un preservativo y se lo ponía, abrumándola con la escena. Había olvidado lo majestuoso que era.

Luego, se puso encima de ella y la penetró con una suave y contundente acometida que le arrancó un grito ahogado.

–¿Estás bien?

Tara asintió y clavó la vista en sus ojos como si fueran un ancla que la mantenía en la realidad. Él se empezó a mover entonces, y ella le puso las manos en los hombros, alzó las caderas y cerró las piernas alrededor de su cintura, obligándolo a entrar más.

Dion protestó en voz baja, y Tara disfrutó unos instantes de la sensación de tener poder sobre él. Pero su júbilo duró muy poco, porque Dion retomó el control rápidamente y la empezó a arrastrar hacia el clímax.

–No te resistas, Tara… Déjate llevar. Te necesito.

Tara no se resistió. Jadeante, cayó al precipicio del placer sin tener nada a lo que agarrarse, entre convulsiones, dominada por las oleadas que azotaban sus sentidos, tan concentrada en ellas que apenas fue consciente del momento en que Dion gritó y se detuvo, derrotado.

Un par de minutos después, él alzó la cabeza y dijo:

–Lo siento. Tenía intención de durar más.

Tara sacudió la cabeza y le apartó un mechón de la frente. En ese momento, parecía increíblemente joven.

–No hay nada que sentir. Ha sido… asombroso –declaró–. ¿Siempre es así?

Él no respondió al instante. Se levantó, entró en el cuarto de baño y regresó al cabo de unos segundos, ya sin el preservativo.

–Te podría mentir y decir que sí, que siempre es así –respondió entonces–, pero eso no es verdad. En general, suele ser menos intenso. Es muy placentero si lo haces bien, claro; y, con un poco de suerte, es placentero para las dos partes. Pero no es así.

Tara guardó silencio. Estaba fascinada con él.

–Sin embargo, el deseo no dura mucho –continuó Dion–. Siempre se acaba. Y lo que yo te propongo es que disfrutemos al máximo mientras dure.

–¿No crees que las cosas ya son bastante complicadas?

Dion sonrió y replicó:

–¿Y no serían más complicadas todavía si renunciáramos a esto?

Tara no pudo responder, porque él la besó en los labios con suavidad, como buscando su respuesta por otras vías; y la única contestación que Tara le dio fue asaltar su boca. Además, Dion estaba lejos de haber terminado con ella, como demostró a continuación, cuando apartó la sábana y le metió una mano entre los muslos.

Luego, Tara se rindió a la persuasiva lógica de sus caricias.

Cuando Dion se despertó, ya había amanecido. Tardó un minuto en orientarse; algo desconcertante, porque siempre despertaba con absoluta claridad mental, sabiendo exactamente dónde estaba.

Tara. Ese era el motivo. Corazones latiendo al unísono, esforzándose por alcanzar cotas de placer más altas de lo que él habría creído posible.

Alzó la cabeza, aunque ya sabía que estaba solo. Y durante un momento pensó que todo había sido un sueño. Pero luego notó el aroma de Tara en las sábanas, junto con otro olor distinto, más terreno: sexo. Y un segundo después, oyó a su hijo.

Tara estaba con él en el servicio, bañándolo. El pequeño estaba entusiasmado y, además de salpicar a su madre, también salpicó a su padre cuando entró a ver lo que ocurría.

–¿Puedo hacer algo? –preguntó Dion.

–Sí, puedes secarlo y ponerlo en su alfombrita de juegos. Pero deja que mueva un rato los brazos y las piernas antes de vestirlo. Yo secaré el servicio.

–¿Secarlo? ¿Para qué? Que se encarguen mis empleados.

Tara le dedicó una sonrisa de leve reproche.

–Estoy segura de que Thea y los demás tienen mejores cosas que hacer. Además, solo tardaré un momento.

Tara le dio al niño y, por primera vez, él lo agarró como si no fuera un artefacto explosivo. Niko miró a su padre, sonrió y le tocó en la mejilla con su regorteta mano.

A Dion se le hizo un nudo en la garganta.

Capítulo 6

Tara aún estaba mojada cuando terminó de limpiar el cuarto de baño, recogió la ropa de Niko y la metió en el cesto. Su camiseta transparentaba tanto que se le veía el sostén y, en cuanto a su pelo, era un caos. Pero eso no fue lo que le arrancó un gemido al ver su imagen en el espejo, sino el tono rosa de su mandíbula, un recordatorio de los besos de Dion.

Ya en el dormitorio del niño, se arrodilló en la alfombra, alcanzó la caja de los juguetes de Niko y dejó que jugara con ellos.

–Es bueno que interactúe con formas distintas –declaró.

El niño alcanzó un juguete y lo sacudió, encantado.

–Es un bebé feliz –añadió ella.

–¿Para haber estado sus seis primeros meses de vida en manos de unas niñeras? –preguntó Dion con ironía.

Tara se ruborizó.

–No pretendía criticarte. Es obvio que lo han cuidado bien. María es una gran niñera, y estoy segura de que Elena también lo era. Es que los bebés necesitan estabilidad… lo ideal es una madre, claro, pero no todos tienen tanta suerte.

–Yo tuve una, y no se puede decir que hiciera un gran trabajo conmigo.

Tara lo miró y preguntó, dubitativa:

–¿Qué pasó cuando te dejó en el orfanato?

–Nada bueno, me temo. Lo dirigía un grupo de particularmente severas monjas que me veían como si yo fuera un objeto defectuoso. Me fugué a los dieciséis años.

–¿Y qué hiciste?

–Viví en las calles durante una temporada, pero luego fui a ver a mi padre y le exigí que me diera el dinero que habría tenido que

gastar en mis necesidades básicas si le hubieran preocupado. No era una cantidad grande, pero yo necesitaba salir de la calle, así que…

–Y te lo dio, supongo.

Dion asintió.

–Le di a entender que, si no me lo daba, hablaría con la prensa, les diría quién era yo y destrozaría su preciosa reputación y, quizá, su matrimonio. Un año después, le había devuelto todo lo que me había dado, y con intereses. Me dolió tener que pedirle ayuda, pero mi necesidad de sobrevivir tuvo más fuerza que mi orgullo.

–Fuiste muy valiente.

Dion se encogió de hombros.

–No, fue sentido de la supervivencia, nada más.

Tras jugar un rato con el niño, Dion se prestó voluntario para cambiarle los pañales, y Tara se lo permitió. De hecho, lo hizo tan bien que comentó:

–Vaya, no está mal para un novato.

–Es que he estado viendo vídeos en Internet, para aprender.

Por algún motivo, la confesión de Dion la emocionó y, como no quería que él lo notara, cambió de conversación.

–¿Por qué no te vas a vestirte? Yo vestiré a Niko y bajaré enseguida.

Dion asintió. Pero, antes de salir, dijo:

–Hoy es sábado.

Tara lo miró con extrañeza, porque había perdido el sentido del tiempo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Una semana? ¿Unos pocos días?

–¿Por qué lo dices? ¿Es que no tienes que trabajar?

–Normalmente, trabajaría, pero se me ha ocurrido que podríamos hacer algo juntos.

–¿Tienes alguna idea en mente?

–Podríamos ir a la isla y quedarnos allí hasta mañana por la noche. Tengo reuniones en París la semana que viene.

–Me parece bien, pero ¿la casa está preparada para Niko?

–No es necesario que lo esté, porque solo estaríamos nosotros.

Tara frunció el ceño.

–No quiero dejar a Niko aquí…

–María cuidará de él. Y cobrará horas extraordinarias.

–No. Si quieres que vaya contigo, Niko tiene que ir con nosotros. Pero María nos puede acompañar, si te parece necesario.

Dion le dedicó una mirada de desconcierto, como si no entendiera lo que le estaba diciendo; y Tara supo lo que ocurría: que no estaba acostumbrado a que le negaran nada.

–No iré a ninguna parte sin él. Lo tomas o lo dejas. Tú sabrás –dijo ella, y salió de la habitación con el bebé.

Dion tardó unos segundos en comprender lo que había pasado. Tara le había dado un ultimátum y, no contenta con eso, se había ido.

En cualquier caso, solo le había dejado dos opciones: renunciar al viaje a la isla o aceptar la condición que le había puesto. Y de las dos opciones, la única inadmisible era la de no tenerla en su cama, así que no tuvo más remedio que aceptar.

Además, tampoco tenía tanta importancia. No era necesario que estuvieran solos para disfrutar de ella. Lo habían demostrado sobradamente la noche anterior.

Pocas horas después, ya estaban en la isla. Tara pensó que la propiedad de Dion era muchísimo más bonita a la luz del día, y también pensó que, cuando Niko creciera y empezara a jugar por ahí, podía ser una trampa mortal. Definitivamente, tendrían que tenerlo vigilado.

Como María había viajado con ellos, y ya le habían informado de que ella era la madre del pequeño, Tara se sintió en la necesidad de tranquilizarla:

–No te preocupes por mí. Aún conoces a Niko mejor que yo, así que todo seguirá como hasta ahora. En realidad, no ha cambiado nada.

Pero había cambiado, por supuesto, aunque Tara siguiera sin saber cómo definir su relación con Dion. ¿Qué eran? ¿Amantes con hijo compartido? No tenía ni idea, pero sabía que se estaba empezando a obsesionar con él.

Al cabo de un rato, dejó a Niko con María y salió a la terraza, donde estaba Dion. Llevaba los vaqueros que se había puesto por la mañana y un sencillo polo de color claro, pero su cuerpo era tan perfecto que no parecía un empresario, sino una estrella de cine.

–¿Dónde está Niko? –preguntó el al verla.

–Con María. Le está cambiando de ropa.

Él asintió.

–¿Puedo llevarte a comer?

–¿Y qué harán ellos?

Justo entonces, apareció Daphne, el ama de llaves de la casa de la isla, y se puso a hablar con Dion en griego. Tara se dijo que tenía que aprender el idioma; especialmente, si iba a vivir en Grecia. Pero, lejos de asustarle esa perspectiva, la entusiasmó.

–Daphne relevará a María cuando nos hayamos ido, para que pueda descansar –le informó él–. Tiene siete nietos, así que Niko estará en buenas manos.

Tara sonrió entonces a Daphne, que le devolvió la sonrisa y se fue.

–¿Nos vamos? –continuó Dion.

Momentos después, bajaron por unas escaleras y se dirigieron hacia un todoterreno, pero él se detuvo de repente.

–¿Tienes protector solar? –le preguntó.

–Sí, y de factor cincuenta.

Tara era muy consciente de la necesidad de ponérselo. A fin de cuentas, era una irlandesa de piel especialmente pálida.

–Me alegro. Pero necesitarás un sombrero –dijo él–. Compraremos uno por el camino.

Tras salir de la propiedad, tomaron una sinuosa carretera de la costa, con unas vistas espectaculares del mar y de las islas más cercanas. Solo entonces, Tara cayó en la cuenta de que habían pasado tantas cosas desde su llegada que no había tenido ocasión de disfrutar de la belleza del país.

–Esto es precioso –comentó.

–Sí que lo es –dijo él, relajado al volante.

–¿Por qué te decidiste por esta isla?

Dion se puso tenso, pero no dijo nada.

–Si es algo demasiado personal… –continuó ella.

–La familia de mi padre es de aquí. Tenía tierras en la zona y, como los negocios no le iban bien, le compré la propiedad a buen precio. Pero él no sabe que se la compré yo. La adquirí a través de otra empresa. No quise dar la impresión de que me estaba aprovechando de su desgracia.

–Habría sido comprensible.

–Tal vez. Pero había algo que me tentaba, algo difícil de explicar… no sé, necesitaba tener las tierras de mis antepasados, aunque ya no haya ninguno en la isla. Se fueron al continente a trabajar, y no volvió ninguno. Supongo que se marcharon después de la Segunda Guerra Mundial –le explicó.

–Al final, todos somos muy tribales.

–Sí, pero sigo odiando a mi padre.

–Es lógico que lo odies, Dion. Eres un ser humano, no un dios. Además, ahora eres dueño de las tierras de tus antepasados, y dudo que ellos te hubieran expulsado de sus vidas.

Él le lanzó una miradita.

–Vaya, veo que crees en los cuentos de hadas.

–No, dejé de creer en esas cosas cuando mis padres murieron y nos dejaron huérfanos. Nos tuvimos que abrir camino por nuestra cuenta.

–Como yo.

A continuación, estuvieron un rato en silencio, y Tara se dedicó a pensar en las cosas que tenían en común hasta que vio un puerto en la distancia.

–Esa es la localidad más grande, Nisos –dijo él–. También es el nombre de la isla.

Tara se alegró de haber salido de la mansión. Quizá fue por el sol, que le estaba dando en exceso, pero la localidad le pareció preciosa. Cuando bajaron del coche, él la llevó por calles adoquinadas de casas blancas con detalles azules y montones de flores en las ventanas. Había muchas tiendas de artesanía, y la gente saludaba a Dion al pasar, aunque a Tara no le sorprendió que lo conocieran. Al fin y al cabo, tenía una impresionante mansión a poca distancia.

En determinado momento, pasaron frente a una *boutique* con un maniquí que llevaba un resplandeciente vestido de color añil. Dion la

tomó entonces de la mano y la llevó al fresco interior, donde una mujer extremadamente elegante habló con él en griego y después se acercó a ella y dijo en su idioma:

–Buenos días, Tara. Me llamo Michaela. Acompáñame, por favor. Te enseñaré lo que tenemos.

Tara miró a Dion con expresión interrogativa mientras Michaela la llevaba al fondo del establecimiento, pero él se limitó a decir:

–Reservaré mesa para comer y volveré a buscarte.

Dion se fue, y Michaela le tomó las medidas, desapareció unos momentos, regresó con un montón de ropa y la llevó a un vestidor.

–No te estaré avergonzando, ¿verdad? Sé que no soy la persona más sociable del planeta, pero tampoco parezco demasiado fuera de lugar, ¿no?

Dion estaba al otro lado de la mesa del restaurante al que habían ido después de que fuera a buscarla a la *boutique*. A pesar de lo que acababa de preguntar, Tara se sentía bastante más cómoda entre la elegante clientela del local con las alpargatas de diseño, los pantalones de lino y el chaleco que culminaba el conjunto, a modo de top. Era lo que había elegido en la *boutique*, además de un vestido de noche, unas gafas de sol y un sombrero.

En cuanto a su ropa, Michaela puso cara de desconcierto cuando le preguntó dónde estaba; pero, tras arquear una ceja, se manifestó dispuesta a meterla en una bolsa. Era obvio que, si hubiera sido por ella, la habría quemado. Y, al final, Tara decidió que la modista tenía razón y dejó sus aburridas prendas allí.

–No, no me avergüenzas en absoluto. Sencillamente, sé que has venido a Grecia con muy pocas cosas, y quiero que tengas ropa suficiente.

–Se ha empeñado en que me probara vestidos de noche. He intentado decirle que no era necesario, pero no me ha hecho caso.

–¿Tan traumático ha sido?

–No, claro que no, pero puedo comprarme mi propia ropa. Además, eso ha debido de costar una fortuna. Te devolveré el dinero cuando pueda.

–No me devolverás nada. Eres la madre de mi hijo, y has estado cuidando de él desde que has llegado. Es lo mínimo que puedo hacer. ¿Cuándo fue la última vez que alguien cuidó de ti, por cierto?

Las palabras de Dion impactaron en ella como un puñetazo.

–¿A qué te refieres?

Dion se encogió de hombros.

–A cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por tus necesidades o te invitó a comer, nada más.

Ella suspiró.

–Ya ni me acuerdo –le confesó, súbitamente emocionada.

Tara sacó las gafas de sol que había comprado en la *boutique* y se las puso para que Dion no viera las lágrimas de sus ojos.

–A todo esto, hablé con mi equipo legal para que se pusiera en contacto con la clínica –declaró él.

–Te dije que no lo hicieras.

–Tenía que hacerlo. Su negligencia puede haber afectado a más personas. Pero no los voy a denunciar. Mis abogados les han informado de que no los denunciaré si investigan a fondo lo sucedido, toman medidas para que no vuelva a pasar y me informen de las medidas que han tomado.

Tara se sintió aliviada.

–Gracias, Dion.

El camarero llegó entonces con el entrante, consistente en una ensalada con queso feta, tan sutil que se derretía en la lengua. Tara decidió poner sus emociones al margen, olvidarse de la *boutique* y del incidente de la clínica y disfrutar del momento.

Del momento, y de él.

Era tan masculino y desprendía tanta energía sexual que se sentía embriagada. Por mucho que intentara refrenarse, su mirada volvía una y otra vez a las largas y potentes manos de Dion, imaginando lo que podía hacer con ellas.

¿Sería verdad que le había dado demasiado el sol? Por si acaso, alcanzó el chic sombrero de paja que le había dado Michaela y se lo puso.

–¿Te encuentras bien, Tara?

Ella asintió.

–Sí, perfectamente –mintió–. Pero te quería preguntar una cosa.

–¿Cuál?

–¿Haces algo con los terrenos de tu propiedad, además de disfrutar de la mansión?

–Por supuesto que sí. Voy a abrir un hotel ecosostenible y un spa al otro lado de la isla. E intentaré revitalizar la agricultura, que se había hundido con el paso del tiempo… Viñedos, olivos, limoneros… Si tenemos éxito, los isleños podrán tener trabajo todo el año, no solo en temporada alta.

–¿El hotel está muy lejos de aquí?

Dion sacudió la cabeza.

–No, a unos treinta minutos en coche. ¿Te gustaría verlo?

–Si no te importa… Los proyectos sostenibles están entre los que más me interesan –respondió ella.

–Bueno, tenía intención de ir mañana, pero podemos ir hoy mismo. Este fin de semana no hay nadie, así que estaremos tranquilos.

Cuando terminaron de comer, Dion la llevó de nuevo al todoterreno. Pero esta vez no fueron por una carretera de la costa, sino atravesando la isla y, a medida que avanzaban, él le iba señalando los viejos olivares y los terrenos donde habían estado los viñedos y los limoneros. Estaban abandonados, pero ella reconoció el potencial que tenían, y supo que Dion tendría éxito con su proyecto.

Al cabo de un buen rato, el mar volvió a aparecer al fondo y, al llegar a lo alto de una colina, divisó una playa inmaculada y una serie de bonitos edificios bajos, de piedra, con caminos entre ellos. Detrás, había uno bastante más grande, que debía de ser el hotel propiamente dicho.

–El hotel y los bungalós, que tienen piscina propia, ocupan alrededor de diez hectáreas. Cuando el spa esté en funcionamiento, tendrá todas las terapias de bienestar que te puedas imaginar –dijo él.

–Guau… Quizá te sorprenda, pero no me he ido de vacaciones desde que mis padres murieron. Y nunca he estado en un spa…

bueno, no es que lo necesite –añadió apresuradamente–, pero no me importaría que me trataran en él cuando esté abierto.

Dion la miró con humor, pero ella no se dio cuenta.

Instantes después, se detuvieron ante la entrada. El vigilante saludó a su jefe, abrió la puerta y los dejó pasar. Dion aparcó frente al edificio principal, y Tara bajó del vehículo con el sombrero en la cabeza; aunque se estaba haciendo tarde, y los rayos del sol ya no eran tan implacables como antes.

Dion le enseñó los edificios, que ya estaban casi terminados, y, a continuación, tomó un camino y la llevó a la playa. A Tara le pareció un lugar sencillamente maravilloso. Vacío, pacífico, con árboles junto a la orilla y sin más sonido que el de las olas.

Incapaz de refrenarse, se descalzó y avanzó hacia el agua.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él.

–Mojarme los pies –anunció ella.

Tara se subió las perneras del pantalón y se metió en el agua, que estaba gloriosamente fresca. Luego, cerró los ojos y se concentró en los aromas y sonidos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan en paz. Pero no era suficiente y, como se sentía bastante más audaz que de costumbre, volvió a la orilla, dejó el sombrero en la arena y se quitó el chaleco.

–¿Tara? –dijo él, frunciendo el ceño.

Tara ya se estaba bajando los pantalones cuando Dion avanzó hacia ella. Y cuando la alcanzó, ya solo tenía puestas las braguitas.

–¿Qué estás haciendo? –repitió él.

–Aquí no hay nadie. Voy a nadar un rato. Puedes venir conmigo, si quieres.

–Tara, no puedes…

Tara no le hizo caso. Se metió otra vez en el agua y, cuando hubo profundidad suficiente, se sumergió.

Capítulo 7

Dion se quedó atónito con la reacción de su cuerpo ante el espectáculo que Tara le acababa de dar. Las curvas de sus senos, sus pálidas piernas, su cintura, sus caderas, su rojo cabello cayéndole sobre los hombros. Y su actitud descarada, como si lo estuviera retando.

Pero ¿dónde se había metido? Ya habían pasado varios segundos, y aún no había vuelto a la superficie.

Ya estaba a punto de estallar de preocupación cuando ella reapareció a bastante distancia de la orilla y nadó hacia él. Dion dudó un momento; pero, por segunda vez en la misma semana, se rindió al deseo de ser espontáneo, que en aquella ocasión lo llevó a desnudarse por completo y meterse en el mar.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –volvió a decir Dion cuando llegó a su altura.

–Probar tu mar, claro.

Dion sonrió. Estaba casi seguro de que Tara tenía bastantes más pecas que un par de días antes.

–¿Y cuál es el veredicto?

Tara ladeó la cabeza.

–Yo le daría un diez. Por accesibilidad, frescura y belleza.

Dion se acercó un poco más, hasta que sus piernas se rozaron.

–Gracias por el comentario. Se lo haré saber a mi equipo –dijo ella con fingida seriedad.

Tara cerró las piernas y los brazos alrededor de Dion y apretó los senos contra su pecho. Después, lo miró durante unos instantes y le dio un leve dulce beso en los labios que liberó algo en él, algo duro y obstinado. De repente, no pensaba en otra cosa que no fuera

penetrar a aquella mujer de cabello rojo, al que el agua había dado un tono más oscuro.

Y como adivinando sus pensamientos, ella dijo:

–¿Podemos?

–Me encantaría, créeme. Pero no creo que sea posible sin ahogarnos.

Tara gimió.

–La respiración está sobrevalorada –comentó.

Dion tuvo que reprimir una carcajada, lo cual le sorprendió. Sus amantes nunca le hacían reír.

Los dos nadaron hacia la orilla y, cuando volvieron a hacer pie, se besaron de nuevo. Pero, poco después, él rompió el contacto.

–El sol… tu piel –dijo.

–Estoy bien –afirmó ella, frotando una pierna contra su cuerpo.

Dion no la creyó. Su piel tenía un tono excesivamente rosado, así que la sacó del agua, la llevó a la sombra de unos árboles y extendió su polo en el suelo.

–Túmbate –le ordenó.

Tara se tumbó, y él hizo ademán de quitarse los calzoncillos, pero se detuvo.

–¿Qué pasa?

–Que no tengo preservativos.

Ella lo miró con alivio.

–Descuida. Estoy tomando la píldora –dijo Tara–. Congelé mis óvulos, ¿recuerdas? No me habría tomado tantas molestias para arriesgarme después a quedarme embarazada.

Dion se quitó entonces la ropa interior y, mientras ella lo miraba con deseo, se arrodilló, le quitó las braguitas y le separó las piernas. Luego, introdujo una mano entre sus muslos y la empezó a acariciar.

–Oh, Dion.

Tara alzó las caderas, instándolo a penetrarla, y él se colocó como si estuviera a punto de hacerlo, pero no lo hizo. Le empezó a lamer y succionar los pezones de un modo exquisito, torturándola.

Al final, ella hundió las manos en su cabello y lo miró con pasión.

–Te necesito. Ahora.

A Dion nunca le habían dicho nada tan *sexy*, así que dejó de torturarla y la penetró con un movimiento suave, clavando la vista en sus ojos, devorándola con la mirada.

En ese momento, se dio cuenta de que ninguna mujer lo había excitado tanto como Tara; pero expulsó el pensamiento de su cabeza y se concentró en la tensión que crecía entre ellos hasta que acabaron febriles, esforzándose los dos por llegar al orgasmo.

Aunque Dion habría querido aguantar mucho tiempo, supo que no iba a poder. Sin embargo, se controló a duras penas hasta que ella tensó los músculos y llegó a las contracciones del clímax, que acabaron por destrozar su ya escasa contención.

Después, cayó al abismo del placer. A un sitio donde lo único que importaba era lo que estaban haciendo.

Tara nunca había estado más relajada. La temperatura del aire era perfecta; cálida, pero no excesivamente alta. La sombra de los árboles la protegía del sol. Y el aroma de los pinos, de la tierra y el mar la embriagaba.

Dion estaba tumbado a su lado, con los ojos cerrados. Tara lo miró y se le encogió el corazón, porque se lo imaginó de niño, abandonado por su madre y despreciado por su padre. Por lo menos, Niko no sufriría la misma suerte. Con independencia de lo que pasara entre Dion y ella, tenía unos padres que lo querían.

El sol empezaba a bajar, y ella notó que tenía arena en sitios donde no debía tenerla. También notó que su ropa estaba esparcida por la playa.

–Será mejor que volvamos –dijo él de repente, sentándose.

Tara se acordó otra vez de Niko, y se sintió culpable.

–Sí, es verdad. María necesitará un descanso.

Dion se levantó con una agilidad sorprendente y recogió su ropa.

Cuando ya estaban vestidos, regresaron al todoterreno. Tara se puso el sombrero de paja con la esperanza de que el guardia de la propiedad no le viera la cara. Tenía la sensación de que llevaba escrito en la frente lo que acababan de hacer.

Dion estuvo bastante silencioso durante el trayecto de vuelta y, al cabo de un rato, ella preguntó con inseguridad:

–¿Estás bien?

–Sí, claro. Es que no tenía intención de tomarte en la playa, como si fuera algún tipo de… animal –contestó.

Ella sonrió.

–Si quieres, échame la culpa a mí. Te he seducido descaradamente. Y lo he disfrutado mucho –le confesó.

–No, yo he permitido que me seduzcas. Cuando estoy contigo, mi capacidad de controlarme desaparece.

Al llegar al vado de la casa, oyeron que Niko estaba llorando desconsoladamente. Dion se bajó a toda prisa del vehículo y corrió al interior del edificio. Tara lo siguió, y lo alcanzó a tiempo de ver cómo se acercaba a la preocupada María y le quitaba al niño de los brazos. Niko dejó de llorar al instante.

–Lo siento mucho –dijo María–. Lo he intentado todo, pero no he conseguido que…

Tara le puso una tranquilizadora mano en el hombro.

–No te preocupes. Será porque le están saliendo los dientes, o porque está cansado. Me ducharé rápidamente, me vestiré y te sustituiré. Tienes que descansar un poco.

La joven sonrió agradecida.

–Prepararé un biberón. Ya ha pasado bastante tiempo desde el último.

Tara miró entonces a Dion, que estaba acariciando la espalda al pequeño.

–Volveré dentro de unos minutos –dijo.

–Es culpa mía, ¿verdad? Por tenerlo de niñera en niñera, con demasiada gente alrededor. Pensé que podía criarlo por mi cuenta, pero he pecado de arrogante.

Tara sacudió la cabeza, con el corazón en un puño.

–Niko está bien. Es un bebé feliz, y está con gente que lo quiere y que quiere lo mejor para él. No se puede pedir más.

–Salvo una madre –declaró él, con amargura.

–Yo estoy aquí. Ya tiene una madre.

Tara se fue después al cuarto de baño y, tras darse una ducha, se secó, se puso una bata y se dirigió al vestidor, donde se llevó una sorpresa: Michaela ya había enviado sus compras a la casa, y alguien había colgado o guardado la ropa en los cajones. Hasta descubrió una colección entera de ropa interior.

Entre las cosas que había, estaba el precioso vestido de color añil que había visto en el escaparate de la tienda; pero lo desestimó, se puso un sostén y unas braguitas y, a continuación, alcanzó un pantalón deportivo y una camiseta.

Cuando volvió al lugar donde estaba Dion, le quitó al niño y lo tomó entre sus brazos. María reapareció justo entonces, con el biberón prometido.

–Gracias, María, Me quedaré con él por si se despierta de noche.

–No es necesario. Puedo encargarme yo –afirmó la joven.

Tara sacudió la cabeza.

–No, tú has estado trabajando toda la tarde. Además, no importa en absoluto.

–¿Estás segura? –dijo María, reticente.

Tara sonrió.

–Segurísima. No está bien que te veas obligada a hacer turnos dobles. Nos las apañaremos entre todos.

María se relajó y sonrió un poco.

–Gracias.

Cuando la joven se fue, Tara vio que Dion la estaba mirando con mala cara, así que preguntó:

–¿Qué pasa?

–Que no deberías tomar ese tipo de decisiones. Soy yo quien paga el sueldo de María.

–Y yo soy la madre de Niko. Tengo derecho a tomar decisiones.

Dion guardó silencio unos momentos y dijo:

–Supongo que sí. Pero hasta cierto punto.

Tara no quería hablar sobre los límites de su relación, así que cambió de tema.

–Lo llevaré a su dormitorio, le daré el biberón e intentaré que se duerma.

–De acuerdo. Entre tanto, yo prepararé la comida –anunció él–. Supongo que Daphne nos habrá dejado algo.

Minutos más tarde, Tara bajó a la cocina y lo encontró moviendo algo en una cacerola. Dion se había duchado y, al igual que ella, se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta.

–¿Está bien Niko?

Ella asintió.

–Sí, se ha dormido.

–Magnífico –dijo él–. Daphne nos ha dejado estofado.

–¿Te puedo ayudar en algo?

–Lleva el pan, el vino y la ensalada que he dejado en la encimera a la mesa de la terraza. Si te parece bien, podemos cenar fuera.

Tara lo llevó todo. El sol ya se había ocultado, pero el cielo aún no se había oscurecido por completo. Olía a espliego, y la luz de la vela que Dion había encendido creaba un ambiente de lo más romántico.

Él apareció poco después con el estofado, y ella comentó:

–No era necesario que te tomaras tantas molestias. Podríamos haber cenado dentro.

Dion se sentó y sirvió el vino.

–No ha sido ninguna molestia.

Tara probó su estofado y soltó un gemido de apreciación.

–Esto está buenísimo…

A Dion se le escapó un sonido similar.

–Daphne es famosa en la isla por su talento como cocinera.

Tras llevarse unas cuantas cucharadas más a la boca, Tara dijo:

–He visto la ropa de la *boutique*… son demasiadas cosas, Dion. No necesitaba todo eso. Hasta ha enviado el vestido del escaparate.

Él se echó hacia atrás y bebió un poco de vino.

–Ha enviado ese vestido porque se lo he pedido yo.

–¿Por qué?

–Porque he estado reflexionando algunas cosas y me he dado cuenta de que, más tarde o más temprano, todo el mundo sabrá que tengo un hijo.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

–Bueno, eres su madre. Y la gente querrá saber quién eres.

Tara se estremeció.

–¿No lo podemos evitar?

–Haré lo que pueda. Pero, normalmente, dar alguna información es mejor que esperar a que los demás investiguen en busca de ella. No hay nada peor que las especulaciones.

Mientras Tara intentaba asimilar lo que le había dicho, Dion siguió hablando.

–Estoy invitado a una fiesta mañana por la noche, en una isla que no está lejos de aquí. Es una gala de ópera, cuyos beneficios se destinarán a obras benéficas. Se me ha ocurrido que podríamos ir juntos y dejar que nos fotografíen. Luego, haré una declaración pública, anunciaré lo de Niko, te presentaré como su madre y diré que mantenemos una relación.

–¿Una relación? –dijo ella.

Él asintió.

–Sí, eso despertará bastante interés. Pero si no les damos motivos extraños, el interés desaparecerá pronto.

–¿Y qué pasará si descubren lo de la concepción de Niko?

–No lo descubrirán.

Tara, que había perdido repentinamente el apetito, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. La luna se reflejaba en la superficie de la piscina.

–¿En qué estás pensando? –preguntó él.

Tara se detuvo y se giró.

–No había pensado en esta parte de… en el hecho de que tú… en fin, de que la gente pueda estar interesada en quién soy yo –le confesó–. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención. Te dejaré en mal lugar.

–Tonterías.

–No es ninguna tontería. Además, ¿qué pasará cuando esto haya terminado?

Dion se encogió de hombros.

–Cuando termine, haremos otra declaración pública y anunciaremos que nos hemos separado amigablemente.

Ella guardó silencio.

–Tara, no te estoy imponiendo nada. Puedes elegir –le recordó Dion–. Si lo prefieres, puedes volver a tu casa.

Tara tardó unos segundos en comprender las implicaciones de lo que había dicho. La principal, que a pesar de lo que había sucedido, a pesar de su apasionado momento en la playa, no la quería allí. Sería la madre de Niko, pero, como él mismo había insinuado, solo hasta cierto punto.

–Ya te he dicho que no me voy a ir –declaró cruzándose de brazos.

–Te irás un día.

Dion lo dijo con tal seguridad que ella se quedó de piedra. Aparentemente, le acababa de confirmar que no confiaba en ella y, aunque Tara conocía el origen de su desconfianza y hasta lo podía comprender, sintió el deseo de darle una bofetada. Aunque nunca había sido una mujer violenta.

Harta, alcanzó el monitor del bebé y dijo:

–Estoy cansada. Esta noche dormiré en la habitación de Niko, por si se despierta.

Ya se estaba oyendo cuando Dion volvió a hablar.

–¿Y mañana por la noche?

–Haré lo que sea necesario con tal de formar parte de la vida de mi hijo.

Luego, se alejó hacia la casa.

Dion la miró mientras se alejaba. Aún veía las emociones que habían cruzado su rostro cuando le había dicho que se podía volver a casa. Y se lo había dicho contra la opinión de su propio cuerpo, que no soportaba la idea de perderla.

No estaba preparado para dejarla ir.

Pero, aun así, le había hecho daño.

Desgraciadamente, la reacción de Tara solo había servido para afianzar su decisión de poner límites entre ellos, de trazar fronteras. Aquella tarde había perdido el control en la playa; se había comportado como un adolescente, y le había hecho el amor sin preservativo.

¿Cómo había podido cometer ese error? Aún no sabía si podía confiar en Tara Simons. Y, sin embargo, había confiado en ella en

ese momento.

Dion había edificado su éxito sobre un control absoluto de sus emociones y, desde luego, nunca permitía que sus hormonas lo dominaran. Hasta la decisión de tener un hijo la había tomado desde una actitud fríamente lógica: el deseo de pasar su legado a un heredero y darle una vida mejor de la que él había tenido.

Además, estaba realmente convencido de que Tara se marcharía en algún momento. Y no le parecía mal. Proclamarían su maternidad, eliminarían la química que había entre ellos y él se aseguraría de que Tara llevara una existencia maravillosa, libre de cualquier tipo de responsabilidades.

Por supuesto, si luego quería mantener el contacto con Niko, él no se lo impediría; pero tendría que ser en sus términos, porque no le podía conceder la oportunidad de destrozar la vida de su hijo.

O de destrozarle la vida a él.

Dion frunció el ceño, se levantó y se acercó al lugar donde Tara había estado de pie minutos antes, vestida con unos simples pantalones cortos y una camiseta. Su aspecto no era precisamente especial, pero le había costado mirarla, porque se acordaba todo el tiempo de su episodio sexual en la playa.

Poco a poco, Tara se había ido ganando un espacio en su vida, y Dion se alegró de haberla ofendido y haber conseguido que se alejara de él esa noche. Casi había olvidado que debía hacer todo lo posible por mantener a su hijo a salvo.

¿Sería eso el amor?

Dion no estaba seguro de que lo fuera, no sabía lo que se sentía al amar a alguien. Sin embargo, sabía que iba a hacer lo que fuera por proteger a Niko.

A última hora de la tarde del día siguiente, Tara se miró en el espejo.

–Estás muy guapa –dijo María a sus espaldas.

Tara sonrió con debilidad, pensando que la niñera estaba exagerando.

–Gracias. Y gracias por ayudarme a prepararme.

–De nada.

María se apartó y tomó en brazos a Niko, que había estado jugando en su alfombrita, en el vestidor de Tara, mientras ella se preparaba para la velada que tenía por delante: la cita estratégica de Dion.

Casi no lo había visto aquel día. Había estado en su despacho, haciendo llamadas, y ella había hecho lo posible por no tomárselo a mal; sobre todo, después de lo que había pasado el día anterior. Quizá se arrepentía de haber nadado con ella y haber hecho el amor en la playa. Desde luego, se había mostrado tenso durante el camino de vuelta, y luego, por la noche, le había demostrado que las cosas no habían cambiado entre ellos.

Dion estaba seguro de que se marcharía en cuanto se aburriera, pero eso fortalecía su determinación de quedarse con Niko, a quien había dedicado gran parte del día tras permitir que María se ausentara durante unas horas para ir al puerto, porque iba a trabajar toda la noche.

Tara se había puesto el vestido de color añil del escaparate de la *boutique*. Era engañosamente sencillo, una prenda sin mangas, que parecía caer recta y elegantemente, sin más; pero lo que caía de ese modo era una capa exterior de raso con un sinfín de pequeñas cuentas de cristal. El vestido propiamente dicho se ajustaba a todas las curvas de su cuerpo y, cuando ella se movía, la capa exterior se pegaba a la interior y revelaba su silueta.

María le había cepillado el cabello hasta dejárselo ondulado, y luego se lo había recogido a un lado con un clip de circonita que, al parecer, también era de la *boutique*. Luego, la había convencido para que se pusiera un collar con un solitario diamante, unos pendientes del mismo material y un brazalete a juego. Y, al final, la había maquillado y le había pintado las uñas de rojo.

Ahora, Tara se sentía como si fuera un fraude, o alguien jugando a disfrazarse.

–¿Puedo entrar?

Tara se puso tensa al oír la voz de Dion, que abrió la puerta y entró un instante después. Niko extendió un brazo hacia su padre,

que dedicó toda la atención de sus dorados y oscuros ojos a la mujer del vestido añil, a quien miró de arriba a abajo.

–El helicóptero está de camino.

Tara intentó no sentirse insegura por el hecho de que no hubiera dicho nada sobre su aspecto. En cuanto a él, estaba terriblemente atractivo con su esmoquin negro.

–Te esperaré en la terraza.

Tara asintió y Dion se fue. María suspiró.

–Es tan romántico…

Tara se giró hacia la joven y dijo, con más brusquedad de la cuenta:

–¿Qué es romántico?

–La forma en que te mira.

Tara sintió un cosquilleo en la piel. Seguía enfadada por lo que había pasado la noche anterior, y no había prestado atención a su forma de mirarla. Por lo que ella sabía, había decidido que su relación sexual había terminado; tal vez, porque su apasionado encuentro en la playa había sido demasiado para él.

–¿Cómo me mira, exactamente?

–Como si quisiera tomarte entre sus brazos y raptarte. Como si fuera la primera vez que ve a una mujer –respondió María.

A Tara se le escapó una risita nerviosa.

–No, serán imaginaciones tuyas.

María le guiñó un ojo.

–Sé lo que he visto, y espero conocer a alguien que me mire algún día de esa manera.

Niko balbuceó, como mostrando su acuerdo con la niñera, y Tara deseó darle un beso; pero se abstuvo porque ya se había pintado los labios.

–Bueno, será mejor que me vaya –continuó María–. Tengo que terminar de hacer el equipaje para volver a Atenas.

Tara frunció el ceño.

–¿A qué te refieres?

–El jefe quiere que nos vayamos esta noche, antes que vosotros. Ha mencionado algo sobre ir a París –contestó.

En ese momento, se empezó a oír el zumbido del helicóptero. María se despidió y se fue con Niko, dejando a Tara boquiabierta.

Olvidando súbitamente todo lo demás, Tara salió a la terraza y avanzó hacia Dion, que estaba esperando con las manos en los bolsillos, de espaldas a ella. Y en lugar de llamarlo para que se diera la vuelta, se le plantó delante.

–¿Por qué vas a enviar a María y a Niko a Atenas?

Él apretó los dientes antes de responder.

–Porque puedo. Es mi hijo, y yo decido adónde va.

–Y yo soy su madre, Dion, y también tengo derecho a tomar decisiones. Además, ¿no querías que estuviéramos aquí, juntos?

–No somos una familia, Tara.

–Entonces, ¿qué es esto?

Dion ladeó la cabeza.

–Un acuerdo temporal, mientras ajustamos tu participación en la vida de Niko.

–¿Un acuerdo con beneficios sexuales?

–Sí, es una forma de mirarlo.

–Pues si me obligas a elegir quién me importa más en ese acuerdo, me lo pones muy fácil. Elijo a Niko, no a ti. Me iré a Atenas con ellos.

Tara intentó regresar a la casa, pero él la agarró de la muñeca y la detuvo. Ella se dio la vuelta, algo sorprendida con su propio enfado. El helicóptero estaba cada más cerca. Tara alzó la barbilla e intentó parecer impasible.

Y entonces, para su asombro, Dion cambió parcialmente de actitud.

–Lo siento. Sé que anoche fui muy brusco, pero solo porque necesitaba dejar claro que no espero nada de ti.

Tara agradeció que se disculpara con ella, pero eso no alivió su dolor.

–Lo que has dicho no es cierto –replicó–. Claro que esperas algo de mí… esperas lo peor, concretamente.

–Mira, no estoy acostumbrado a estar en situaciones como esta. No estoy acostumbrado a tener que dar explicaciones a nadie.

–Lógico, teniendo en cuenta que huyes de las relaciones.

Dion no se molestó en decir nada al respecto, porque era verdad.

–Ni siquiera esperaba conocer a la madre de Niko. Y, por supuesto, tampoco esperaba tener que acomodarla en nuestras vidas. Lo único que te puedo decir es que no me parece mal, y que estoy de acuerdo en que es bueno que conozca a su madre.

–Hará algo más que conocerme. Me tendrá en su vida a partir de ahora.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Dion. Tara supuso que le iba a discutir lo que había dicho, pero no dijo lo que ella suponía.

–Tú también estás en mi vida, en mi cama. Y de un modo que ninguno de los dos habría imaginado.

–No, te aseguro que yo no lo había imaginado. Fui a Atenas a buscar al padre de mi hijo, nada más. ¿O estás insinuando que tenía intención de seducirte?

Dion sacudió la cabeza, y ella no supo si tomárselo a bien o no. Existía la posibilidad de que hubiera admitido que no era una estafadora no porque ahora la conociera mejor, sino porque tenía tan poca experiencia sexual que no habría sido capaz de seducirlo.

El helicóptero ya estaba tan cerca como para frustrar cualquier conversación con su ruido. Dion aún no le había soltado la muñeca, y los dos se miraron a los ojos en silencio, en una especie de batalla de voluntades.

Tara se negó a apartar la mirada y, al cabo de unos segundos, cuando el helicóptero aterrizó y el piloto apagó el motor, Dion la abrazó y ella se sintió como si se derritiera. Él era el maestro; ella, la aprendiz.

–Ven conmigo a la fiesta de esta noche. Anunciaremos que eres la madre de Niko. Eso es lo que quieres, ¿no?

Ella asintió.

–Sí.

–Cuando terminemos, volaremos directamente a París, porque tengo unas reuniones mañana. Me gustaría que me acompañaras. Cuanto más tiempo estemos juntos, antes se apagará nuestro fuego. Además, es obvio que necesitamos conocernos mejor… especialmente, si vamos a compartir la vida de Niko.

Tara se sintió atrapada entre el intenso deseo de acompañarlo a París y el disgusto de acompañarlo por el motivo que le había dado: que su pasión se gastara cuanto antes.

–¿Y Niko?

–Ha sobrevivido seis meses sin ti, así que no creo que un par de días le hagan ningún daño –respondió Dion.

–Pero María…

–Recibirá una buena compensación por quedarse con él –la interrumpió–, y Thea estará encantada de ayudar. Además, solo estaremos a un par de horas de vuelo si tenemos que volver por alguna razón.

Ella guardó silencio.

–No estás sola en esto, Tara. No es como cuando tuviste que asumir la responsabilidad de criar a tus hermanos.

Tara lo maldijo para sus adentros. Dion parecía saber dónde estaban todos sus puntos débiles. Y, a continuación, la desarmó por completo.

–Por cierto, tendría que haberte dicho lo bella que estás. Y es cierto, créeme. Estás verdaderamente impresionante –afirmó–. Por favor, ven conmigo.

Tara ni siquiera fue capaz de fingir resistencia. Era suya, y tenía miedo de que Dion le partiera el corazón, pero no podía hacer nada para salvarse. Le gustaba demasiado.

A pesar de ello, le soltó la mano entonces, y vio un destello de inseguridad en sus ojos.

–Está bien, te acompañaré. Pero antes, deja que me despida de Niko.

Capítulo 8

Tras un vuelo de quince minutos, aterrizaron en el helipuerto de una isla bastante más grande, situado junto a un pequeño aeródromo. Un coche los estaba esperando para llevarlos a su destino, y ella se acomodó en el asiento de atrás, contenta de que su vestido y su peinado siguieran relativamente intactos.

El conductor subió el cristal de separación, formando un espacio íntimo en la parte trasera. Tara se sentía culpable por haber dejado a su hijo con María, pero no dejaba de pensar en lo que Dion le había dicho: que no estaba sola en eso.

No, no lo estaba. Y le estaba costando acostumbrarse a la situación, a tener tiempo para sí misma.

–Me alegra que hayas venido –dijo él de repente, mirándola con intensidad–. Habría sido un crimen que no pudieras lucir ese vestido.

Dion la devoró con la mirada y añadió:

–*Gattina*, me estás matando.

Tara se quedó sin aliento. Dion tenía tanto control sobre su cuerpo que se sintió vulnerable. Y no estaba dispuesta a sucumbir a su feroz magnetismo sin hacerle saber que su prioridad absoluta seguía siendo Niko.

–¿Has pensado en lo que harás cuando veas que no me voy a ir?

Él tardó unos segundos en contestar.

–Bueno, seguro que encontramos la forma de que esto funcione.

Tara intentó imaginar cómo lo podían hacer. Ella tendría que vivir en Atenas, en la misma ciudad que Dion, para estar cerca de su hijo. Y tendría que soportar que saliera con otras mujeres y, si alguna vez se enamoraba de alguna, si alguien conseguía llegar a su corazón, cabía la posibilidad de que se casara con ella y diera una madrastra al pequeño.

A Tara no le gustó nada la idea, y no solo por Niko, sino también por Dion.

–¿Qué te ocurre? –preguntó él, frunció el ceño–. Te has quedado pálida de repente. ¿Te encuentras bien?

–Sí, claro –dijo ella, de un modo casi ininteligible.

Tara se giró hacia la ventanilla, más angustiada que nunca. Estaba físicamente entusiasmada con él, pero ¿no se estaría también enamorando? Se habían conocido pocos días antes, pero se sentía como si lo conociera desde siempre. Y encima, Niko los había unido.

Desesperada, se preguntó qué podía hacer para dejar de desear a Dion y dejar de pensar en la perspectiva de enamorarse de él. Cuando decidió buscar al padre de Dion, no podía imaginar que se encontraría en semejante situación. Era una complicación que nunca había querido. Y súbitamente, le empezó a preocupar que a Dion le pasara algo malo, o que le pasara a Niko. ¿Qué iba a hacer entonces?

Su respiración se aceleró sin que pudiera evitarlo. Hacía años que no sufría un ataque de pánico, pero supo que estaba a punto de sufrir uno.

–Tara, mírame.

Ella se giró hacia Dion y clavó la vista en él, intentando concentrarse en sus ojos, en las líneas de su cara, en la mano que se había cerrado sobre la suya.

Y logró recuperar el aplomo.

–¿Estás nerviosa por lo de esta noche?

Tara sacudió la cabeza.

–No, ya estoy bien.

En ese preciso momento, el coche se detuvo delante de un anfiteatro. Lo único que Tara pudo ver fueron sus enormes paredes de piedra y el grupo de personas que descendían de los vehículos aparcados o avanzaban por la alfombra roja de la entrada.

Dion la soltó, se bajó del coche y le abrió la portezuela. Ella respiró hondo al salir, y él la volvió a tomar de la mano y la llevó por la alfombra. A un lado, había un verdadero muro de fotógrafos y periodistas.

–Haz lo que yo haga –le susurró él–. Normalmente, no me detendría, pero hoy voy a permitir que no saquen unas fotos.

Tara no tuvo más remedio que dejarse llevar y detenerse a su lado cuando él se detuvo.

–¡Mirad! –gritó un fotógrafo entonces–. Dimitriou se ha detenido. ¡Y nunca se detiene!

Los fotógrafos los acribillaron con un montón de destellos de luz.

–Sonríe –dijo Dion–. Solo serán un par de segundos más.

Tara se las arregló para sonreír y para sobrevivir a la experiencia hasta que Dion la llevó al interior del anfiteatro.

–¿Estás bien? –le preguntó entonces.

Ella asintió.

–Ha sido… intenso. ¿Siempre es así?

Él también asintió, y con expresión sombría.

–Lo siento. Tendría que habértelo advertido.

–Bueno, no ha sido para tanto. Aunque creo que necesito una copa.

Dion robó dos copas de champán a un camarero que pasó a su lado y dio una a Tara, quien echó un buen trago y arrugó la nariz al sentir las burbujas.

Dion se la quedó mirando.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

–Nada, nada.

Tara no tuvo ocasión de interrogarlo al respecto, porque varias personas se acercaron entonces a saludar a Dion. Sin embargo, eso le dio la oportunidad de echar un vistazo al impresionante lugar. Al fondo, se veían las gradas y a los miembros de la orquesta. Era un lugar verdaderamente bello, con el nocturno cielo arriba y el mar, detrás.

Se sentaron en una de las primeras filas, a la derecha del escenario. La orquesta empezó a tocar cuando todos los invitados habían ocupado ya sus asientos, y Tara se sintió transportada por completo. Aquello era mágico. El antiguo anfiteatro griego, la luna alzándose contra las ruinas. Nunca había vivido nada parecido.

Cuando salieron de allí y miró a Dion, descubrió que la estaba observando con una expresión indescifrable.

–Te ha encantado, ¿verdad?

–Ha sido lo más bello que haya visto u oído nunca.

–Vas a conseguir que me sienta insensible en comparación contigo –bromeó él.

–Pues me alegro. Si has perdido la capacidad de apreciar cosas tan bellas, tu alma corre peligro –replicó ella.

–Mi alma se perdió hace tiempo.

–No, sigue ahí. Lo que pasa es que está enterrada bajo capas y más capas de cinismo, por tu necesidad de protegerte a ti mismo.

Dion se disponía a discutir su afirmación cuando Tara se excusó y se fue al cuarto de baño, obligándolo a esperar en el exterior. Sin embargo, sabía que no habría podido discutírsela, porque estaba en lo cierto. Lo había calado a la perfección desde el primer día. Sabía cómo era, algo ciertamente inquietante.

Sí, desde luego que era un cínico. Siempre lo había sido. Pero, por lo demás, todo el mundo levantaba barreras a su alrededor para protegerse. Era la única forma de sobrevivir. Sin esos muros, el dolor y la decepción aplastaban a cualquiera.

Además, su relación con Tara era particularmente peligrosa. Si caía bajo su hechizo, se arriesgaba a olvidar la devastación que podía causar.

Aquella mañana, se había asomado a la ventana de su despacho y la había visto jugando con Niko en la piscina. Ella llevaba un bañador de una sola pieza; aunque, por el efecto que había causado en él, podría haber sido perfectamente un bikini. La escena había sido de lo más doméstica: una madre jugando con su hijo, pero le había afectado de un modo tan intenso como inesperado.

Había sentido algo sospechosamente parecido a los celos, una emoción que hasta entonces desconocía. Desde luego, nunca había sentido celos por una mujer, pero los había sentido por Tara, por lo bien que se llevaba con Niko y por la increíble facilidad con la que estaba encajando en sus vidas.

Sin embargo, no podía confiar en la bondad de aquella escena. Solo podía confiar en su hijo y en sí mismo, porque seguirían siendo una familia cuando Tara tomara la decisión de marcharse. Y no le parecía mal que se fuera. No se hacía ilusiones al respecto.

Tara había acertado al afirmar que esperaba lo peor de ella. Lo esperaba porque nunca había recibido otra cosa de los demás. Y haría lo que fuera necesario con tal de impedir que su hijo se sintiera abandonado, como se había sentido él en su infancia.

Tenía que encontrar la forma de mantener las distancias con ella, aunque no supiera resistirse a sus encantos. Pero, en principio, tampoco parecía tan complicado: solo se trataba de disfrutar de su relación sexual sin dejarse engañar por el cómodo idilio doméstico del que estaban disfrutando ahora.

Tara nunca había estado en París. Sus compañeros de instituto habían ido de viaje de fin de curso, pero ella no había podido porque su hermana pequeña cayó enferma. Y la Torre Eiffel brillaba ahora bajo el estrellado cielo nocturno, al fondo de un paisaje de anchas calles flanqueadas de árboles, bares refinados y terrazas llenas de gente que bebía, comía y charlaba animadamente.

Aquello era un recordatorio de todo lo que se había perdido a lo largo de su vida, y también lo era del hombre que estaba ensanchando su mundo, en múltiples sentidos.

–¿Tara?

Ella se giró en el asiento trasero del coche al que se habían subido al salir del aeropuerto. Hasta entonces, Dion había estado hablando por teléfono con alguien, pero ya había cortado la comunicación, y ahora la estaba mirando.

–Sí.

–Ya hemos llegado.

Tara se quedó boquiabierta al ver el hotel frente al que se habían detenido. Había estado tan sumida en sus pensamientos que el tiempo se le había pasado volando.

–Tengo un apartamento aquí –anunció él.

Ella se quedó impresionada, porque era un hotel famoso en todo el mundo. Y, al mismo tiempo, se arrepintió de haberse puesto unos sencillos pantalones vaqueros, porque no estaría a la altura de tanta elegancia. Pero, por lo menos, su peinado seguía relativamente intacto, y llevaba una blusa de seda y una chaqueta muy bonitas.

Cuando se bajaron del vehículo, Dion la tomó de la mano y la llevó al interior del hotel. El gerente se acercó a ellos, inclinó la cabeza y los acompañó directamente a un ascensor, en el que subieron a la última planta.

El supuesto apartamento resultó ser una enorme y bellísima *suite* que estaba en una esquina del edificio y tenía una terraza con vistas de toda la ciudad, o eso parecía. El gerente habló brevemente con Dion y se fue.

Tara estaba tan impresionada que se había quedado sin habla.

–Bueno, ¿qué te parece mi pisito?

–Si crees que esto es un pisito es que has perdido completamente la cabeza –ironizó ella–. O el alma de la que hablábamos antes.

Dion avanzó hacia Tara. Él también se había cambiado de ropa, y se había puesto una camisa y unos pantalones oscuros y una cazadora de cuero. Estaba increíblemente *sexy*.

Al llegar frente a ella, la acorraló contra una puerta, apoyó una mano en la pared y le puso la otra en el talle. Luego, inclinó la cabeza y la besó. Tara no pudo hacer otra cosa que apretarse contra su cuerpo.

–No intentes salvar mi alma, Tara. Saldrás mal parada.

–No tengo intención de salir mal parada.

Él sonrió.

–Me alegro.

Algo abrumada por las emociones que Dion despertaba en ella, Tara frotó las caderas contra él, concentrándose desvergonzadamente en lo físico.

Dion arqueó una ceja y volvió a sonreír, y su sonrisa encogió el corazón de Tara. Parecía mucho más joven y mucho menos sombrío cuando sonreía. En esos momentos, alcanzaba a ver al niño que había sido y al hombre en el que se podría haber convertido en otras

circunstancias. Y le gustaban tanto que lo besó con pasión en un intento por quitárselo de la cabeza.

Por fortuna, él parecía igualmente inclinado a concentrarse en lo físico, y ella se dejó llevar cuando la alzó en vilo y la llevó al dormitorio de la *suite*.

Dion la había llevado a París con la específica intención de hacer el amor una y otra vez, hasta agotar su deseo. No había pasado ni una semana desde que se habían conocido, pero ya no imaginaba su vida sin ella.

Y ahora, sentado en una sala de juntas frente a un montón de empleados, lo último que tenía en la cabeza era el trabajo. Se acordaba de lo que habían hecho durante la noche, del cuerpo desnudo de Tara, de sus brazos, de sus piernas, de su forma de moverse, del deseo que había sentido de despertarla para volver a hacer el amor con ella cuando por fin se quedó dormida.

Pero no la había despertado. En lugar de eso, la había tomado en brazos con suma delicadeza y la había llevado a la cama del dormitorio de invitados.

Sexo, sí. ¿Algo más íntimo? De ninguna manera.

Y a pesar de ello, lo único que veía mientras su equipo debatía sobre el excitante proyecto de rehabilitar uno de los edificios más icónicos de París era su increíblemente *sexy* rostro, la cara que tenía cuando la dejó en la *suite*.

Dos horas antes

Cuando Tara despertó, descubrió que estaba sola y que ya no estaba en el dormitorio de Dion, que era de tonos más oscuros. Aunque, por otra parte, no tenía la seguridad de que efectivamente lo fueran. No había tenido ocasión de fijarse demasiado en la *suite*, porque se había mostrado vergonzosamente dispuesta a desnudarse a toda prisa e invitar a Dion a usar su cuerpo como campo de juegos.

Y él había aceptado la invitación, una y otra vez, demostrándole que, por mucho que ella se considerara una persona aburrida y demasiado seria, tenía una sensualidad verdaderamente sorprendente.

Sin embargo, no había nada sensual en el hecho de descubrirse desnuda en la cama de otra habitación, tapada hasta el cuello con la sábana.

Tara intentó no sentirse demasiado herida. Dion había dejado bien claro que solo la quería a su lado para hacer el amor, y ella se intentó convencer de que debía sentirse agradecida. Si se hubiera despertado pegada a él, tal vez no había sido capaz de ocultar sus emociones.

Momentos más tarde, oyó un ruido procedente del exterior. Tara se dejó llevar por la diablesa que llevaba dentro, se puso la bata que estaba en una silla, salió al corredor y avanzó hasta detenerse en la entrada del salón.

Dion estaba allí. Se había puesto una camisa azul y unos pantalones oscuros. Aún tenía el pelo mojado.

–Hola –dijo ella.

–Buenos días.

Dion señaló la mesa, donde les habían servido un desayuno con todo tipo de cosas, además de una jarra de café que olía maravillosamente bien.

–Toma lo que quieras –continuó él–. Yo me voy dentro de un par de minutos.

–Me podrías haber despertado anoche. Me habría ido yo misma a la otra habitación. No era necesario que me llevaras tú.

Él alcanzó su taza de café y bebió un poco antes de hablar.

–No es para tanto. Además, no te quería molestar.

Ella pensó que ya era tarde para eso.

–Esta noche tengo que ir a otro acto –añadió Dion.

–Y eso es relevante por…

–Porque quiero que vayamos juntos. Nuestra presencia en la gala de anoche ya ha llegado a los medios de comunicación, y serviría para afianzar nuestra posición. Creo que van a tardar poco en

publicar lo de Niko. Alguien ha filtrado la noticia, aunque me sorprende que lo haya podido mantener en secreto tanto tiempo.

–¿Y qué pasará cuando ya no… mantengamos una relación? –preguntó ella, con tanta naturalidad como pudo.

–Emitiremos una comunicado y anunciaremos que nos separamos y que eso no afectará al cuidado de nuestro hijo, que seguirá a cargo de los dos.

Tara pensó que era de lo más razonable. Tan razonable como posible, si es que encontraba un modo de mirar a Dion sin desearlo con toda su alma y sin verse arrastrada por un torbellino de turbulentas emociones.

–¿Qué vas a hacer hoy? –preguntó él, dando por sentado que lo iba a acompañar al acto de aquella noche.

Tara parpadeó. No lo había pensado, pero estaba en una de las ciudades más bellas del mundo, y tenía la ocasión de explorarla un poco.

–Siempre he querido ver la *Mona Lisa* –dijo, forzando una sonrisa–. Puede que vaya a verla.

–Buena idea. Merece la pena.

–¿Tú la has visto?

Él la miró de forma extraña y asintió.

–Hace años.

Luego, Dion dejó su taza en la mesa y dijo:

–He hablado con mi equipo, y vendrán para echarte una mano y prepararte para el acto. Nos encontraremos allí. No tendré tiempo de venir a buscarte.

Tara pensó automáticamente en los fotógrafos, pero Dion se dio cuenta y corrió a quitarle ese peso de la cabeza.

–No te preocupes por la prensa. Te esperaré en el coche.

–De acuerdo.

Cuando Dion se marchó, Tara alcanzó su teléfono, llamó a María para que la informara sobre el estado de Niko y, a continuación, habló con su familia. Terminó a medida mañana, y se vistió rápidamente para salir a pasear por la capital francesa. Cualquier cosa con tal de no pensar en su alto, atractivo e inquietante griego.

Dion y Tara se bajaron del vehículo. Aquella noche, ella se había puesto un vestido dorado sin mangas, de corpiño ajustado y faldas de tule que caían hasta el suelo. El llevaba un esmoquin como el de la noche anterior, y la miraba de un modo tan raro que se vio obligada a decir, sin imaginar que solo estaba asombrado con su belleza:

–¿Qué pasa? ¿Es el color dorado? Me ha parecido demasiado estridente, pero la estilista ha insistido.

Dion sacudió la cabeza.

–No, no… estás absolutamente perfecta.

Ella se ruborizó.

–Oh, gracias.

–De nada.

–Tú tampoco estás mal.

Dion siempre había sabido que era un hombre atractivo, pero la aprobación de Tara logró que se sintiera orgulloso.

Aquella mujer lo estaba volviendo definitivamente loco.

–Bueno, será mejor que entremos –dijo él, tomándola de la mano.

Tara respiró hondo.

–Está bien. Vamos allá.

Ella apretó con fuerza sus dedos mientras caminaban por la roja alfombra, y Dion tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no darse la vuelta, llevarla de nuevo al coche y marcharse a algún sitio donde pudieran estar a solas. Era lo que había estado pensando todo el día.

Estaba perdiendo el control de sus emociones, y no podía hacer nada al respecto mientras estuvieran en París, condenados a hacer tantas cosas juntos. Pero, cuando volvieran a Atenas, volvería a marcar las distancias con ella.

No podía hacer otra cosa.

Tara creía que ya lo había visto todo tras la fiesta en la que conoció a Dion y la ópera en el maravilloso anfiteatro griego, pero aquello la dejó sin habla. El Grand Palais era un enorme espacio con

un intrincado ventanal como techo, en el que se había congregado lo que parecía ser la gente más guapa del mundo.

Tras tomar unos aperitivos mientras escuchaban a una pequeña orquesta, los condujeron a una larga mesa de banquetes con cubiertos de oro. El sol se estaba poniendo ya, y los camareros habían encendido unas velas que daban un tono mágico al lugar. Además, la comida tenía un aspecto tan magnífico que ella casi tuvo miedo de tocarla, por si se le caía algo sobre su precioso vestido.

Dion cruzó unas palabras con la persona que se había sentado a su lado, pero después se giró hacia ella y preguntó:

–¿Qué te ha parecido la *Mona Lisa*?

Tara no fue capaz de ocultar su decepción.

–Estoy segura de que debe de ser maravillosa, pero no me he podido acercar al cuadro. Había demasiada gente en la sala, y tan alta que no me dejaba ver. Solo la he visto de pasada, mientras los guardias nos obligaban a seguir adelante. No sabía que el cuadro fuera tan pequeño… Puede que vuelva cuando el museo esté más tranquilo.

Dion la miró un momento, pero no pudo decir nada, porque la persona que estaba a su izquierda se volvió a dirigir a él.

Dion le pidió disculpas y se puso hablar con el individuo en cuestión. Justo entonces, el hombre que estaba a la derecha de Tara la tocó suavemente en un brazo, y ella se giró con una sonrisa en los labios, agradecida por la distracción.

Sí, le habría encantado que Dion la acompañara durante sus paseos por París. Pero aquel no era un viaje de enamorados.

Capítulo 9

Nos vamos? –preguntó Dion un par de horas después.

Tara asintió. Tras la cena habían asistido a una subasta de lo más extravagante, cuyos beneficios también se iban a destinar a obras benéficas. Una de las cosas que habían subastado era una cita con una famosa estrella de Hollywood que estaba presente.

–¿No te tienes que quedar un rato más? –dijo ella.

–No, ya he hecho todo lo que tenía que hacer –contestó Dion–. Bueno, no todo. Aún falta una cosa.

–Ah, bueno…

Dion rio.

–No te preocupes, que no es nada público.

–¿Tan obvia soy? –dijo ella avergonzada–. No voy a negar que ha sido una velada encantadora, pero…

–¿Encantadora? A mí me ha parecido tediosa y aburrida.

Ella sacudió la cabeza.

–Entonces, ¿por qué has venido?

Él se encogió de hombros.

–Porque es bueno que te vean, y porque siempre puede surgir alguna oportunidad de negocios –le confesó.

Tara fingió un bostezo.

Lo primero que hizo ella cuando volvieron al coche fue quitarse los zapatos de tacón alto. Lo primero que hizo él fue hablar con el chófer y darle instrucciones en francés; pero, cuando se sentó junto a Tara y vio que estaba descalza, la miró con sorpresa.

–Lo siento, es que no estoy acostumbrada a tacones tan altos.

Dion se inclinó sobre ella y le empezó a masajear los pies. A Tara se le desbocó el corazón en cuestión de segundos, y gimió sin poder evitarlo ante las expertas atenciones de sus largos y fuertes dedos.

–Por cierto, gracias por todo –comentó ella después.

–¿A qué te refieres?

Tara se señaló el vestido.

–A esto, a tu equipo… Nunca había recibido un tratamiento de belleza. Mis hermanos y hermanas solían regalarme vales para esas cosas, pero siempre caducaban antes de que los pudiera aprovechar.

Dion dijo algo al conductor, y el hombre detuvo el vehículo instantes después delante de una zapatería que seguía abierta.

–¿Qué talla tienes?

Tara le dio su talla, y el conductor se bajó del coche y regresó al cabo de unos minutos con un par de bolsas. Luego, Dion retomó sus masajes, y poco a poco empezó a subir lentamente una mano. Ella separó las piernas para permitir que le acariciara los muslos, ya casi al borde de su sexo.

–*Nous sommes arrivés, monsieur* Dimitriou.

Tara miró por la ventanilla y frunció el ceño. Se habían detenido frente a la plaza del exterior del Louvre, el lugar donde ella había estado unas horas antes.

Dion salió del coche, y el chófer se bajó y abrió la portezuela a Tara con dos pares de zapatillas en una mano. Y uno de los pares era de color blanco y dorado, elegido a propósito para ir a juego con su vestido.

–¿Y esto? –preguntó ella, perpleja.

–Tengo hijas… sé lo importante que es que el calzado combine con la ropa –dijo el hombre, ruborizándose un poco.

Tara le dio las gracias y señaló las zapatillas de rayas doradas.

–Son perfectas.

Dion se inclinó entonces y la calzó como si ella fuera la Cenicienta y él, el príncipe del conocido cuento. Tara no salía de su asombro, pero su sorpresa fue mayor cuando la llevó hacia el museo, bajo la luz de la luna.

Casi habían llegado cuando una mujer de traje oscuro les abrió una puerta, saludó a Dion y les dio la bienvenida como si aquello fuera lo más normal del mundo. Y mientras avanzaban por el edificio, que por supuesto estaba completamente vacío, sin masas de turistas por ningún lado, Tara apretó la mano de Dion y preguntó:

–¿Qué estamos haciendo aquí?

Dion se limitó a llevarse un dedo a los labios, y no dijo nada hasta que llegaron a una sala muy concreta.

–Disfruta, por favor.

Tara vio entonces que estaban en la sala de la *Mona Lisa*, y andó hacia la obra con absoluto desconcierto, sin ser siquiera consciente del movimiento de sus pies. Allí no había nadie, solo estaban ellos. Ellos, y uno de los cuadros más famosos del mundo.

Le pareció que la Mona Lisa le estaba sonriendo a ella.

–Pero ¿cómo…? ¿Cuándo…?

Él la miró. Se había desatado la pajarita y desabrochado el primer botón de la camisa.

–Hice una llamada hace un rato, cuando fuiste al cuarto de baño.

Tara sacudió la cabeza con incredulidad.

–Esto te habrá costado una fortuna.

–Hablar de dinero es de mal gusto, Tara –protestó él–. Pero, por si sientes curiosidad, te diré que conozco a una persona que estuvo trabajando aquí hace poco, en unas obras del edificio. Me debían un favor, por así decirlo. No es como si tuviera el teléfono del Louvre y pudiera llamarlos cuando quisiera para que me abran sus salas.

Tara se sintió aliviada.

–No se me había ocurrido.

–Mentirosa –musitó él con humor.

Cuando por fin se cansó de mirar el cuadro, se giró hacia Dion, que estaba admirando otra obra. Tara se le acercó y le puso una mano en el hombro.

–No sabes cuánto te lo agradezco. No imaginas lo especial que ha sido esto para mí. Estar aquí, de este modo…

–Ha sido un placer.

–Me comentaste que habías visto la *Mona Lisa*, hace años –declaró ella mientras salían de la sala.

–Sí, en efecto. Me tomé unas vacaciones para mejorar mi educación, y viajé por toda Europa, visitando los mejores museos del continente. Tenía que estar preparado para que me admitieran en círculos sociales que, hasta entonces, me habían estado vedados.

Tara se emocionó al pensar en el joven que se había esforzado por eliminar las carencias de su educación y ganarse un sitio entre sus pares.

–¿Dion?

–Sí.

–Tú tienes tanto derecho a estar en esos círculos como cualquiera de las personas con las que hemos estado esta noche.

Dion clavó la vista en los ojos de Tara con una sensación que no había tenido jamás: la sensación de sentirse protegido. Y eso hizo que se sintiera expuesto, vulnerable.

Sin poder evitarlo, la tomó entre sus brazos y la besó. Parecía un hada con aquel vestido, erguida sobre las puntillas de los pies para llegar a su boca. Se le habían soltado unos mechones del peinado, y le caían sobre la cara.

Cuando rompieron el contacto, Tara lo miró con ojos sospechosamente brillantes, llenos de emoción. Y él se sintió obligado a decir:

–Esto es todo lo que hay, Tara, y no durará mucho.

Ella se puso tensa al instante.

–No te preocupes por mí. Sé exactamente lo que hay entre nosotros.

Tara se alejó entonces de él, cruzando las enormes y vacías salas del Louvre con la espalda tan recta como la de una bailarina y pose regia. Dion pensó que acababa de arruinar algo muy especial, pero no había tenido más remedio que arruinarlo.

Los dos guardaron silencio durante el trayecto al hotel. Tara no quería pensar en lo que le había dicho, porque se negaba a que unas cuantas palabras estropearan lo más bonito que había hecho nadie por ella. Y el silencio se extendió hasta que entraron en la *suite*.

–Lo siento mucho –dijo él–, pero…

Ella le puso una mano en los labios.

–Lo sé, Dion. No te preocupes.

A continuación, retiró la mano y lo besó, poniendo en el beso todas las cosas que no podía decir, todo lo que él no quería oír.

Al llegar a la cama, Dion ya le había desecho el peinado, y su cabello le caía ahora por encima de los hombros. Pero eso no era lo único que había cambiado por el camino: él la había desnudado por completo, y ella lo había dejado sin más prenda que sus pantalones, que acabaron por correr la misma suerte.

Luego, dejándose dominar por un instinto tan antiguo como el mundo, Tara se arrodilló delante de él, cerró la mano sobre su sexo, lo apretó y empezó a bajar y a subir suavemente, fascinada con la increíble suavidad de su piel.

–Tara, no hace falta que…

Ella no le hizo caso. Se inclinó hacia delante y cerró la boca sobre su miembro. Nunca había hecho nada parecido, y tuvo miedo de mostrarse torpe, pero sus temores estaban infundados, como se demostró cuando Dion empezó a temblar.

–Para, por favor… Necesito estar dentro de ti. Ya.

Tara se tumbó en la cama, increíblemente excitada por la evidente desesperación de Dion. Separó las piernas, y él la penetró y la dejó momentáneamente sin aliento antes de empezar a moverse con un ritmo rotundo y devastador, mientras ella cerraba las piernas alrededor de su cintura.

El orgasmo al que Tara llegó momentos más tarde fue el más intenso que había tenido nunca. Y aún sentía el eco del placer cuando él alcanzó su clímax, se derrumbó sobre ella y apoyó la cabeza contra su cuello.

–Creo que deberías volver a Atenas. Tendré reuniones hasta última hora de la noche.

Dion le había dicho eso unas horas antes, cuando Tara se despertó y lo descubrió en una situación parecida a la de la mañana anterior, vestido y a punto de irse. No quedaba en él ningún signo de su apasionada noche, aunque ella se sentía como si lo que había pasado la hubiera cambiado para siempre.

En cualquier caso, no se opuso a abandonar París antes que él. En cierto modo, agradeció que Dion reventara la romántica burbuja; aunque ya la había reventado bastante al afirmar que su relación sexual era lo único que tenían, y que no duraría mucho.

Pero, cuando llegó a Atenas y se subió al coche que la estaba esperando, sus pensamientos se concentraron en Niko. Él era lo único importante, el quid de la cuestión. Niko seguiría estando siempre a su lado; Dion, no.

Ni Dion iba a cambiar ni ella estaba dispuesta a olvidar sus prioridades. Desgraciadamente, eso no impedía que tuviera un problema grave, porque sus prioridades habían cambiado bastante desde su llegada a Atenas.

Durante años, no había deseado otra cosa que estudiar una carrera, trabajar en lo que le gustaba y ser independiente. Por supuesto, aún quería trabajar en lo suyo, pero también quería fundar una familia y vivir con su hijo y con el hombre del que se había enamorado.

Lo quería todo.

Pero no necesitaba que nadie le dijera lo evidente, que llegar al encerrado corazón de Dion era prácticamente imposible.

Dion llegó un día después, sin querer admitir lo ansioso que estaba por volver a su hogar. Y no solo por Niko, sino también por Tara, quien le había enviado fotos y vídeos del pequeño durante su ausencia, como si llevaran separados más de un mes.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa, Tara apareció con Niko entre sus brazos y, al verla así, se emocionó tanto que sintió pánico. Tenía que protegerse a sí mismo y, sobre todo, tenía que proteger a Niko.

No podía permitir que Tara nublara su razón.

Sin embargo, se obligó a acercarse y a extender los brazos hacia su hijo, para apretarlo después contra su pecho. Abrazar a Niko se había convertido en algo absolutamente natural para él.

–Hola –dijo ella.

Dion la miró y se armó de valor contra la reacción de corazón, que cada vez era más difícil de controlar. Incluso maldijo a Tara para sus adentros, porque no podía creer que le gustara tanto una mujer con unos simples pantalones cortos, una camiseta sin mangas y el pelo recogido en una coleta.

Tenía que mantener las distancias con ella. Era la única solución.

–¿Te encuentras bien, Dion? –preguntó Tara.

Tara estaba tan contenta por volver a verlo que había salido de la casa con una enorme sonrisa en los labios; pero él se había limitado a mirarla sin emoción alguna, robarle a Niko y abrazarlo como si tuviera miedo de que ella se lo quitara.

Dion parpadeó.

–Sí, estoy bien, pero tenemos que hablar.

Él entró en la casa, y ella lo siguió.

¿Qué estaba pasando? ¿Habría tomado ya la decisión de poner fin a su relación? Sí, tenía que ser eso. Y por primera vez desde que había escalado el muro de la propiedad, se sintió una intrusa.

–Si tienes hambre, Thea ha preparado algo de comer.

–No, he comido en el avión. ¿Puedes ir a verme a mi despacho dentro de una hora? Me quedaré un rato con Niko.

Ella tragó saliva.

–Sí, por supuesto.

Una hora después, María acostó al pequeño Niko y se fue a su casa. Tara ya no podía esperar más, de modo que se armó de valor y llamó a la puerta del despacho de Dion, sintiéndose como si los dos hubieran vuelto al punto de partida y aún no conocieran los resultados de la prueba de ADN.

–Adelante.

Ella respiró hondo y entró.

–Siéntate, por favor –dijo él.

Tara se sentó al otro lado de la mesa, en un sillón. Dion estaba muy serio, pero tenía un mechón sobre la frente, y ella deseó acercarse, echárselo hacia atrás y sentarse en su regazo.

–Bueno, creo que es hora de arreglar las cosas –anunció Dion, levantándose.

–¿Arreglar las cosas?

Él asintió y se acercó a la enorme ventana.

–Sí, de encontrar una solución más permanente.

–¿Qué quieres decir con eso?

Dion se giró hacia ella.

–Lo que hemos tenido hasta ahora era una solución temporal, ¿no?

–Sí, ya lo sé –dijo Tara con inseguridad.

–No te puedes quedar aquí. No sería bueno para Niko. Se acostumbraría a ti.

Tara también se levantó, indignada.

–No permitiré que me expulses de su vida –bramó.

–No te voy a expulsar de la vida de Niko –afirmó él–. Solo quiero que estés… a una distancia más apropiada.

Tara frunció el ceño, comprendiendo lo que quería decir.

–Estás hablando de cómo llevaremos esto, ¿no?

–Sí, por supuesto.

–¿Y qué propones?

–Que nos sigamos viendo hasta que el deseo se apague.

–¿Y si yo ya estoy dispuesta a ponerle punto final? –preguntó ella con orgullo.

–¿Estás diciendo que ya no me deseas?

Ella sacudió la cabeza, admirando sus rasgos. ¿A quién pretendía engañar? Se había enamorado de él. Lo amaba tanto que alzó un brazo y le acarició la mejilla.

–No, solo estaba diciendo… tonterías.

Dion bajó la cabeza y la besó, convirtiendo inmediatamente la escena en algo puramente sexual, que ella recibió con un hambre y una pasión equivalentes a las de él.

El fuego que había entre ellos se convirtió en un incendio en cuestión de segundos, y ninguno de los dos dijo nada cuando él cerró las manos sobre sus senos y le acarició los pezones, haciéndola gemir.

–Separa las piernas –dijo Dion.

Tara las separó, y se sintió como si fuera una diosa cuando él la desnudó, la penetró y se empezó a mover, entrando y saliendo de ella, aumentando inexorablemente el ritmo. Fue algo explosivo, rápido, que solo duró unos minutos.

Y mientras hacían el amor, ella pensó: mientras hay vida, hay esperanza.

La esperanza ya no estaba tan clara al día siguiente, cuando Tara tomó en brazos a Niko en un enorme apartamento de un barrio residencial de Atenas, no demasiado alejado de la casa de Dion.

Era un sitio muy elegante, con una cocina magnífica, tres estancias, un dormitorio con vestidor y saloncito, una terraza, un gimnasio y hasta un despacho.

–¿Por qué me estás enseñando esto? –preguntó ella.

–Lo he comprado para ti.

–¿Que lo has comprado para mi? –dijo ella, sin poder creer lo que había oído.

Dion asintió.

–Es una de las mejores zonas de Atenas. Tiene buenas comunicaciones con la ciudad, además de un montón de cafés y restaurantes. Hasta tienes un conserje en el vestíbulo.

–No eras necesario que lo compraras. Podría haber alquilado un piso, y haber comprado algo cuando pudiera.

–Eres la madre de mi hijo, Tara. Quiero cuidar de ti. Pero el piso es tuyo, y puedes hacer con él lo que consideres oportuno.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Aunque quiera venderlo?

Él se encogió de hombros.

–Si es lo que deseas, por supuesto. Es tuyo, como acabo de decir. Y ya me he encargado de que te recojan y te envíen tus cosas… estarán aquí mañana.

–¿Y qué pretendes que hagamos?

–Bueno, tú vivirás aquí y verás a Niko cuando quieras. O, si lo prefieres, puedes traer a nuestro hijo a tu piso y estar con él cuando yo esté fuera, trabajando.

–Y tú estarás en tu casa, claro.

–Sí, pero vendré a visitarte.

–¿No puedo ir a verte yo?

–Creo que será mejor que reduzcamos nuestra relación al máximo, para que Niko no se acostumbre a vernos en un espacio demasiado familiar.

–Pero ¿qué pasará cuando él esté aquí y tú vengas y…?

–Esa situación no se dará –la interrumpió–. No a largo plazo.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Dion la llevó a su casa, donde Thea miró a Tara con tristeza, sabiendo evidentemente lo que pasaba, y se fue a trabajar a continuación.

Al cabo de un rato, él le envió un mensaje para decirle que iba a volver tarde, y que no lo esperara. Ella se dedicó a guardar sus escasas pertenencias, con la sensación de que había pasado un siglo desde que había llegado a Atenas en busca del padre de su hijo.

En principio, María tenía el turno de noche con Niko, pero Tara le dijo que se fuera a casa porque quería pasar tanto tiempo con él como pudiera. Acordaron que María trabajaría al día siguiente mientras ella se mudaba.

Cuando llegó el momento de mudarse, Tara descubrió con sorpresa que toda su ropa estaba ya en el vestidor del piso nuevo, y que incluso había prendas nuevas que no había visto antes. Al final, se quedó sola en el enorme y elegante espacio, sintiéndose completamente vacía por dentro. Y poco después, sonó el timbre de la puerta.

Su corazón se desbocó al instante. ¿Sería Dion? ¿Se habría dado cuenta de que había cometido un error y habría ido a pedirle que se quedara con él? Sus esperanzas se esfumaron cuando abrió la puerta y se encontró delante de tres mujeres: dos de ellas, más o menos de su edad, y la tercera, algo mayor.

Una rubia de aspecto eficaz dio un paso adelante y extendió una mano.

–*Kalimera*, señorita Simons. Soy Athena, la secretaria ejecutiva del señor Dimitriou.

Tara le estrechó la mano con inseguridad.

–Le presentó a Sara, que será su ama de llaves, y a Georgia, que es diseñadora de interiores y estará a su disposición para cualquier cosa que quiera hacer con el piso –continuó la mujer.

Georgia, una atractiva y joven morena, declaró:

–Tengo entendido que quiere que la casa esté a prueba de bebés.

Tara asintió con perplejidad y dio un paso atrás.

–Pasad, por favor. Me temo que no os puedo ofrecer nada de beber.

–Oh, ese es mi trabajo –dijo Sara, que era de mayor edad–. Miraré lo que hace falta y me encargaré de llenar la despensa.

–¿Tiene carnet de conducir? –preguntó Athena.

–Sí, en alguna parte –dijo Tara, que corrió a abrir su bolso–. Sí, aquí está…

Athena alcanzó el carnet y se fue, dejándola a solas con Georgia, porque Sara se había ido a la cocina.

–Un sitio precioso –dijo la morena entonces–. ¿Qué le gustaría hacer con él?

Tara no supo qué contestar. Lo que quería hacer no tenía nada que ver con el piso, sino con su hijo, su vida y el hombre al que amaba.

Capítulo 10

Horas después, Tara estaba mirando el frigorífico del piso, que ya estaba lleno. Tras dudar un momento, alcanzó una manzana y se fue la habitación que iba a ser la del bebé, según habían decidido Georgia y ella. Y entonces, llamaron a la puerta.

Era Dion, que llevaba traje y corbata, aunque ligeramente suelta.

–¿Qué tal está Niko?

–Bien. Está con María, que ha aceptado quedarse en la casa hasta que contrate a una segunda niñera. Mañana tengo que hacer las entrevistas. Puedes venir si quieres.

–Gracias –dijo ella, sintiéndose como si le hubieran clavado un puñal en el corazón.

–Abajo tengo algo para ti.

Dion la llevó al aparcamiento del edificio, la llevó a un enorme y elegante vehículo negro y le dio las llaves.

–Necesitarás algo para ir de un lado a otro. Mis conductores están obviamente a tu disposición, pero sé lo que valoras tu independencia.

–No tiene sillita para bebés –observó ella.

–Prefiero que vayas con alguno de mis chóferes si tienes que ir con Niko a alguna parte. Por lo menos, hasta que te acostumbres a conducir en Atenas. El tráfico es infernal.

–No sé qué decir, Dion. No tenías que hacer… nada de esto.

–No tiene importancia –dijo él, intentando poner orden en sus contradictorias emociones–. ¿Te apetece conducir un rato, para probar el coche? Me puedes llevar a mi casa y comer conmigo. Tengo algo que enseñarte.

–¿De qué se trata?

–De las fotos que nos sacaron en París y de las noticias que han publicado sobre Niko. He preparado una declaración que, con un poco de suerte, pondrá fin a las especulaciones. Pero no la quiero enviar a la prensa hasta que tú des el visto bueno.

Tara se puso tan pálida que sus pecas se notaban mucho más de lo habitual. En ese momento, parecía una joven estudiante, aunque Dion la deseó más que nunca.

–¿Quieres que vayamos ahora?

–Cuanto antes lo pruebes, antes te acostumbrarás a él.

–De acuerdo, pero ten en cuenta que soy irlandesa, y nunca que conducido por la derecha –le advirtió.

–No te preocupes por eso. Yo te ayudaré.

Cuando Tara se despertó a la mañana siguiente, tardó en recordar que estaba en su nuevo piso, al que había regresado después de cenar con Dion y acostar a Niko. Y aún no se había levantado cuando su teléfono móvil sonó.

Era Dion, quien le informaba de que iba a entrevistar a las niñeras al mediodía y le preguntaba si quería que le enviara un chófer. Tara frunció el ceño al leer el mensaje y le dijo que no, que iría en el coche que había puesto a su disposición.

Luego, Tara dejó el teléfono a un lado y se puso a leer las noticias que habían publicado sobre ellos. En una, se preguntaban quién era Sara Timons, la desconocida que había echado el lazo a uno de los hombres más ricos del mundo; en otra, el periodista especulaba sobre la fecha de su supuesta boda.

Tara estuvo a punto de reír. Se había convertido en un personaje público. Pero, por lo menos, todo el mundo sabía ya que era la madre de Niko.

Cuando llegó a la casa de Dion, él le informó de que tenía que asistir a otro acto aquella noche, y le pidió que lo acompañara, con el argumento de que sería una oportunidad perfecta para que los vieran nuevamente juntos. Tara aceptó y, a continuación, se dedicaron a entrevistar a las candidatas a niñera.

–Me tengo que ir al despacho –dijo Dion después–. ¿Te veo esta noche?

–Por supuesto –contestó ella.

Tara regresó a su flamante piso, donde por la tarde se presentó el mismo equipo de estilistas que Dion le había enviado con anterioridad. Y cuando terminaron con ella y se miró al espejo, volvió a sentir lo mismo que las veces anteriores: no se reconocía a sí misma. Le habían alisado el pelo, se lo habían echado a un lado y la habían ayudado con el vestido, una maravilla de color negro de las que solo hacía un diseñador en particular.

Se sentía tan distinta que se hizo una foto y se la envió a su hermana Lucy, quien precisamente trabajaba de diseñadora. Naturalmente, Lucy se quedó perpleja al reconocer la autoría del vestido, pero no tuvieron ocasión de intercambiar muchos mensajes, porque Dion llamó justo entonces a la puerta.

–Estás impresionante –dijo él al verla.

Minutos después, llegaron a su destino, uno de los hoteles más caros de Atenas, que estaba a poca distancia del piso de Tara. Por supuesto, los *paparazzi* se dieron cuenta de quiénes eran y se abalanzaron sobre ellos entre gritos y exclamaciones. Tara estaba temblando cuando consiguieron entrar en el edificio, y él se disculpó.

–Lo siento, tendría que haber sabido que esta vez iba a ser peor. Pero perderán el interés con el tiempo, te lo aseguro.

Tara no dijo nada, aunque pensó que perderían indudablemente el interés cuando supieran que ya no estaba con él y que había quedado relegada a la categoría de madre ocasional. Luego, avanzó con él entre los invitados, sintiéndose como si estuviera en una campana de cristal. Dion le había puesto una mano en la espalda, pero manteniendo una distancia emocional tan grande que casi parecía que la estaba empujando.

En determinado momento, se alejó de él y salió a la terraza, donde se dedicó a admirar las vistas de la ciudad. Dion no tardó mucho en aparecer a su lado, con una copa de champán para ella, que le dio.

–¿Estás bien?

–*Efharisto* –respondió Tara.

–¿Estás aprendiendo griego? –preguntó él, arqueando una ceja.

–Sí. Me he dado de alta hoy mismo en una academia de idiomas. Empiezo el lunes que viene.

–Si querías aprender mi idioma, te habría buscado un profesor.

–No, Atenas va a ser mi hogar. Necesito hacer amigos y conocer gente, además de empezar a buscar un empleo.

Dion guardó silencio durante tanto tiempo que ella preguntó:

–¿Qué ocurre?

–Nada. Estaba pensando que te puedo concertar una entrevista con el equipo que está trabajando en el hotel de Nisos. No es el único proyecto que tienen entre manos.

–Te lo agradecería mucho. Siempre que no piensen que me tienen que contratar porque soy tú…

–No pensarán nada –la interrumpió él–. Será una simple cuestión de méritos.

–En ese caso, me parece bien.

El sol ya se estaba ocultando tras la Acrópolis cuando Dion le preguntó si quería volver a casa. Ella echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que la gente se había empezado a marchar, así que asintió; sin embargo, no le apetecía volver a su palaciego pero tristemente vacío piso.

–La diseñadora de interiores vendrá mañana y empezará a trabajar en la habitación de invitados, para convertirla en el cuarto de Niko –le informó Tara cuando ya estaban en el coche.

–Suena bien.

–Imagino lo que pasará cuando sea un adolescente y se junte allí con los amigos para jugar o ver películas. Puede que, entonces, el piso de Tara sea un sitio divertido –comentó con amargura–. Los niños crecen, ¿sabes? Pero, por suerte, tengo bastante experiencia con los adolescentes.

La parte de atrás del vehículo estaba bastante oscura, lo cual no impidió que Tara se diera cuenta de que Dion había palidecido, así que preguntó:

–¿Qué ocurre? ¿He dicho algo malo?

–No, no, en absoluto –contestó él con cierta angustia.

Dion no sabía por qué, pero su comentario sobre el futuro adolescente de Niko le había causado una extraña presión en el pecho. De repente, se había preguntado cómo sería su vida por entonces, y había pensado que cabía la posibilidad de que Tara estuviera con otro hombre, e incluso de que hubiera tenido hijos con él.

De hecho, se quedó tan impactado que no dijo nada cuando llegaron al piso de Tara y ella salió del coche, se despidió y desapareció en el interior del edificio. Estaba como paralizado, y lo estuvo hasta unos momentos después.

En cuanto reaccionó, se bajó del vehículo, se plantó ante la puerta de Tara y llamó al timbre. Ella abrió al instante. Estaba más baja que antes, pero porque se había quitado los zapatos de tacón, como de costumbre.

–¿Dion?

–Te deseo, Tara.

Ella se mordió el labio.

–Estoy cansada, Dion.

–Lo sé, y no entraré salvo que tú me invites.

En realidad, Tara no parecía cansada en absoluto. Estaba absolutamente gloriosa, y él se sintió muy aliviado cuando se apartó de la puerta y lo dejó entrar.

Por supuesto, Dion no estaba en la cama cuando Tara despertó a la mañana siguiente. La noche había sido extraordinaria, como si cada vez se desearan más. Y ella sabía que eso desesperaba a Dion; lo notaba en su forma de hacer el amor, en el evidente caos de sus emociones. Él nunca había tenido intención de fundar una familia, pero Tara no renunciaba a la esperanza de que se atreviera a tenerla, aunque solo fuera por el bien del niño.

En cualquier caso, no podía seguir así, viviendo en un solitario piso, sin ser otra cosa que su amante. Y si Dion la había llevado a ese lugar para que se cansara y se marchara de una vez por todas, tenía aún más motivos para salir adelante por su cuenta y labrarse un futuro en la capital griega.

Por lo menos, debía asegurarse de dos cosas: la primera, de que todo el mundo supiera que era la madre de Niko, y la segunda, de que Dion reconociera su derechos legales como madre. Pero, para conseguirlo, tenía que hablar con el propio Dion, y esa fue la razón de que se presentara en su oficina al lunes siguiente, llevando al bebé en un carrito.

Al verla, la recepcionista del edificio la llevó a un ascensor y comentó:

–Avisaré al señor Dimitriou para que sepa que está aquí.

Tara se puso nerviosa mientras subía en el ascensor y, cuando las puertas se abrieron, se encontró delante de Dion, que estaba frunciendo el ceño.

–¿Qué haces aquí? ¿Está Niko bien? –preguntó, mirando el carrito.

–Sí, claro que sí. He venido a hablar contigo.

–¿Por qué está Niko contigo? ¿Dónde está María?

–Le he dicho que se tome el día libre.

–María no responde ante ti, sino ante mí –le recordó él.

–Pues debería obedecerme también a mí, porque soy la madre de Niko.

Dion la miró unos momentos en silencio y, a continuación, se hizo cargo del carrito y lo llevó a su despacho, una enorme sala con grandes ventanales.

–Guau. Las vistas son increíbles –dijo ella con admiración.

–¿Te apetece un café?

–Sí, por favor. Solo.

Dion le sirvió una taza y se la dio.

–¿De qué querías hablar?

Ella tragó saliva.

–Quiero que intentemos ser una familia. Me siento sola en ese piso.

–Tara, sabes que eso no es lo que yo quiero.

–La química que hay entre nosotros está lejos de haber desaparecido –afirmó ella–. Aunque dijiste que el deseo se acabaría.

–Y se acabará.

–¿Y si no se acaba?

–Eso es imposible.

–¿Sabes qué pienso? Que no quisiste ser padre porque necesitaras un heredero, sino porque, en el fondo, querías una familia.

–Sabes perfectamente que no me voy a arriesgar a que abandones a Niko como mi madre me abandonó a mí.

–Yo no me voy a ir a ninguna parte, Dion. No soy tu madre.

–Pero has dicho que te sientes sola…

Tara apretó la taza de café con más fuerza.

–Sí, claro. Estoy acostumbrada a estar rodeada de personas. A fin de cuentas, tengo cuatro hermanos. Pero el hecho de que me sienta sola no implica que me vaya a marchar, ni mucho menos. Además, creo que Niko merece que intentemos formar una familia.

–¿Y qué pasará cuando fracasemos? Le haremos daño.

–¿Y qué pasará si no fracasamos? –replicó ella.

Justo entonces, sonó el teléfono de Tara y, cuando se lo sacó del bolsillo, vio que tenía trece llamadas perdidas de su hermana. El móvil había sonado bastante veces ese día, pero no había hecho caso hasta entonces.

–Discúlpame, pero tengo que contestar. Es Mary. No me llamaría si no hubiera pasado algo malo.

Tara dejó el café a un lado y se alejó de Dion para hablar con su hermana. Cuando cortó la comunicación, estaba muy preocupada.

–Mi hermano Daniel acaba de volver de un viaje a Asia –explicó a Dion–, y está muy enfermo. Dicen que tiene una enfermedad tropical, y lo han llevado a la unidad de cuidados intensivos de un hospital de Dublín. Me tengo que ir inmediatamente.

–Claro –dijo él–. Yo me encargaré de todo.

–¿Podríais venir Niko y tú conmigo? Te lo ruego…

Él dudó antes de contestar:

–Por supuesto.

El cielo de Dublín estaba encapotado cuando el avión privado que había alquilado Dion aterrizó en el aeropuerto y se subieron al coche que los estaba esperando. Tara ya estaba más tranquila, porque le habían informado de que Daniel estaba respondiendo bien al

tratamiento; pero, a pesar de ello, necesitaba verlo, y fueron directamente al hospital.

–Daniel está bien, Tara –le dijo Mary–. Ya ha salido de cuidados intensivos. De hecho, está despierto y hablando por los codos.

Tara asintió, con los ojos llenos de lágrimas. Se sentía culpable, y su hermana se dio cuenta.

–No te culpes de lo que ha pasado. Daniel tiene veintitrés años, y se ha dedicado a comer insectos en las calles de Bangkok. Es culpa estrictamente suya.

Tara soltó una carcajada de alivio y entró en la habitación de su hermano, que le preguntó directamente:

–¿Cuándo voy a conocer a mi sobrino? Tengo entendido que ha salido a mí. Hay que ver la suerte que tiene.

Tara lo miró con exasperación, pero salió de la habitación para pedirle a Dion que entrara con el carrito del bebé, cosa que hizo. Mary miró a Dion con ojos como platos, y a Tara no le extrañó en absoluto; era un hombre increíblemente atractivo, y allí, en un lugar tan estéril como un hospital, casi parecía de otro mundo.

Tara sacó a Niko del carrito, y Mary lo tomó entre sus brazos y se giró hacia Dion.

–Siento mucho que se confundieran en la clínica con los óvulos –dijo ella–. Pero, ahora que veo a mi sobrino, no puedo decir que lo sienta tanto.

Tara le dio un codazo en las costillas.

–¡Ay! ¿A qué ha venido eso?

Tara se limitó a sacudir la cabeza, pero Dion comentó:

–¿Sabes lo que te digo? Que estoy de acuerdo contigo.

–¿Lo ves? –dijo Mary a su hermana, y llevó al pequeño a la cama de Daniel.

–Lo siento, Dion –se disculpó Tara entonces–. Mis hermanos son bastante revoltosos.

Dion, que aún estaba desconcertado por el rápido viaje a Dublín, se hundió en una perplejidad aún mayor tras hablar con Mary, que casi era idéntica a Tara. La única diferencia ostensible entre ellas

eran sus ojos, porque los de Mary eran simplemente azules. Y tras saludar a Daniel y conocer a Oisin y a Lucy, que llegaron más tarde, fue él quien se sintió como si estuviera en una campana de cristal.

Nunca había conocido a una familia como esa. Eran caóticos, pero lograron que sintiera algo que no había sentido en mucho tiempo: envidia, la conciencia de necesitar lo que ellos tenían y, por debajo de esa conciencia, un sentimiento de culpabilidad.

Por supuesto, todo el mundo estaba encantado con Niko y, cuando este empezó a lloriquear de repente y les llegó un olor sospechoso, Mary se lo quitó a Lucy, que lo tenía entre sus brazos, y dijo:

–Le cambiaré los pañales. Es lo mínimo que puedo hacer después del error de la clínica.

–Creo que necesita comer y, probablemente, dormir un rato –dijo Tara a Dion–. La casa de mi familia no está lejos de aquí… podríamos ir, si te parece bien.

A Dion se le encogió el corazón. Aquello ya era demasiado para él, y la idea de ir a su casa le pareció insoportable.

–No, ve tú con Niko. Pasa la noche con los tuyos. Yo me iré al hotel.

–¿Estás seguro?

–Sí, claro –contestó–. ¿Vendrás a mi hotel por la mañana? Te enviaré a mi chófer.

–Por supuesto.

Dion dio media vuelta y se fue, aunque sintió el inmediato deseo de volver sobre sus pasos, agarrar a Niko y llevárselo de allí. Llevárselo lejos de aquel lugar, a un sitio donde no hubiera tanto dolor en potencia.

Sin embargo, siguió andando porque sabía que todo había cambiado de repente. Ya no dejaría de ver lo que acababa de ver, una familia feliz. Y las paredes tras las que había escondido su corazón durante años se estaban empezando a derrumbar.

Capítulo 11

Tara y Niko llegaron al elegante hotel de Dion por la mañana. Él ya se había vestido y afeitado, y aún tenía el pelo mojado.

–Estaba desayunando –dijo–. ¿Tú has desayunado ya?

–No, pero Niko sí.

Dion llamó al servicio de habitaciones y pidió que le subieran más comida y más café. El camarero llegó poco después con una bandeja, y Dion le dio las gracias y lo acompañó a la salida. Tara se sentó entonces a desayunar, pero había perdido el apetito, y se limitó a servirse un café. Había algo extraño en Dion aquella mañana. No sabía lo que era, pero se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

–¿Por qué tengo la sensación de que quieres decirme algo?

–Espero que no te importe, pero me he tomado la libertad de hablar con ciertos contactos para que uno de los mejores especialistas del país vea a Daniel y se asegure de que recibe el mejor tratamiento posible –dijo él, sorprendiéndola por completo.

–Gracias. No era necesario, pero muchas gracias.

–Tu familia significa mucho para ti, ¿verdad?

–Sí, claro. Los adoro. Pero ya son mayores, y tienen sus propias vidas.

–Pero no has dudado en volver a Dublín cuando te han necesitado.

–Dion, si vas a usar esto como excusa para no confiar en que yo…

–Creo que deberías tener la custodia completa de Niko –la interrumpió él.

–¿Cómo?

Dion repitió lo que acababa de decir, y Tara se levantó de la silla y lo miró con desconcierto.

–Pero yo… no puedo… tú no puedes…

–¿Sabes que es la primera vez que conozco a una familia como la tuya?

–Oh, no. Lo sabía. Ha sido una experiencia traumática para ti.

–¿Traumática? Ha sido maravillosa, increíble. Todo ese amor, todo ese apoyo mutuo…

–Sí, bueno, me siento muy afortunada –admitió ella.

–Se nota que harían cualquier cosa por ti y por Niko.

–Y por ti también, aunque no estemos juntos. A fin de cuentas, eres el padre de Niko. También formas parte de mi familia.

Él sacudió la cabeza.

–No, yo no formo parte de ella. Yo no tengo ninguna familia.

A Tara se le hizo un nudo en la garganta.

–Claro que la tienes. Tienes a Niko, y me tienes a mí.

Dion se apartó de ella, como si no soportara que lo mirara.

–Lo que hice, lo de tener un niño por mi cuenta, fue lo más arrogante y egoísta que he hecho nunca. Si hubiera estado solo conmigo, lo habría condenado a una vida terriblemente incompleta. Y al verlo ayer con los tuyos, me he dado cuenta de que no le puedo negar una familia… No lo puedo alejar de una madre capaz de marcharse a vivir a otro país con tal de estar con él.

–¿Y qué me dices de su padre?

–Su padre es un egoísta que ni siquiera le podría ofrecer ninguna familia, porque no sabe qué es eso. Soy igual que mi madre, si no peor.

–No, eso no es cierto –dijo ella con vehemencia–. Tu adoras a Niko.

–Sí, daría mi vida por él, pero ¿cómo sé que lo que siento es amor? Nunca he sentido tal cosa. En cambio, tu familia y tú tenéis amor de sobra. Niko merece estar aquí, contigo.

Tara sacudió la cabeza.

–Mi vida ya no está aquí. Está en Atenas, con vosotros.

–Me vuelvo a mi país hoy mismo –anunció él súbitamente–. Quedaos en Dublín.

–¿Vas a repetir la historia?

Dion frunció el ceño.

–¿De qué estás hablando?

–De abandonar a tu hijo como tu madre te abandonó a ti.

–Yo jamás lo abandonaría –dijo, pálido.

–Pues eso es lo que harás si te marchas.

–Pero estará contigo.

–También te necesita a ti.

–Le haré daño, Tara. Y me odiará por no haberle dado una familia.

–Entonces, dásela. Dale la que ya tenemos tú y yo. Hasta podemos tener más hijos, si quieres. No ahora mismo, claro, pero dentro de unos años…

–¿Por qué querrías tener hijos conmigo? Eso es sacrificar demasiado.

–No hay sacrificio cuando amas a alguien.

Dion se quedó estupefacto con su declaración.

–No, no, tú no me amas, no es posible que me ames. Lo dices por pena, o por exceso de sentido de la responsabilidad. Quieres tanto a Niko que serías capaz de sacrificarte con tal de darle lo que necesita.

–Ahora no estoy hablando de lo que él necesita, sino de lo que necesito yo. Te amo, Dion, y quiero vivir contigo y con Niko.

–Pero ¿cómo me puedes amar? No tiene sentido. No merezco el amor de nadie.

–Por supuesto que lo mereces, y te aseguro que estoy verdaderamente enamorada de ti, Dionysios Dimitriou. No solo por tu increíble cuerpo, ni por lo que me haces sentir cuando nos acostamos, sino por tu integridad, por tu amabilidad, por amar a Niko como lo amas. Te convenciste de que querías un hijo porque necesitabas un heredero, pero en realidad estabas buscando amor.

Él sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero no puedo decir lo que quieres oír. Espero que, con el paso del tiempo, te des cuenta de que lo que crees sentir ahora no era tan profundo como pensabas.

Ella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

–No seas condescendiente conmigo. Sé lo que siento, y sé que quiero tu cuerpo, tu alma y tu corazón. No me contentaré con

menos.

–No puedo dar eso –dijo él, presa del pánico–, pero te puedo ofrecer el matrimonio. Así, podríamos estar juntos y tendrías la custodia de Niko para siempre.

Tara lo miró con ojos desorbitados.

–¿Me estás ofreciendo el matrimonio como compensación por no amarme? No sé si esa situación sería menos disfuncional que la que tenemos ahora.

–Tara, me gustaría darte más, pero no puedo…

–¿No puedes? ¿O no quieres? –preguntó ella–. En fin, voy a buscar una cosa. Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Tara alcanzó su bolso, salió de la *suite* y cerró la puerta a sus espaldas. Dion se quedó atónito y, al cabo de unos momentos, notó un olor desagradable y se giró hacia su hijo, que lo estaba mirando con sus enormes ojos. Evidentemente, había llegado el momento de cambiarle los pañales, y Dion se los cambió tan deprisa como pudo. Pero, cuando terminó, Tara aún no había vuelto.

¿Se habría marchado para siempre? ¿La habría asustado hasta el punto de no querer volver? No, eso era imposible; Tara era la mujer más valiente que había conocido. Y, además, le había dicho que estaba enamorada de él. Y él estaba enamorado de ella.

Sí, claro que estaba enamorado de ella. No se había dado cuenta hasta entonces, pero lo estaba.

Asustado, tumbó a Niko en el carrito, salió con él a toda prisa, se metió en el ascensor y bajó al vestíbulo, aunque no sabía dónde estaría Tara. Casi había llegado a la salida del hotel cuando oyó su voz.

–¡Dion!

Tara acababa de entrar por otra puerta, y él la tomó inmediatamente entre sus brazos.

–Soy un idiota. Por supuesto que te amo. Creo que te he amado desde la primera noche… Ni siquiera sé cómo es posible que no me diera cuenta. Será que soy un cobarde, que tenía miedo de que me abandonaras. Pero te amo, y si decidieras marcharte ahora mismo, te seguiría amando, Tara.

Ella sacudió la cabeza.

–No me voy a ir a ninguna parte. De hecho, tengo algo que pedirte.

De repente, Tara se puso de rodillas y se sacó algo del bolsillo. Era una cajita forrada de terciopelo, en cuyo interior había un sencillo anillo dorado.

–Ahora sé que estás enamorado de mí, pero antes te iba a decir que no puedo aceptar un matrimonio sin amor y que, si era verdad que no sentías lo mismo que yo, estaba dispuesta compartir la custodia de Niko contigo, seguir siendo tu amante y…

Dion no la dejó terminar. La levantó del suelo y le dio un beso en los labios.

–Sí, sí, sí, sí. Claro que te amo, y por supuesto que me casaré contigo.

Tara soltó una carcajada, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y un momento después, le puso el anillo dorado en un dedo.

–Vaya, tendremos que salir otra vez –dijo él.

–¿Por qué?

–Porque quiero comprarte un anillo a ti.

–No es necesario.

–Sí que lo es.

–Está bien, como quieras. Pero ¿podemos volver después, acostar a Niko y…?

–Oh, sí, desde luego. No volveremos a salir del hotel hasta dentro de un par de días.

Dion le compró un precioso anillo de esmeraldas, con pequeños diamantes a cada lado. Y no se volvió a quitar el anillo dorado hasta el día de su boda, aunque no se dieron mucha prisa: se casaron tres años después, cuando Tara ya estaba embarazada de la que iba a ser hermanita de Niko, Lexie.

Obviamente, ya vivían juntos para entonces, y hasta trabajaban juntos, porque Tara había conseguido un empleo en el complejo hotelero de Nisos. Además, su griego había mejorado tanto que casi lo hablaba a la perfección; en parte, gracias a Dion.

Por supuesto, toda su familia asistió a la boda, que se celebró en Atenas. Mary y Lucy fueron las damas de honor de Tara; y Oisin, que

se había mudado a la ciudad para trabajar en la sección de tecnología de la empresa de Dion, ejerció de padrino.

Cuando ya estaban frente al altar, Dion alzó una mano, acarició la mejilla de Tara y dijo:

–Gracias.

Ella sacudió la cabeza.

–No he hecho nada para merecer tu agradecimiento. Solo me enamoré de ti.

–Me has devuelto la vida. Me has dado la vida.

–Y tú eres mi vida.

–Oh, *gattina*…

Tara se ruborizó y, justo entonces, se oyó la voz de Daniel:

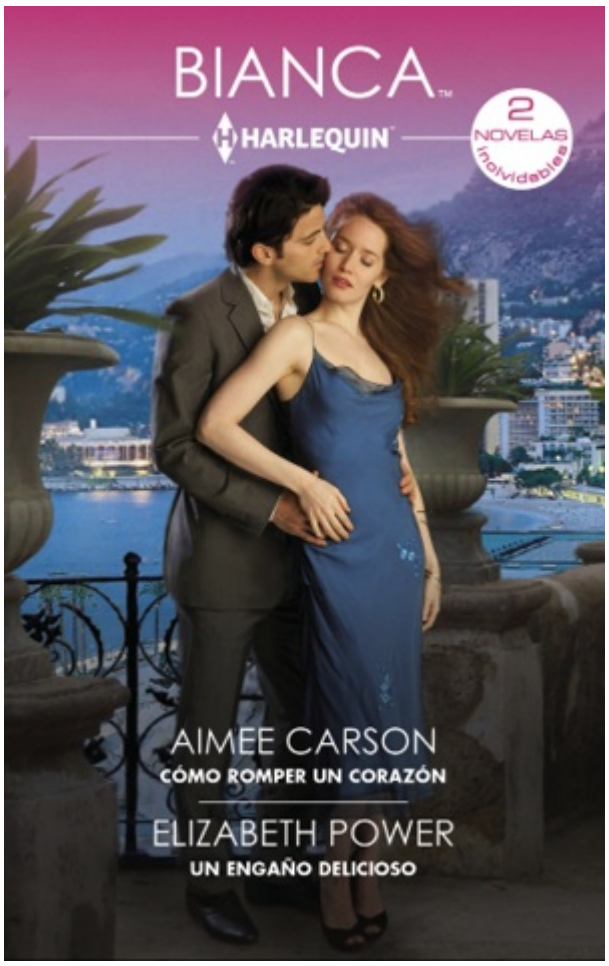
–Basta ya. Buscaos una habitación, caramba.

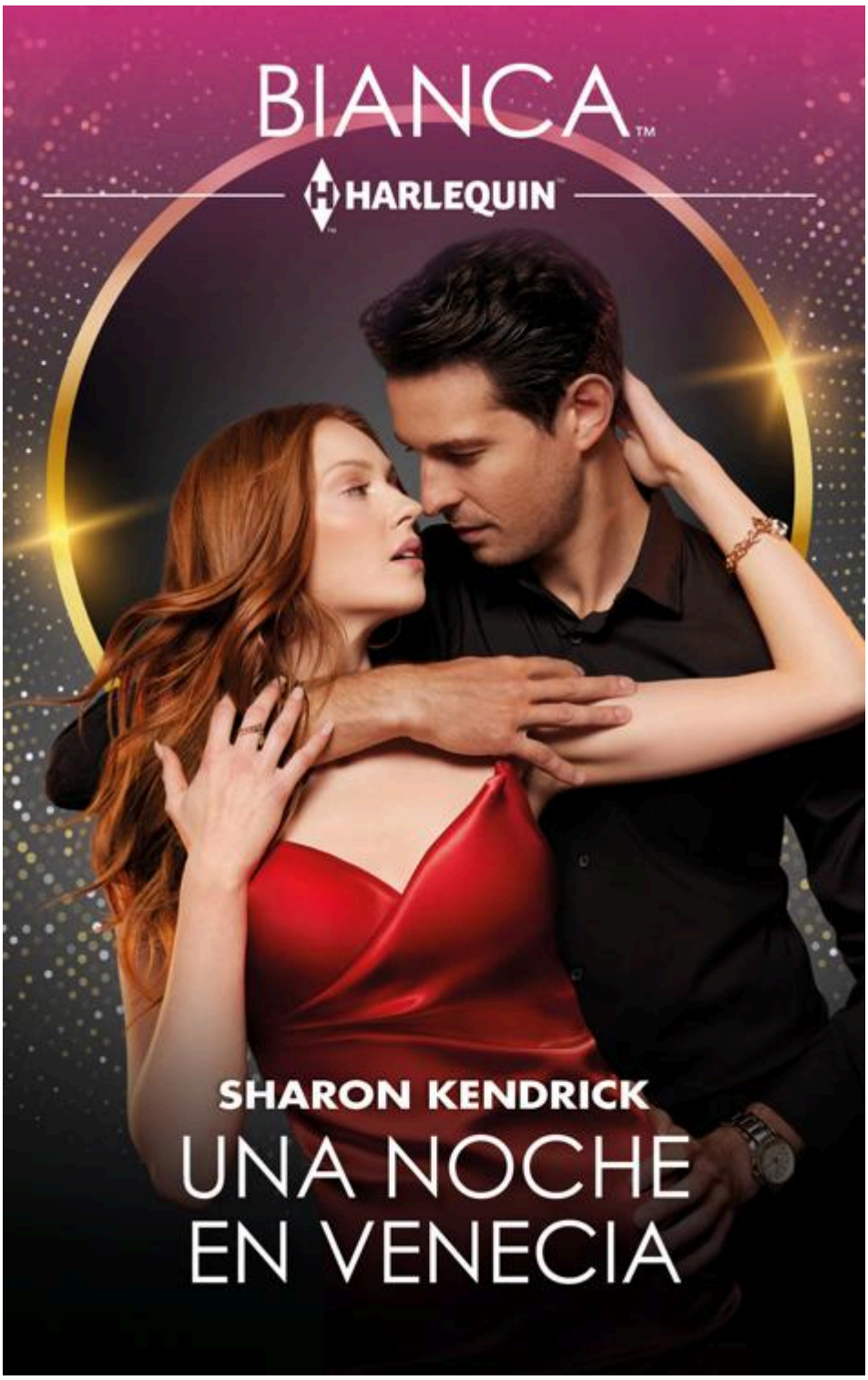
Tara soltó una risita, y Dion sonrió. Parecía mucho más joven cuando sonreía.

Luego, el sacerdote carraspeó y siguieron adelante con la ceremonia. Y, desde luego, vivieron felices para siempre.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




BIANCA™
HARLEQUIN
SHARON KENDRICK
UNA NOCHE EN VENECIA

Portadilla

BIANCA™

SHARON KENDRICK

UNA NOCHE EN VENECIA

HARLEQUIN™

Capítulo 1

La gélida ráfaga de emoción que atravesó su corazón fue tan inédita como inoportuna, golpeándolo con una intensidad inesperada.

Ajeno al frío cortante de febrero y a las salpicaduras de agua que la lancha levantaba a su paso, Odiseo entornó los ojos, buscando enfocarse en la figura que dominaba su atención. La silueta, inconfundible incluso en la niebla, parecía desafiar el paisaje gris que lo rodeaba.

La *Serenissima*. Venecia. Había visto fotos: las aguas oscuras y misteriosas, los edificios intrincados que se alzaban como esculturas vivientes a lo largo de los canales, esa luz única y casi hipnótica, incluso en pleno invierno. A veces, hasta había soñado con ella.

Pero aquella era su primera visita.

Apretó los labios en una línea tensa, como si intentara contener algo. Se encontraba en un lugar que parecía al mismo tiempo ajeno y familiar.

Con la llovizna pegada a la cara, se puso rígido cuando la lancha se acercó al puente de la Academia y volvió a hacerse la pregunta que lo atormentaba desde hacía semanas.

¿Qué demonios hacía allí?

¿Quería librarse de los fantasmas que lo perseguían desde siempre?

¿O era algo más primitivo? Algo profundo y ancestral. Los griegos tenían una palabra para ello, una palabra tan deliciosa que casi podía saborearla en la punta de la lengua, con su mezcla inconfundible de amargura y dulzura:

Ekdikisi.

¿Venganza?

No.

Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. La venganza estaba teñida de victimismo, y Odiseo nunca se había considerado una víctima, a pesar de las despiadadas circunstancias que lo habían forjado.

El viaje a la tierra de su madre estaba impulsado por la curiosidad; aunque tal vez eso era simplificar algo que en realidad se sentía como cerrar un capítulo definitivo. El anhelo de ver a su único pariente vivo antes de que el anciano falleciera.

–*Siamo qui, signor* –anunció el barquero, mirándolo fijamente tras amarrar.

¿Qué estaría viendo?, pensó Odiseo, metiéndole billetes en la palma de la mano antes de saltar de la embarcación con naturalidad atlética. ¿A un tipo fornido con melena rebelde que estaría igual de cómodo en un barco de pesca? ¿O solo se fijaría en la ropa cara que lo señalaba como uno de los hombres más ricos de Grecia? El envoltorio de lujo que ocultaba al hombre real: uno del que las mujeres se quejaban por tener un corazón de hielo, y al que sus rivales describían como inescrutable. El lobo solitario, le llamaban en los países donde operaba, y a él no le molestaba. De hecho, le agradaba el apodo, aunque no tuviera intención de ser un cumplido. Su rostro se endureció. La aprobación ajena nunca había estado entre sus prioridades.

El hotel se encontraba a pocos pasos del embarcadero, y en pocos minutos ya estaba instalado en una *suite* con vistas al majestuoso Gran Canal. En el armario lo esperaba el disfraz para el baile: pantalones de raso, una capa voluminosa, zapatos con hebilla y un sombrero de tricornio. La máscara, un sencillo antifaz, le aseguraría el anonimato.

Aunque en Venecia no lo conocía nadie.

Ni siquiera su abuelo. Todavía no.

Se apartó del armario y contempló las aguas a través de la ventana.

Al día siguiente se reuniría con Vincenzo Contarini, aunque seguía sin tener claro qué iba a decir. La idea de la culpa y el dolor que podía causar al anciano le hizo tensar la mandíbula. Pero ese no era

su estilo. Las emociones no lo gobernaban. Había comprendido que la fuerza real estaba en mantener la calma frente a lo incontrolable.

No quería pensar en eso. Esa noche la dedicaría a observar a los venecianos divertirse; Andreas le había conseguido entrada para el baile más exclusivo.

–¿Solo una entrada, *Kyrios* Diamides? –había preguntado Andreas.

–*Neh* –gruñó Odiseo–. Solo una.

Aunque montones de mujeres lo dejarían todo por ir de su brazo, no necesitaba distracciones. Estaba allí para observar. Para enfrentarse al pasado tras años ignorándolo. ¿Serviría para cerrar el círculo? Apretó los labios. Tal vez fuera mejor dejar la herida abierta; un recordatorio de lo tóxicas que podían ser las familias, reforzando su determinación de no tener una propia.

Ver algo nuevo siempre resultaba estimulante. Había acumulado demasiados éxitos demasiado rápido, y lo sabía. Últimamente, su cinismo empezaba a tomar terreno, algo casi ridículo a los treinta y cuatro años, cuando estaba en el apogeo de su vida. Andreas, e incluso su piloto, le habían dejado caer que tanto trabajo podía pasarle factura.

Quizá, después de terminar con sus asuntos en Venecia, se decidiría a abordar esa carencia en su vida sexual, de la que no podía culpar a la falta de oportunidades.

Sí, el ocio subiría al primer puesto.

Pero no ahora.

Ahora tocaba trabajar. El trabajo era su refugio y su salvación.

Abrió el ordenador y se sentó; la belleza del Gran Canal quedó olvidada mientras se concentraba en la pantalla.

–¡Grace, estás guapísima! –exclamó Kirsty.

Grace apenas fue consciente del cumplido. Frente al espejo del pequeño baño del personal, en lo alto de aquel palacio veneciano del siglo XV donde su amiga la había colado hacía una hora, apenas se reconocía.

El vestido escarlata le ceñía la cintura hasta dejarla sin aliento, mientras el corpiño realzaba sus pechos modestos, haciéndolos parecer mucho más generosos. Un elaborado sombrero, adornado con plumas rojas, ocultaba su cabello castaño, y la máscara dorada dejaba al descubierto apenas unos ojos intensamente delineados y unos labios pintados de bermellón.

¿Dónde estaba Grace Foster, la mujer gris de ropa discreta y anodina? No quedaba rastro de ella.

–No sé si voy a poder, Kirsty.

–¿Bromeas? –la reprobó su amiga–. Si crees que me he arriesgado a perder el trabajo para que te eches atrás, vas lista. He planeado cómo voy a colarte sin pasar por la entrada oficial.

–¿Y si me pillan?

–Nadie va a pedirte la entrada. Y las demás estarán dentro pendientes de ti.

Era cierto. Con el tiempo, había construido una red de amigas. Cara y Sophia estaban allí, con entradas legítimas para las que habían ahorrado, a diferencia de ella. Pero sus vidas eran distintas. Ellas no cargaban con sus responsabilidades.

Grace enviaba gran parte de su sueldo para cubrir la residencia de su abuela en Inglaterra, lo que la obligaba a renunciar a muchas cosas. Apenas gastaba en ropa. Salía poco. Y, quizá por eso, deseaba con todas sus fuerzas que su vida fuera más… emocionante.

¿No era por eso por lo que había ido allí esa noche?

–¿Tu jefe sabe que estás aquí? –preguntó Kirsty.

–¿Bromeas? Le daría un ataque.

Vincenzo Contarini era un esnob empedernido, convencido de que cada cual tenía su lugar, y el de ella estaba al fondo. Pero pagaba bien, con alojamiento y manutención incluidos, en una ciudad donde vivir era prohibitivo. De otro modo, no podría permitirse estar allí.

Si a veces todo aquello le parecía una jaula de oro, se obligaba a apartar ese pensamiento. No servía de nada darle vueltas.

Kirsty le dio un empujoncito.

–Toma el bolso. El baile te espera, Cenicienta. Y no lo olvides… –Hizo una pausa teatral–. Esta noche puedes ser quien quieras.

Grace asintió nerviosa y siguió a Kirsty por las escaleras de servicio hasta llegar a una discreta puerta de personal, donde se mezclaba el ruido de murmullos, música y risas a lo lejos. Dudó unos segundos antes de entrar.

El interior era deslumbrante, una explosión de opulencia que parecía sacada de un sueño barroco. Disfraces fastuosos resplandecían bajo las lámparas de araña, que colgaban como cascadas de diamantes, dispersando reflejos de luz por toda la sala.

La música llenaba el aire, envolviendo a la multitud que bailaba con elegancia, mientras las joyas de los asistentes centelleaban con cada movimiento. Bajo un arco, un cuarteto tocaba con maestría, sus notas delicadas entrelazándose con el bullicio. En otro rincón, un grupo de jóvenes se divertía de manera despreocupada, como si el tiempo mismo no existiera más allá de esas paredes.

La mayoría se arremolinaba al otro extremo, y Grace, cohibida, se aferró a su bolso de lentejuelas. Había logrado entrar, pero no había pensado más allá, y no veía a sus amigas. Avanzó con las palmas húmedas, sin atreverse a secarlas en el vestido alquilado.

Cuando se detuvo para dejar pasar a una mujer mayor, alzó la vista hacia la barandilla.

Y entonces lo vio. De pie, en un balcón sobre ella. Sus miradas se cruzaron, y el corazón le golpeó con fuerza bajo el corpiño.

Era un hombre que eclipsaba al resto. Alto, de hombros anchos y piernas interminables, vestido completamente de negro. El tricornio sobre su cabello ébano, algo largo, le daba un aire de cuento. Solo, vigilante, desafiando a cualquiera a acercarse, como si custodiara su espacio con celo. Eso explicaba por qué la gente giraba con cautela, los hombres reconociendo a un rival inalcanzable y las mujeres aminorando el paso, aunque él parecía ajeno.

Se preguntó si realmente se habían mirado. ¿Por qué iba a fijarse en alguien como ella, pequeña y sin importancia? Pero ahora sí la miraba. A través del antifaz no distinguía su expresión, pero en su postura había un desafío sutil, algo que la atraía. Se le encendieron las mejillas al recordar las palabras de Kirsty.

«Esta noche puedes ser quien quieras».

¿Podía? Tragó saliva. Deseaba ser el tipo de mujer que se acercaría a ese hombre imponente y le pediría bailar. Y él aceptaría, claro. Incluso reiría al atraerla hacia sí.

Bajo el corpiño, los pezones se endurecieron al imaginarse cediendo al calor de ese cuerpo y…

–*Signora?*

Una voz cortó sus fantasías. Grace se volvió hacia un hombre con placa de empleado y gesto avinagrado. ¿La habían descubierto?

–¿Sí? –respondió en inglés en lugar de usar el dialecto veneciano, esperando más deferencia si la tomaba por una turista adinerada.

–Su entrada, por favor, *signora* –le pidió, cambiando al mismo idioma.

Grace tragó saliva. Se imaginó siendo expulsada públicamente y su jefe enterándose. ¿La acusaría de deshonrar su apellido aristocrático? Sin un contrato formal, aquello sería motivo suficiente para despedirla.

Desesperada, barajó sus opciones. Podía huir o plantarse con desparpajo. Pero ¿cómo? Entonces alzó la vista. El hombre de negro seguía allí, observándola con una leve curva en los labios, presenciando el intercambio. ¿Acababa de inclinar la cabeza, concediéndole permiso para acercarse?

–*Signora* –insistió el empleado–. Su entrada.

Y entonces lo supo. Por una noche, olvidaría a la cuidadosa Grace Foster, siempre sumisa, siempre obediente. Esa noche haría lo que deseara.

El hombre de negro parecía inaccesible y dominante, pero había en él algo que inspiraba una peligrosa seguridad. ¿Podría sacarla del aprieto?

Tomó aire y, con decisión, echó a andar hacia él.

Capítulo 2

Desde la balaustrada, Odiseo observó a la mujer de rojo irrumpir a trompicones en el salón, como si alguien la hubiera empujado. La fascinación lo embargó de inmediato. No solo por su cintura mínima y su figura menuda, que el carmesí del vestido realzaba como un fuego vivo, sino por algo más.

Se movía a tirones, como una marioneta desorientada, y su mirada asustada vagó entre los invitados hasta posarse en él. Algo en ella le resultó familiar. Se comportaba como una extraña.

¿Acaso no se comportaba él así siempre? A pesar de los miles de millones, los actos benéficos y las invitaciones sinfín, seguía siendo el chico marginado que nunca encajaba, ahora convertido en un hombre con la misma condición.

No le importaba cómo lo vieran; nunca fue tímido, nunca pidió perdón. Pero la mujer de rojo era diferente. Casi dio un salto cuando un empleado le habló. Al presenciar su torpe intercambio, y cómo lo miraba de nuevo, percibió la súplica que emanaba de su pequeño cuerpo.

Inclinó la cabeza, un gesto breve pero inequívoco. Y ella respondió.

Con un remolino de seda escarlata, empezó a abrirse paso entre la multitud, subiendo las escaleras hacia él y con el empleado siguiéndola de cerca.

Algo le hizo sonreír cuando llegó a su lado: era aún más pequeña de lo que había creído.

–Hola… ¿Puedes fingir que me conoces? Por favor –le suplicó en un susurro.

–Por supuesto –respondió él, sintiendo interés de inmediato.

–¿Conoce a esta mujer, *signore*? –preguntó el empleado, interponiéndose entre ellos.

–¿Que si la conozco? Llevo esperándola casi una hora, pero ya sabe cómo son las mujeres.

Ella se puso de puntillas y le rozó la mandíbula con los labios.

–Siento haberte hecho esperar.

–Te perdono esta vez, cariño –dijo él, rodeándole la cintura y acercándola a su cuerpo.

Ella suspiró aliviada. Algo visceral lo impulsó a abrir la mano sobre su cintura, acurrucándola aún más contra él, mientras aspiraba su agradable perfume.

Entonces, se giró hacia el empleado:

–¿Ocurre algo?

–Eh… no. Ha sido un error, *signore*. *Scusi*.

–¿Te estaba molestando, cariño?

Ella negó con la cabeza.

–¿Estás segura?

–De verdad, no pasa nada –respondió Grace con una sonrisa agradecida.

–Bien. –Miró al hombre con desdén y añadió–: Iba a invitar a la señora a bailar. ¿Le importa?

–*Sì, sì, signore. Mi dispiace* –se disculpó el empleando y se retiró entre la multitud.

–Misión cumplida –murmuró Odiseo, retirando a regañadientes la mano–. No creo que vuelva a molestarte.

–Gracias. Has sido muy… amable.

–¿Crees que deberíamos movernos por si nos vigila? –sugirió él–. O tal vez prefieras que te lleve a otro sitio. ¿Te espera alguien?

Ella negó con la cabeza, provocando que su tocado de plumas se moviera con gracia.

–He venido sola, aunque mis amigas están… por ahí.

–Entonces, nada te impide bailar conmigo –dijo Odiseo con una sonrisa–. Si te apetece.

Grace tragó saliva. «¿Que si me apetece?». De cerca, él era aún más imponente: la mandíbula firme, los labios con una curva escandalosamente sensual y esos ojos increíbles, de un azul tan penetrante que parecía atravesarla.

–No se me da bien bailar…

–Yo te enseñaré –se ofreció él, con mirada lobuna–. Soy muy buen profesor.

Aquel alarde parecía cargado de otro tipo de promesas, más oscuras y tentadoras. Bajo el corpiño, los pechos se le tensaron, los pezones erizándose con una intensidad que la sorprendió. ¿Era normal responder así ante alguien a quien apenas conocía?

–Igual te piso…

–No te dejaré.

Grace lo miró hipnotizada.

–¿Y cómo lo impedirás?

–Te alzaré antes de que tus pies diminutos toquen los míos.

–¿Cómo sabes que son diminutos?

–Porque el resto de ti también lo es –respondió él, sonriente.

–Peso más de lo que parezco…

–¿Lo comprobamos?

–Adelante –aceptó ella de manera imprudente.

Él soltó una risotada, le puso las manos en las caderas y la levantó en el aire como si nada.

–¿Qué decías? –le preguntó tras dejarla de nuevo en el suelo.

A Grace le latía el corazón a toda prisa.

–¡No puedo creer que hayas hecho eso!

–Te ha gustado.

–Sí –admitió ella en un susurro–. Mucho…

Se notaba una energía especial entre ellos. Aquello era flirteo de verdad, el que los italianos habían convertido en arte. Grace lo había visto montones de veces, pero rara vez se había permitido participar. Su día a día era demasiado rígido, condicionado por las carencias y las obligaciones. Su trabajo le exigía llevar una vida casi monacal.

Pero ahora no podía evitar tener pensamientos inapropiados y lujuriosos sobre un hombre con unos pantalones tan ajustados y provocadores que la dejaban sin aliento.

–¿No deberíamos presentarnos? Soy Grace.

–Odiseo –respondió él, con voz sedosa cargada de intención.

–Es un nombre griego.

–Lo es. –Su mirada se endureció, intensa y desafiante–. ¿Y?

Ella se mordió el labio, preguntándose cuáles eran las reglas del coqueteo, tan ajenas a su mundo habitual.

–¿No dicen que hay que tener cuidado con los griegos? –se aventuró a decir, con una sonrisa tímida que apenas disimulaba su nerviosismo.

–Solo si te ofrecen regalos, y no es el caso. –Sus labios se curvaron en una sonrisa que era puro desafío y deseo–. Deja de sonrojarte y ven a bailar conmigo.

Grace notó las miradas cuando él la condujo a la pista. Todas iban dirigidas a la figura alta y poderosa a su lado. El cuarteto interpretaba una melodía italiana que conocía bien, aunque le pareció oírla por primera vez. Se dejó guiar a sus brazos y la sensación la electrizó. El contacto de sus manos en la cintura le pareció escandalosamente íntimo, como si los dedos traspasaran la tela y la marcasen. Bajo las capas de raso, la piel se le encendía al compás. ¿Por qué preocuparse por los pasos, si con él todo parecía fluir de forma tan natural?

Alzó la vista y se lo encontró observándola con diversión.

–¿Y bien? ¿Vas a contarme por qué tanto lío?

–Me han pedido la entrada.

–¿Y no la tienes?

–Me he colado.

–Pero no se te da bien –murmuró él.

–¿No te escandaliza?

Odiseo soltó una risotada.

–¿Por qué? Casi todos nos hemos colado en algo alguna vez.

–¿Incluso tú?

–Incluso yo. Así que un consejo: deberías disimular un poco, al entrar parecía que llevaras un cartel delatándote.

–Intentaba aparentar seguridad. Pero este ambiente resulta intimidante y estaba nerviosísima.

–¿Y ahora?

–Curiosamente, no. Me lo estoy pasando bien.

–Yo también. –La atrajo más; el corazón le latía fuerte bajo aquella camisa de volantes. Su franqueza tímida era tan encantadora como su cuerpecito. Lo intrigaba, porque últimamente solo trataba con triunfadoras que preferirían morir antes que admitir que no podían pagar una entrada.

La tenía tan cerca que sentía la curva de sus caderas, y el deseo lo golpeó de lleno. ¿Cuándo había bailado así con una mujer? Nunca.

El raso y el encaje solo alimentaban su frustración. Quería arrancarle el sombrero, rasgar el vestido y descubrir la piel que adivinaba debajo.

La música terminó, pero ninguno se movió. Cuando ella se recostó contra él, pensó que si seguían así podrían denunciarlo por indecencia.

«Deshazte de ella. Lo último que necesitas son distracciones».

–¿No se preguntarán tus amigas dónde estás?

Ella se apartó con vergüenza.

–Sí, debería buscarlas. Has sido muy amable. No pretendía entretenerte.

–No te preocupes –replicó impaciente–. Solo te daba una excusa para irte.

Grace parpadeó.

–¿Y si no quiero excusas para irme?

Él le alzó la barbilla con un mano, obligándola a mirarlo a los ojos.

–¿Siempre eres tan directa, Grace?

–No entiendo.

Bajó la mano.

–Debes tener claro lo que pasará si te quedas. Podemos tomar una copa de *prosecco*, buscar algo de comer o bailar. Pero también quiero otra cosa.

–Continúa… –pidió ella con timidez.

–Quiero llevarte a mi habitación, quitarte ese vestido y hacer el amor contigo toda la noche. –Sonrió y continuó–: Quizás estoy siendo demasiado sincero. Así que escápate, *poulaki mou*. Búscate alguien más adecuado que te lleve a tres citas castas antes de

pedirte permiso para darte la mano. Vete ahora que aún puedes, no sea que intente hacerte cambiar de idea besándote en público.

Grace se quedó boquiabierta. Estaba más sorprendida por lo que le había dicho que por el hecho de provocar en él tal declaración. Entonces, recordó las palabras de Kirsty.

–¿Y si no quiero irme?

–Eso cambia las cosas. –Su voz tenía un tono de advertencia–. Pero entiende esto: mañana me voy solo y no volveré jamás.

–Todo el mundo vuelve a Venecia.

–Yo no. Tú decides, Grace. Es la única oferta. Tómala o déjala.

No era la frase más romántica del mundo, pero nadie podría acusarlo de falsas expectativas. Grace respiró hondo, con el pulso retumbándole en lugares que no quería admitir.

–La tomo –respondió con valentía.

Capítulo 3

La mano de él se deslizaba lentamente entre los voluminosos pliegues de su vestido, y Grace jadeó cuando sus dedos rozaron su rodilla.

–Oh, por favor –gimió, incapaz de contenerse, mientras sentía la aspereza de su mandíbula contra su cuello–. Odiseo, por favor.

–Con mucho gusto, *poulaki mou* –murmuró él, cada sílaba cargada de provocación, antes de empujarla contra la pared–. Solo tienes que pedirlo.

La superficie dura le dio apoyo. Contuvo la respiración cuando la mano alcanzó su muslo; los dedos apartaron el satén y el encaje hasta tocar piel sensible.

–¡Oh! –jadeó cuando él encontró la humedad de su ropa interior y rozó con un dedo la prominencia hinchada antes de retirarse–. No pares.

–Dios, cómo respondes –admiró él con voz temblorosa, apartando la tela para seguir acariciándola.

Oleadas dulces la invadían, excitándola y frustrándola a la vez. Incapaz de articular palabra, abrió los muslos instintivamente, y él gruñó con aprobación. Suplicó en frases atropelladas que apenas reconocía, hasta que la silenció con un beso apasionado mientras obraba magia con una mano. Se convulsionó contra sus dedos, oyendo su risa baja cuando se dejó caer contra la pared. Si él no la agarrara de la cintura, habría terminado en el suelo.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada azul y ardiente de Odiseo recorriéndola. Ninguno se había quitado la máscara. No hubo tiempo.

La había llevado deprisa por el salón abarrotado, bajo la mirada fulminante del empleado de antes y de varias mujeres que

claramente deseaban estar en su lugar. Creyó ver a Sophia acercarse, pero algo en el lenguaje corporal de Odiseo pareció disuadirla. Minutos después, llegaron a su *suite*, situada unas plantas más arriba del baile. De techos altos e iluminada solo por el brillo del canal y la luna, se intuía la decoración en dorado y una gran cama con dosel.

Pero no llegaron a la cama.

Cuando la atrajo bruscamente, el sombrero cayó al suelo. Ella se rio con un deje de nervios mientras él empezaba a besarla. Grace le devolvió el beso con un hambre que pareció sorprenderlo. De repente, sus manos estaban en todas partes, apartando capas de tela hasta encontrar el punto dulce y húmedo donde era más vulnerable. Un gruñido profundo escapó de Odiseo mientras su pulgar trabajaba con destreza, desatando un orgasmo tan devastador en Grace que ella se preguntó si podría recuperar la calma alguna vez.

Su corazón comenzaba a calmarse cuando él alargó la mano para encender la luz.

Grace negó con la cabeza.

–No. Así es más…

–¿Más qué?

Estuvo a punto de decir romántico, pero se contuvo. Las palabras de Odiseo en el baile habían dejado claro que aquello era lo contrario del romance. Además, más luz delataría su inexperiencia.

–Más… agradable.

–Si nos quitamos esta maldita ropa sí que será más agradable –dijo él con la voz ronca de deseo–. Y creo que va siendo hora de librarnos de esto.

Se quitó la máscara. Grace se quedó sin aliento al contemplar su cara desnuda.

Había supuesto que era guapo, pero se había quedado corta. Parecía un dios. Pómulos cincelados se equilibraban con labios sensuales y una melena que brillaba como azabache. Sin embargo, lo más hipnótico eran sus ojos: pestañas espesas, deseo ardiente y, aun bajo la luz de la luna, de un azul intenso.

–Ahora tú –ordenó él.

Temblorosa, Grace se quitó la máscara y la dejó con cuidado sobre una cómoda –tenía que devolverlo todo al día siguiente en perfecto estado–. Se preguntó si se sentiría decepcionado por su rostro corriente, pero él no miraba su cara. Su atención estaba en desabrocharle el corpiño. Había tantos corchetes que parecía una tarea interminable; contuvo la respiración mientras crecía la tensión, frustrada cada vez que las yemas de él rozaban su piel y se alejaban. Cerró los ojos y movió las caderas en una especie de súplica muda.

–¿Quieres que me dé prisa? –preguntó él, con tono divertido.

–Sí. –Grace tragó saliva; el deseo palpitaba impaciente en su interior–. Si puedes…

–Qué glotona eres, Grace –se burló–. Debería hacerte esperar. Eso aumentaría el placer.

Ella estuvo a punto de decirle que, si aumentaba más, se le pararía el corazón.

–Preferiría que no –admitió finalmente.

Su respuesta pareció resquebrajar el férreo autocontrol de Odiseo. De pronto lo notó impaciente mientras terminaba de desabotonar el aparatoso vestido.

–Imagínate hacer esto cada vez que quisieras sexo –comentó con ironía–. Los aristócratas del XVI debían de tener la paciencia de un santo. –Arqueó las cejas con diversión–. Aunque quizá estés acostumbrada a este tipo de ritual.

–¿Te refieres a… –aspiró cuando los dedos de él rozaron su piel provocándole un escalofrío– si suelo usar vestidos rojos de baile?

–Bueno, no para ir de compras. –Sus dedos se detuvieron, y su tono se endureció–: Me preguntaba si esto es para ti un evento anual.

¿Se refería al baile? ¿O estaba insinuando que cambiaba de amante cada año? Abrió la boca para defenderse, pero él ya estaba alzando el revoltijo de telas. En cualquier momento la vería desnuda. Descubriría que su figura curvilínea era un truco magistral del corsé. ¿Se decepcionaría?

Para acallar los pensamientos negativos, empezó a tirarle del disfraz. Le quitó la capa y forcejeó con la camisa hasta dejar su torso al descubierto. Suspiró admirada al pasar las palmas por aquella piel sedosa, preguntándose si se atrevería a tocar la dureza que tensaba sus calzoncillos.

¿Notó su timidez? ¿Por eso acercó los labios a su oído?

–Se acabó la espera –gruñó él–. Soy todo tuyo, *poulaki mou*. Haz conmigo lo que quieras.

Grace se estremeció de anticipación cuando él le quitó la última prenda. Ya desnuda, no hubo espacio para inseguridades al ver cómo su rostro se tensaba de deseo mientras caían sobre la cama.

Fuego líquido recorrió su cuerpo cuando él la envolvió. Tomó su pecho con la boca, mordisqueó el pezón, y una pierna poderosa se deslizó entre sus muslos. Perdida en un calor brumoso, llevó la mano a su entrepierna sin titubeos, sorprendida por su propia audacia. Nunca había tocado a un hombre así, pero el instinto le susurró que debía hacerlo con suavidad, y él gimió cuando sus dedos rozaron con delicadeza aquella dureza.

Odiseo no le permitió explorar más. Con una exhalación, se levantó de la cama. Ella lo siguió con la mirada, hambrienta, mientras cruzaba la habitación hacia el escritorio. Lo vio sacar algo de una bolsa y lo entendió al instante. Se quedó helada; no había pensado en la protección en ningún momento.

En silencio, lo observó mientras regresaba y se ponía el preservativo.

Después se le echó encima, y Grace se abrió a él sin dudarlo, tan cargada de deseo que no tuvo tiempo de ponerse nerviosa al sentir la punta rozarle la humedad. Por eso el dolor fue menor de lo esperado. Hubo un instante de tensión exquisita antes de que él se hundiera por completo, llenándola y arrancándole un grito.

–Odiseo –jadeó, incrédula y asombrada.

Él murmuró algo incomprensible, inmóvil por un segundo, antes de aplastarle los labios con un beso tan profundo que la devoraba.

Con la boca, el cuerpo, y los dedos, y esas embestidas dulces que parecían alcanzarle el alma.

Intentó saborear cada segundo. La deslumbraba su mezcla de pericia y ternura inesperada. Era cuidadoso, como si ella fuera algo frágil y precioso. Esa delicadeza hizo que se perdiera, empujándola al borde del abismo.

Espasmos poderosos la elevaron y la dejaron caer en cámara lenta, mientras la realidad iba y venía al ritmo que él aumentaba. Cuando su cuerpo se tensó, se atrevió a mirarle la cara. Esperaba encontrar un destello de conexión, pero él tenía los ojos cerrados. Murmuró algo en griego, y entonces empezó a moverse con fuerza dentro de ella hasta caer rendido.

Ella acarició los húmedos mechones de su cabello hasta que su cuerpo dejó de temblar, pero no dijo nada. No quería romper el hechizo ni arriesgarse a arruinar aquella perfección tan frágil. ¿Y qué podía decir, de todos modos? ¿Que había sido lo mejor que le había pasado?

Al final, no tuvo que decir nada. Él se levantó sin una palabra, desapareció en el baño y regresó oliendo a jabón, sin rastro del preservativo. Si no fuera por la sensación de plenitud que la embargaba, Grace casi habría pensado que lo había imaginado todo. Porque, aunque seguía desnudo al acercarse a una bandeja de botellas, Odiseo lucía completamente sereno.

–¿Te apetece beber algo? –le ofreció él con tono frío y encendiendo una lámpara.

–Sí, por favor.

Incómoda bajo la luz, se escabulló al baño mientras Odiseo preparaba los vasos. Se alegró de lavarse y recomponerse, aunque su imagen la sobresaltó: cara encendida, ojos brillantes, carmín corrido. Qué diferente se veía.

Porque era distinta. Ya no era la ingenua Grace Foster. Acababa de tener sexo increíble con un desconocido y no sentía culpa.

Se pasó los dedos por el pelo y regresó al dormitorio. Odiseo estaba entre las sábanas revueltas. Había dejado un vaso de agua a cada lado. Nada de champán de celebración.

Dio una palmadita al hueco libre y ella fue, procurando no sentirse cohibida. La observó en silencio cuando se tumbó a su lado. Tuvo que resistir el impulso de taparse con el edredón mientras sus pezones se endurecían bajo la mirada de él. Ya era tarde para el pudor.

–Te ha gustado –afirmó Odiseo.

–Sí. Mucho.

Él sonrió, pero algo oscuro brilló en sus ojos.

–No siempre es así para una mujer la primera vez.

Grace se encogió avergonzada.

–¿Lo… notaste?

–Sí. –Hubo un silencio–. Así que retiro lo que dije antes. Es obvio que no haces esto todos los años.

–Evidentemente –respondió ligera, aunque su reacción la desalentó. ¿Esperaba que se sintiera halagado por su virginidad? ¿Molesto por no advertírselo? ¿Alguna emoción más allá de ese comentario frío?

Se obligó a recordar que él se marchaba al día siguiente. Solo. No había mentido ni prometido nada. Había sido pragmático, y ella también debía serlo.

–¿Y tú? –le preguntó–. ¿Haces esto a menudo?

–¿Tener sexo con desconocidas enmascaradas?

Grace se sonrojó.

–Supongo que es una forma de llamarlo.

Odiseo le apartó un mechón de cabello. ¿La sorprendería saber que llevaba más de un año sin acostarse con nadie? Probablemente. Pero no sería justo alimentar fantasías en alguien tan inocente.

–La respuesta es no, pero sigo marchándome mañana. –Le alzó la barbilla–. A menos que creas que esto me hará cambiar de opinión.

–Qué suposición tan arrogante.

–Puede. Soy un hombre muy arrogante, *agape mou*. Y ahora mismo lo que más deseo es volver a besarte.

–No te estoy frenando –susurró ella, ahora más relajada.

–No –dijo él, acariciándole el vientre con los dedos–. No me detienes.

Esta vez la hizo esperar. La besó de los párpados a los muslos, dejando un rastro de calor con los labios mientras su cuerpo temblaba bajo el suyo. Ella suplicó, pero él no cedió. Se convenció de que prolongar el deseo haría el placer más intenso, aunque sabía que lo hacía por él mismo: una prueba de su templanza, una batalla contra el hambre que le quemaba la sangre, un intento de demostrar un control que, en realidad, se le escapaba.

Y, aun así, cuando alargó la mano para buscar otro preservativo, los dedos le temblaron. Cuando volvió a hundirse en ella, tuvo que contenerse con toda su fuerza para no correrse de inmediato. Nunca había sentido algo tan visceral.

Cuando ella le succionó los pezones, apenas pudo evitar imaginar dónde más querría que lo hiciera. La próxima vez, se prometió, aturdido, mientras la sentía explotar en espasmos y él la seguía con un gemido ahogado. Definitivamente, la próxima vez.

No pensaba dormir. Quería explorar cada rincón de su cuerpo, perderse en ella hasta borrar cualquier rastro de deseo. Pero una satisfacción extraña y profunda comenzó a recorrerle la piel, y el sueño lo reclamó antes de que pudiera resistirse.

Se despertó al notar movimiento. Grace estaba recogiendo su lencería del suelo.

–¿Qué pasa? –murmuró Odiseo, notando el despertar de una nueva erección al verla semidesnuda.

Vestida tan solo con unas braguitas azul marino, ella lo miró sobresaltada.

–No quería despertarte.

–Pues lo has hecho. –Bostezó mientras la veía caminar hacia el montón de seda escarlata–. ¿Adónde vas?

–¿No es obvio? –Se enfundó el vestido, peleando con los corchetes–. A casa.

–¿Por qué? –Palmeó el hueco a su lado–. Quédate hasta la mañana.

Grace vaciló, debatiéndose entre lo sensato y lo que quería: volver a la cama con él. Siguió abrochando. Miró la hora: las cuatro. Tenía que volver antes de que se dieran cuenta.

Por la mañana el hotel herviría de gente. Ahora estaba en silencio y nadie la vería bajar con su vestido brillante. Su ropa de calle estaba en el guardarropa del personal. Necesitaba cambiarse antes del alba y cruzar las callejuelas venecianas hasta su casa oficial, aunque no la sintiera como tal. Si se demoraba, no llegaría a tiempo de servirle el café al *signor* Contarini y se armaría la mundial.

–No puedo –zanjó sin más explicaciones.

Él pareció sorprendido. No había tenido sexo suficiente… y ella tampoco. ¿Cómo había pasado de novata a adicta en cuestión de horas? Le había despertado un hambre voraz y quería más. Hubiera dado casi cualquier cosa por volver a la cama y sentirlo otra vez dentro de ella.

Casi cualquier cosa.

Pero no su vida entera. No podía arriesgar su trabajo, su reputación y su sustento por algo que, inevitablemente, no iba a durar.

–No entiendo por qué quieres irte a estas horas –dijo él, impaciente–. Al menos déjame vestirme y llevarte a un taxi acuático.

–¡No! –El tono salió más brusco de lo que pretendía. La idea de que la acompañara la inundó de miedo–. Gracias, pero puedo volver sola.

Bajo la intensidad de su mirada azul, terminó de abrocharse y calzarse. Tenía que separar las cosas; era una de sus mejores habilidades. Aceptar lo que era, no lo que deseaba. Para cuando se enderezó, ya había recuperado la compostura y esbozó una sonrisa con el grado justo de agradecimiento.

–Me voy. Ha sido una noche estupenda.

–Ven y dame un beso de despedida al menos –le pidió él.

Grace tuvo que hacer un gran esfuerzo para no obedecer. Más aún cuando él se movió bajo la sábana, provocándola.

Se aclaró la garganta y dijo:

–Mejor no.

–¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te convenza para quedarte?

–Pues sí –respondió con sinceridad y agarró su bolsito, decidida a marcharse. Sabía que, en cuanto lo besara, estaría de nuevo tumbada en esa cama, y no podía permitírselo.

Pero había algo más. Le aterraba lo que él le hacía sentir. Ese torbellino de emociones contradictorias. En sus brazos había descubierto una parte de sí misma que no conocía: una mujer plena, visible, deseada. No un apéndice útil, no una sombra. Por primera vez en mucho tiempo, se había sentido viva.

Y eso era peligroso. No llevaba a ninguna parte. Cuanto antes volviera a su existencia gris, mejor.

–¡Gracias por una noche maravillosa! –dijo con una sonrisa demasiado amplia mientras agarraba el sombrero y la máscara. Le lanzó un beso al aire, preguntándose si lo que destelló en sus ojos fue admiración o irritación.

«Es lo mejor», se dijo a sí misma con determinación.

Pero, aun así, el corazón le latía con pesar cuando se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Capítulo 4

De espaldas a la puerta, mirando el agua bañada por el sol, el anciano no se giró cuando condujeron a Odiseo al salón.

–*Signor* Diamides –anunció la doncella, nerviosa, tras haberlo dejado esperando en un vestíbulo lúgubre que parecía más una cámara de tortura medieval.

Odiseo sospechó que era un burdo intento de intimidarlo, pero no surtió efecto. A él no lo intimidaba nadie.

–¡Déjanos! –ordenó Vincenzo Contarini, sin molestarse en volverse ni cuando la puerta se cerró.

Típica maniobra de poder, pensó Odiseo con desdén. La irritación dio paso a la rabia mientras se preguntaba qué esperaba de esa reunión. ¿Una disculpa? ¿Algún rastro de arrepentimiento? Si era así, se iría con las manos vacías. Y aunque el anciano se derrumbara y suplicara perdón, nada cambiaría. No traería de vuelta lo perdido, ni aliviaría la culpa ni borraría la amargura.

Se negó a seguirle el juego. Recorrió el salón con la mirada. Pese a las antigüedades de incalculable valor, el lugar se veía frío, sin alma. No había fotografías ni detalles personales. Parecía un museo más que un hogar.

Pero ¿qué importaba cómo vivía aquel hombre? Había ido a buscar respuestas, aunque su mente, traicionera, se desvió al recuerdo de la mujer de rojo. Se había despertado solo, el cuerpo palpitando de frustración, con su imagen aún grabada en la memoria.

Recordó su estrechez exquisita, cómo le había enroscado las piernas a la cintura, los gemidos que escapaban de sus labios. No sabía nada de ella, salvo un nombre que podía ser falso. Era una contradicción andante: bajo su fachada provocadora se escondía una

inocencia que lo había dejado sin palabras. Descubrir que era virgen lo había sorprendido como pocas cosas.

¿Habría terminado igualmente en su cama de haberlo sabido? Una pregunta que no dejaba de perseguirlo.

«Probablemente».

Ella era irresistible…

Durante el desayuno, se preguntó cuán difícil sería localizar a una mujer enmascarada entre doscientos invitados. Pero no quería encontrarla. El recuerdo era perfecto precisamente porque no volvería a verla. No habría tiempo para aburrirse ni para pensar en cómo cortar la relación sin romperle el corazón.

–Así que tengo un invitado inesperado.

La voz áspera cortó sus pensamientos cuando el anciano se volvió por fin. El traje que vestía no disimulaba su cuerpo encogido y quebradizo. Odiseo no esperaba el impacto que lo recorrió. Había planeado aquel encuentro desde la muerte de su padre, pero verlo en persona lo pilló desprevenido.

Había anticipado desprecio y nada más, pero la realidad era más complicada. Cuando sus miradas se encontraron, algo lo removió por dentro. ¿Era por los llamativos ojos azules y el rostro ajado? «Azules como los míos», pensó con amargura. «Como los de mi madre».

Un sentimiento de pena le subió al pecho, pero su rostro permaneció impasible.

–Seguro que esperabas la visita de tu único nieto –inquirió Odiseo deliberadamente.

–No esperaba nada por el estilo.

–Resulta sorprendente.

–¿Por qué habría de serlo? No tengo nada que demostrar. Ni a ti ni a nadie.

–¿Ah, sí?

–¡Dime qué quieres! –La nuez del anciano subía y bajaba furiosa–. ¿Vienes a por mi dinero?

–Tengo mi propio dinero –respondió Odiseo, tratando de contener su ira.

–Sí, eso tengo entendido. Te llaman el multimillonario que lo arregla todo.

Lo llamaban muchas cosas, pero no dijo nada; siguió estudiándolo con objetividad, encontrando consuelo en el poder del silencio.

–Entonces, ¿a qué has venido? ¿Y por qué ahora?

–Quiero hacerte algunas preguntas. Empecemos por la principal.

–Adelante –lo espoleó Vincenzo con mirada desafiante–. Pregunta.

–¿Por qué echaste a mi madre a la calle?

–¡Porque deshonró el apellido! ¡Quedarse preñada de un don nadie! Lo tenía todo. La mejor educación. Una generosa asignación. Hombres ricos esperando hacerla su esposa. Un futuro dorado… hasta que se dejó deslumbrar por un miserable.

–Fue su elección. Pero seguía siendo tu hija. Tu única hija. Ni siquiera fuiste a su funeral… –Tardó un segundo en continuar–: Ni a presentar tus respetos.

–¿Y por qué iba a hacerlo? Tiró su vida por la borda. Ella se lo buscó; que cargara con ello. –El hombre se llevó la mano al cuello y extrajo una campanilla de latón de la ropa–. ¡Grace! ¿Dónde estará? ¡Grace! *Venite!*

Por un instante, Odiseo creyó que el anciano se había metido en sus pensamientos. ¿No era ese nombre el que ocupaba su mente desde el amanecer? Negó con la cabeza. «Me estoy volviendo loco».

La puerta se abrió y entró una mujer vestida de gris, con la mirada baja y pelo castaño rojizo recogido en un moño tirante.

–¿Sí, *signor* Contarini?

Y entonces sí que pensó que había perdido el juicio, porque su voz sonó como la de…

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Luego volvió a abrirlos. Tenía que estar equivocado. La Grace de la noche anterior era luminosa y ardiente. La mujer que veía era sosa y apagada.

Y aun así…

Había algo en su cara de corazón y su cuello delicado que le recordó demasiado a la joven tentadora que le entregó su inocencia con entusiasmo.

«Mírame», le ordenó mentalmente.

Y como si le hubiera leído el pensamiento, ella alzó la cabeza. Odiseo se tensó. No podía ser ella y, sin embargo, lo era.

Sin máscara. Sin labios rojos ni vestido carmesí. Solo un rostro pálido sin maquillaje y un vestido anodino. Y unos ojos que lo miraban suplicantes.

Odiseo le sostuvo la mirada. ¿De verdad creía que le contaría a su odiado abuelo cómo pasaron la noche? Un dolor de cabeza lo atravesó. ¿Quién era ella?

–¿Dónde te habías metido? –exigió Vincenzo–. ¿Por qué no abriste antes?

–Lo siento… No oí la campana…

–¡Las contraventanas! –la interrumpió señalando el ventanal.

Pero Odiseo notó el cambio: una vigilancia súbita en Vincenzo, que ahora miraba a la mujer con una curiosidad recién despertada. El viejo zorro no había dejado pasar ni un detalle.

–Sí, por supuesto.

La vio cruzar la estancia y trastear con las contraventanas hasta que una sombra cayó sobre su cuerpo menudo. Odiseo volvió a negar con la cabeza, tratando de asimilar el cambio drástico. Un ave del paraíso convertida en gorrión.

–¿Así está bien? –preguntó ella.

–¡Sí! Llena mi vaso y déjanos solos. Y espera fuera hasta que te llame.

–Sí, *signor*.

Grace consiguió llevar a cabo la tarea sin derramar agua sobre el escritorio, pese al temblor de su mano, y le entregó la bebida. Cruzó la habitación procurando no apresurarse, consciente de que dos pares de ojos la seguían. El trayecto se le hizo eterno y expulsó el aire contenido tras cerrar la puerta a su espalda.

Desde el interior llegaban murmullos, y Grace intentaba imaginar qué estarían diciendo. Era una pesadilla. En realidad, algo mucho peor, ya que de una pesadilla puedes despertar. ¿Explicaba esa visita el humor intratable de su jefe en las últimas semanas?

Había rumores sobre el misterioso invitado de esa mañana, pero nadie sabía quién era.

Cuando estaba intentando distraerse del recuerdo de haber perdido la virginidad la noche anterior, el timbre de la puerta había sonado y ella se había asomado desde el piso superior.

Se le había helado el corazón al verlo en el umbral.

No podía ser.

Pero lo era. Aunque no lo conociera mucho, resultaba inconfundible: ese físico poderoso, el brillo de su pelo negro. ¿Quién más tenía esos hombros capaces de sostener el mundo?

Su había quedado petrificada. ¿Qué hacía allí su amante griego? Seguro que su visita no tenía nada que ver con ella. Pero ¿por qué otra razón habría ido allí? El *signor* Contarini no recibía visitas. Se puso tan nerviosa que dejó que la doncella abriera, aunque era su trabajo. Pero ya no podía huir. Odiseo ya la había visto. Y no se atrevía a irritar más a Vincenzo escondiéndose.

El corazón le martilleó cuando sonó la campana. Volvió al salón procurando mirar a cualquier parte menos a Odiseo. Pero ignorarlo exigía una fuerza de voluntad monumental, no solo por su magnetismo o porque la última vez que lo vio él estaba desnudo con la entrepierna endureciéndose.

El problema era su propia reacción. Era como si el cuerpo la atormentara con el recuerdo de su primera vez. Aspiró hondo.

«En unos minutos se irá, y todo volverá a la normalidad».

–Grace, acompaña al *signor* Diamides a la salida.

–Sí, *signor*.

Caminando junto al griego hacia el vestíbulo, Grace pensó que parecía más alto. Era por los zapatos: con los tacones del baile ganaba estatura; con las bailarinas del uniforme, se sentía enana.

Abrió la puerta y tuvo que mirarlo. Era imposible no hacerlo. O quizá la tentación ganó y se dejó llevar por recrearse en sus rasgos perfectos. Vio en sus ojos un brillo desconocido. «No digas nada. No menciones lo de anoche, no con Vincenzo vigilando».

–Gracias –dijo él formalmente, tendiéndole la mano.

Aunque un visitante no suele estrechar la mano del ama de llaves, habría sido descortés rechazarla. El escalofrío al contacto fue inevitable. Estaba a punto de retirar la mano cuando notó un rectángulo de cartón deslizándose en su palma. Cerró los dedos sudorosos con rapidez, justo mientras él se giraba hacia Vincenzo. Esa distracción le bastó para esconder la tarjeta en el bolsillo sin ser vista.

–Ha sido una reunión interesante –dijo Odiseo–. Pero no volveremos a vernos.

–¡Mejor! –bufó el anciano.

Odiseo se inclinó con dignidad imperial. Y Grace se preguntó quién sería para hablarle así a uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Lo vio alejarse hacia el puente, con la luz iluminándole el pelo. Unas jóvenes se detuvieron a mirarlo, aunque él no les prestó atención. Se le retorció el corazón al pensar que no volvería a verlo.

Pero al cerrar la puerta recordó la tarjeta y se palpó el bolsillo.

–¿Grace?

Se recompuso antes de volverse. El corazón se le vino abajo al ver la expresión de Vincenzo. Esa mirada astuta que conocía bien. Sabía lo despiadado que podía ser. Pagaba bien, pero era un tirano.

–¿Sí, *signor* Contarini?

–¿A qué ha venido todo eso?

Puso cara de inocente; el instinto de supervivencia le decía que debía fingir. No podía perder el trabajo. No después de todo lo ocurrido. Sin pestañear ante su mirada acusadora, le sostuvo los ojos con perplejidad.

–No entiendo.

–¡No me tomes por idiota! ¡Lo conoces!

En cierto modo agradeció la acusación concreta, porque podía responder con algo de verdad, aunque la voz no saliera del todo firme.

–No, *signor*.

Porque no lo conocía. Aparte del nombre y de que la había llevado al cielo, no tenía ni idea de quién era Odiseo Diamides ni por qué se había reunido con su jefe.

Pero deseaba averiguarlo.

Capítulo 5

Con una taza de café entre las manos, Odiseo mantenía sus ojos fijos en la calle que llevaba a la discreta cafetería donde Grace le había sugerido encontrarse. Era un rincón alejado, poco frecuentado por turistas, y mientras observaba el ir y venir de los vecinos, recordó que aquello no era solo un destino vacacional bellísimo, sino un lugar donde la gente hacía vida normal. Dos hombres de negocios bebiendo vino a la sombra del toldo. Una barca de trabajo descargando cajas en la puerta trasera de un restaurante, con silbidos sonando desde dentro. Un niño que caminaba con su madre, la jornada escolar ya terminada, y una sonrisa satisfecha en su cara.

Y se preguntó cómo debía de ser crecer en un entorno así…

En ese momento, debería estar sobrevolando el Adriático en su *jet* privado, reflexionando sobre la reunión que acababa de tener con el abuelo al que le habían enseñado a despreciar. Su padre siempre había sido implacable con el anciano, culpándolo de la muerte prematura de su esposa y avivando esa herida cada vez que tenía oportunidad. Odiseo apretó la mandíbula al recordar que el dedo acusador no se había detenido ahí, sino que también había señalado otras direcciones…

Sin embargo, el *shock* de encontrase con Grace trabajando como una especie de doncella en casa de su abuelo había apartado por un rato del pensamiento aquel pasado tortuoso. O quizá fue la simple constatación de que Vincenzo Contarini jamás expresaría arrepentimiento por lo que hizo. ¿Para qué seguir dándole patadas a una puerta cerrada?

Le había resultado más fácil centrarse en Grace y en la sacudida que lo recorrió cuando ella entró en la habitación con el pelo recogido y su cuerpo esbelto oculto bajo aquel uniforme gris y feo.

La incredulidad ante su aspecto anodino chocó con el fogonazo vívido y visceral del recuerdo de deslizarse en su estrechez húmeda, acompañado por el eco de sus jadeos de placer. Incómodo como rara vez lo estaba y, a la vez, excitado por aquella necesidad tácita de discreción, le deslizó su tarjeta de visita en la mano cuando sus miradas se encontraron. Fue ahí cuando se dio cuenta de cuánto seguía deseándola.

Aunque en realidad no había dejado de hacerlo desde que ella salió de su *suite* esa mañana, dejándolo a medias y dolorido.

El recuerdo erótico se disipó al verla aproximarse por un puentecillo que cruzaba el canal. Menuda, con el pelo castaño lacio cayéndole por los hombros. El vestido gris había sido reemplazado por unos vaqueros, zapatillas y una gabardina ajustada a la cintura.

Por un instante, había dudado de que realmente fuera a presentarse, después de aquella conversación tensa en la que lo había llamado hablando en voz baja, como si temiera ser escuchada. Pero ella no podía permitirse no acudir.

¿Acaso no querría saber por qué se había reunido con su jefe tanto como él deseaba saber qué hacía ella trabajando allí?

Grace entró en el establecimiento, murmuró algo en italiano al hombre de la barra y se sentó frente a él. Se desabrochó la gabardina, la colgó del respaldo de la silla, y él notó la rigidez de sus hombros cuando alzó el rostro hacia el suyo. Bajo la luz tenue del local, sus labios, sin pintar, parecían contener un temblor, y tenía las manos entrelazadas con fuerza en el regazo.

Odiseo entornó los ojos, tratando de descifrarla, con su habitual cinismo desplazado por la intriga que despertaba el enigma frente a él. No era una mujer, sino tres, pensó.

Una tentadora virgen.

Una sirvienta acobardada.

Y ahora…

Ahora tenía delante a una joven sencilla, de aspecto pulcro, que irradiaba salud y vigor. Sus ojos brillaban, los labios estaban libres de maquillaje, y las cejas, oscuras y pobladas, acentuaban la naturalidad de su rostro. El cabello le caía en una cascada suelta y

natural sobre los hombros, lejos de los peinados elaborados que solían atraerlo. Nada que ver con su tipo habitual de mujer.

Entonces, algo llamó su atención: un resto de esmalte escarlata aferrado al borde de una uña, mientras las demás estaban sin pintar. Debía de haberse saltado esa, pensó. Tal vez por la prisa en borrar las huellas del baile. De repente, los recuerdos lo asaltaron de manera provocadora: esas uñas rojas deslizándose por la piel tensa de su erección…

Odiseo se movió incómodo en la silla, intentando desviar la atención de la repentina dureza creciente en su entrepierna.

–Así que… –Tragó saliva, luchando contra la sequedad de su garganta, y se recostó en la silla de madera–. Vaya entrada la tuya.

Los ojos ámbar de Grace brillaban con intensidad, aunque las leves sombras bajo ellos delataban que había dormido poco.

–¿Te refieres a lo de anoche o a lo de esta mañana? –preguntó ella, mirándolo fijamente.

–Sabes de qué hablo, Grace. Y no de tu pericia al cerrar unas contraventanas bajo la mirada obviamente suspicaz de tu jefe.

Ella frunció los labios.

–Gracias por no decir nada…

–¿Qué iba a decir? ¿Que me alegraba de que hubieras llegado a casa sana y salva, o que sentía haberte robado tantas horas de sueño? Tu necesidad de discreción me pareció… intrigante. Y curiosamente estimulante. –Hubo una pausa–. ¿Te das cuenta de que ni siquiera sé tu apellido?

–Foster.

–Conque Grace Foster… ¿Por qué te asustaste tanto al verme?

–¿Por qué crees tú? –soltó ella, acalorada–. Trabajo en un entorno rancio y anticuado y mi jefe es muy tiquismiquis con las jerarquías. –Se entretuvo con la única uña roja antes de seguir–: Créeme, no le habría sentado nada bien saber que pasé la noche con un… amigo suyo.

–No somos amigos –la corrigió él de inmediato, con tono áspero.

–No. Si de eso ya me di cuenta. –Y con los ojos muy abiertos, añadió–: Entonces…, ¿quién eres exactamente?

El camarero dejó un vaso frente a ella y comenzó a servir agua; los segundos parecieron eternos mientras la botella se vaciaba lentamente. Para Odiseo, ese breve intervalo fue una tregua bienvenida, un instante para decidir cómo responder a lo inevitable.

No le había contado a nadie su encuentro con Contarini, ni siquiera a su secretaria. No tenía a nadie en su vida con quien compartir algo así. Su espacio personal estaba blindado de manera casi obsesiva; no le gustaba la notoriedad y, cuando podía, compraba el silencio. Aunque las inevitables conjeturas que acompañaban a ser multimillonario estaban siempre presentes, él nunca confirmaba ni desmentía rumores.

Cuando alguien intentaba sonsacarle –y siempre lo intentaban–, neutralizaba el interés con la soltura de quien había aprendido a jugar ese juego desde pequeño. Su infancia, si bien careció de muchas cosas que otros niños daban por sentadas, le regaló un caparazón impenetrable, útil para protegerse del caos de los sentimientos.

Se enorgullecía de su autosuficiencia emocional. Y, en teoría, debería ser sencillo esquivar una pregunta de una mujer con la que solo había compartido una breve noche de sexo. Bastaría con decirle que no era asunto suyo.

Y, sin embargo, ahí estaba, dudando por primera vez en mucho tiempo.

En aquella pequeña cafetería, en una ciudad deslumbrante que lo había fascinado desde el momento en que supo que allí había nacido su madre, Odiseo se sorprendió a sí mismo queriendo hacer justo lo contrario de lo que siempre había hecho. ¿Era porque ella había vivido una vida que, en esencia, debería haber sido también la suya? Una vida que nunca conoció y que jamás conocería.

La reunión de esa mañana había confirmado lo que siempre sospechó: no habría final de cuento con Vincenzo Contarini. Los lazos de sangre, cortados antes incluso de su nacimiento, no iban a repararse por arte de magia. No habría reconciliaciones ni gestos grandilocuentes.

Y, en cierto modo, eso era un alivio. No tendría que enfrentarse al incómodo dilema de «perdonar» al anciano. La ausencia de esa

obligación era, por extraño que pareciera, una forma de liberación.

–Soy el nieto de Vincenzo Contarini –le informó.

Ella se quedó atónita, con los ojos muy abiertos, y se aferró a la mesa como buscando apoyo. ¿Era genuina esa sorpresa?, se preguntó él con cinismo.

–¿Su nieto?

–¿No lo sabías?

–¡No! Nunca ha mencionado a un nieto.

–¿Por qué iba a hacerlo? No tenemos precisamente una relación… tradicional.

–Eso ya lo había deducido. Pero aun así… No tenía ni idea de que existieras.

–¿Estás segura? –preguntó él, inclinándose hacia delante–. ¿Y cuando me viste por primera vez?

–¿En el baile?

–Hasta donde sé, ese fue nuestro primer encuentro.

La sorpresa en el rostro de Grace se transformó en entendimiento.

–¿Insinúas que te busqué intencionadamente?

–Bueno, lo hiciste –señaló–. Había cien hombres entre los que elegir y me elegiste a mí.

–¿Cómo iba a ir a por ti si llevabas máscara y sombrero y ni siquiera sabía que existías? ¡No soy tan lista!

–Entonces, ¿por qué? –insistió él con tono frío–. ¿Por qué yo?

Aún trastornada por la bomba que acababa de soltar, Grace vaciló, tentada de ponerlo en su sitio por sus suposiciones arrogantes sobre las mujeres en general y sobre ella en particular, pero algo la frenó. Tal vez fue el destello de dolor en sus ojos cuando le dijo que Vincenzo Contarini era su abuelo. ¿Por qué no había oído hablar de él? Y, pese a su semblante frío, era obvio que sufría –aunque fingiera lo contrario–, y su lado compasivo se impuso. No se trataba de ella, se dijo. ¿Para qué hacerse la remilgada o intentar reparar una reputación ya hecha trizas? Se había acostado con él, ¿no? Le había permitido tocarla con intimidad cuando él aún llevaba puesta la máscara. Fingir que no le había gustado no tenía sentido.

–Si quieres la verdad, te escogí porque parecías alguien que no tolera tonterías de nadie.

Él la estudió con curiosidad, con las cejas oscuras alzadas.

–Explícate.

–Te vi más alto y fuerte que cualquiera en el salón y, además, me estabas observando.

–Muchos te miraban, Grace –intervino él–. Con ese vestido rojo eras pura tentación.

–Yo solo te vi a ti –admitió ella, con las mejillas ardiendo por el cumplido. Al notar que él entornaba los ojos, pensó que tal vez había sido demasiado sincera–. No quería pasar la vergüenza de que me echasen y que se supiera que no tenía entrada –añadió deprisa–. Venecia es pequeña y a la gente le gustan los cotilleos, no quería que llegase a oídos de mi jefe que me había colado. Así que me agarré a lo único que se me ocurrió en ese momento. –Se encogió, cohibida–. Fuiste mi caballero de brillante armadura, por decirlo de alguna manera.

Él no reaccionó a la pequeña broma, siguió manteniendo la intensidad cortante de su mirada, que la atravesaba como un cuchillo afilado.

–¿Cuántos años tienes? –soltó de pronto.

–Veintitrés.

–Veintitrés… –repitió él–. Inteligente, atractiva y elocuente.

–Muchas gracias –ironizó ella.

–Y trabajas como sirvienta de un rico.

–¿Y cuál es el problema? –Lo recorrió adrede con la mirada: la solapa del traje hecho a medida, la camisa beis impecable y la corbata de seda a juego con el azul de sus ojos–. Tú también pareces bastante rico, Odiseo. –¿Con qué derecho la miraba por encima del hombro y la juzgaba?–. ¿Vas a decirme que tú no tienes empleados a tu servicio?

–Eso es distinto.

–¿En qué? –replicó ella–. ¿No encajo en tu idea prefijada de lo que debe ser una sirvienta? ¿Edad equivocada, estado civil equivocado, cuerpo equivocado?

–No he dicho eso.

–Pero lo has pensado, ¿verdad? –Apretó los labios unos segundos antes de continuar–: ¿Y por qué no iba a dedicarme a esto si se me

da bien? Adoro esta ciudad, pero es muy caro vivir aquí. Un alquiler normal es algo imposible para mí. Este trabajo me permite vivir en el Gran Canal, y además me pagan bien. –No estaba contándole todos los motivos, pero tampoco tenía por qué hacerlo. No iba a verlo más–. Tú podrás vivir en una torre de marfil, Odiseo, pero entiende que no todos podemos.

Él curvó los labios en una media sonrisa.

–¿Insinúas que soy un estirado, Grace?

–Te dejo que lo juzgues tú.

Odiseo le sostuvo la mirada desafiante y se preguntó si ella sabía cuánto lo excitaba que fuera tan directa. Su riqueza y poder solían convertir a muchas mujeres en figuras complacientes a su alrededor. Pero eso no era lo que le encendía la sangre. Lo que habían tenido la noche anterior había sido algo distinto: una conexión increíble, intensificada por el misterio de ir disfrazados. Una mezcla de anonimato y coqueteo que se salió de control y terminó demasiado rápido.

Ese día, sin embargo, no había ni rastro de coqueteo en ella, y eso, curiosamente, la hacía más atractiva. Parecía haberse esforzado por pasar desapercibida: el pelo revuelto por el viento, vaqueros normales, un jersey cualquiera. Nada en su aspecto pedía atención, y eso la hacía diferente a casi todas las mujeres que conocía.

Entonces, ¿por qué ese impulso repentino de apartar la mesa y atraerla a sus brazos? ¿Era el recuerdo de lo dulce y receptiva que había sido? ¿O simplemente que una mujer difícil era algo fuera de lo común para él?

Las mujeres siempre se habían fijado en él, desde que tenía memoria. A los quince tuvo que escapar de casa, harto de una madrastra acosadora que lo seguía como una perra en celo. Encontró trabajo en un yate por las islas griegas, pero la hija del dueño lo miraba con el mismo deseo. Pero ella no estaba casada con su padre, así que podía acostarse con aquella heredera adicta al gimnasio.

Aun así, resistió sus súplicas para colarse en su cabina de noche o quedarse cuando ella se paseaba en *topless* mientras sus padres estaban en tierra. Disfrutó poniendo a prueba su autocontrol y

viendo cómo la frustración de ella iba en aumento. Esperó al último día de trabajo, con el cheque ya en el bolsillo, antes de llevarla a la playa y pasar la noche explorando su cuerpo bajo las estrellas.

Ella le había dicho al oído entre jadeos que era el mejor amante de su vida, y él no tuvo el valor de confesarle que aquella era su primera vez. Pero incluso en el clímax de su primer orgasmo con penetración, se sintió extrañamente distante. Cuando ella quiso saber lo que pasaba por su mente, el silencio de él lo dijo todo, y su decepción fue imposible de ocultar.

Ese fue el inicio de su vida sexual, marcado por una regla clara: satisfacción física, distancia emocional. Siempre se mantuvo fiel a eso. Elegía a sus amantes con cuidado, siguiendo criterios muy definidos.

Hasta ahora.

–¿Contarini no sabe que has quedado conmigo? –preguntó Odiseo.

–¡Claro que no!

–¿Porque intuyes que no lo aprobaría?

–Algo así.

–¿Y siempre buscas su aprobación?

–Es mi jefe, Odiseo. Me paga. Y como tú te irás en breve y yo seguiré aquí… –apoyó las manos en la mesa, como dispuesta a levantarse–, sería bastante estúpido hacer algo que lo molestara. Trabajos así no abundan.

Lo mejor sería despedirse para siempre. Tomar un taxi acuático al aeropuerto, donde lo esperaba su avión, y zambullirse en el trabajo y los preparativos del próximo viaje a Tuloranka. Pero algo lo retenía. Una oleada de deseo lo invadió, y se dejó arrastrar.

–Pon las manos boca arriba –le ordenó–. Y mírame.

Grace lo miró, desconcertada, pero obedeció, mostrando las palmas que la noche anterior se habían aferrado a sus nalgas, pidiéndole que no se detuviera. Trazó un círculo lento sobre su piel, un gesto que para cualquiera sería inocente, pero para él resultaba insoportablemente sensual.

Ella aspiró un aliento tembloroso y lo dejó salir, un sonido de pura entrega, teñido por su evidente ingenuidad. Sus ojos se oscurecieron

mientras le devolvía la mirada, asombrada.

–¿Qué… qué haces? –titubeó ella.

–Recordarte lo que pasa cuando te toco. Lo notas, ¿verdad? –Hizo una pausa–. ¿Estás tan excitada como yo ahora mismo, Grace?

No respondió de inmediato. Miró sus manos y luego volvió a alzar la vista hacia él.

–Sabes que sí… –respondió con dificultad.

Sí que lo sabía, y por un instante maldijo haber hecho ya el *checkout* del hotel, cuando estaba claro que ella no podía llevarlo a su casa. Aunque pudiera, se juró que no pisaría nunca más la casa de su abuelo. Estudió sus labios temblorosos y sopesó las opciones. Encontrar habitación no sería un problema para alguien con sus contactos, aunque estuviesen en plena semana de carnaval. Pero no quería una tarde robada de sexo. Tras un año de celibato autoimpuesto, ella había despertado su hambre de una forma nueva, cruda, urgente. Le había incendiado la sangre.

Deslizó el pulgar sobre el pulso acelerado de ella mientras repasaba su agenda. Viaje a Tuloranka, para asesorar al rey Kaliman sobre cómo explotar mejor el preciado litio del país y aumentar la riqueza nacional en miles de millones. Un encargo grande, sí. Muy grande. Pero no exento de pegas. Era un país de tradiciones algo arcaicas y, como hombre soltero alojado en palacio, el celibato sería una necesidad, no una elección. Así que, ¿por qué no aprovechar lo que tenía delante? Sería de locos no capitalizar la química increíble con la pequeña ama de llaves que lo miraba con los ojos oscurecidos, reflejo exacto de sus propios pensamientos frustrados.

–¿Cuándo tienes el próximo fin de semana libre? –preguntó él de pronto, retirando la mano.

Grace parpadeó, preguntándose por qué había dejado de tocarla. Tenía la boca seca y se sentía muy acalorada.

–A final de mes.

Él negó con la cabeza.

–No me sirve. ¿No puedes adelantarlo?

–Puedo intentarlo… ¿Por qué?

–Porque he pensado que tal vez te gustaría ir a París.

–¿París? –Lo miró atónita–. ¿Hablas en serio?

–No acostumbro a decir mentiras –replicó con sequedad.

–¡París! –exclamó irguiéndose, con el corazón latiendo a toda velocidad–. Dios mío. Siempre he querido ir.

–¿Nunca has estado? –Odiseo frunció el ceño–. ¿Tienes pasaporte?

–Claro que tengo, pero… ¿por qué quieres llevarme a París?

–Vamos, Grace –respondió él, bajando el tono de voz–. Seguro que te haces una idea…

Ella ignoró la provocación a propósito y se limitó a encogerse de hombros.

–Quizá quieras interrogarme sobre tu abuelo…

–Él no me interesa. –Hubo unos segundos de silencio–. Me interesas tú.

Grace se quedó aún más desconcertada. Las invitaciones de ensueño a la ciudad más romántica del mundo no eran para alguien como ella. Había miles de mujeres más «adecuadas» para acompañarlo.

–¿Por qué yo?

Si no supiera que ella era tan ingenua, él habría interpretado la pregunta como un intento astuto de buscar halagos. Pero estaba seguro de que era sincera. Y eso lo cambiaba todo. El deseo que lo había consumido al poseerla había sido primitivo, incontrolable. Nunca había sentido algo así y necesitaba volver a tenerla entre sus brazos.

–Nunca me había acostado con una virgen –admitió él con la voz ronca.

Su expresión se ensombreció un instante, como si aquella honestidad desnuda la hubiera desilusionado, pero pronto se recuperó, decidida a estar a la altura.

–¿Y es muy… distinto?

–Sí. Muy distinto. Fue… increíble. –Se rio–. Si te soy sincero, no he dejado de desearte desde que me desperté esta mañana. Y te deseo ahora… Ojalá estuviéramos a solas para poder hacer algo al respecto. Me gustaría meter la mano bajo la mesa y comprobar lo mojada que estás. Me gustaría provocarte un orgasmo otra vez… ¿Eso te escandaliza?

Grace se sonrojó, pero el brillo desafiante en sus ojos ámbar no se apagó.

–Un poco… –admitió ella finalmente.

–Podría adornar mi deseo con palabras bonitas, pero no quiero que te confundas. Soy un hombre directo, Grace, y mis necesidades también lo son. Me gusta el sexo y, a juzgar por tu respuesta anoche, a ti también. –Hizo una pequeña pausa–. Pero, como novata que eres, aún te queda mucho por aprender. –La atravesó con la mirada–. Y, si tú quieres, yo puedo enseñarte…

Grace se llevó los dedos al cuello de manera instintiva, como si quisiera ocultar su pulso acelerado, y él sintió de pronto el deseo de rozarle la piel con la lengua.

–¿Estás fanfarroneando? –preguntó ella, con un tono rasposo que mezclaba incredulidad y desafío.

–No necesito fanfarronear.

–¿Quieres llevarme a París y enseñarme todo lo que sabes de sexo?

–Todo sería demasiado ambicioso. Y no podría hacerlo en un solo fin de semana –murmuró, con un tono de voz que resultaba arrebatadoramente sensual–. Pero sería un buen comienzo.

–Eso es… una completa locura –dijo ella, con la respiración agitada.

–Lo sé. Una locura deliciosa. Lo de anoche también lo fue. –Le tomó la mano, dejando que sus dedos le rozaran la piel, provocándole un leve escalofrío–. Eres de las que no tienen miedo a las aventuras. Así que, ¿por qué no aprovechar esta oportunidad?

Capítulo 6

Rodeada por el lujo de la *suite*, Grace se sintió paralizada ante la mirada zafiro de Odiseo.

–No tienes por qué estar tan asustada –dijo él en un tono tranquilizador–. No muerdo.

–¡Oh! –Grace logró esbozar una sonrisa torcida–. Qué pena.

La ligera sonrisa en los labios de Odiseo le confirmó que ese tímido intento de coqueteo era exactamente lo que él esperaba. Grace se esforzaba por interpretar ese papel que, en Venecia, había dominado con maestría. Pero aquello era diferente. El nuevo escenario le resultaba extraño, y todavía no había terminado de asimilar que realmente estuviera allí.

En París, con un amante multimillonario al que apenas conocía.

Llegar hasta allí ya había sido bastante desconcertante, aunque sabía de antemano los planes de viaje y los había guardado celosamente como un secreto delicioso. Nada la preparó para el trayecto: el *jet* privado que la sacó de Venecia y la limusina esperándola en París, con el chófer explicándole que el señor Diamides estaba ocupado y que la vería en el hotel. Grace sonrió con educación y fingió que no le importaba.

Quería que él estuviera. No esperaba un ramo ni una sonrisa bobalicona –no era una ilusa–, pero tampoco quería sentirse como un paquete sin importancia, entregado al multimillonario por su chófer. ¿No podía hacer un hueco en su agenda para recibirla en persona? Al parecer, no. Empezó a cuestionarse si había sido ingenua al aceptar la invitación a París y, durante el trayecto, bajo el sol tibio de la primavera, las dudas no dejaron de crecer. Al llegar al hotel, con balcones de hierro forjado adornados con macetas de

flores, estuvo a punto de pedirle al chófer que la llevara de vuelta al aeropuerto.

Para su sorpresa, Odiseo la esperaba junto al coche. Incluso se encargó de su maletita, como un perfecto ayuda de cámara, aunque no pudo evitar un leve gesto al notar lo poco que pesaba.

A solas con él en aquella impresionante *suite*, las palabras se le atascaron, incapaz de asimilar que alguien como él la hubiera elegido a ella.

Porque…

Sabía perfectamente que él estaba fuera de su alcance. Lo había buscado en Internet –mejor prevenir–, aunque la información era escasa. Un gestor de fondos de éxito aplastante, dedicado a multiplicar la riqueza de los ricos. Su fama de tacto y discreción explicaba su clientela exclusiva. Y aunque las fotos lo mostraban acompañado por mujeres deslumbrantes, seguía soltero y alimentando rumores de todo tipo. Pero eso eran solo teorías. En las pocas entrevistas disponibles, siempre hablaba de su imperio, dejando su pasado en la penumbra. Sabía que había crecido cerca de los muelles de Atenas, pero nada sobre su madre y, desde luego, ni una sola mención a Vincenzo Contarini.

Mientras se recreaba en su físico imponente, la incredulidad crecía: ¿hasta qué punto podía ser guapo un hombre? Los ojos le brillaban como zafiros, contrastando con el dorado de su piel, y, aunque vestía unos vaqueros sobrios y camisa de seda, se notaba a la legua su dinero. Desprendía vida, pensó Grace, mientras ella se sentía cada vez más invisible, con miedo a hacer o decir algo fuera de lugar.

Él la miró con los ojos entrecerrados, evaluándola.

–¿Has tenido un buen viaje?

–Bueno… –respondió ella–. Me resulta raro que todos tus empleados estén tan pendientes de mí. Y el avión era… mucho más grande de lo que imaginaba y…

Él alargó la mano cuando sus palabras se apagaron y, por un instante, Grace deseó que la besara. Pero solo le apartó un mechón de la mejilla.

–Tienes… cara de cansada.

¿Era aquello una crítica? Instintivamente, se llevó las yemas de los dedos a las ojeras, que ni el mejor corrector había conseguido disimular.

–Sí. Supongo que sí.

La intensidad de su mirada azul la atravesó.

–¿Algún motivo en particular?

No era el momento de contarle que Vincenzo Contarini le estaba haciendo la vida imposible desde que le había anunciado su marcha. Había sido deliberadamente ambigua sobre el fin de semana, capeando las preguntas suspicaces de su jefe con una inocencia fingida que temía que él hubiera percibido. Odiaba la idea de engañarlo, pero ¿qué otra opción tenía? Estaba de pésimo humor desde la visita de su nieto, encontrando errores en todo y obligándola a quedarse hasta altas horas por tonterías como coser un botón de nácar en una camisa que probablemente jamás usaría.

Imaginaba la reacción si le confesaba que iba a pasar dos días con Odiseo, a quien claramente detestaba por razones que ella todavía no comprendía. ¿Habría tratado de impedírselo?

Desde luego.

–Nada, solo los preparativos antes del viaje. Asegurarme de que todo quedaba hecho.

–¿No sueles viajar mucho?

Tampoco era el momento de explicarle que sus únicas salidas eran largos viajes en tren de vuelta a Inglaterra, porque eso implicaría hablarle de su abuela. Y sería un bajón empezar un fin de semana romántico contándole que su abuela llevaba dos años con demencia.

–No demasiado –contestó con honestidad.

–Te prepararé un baño –dijo él en voz baja–. Te vendrá bien relajarte.

Grace lo miró: aunque la idea de que, por una vez, alguien hiciera algo por ella la emocionó de forma absurda, no era lo que esperaba. No la había besado. Ni siquiera tocado. ¿Se le habría pasado el interés? Manteniendo el gesto neutro, asintió.

–Suena genial.

–Ve a deshacer la maleta en la habitación de al lado y ven a buscarme cuando estés lista.

–Claro.

Agradecida por escapar de aquella mirada perforante, recogió la minúscula maleta y pasó a la estancia contigua, presidida por una cama con dosel enorme. Se quitó las zapatillas, dejó la cazadora vaquera en un sofá rosa empolvado, colgó el resto en perchas acolchadas de terciopelo y las metió en el armario, notando que le temblaban las manos. Se sentía como una actriz a la que empujan al escenario a última hora sin texto ni indicaciones, y no tenía ni idea de qué hacer. Quería comportarse como la mujer de la noche en que se conocieron, o como la que se dejó llevar en la cafetería al día siguiente. Pero esa chispa de atrevimiento parecía haberse apagado, y Odiseo no se lo estaba poniendo fácil.

Había pensado…

¿Qué?

Que la tumbaría en esa cama descomunal para dejarse llevar por la lujuria en cuanto estuvieran a solas. Sí, esa era la idea que había ocupado sus pensamientos durante todo el viaje.

Cerró el armario y, guiada por el murmullo del agua, se adentró en el baño, cubierto por una bruma densa de vapor. El aroma a jazmín la envolvió de inmediato, pero lo que realmente la impactó fue la escena que se desplegó ante sus ojos: el griego, con las mangas de la camisa remangadas, de pie junto a una bañera desbordante de espuma.

Cuando él se irguió al verla, su figura se reflejó en las superficies espejadas que llenaban la estancia, multiplicando su imagen desde todos los ángulos. Era como si esas versiones de su cuerpo imponente y elegante la desafiaran, mientras él, de repente, parecía estar a una distancia inalcanzable.

–¿Te traigo una copa de champán? –preguntó Odiseo arqueando una ceja–. ¿O prefieres esperar a después?

«¿Después de qué?», pensó Grace con un punto de histeria, pero consiguió sonreír.

–Nunca he bebido champán en la bañera –confesó nerviosa.

–No, no creo… –Los ojos de él brillaron con algo que no supo identificar–. En ese caso, será mejor que vaya a servirte una copa, ¿no te parece?

Odiseo se retiró a toda prisa, conteniendo las ganas de abalanzarse sobre ella mientras cruzaba el largo pasillo hasta el salón. Se quedó un momento observando el incesante ir y venir de coches en la avenida Montaigne, intentando recuperar la compostura. Finalmente, soltó un largo suspiro, tomó una botella de champán del cubo de hielo y, con manos rápidas, arrancó el papel de aluminio con un gesto impaciente.

¿Cuándo iba a aprender que nada salía como uno esperaba? Llevaba el cuerpo tenso toda la mañana, achacándolo a la frustración que arrastraba desde que dejó Venecia y rompió su celibato autoimpuesto con una mujer que no podía sacarse de la cabeza. Una mujer equivocada para él en todos los sentidos. Qué fácil era ser sabio a toro pasado, pensó con amargura.

Decidió no recogerla del aeropuerto, y no solo por trabajo. Estaba tan cargado de anticipación que no confiaba en sí mismo para evitar besarla en el coche, y jamás se permitía escenas públicas, por mucha tentación que hubiera. Además, no quería que pensara que era de esos que esperaban ansiosos a sus citas, porque no lo era. Consciente de su inocencia, le parecía fundamental que ella entendiera sus límites desde el principio, sin inducirla a error.

Había pasado toda la mañana de un lado a otro por la *suite*, impaciente por su llegada. Con el deseo que compartían, debería haber sido sencillo. Pero, en cuanto llegó la limusina, todas sus fantasías de sexo inmediato se desmoronaron.

Ella estaba rígida en el asiento trasero, y cuando él se asomó a la ventanilla, lo primero que vio en sus ojos fue ansiedad, temor y ese gesto suyo de morderse el labio. Parecía tan vulnerable que algo en su interior se encogió al verla bajar del coche, con ese vestido ligero y las piernas al aire. Su pequeña estatura y esos ojos demasiado abiertos la hacían parecer frágil, casi irreal.

De pronto, su plan de «iniciarla en el sexo» se desdibujó, sustituido por una inesperada sensación de responsabilidad. Ya no era carne y hueso, sino porcelana delicada, y le aterraba tocarla.

Romperla. Una nube se instaló sobre el día, y no podía disipar la sombra que había dejado.

Todo había tomado un cariz más sombrío desde su regreso de Venecia, cuando se fue con la decepción de comprobar lo poco que su madre había significado para su propio padre. Eso no hacía más que reforzar sus conclusiones cínicas sobre lo tóxica que puede ser la familia. Maldijo en silencio su falta de juicio.

¿Qué demonios hacía allí con la dulce e inocente Grace Foster, cuando debería haber buscado consuelo con una mujer más como él? Alguien sin corazón, que conociera las reglas. Alguien ajeno a un pasado al que quería cerrar la puerta para siempre.

Tras llenar dos copas, volvió al baño y se quedó un instante en el umbral, asimilando la intimidad de la escena. Sumergida hasta el cuello en espuma, Grace reposaba con la cabeza en el borde, los ojos cerrados y un mechón húmedo pegado a la mejilla. Parecía relajada. Casi dormida. Pero al notar su presencia, levantó los párpados y sonrió, y esa sonrisa despreocupada lo desarmó con un nudo repentino en el pecho.

Al enderezarse un poco en la bañera, él pudo vislumbrar brevemente sus pezones rosados.

–Pareces más… relajada.

–Mmm. Lo estoy. –Se encogió, cohibida–. Es increíble lo que hace un poco de agua caliente.

–Toma. –Le acercó la copa.

–Gracias. –Bebió un sorbo y parpadeó con rapidez cuando las burbujas se le subieron a la nariz; luego lo miró con curiosidad–. ¿Tú no vas a beber?

–Ahora no. –Dejó su copa en el suelo y se centró en el brillo de sus hombros mojados–. Estoy tentado de meterme contigo.

Ella se sonrojó aún más.

–Entonces…, ¿qué te lo impide? –preguntó tímida.

–La logística –ronroneó él y, quitándole la copa de los dedos para dejarla junto a la suya, se inclinó y rozó sus labios con los de ella, sin prever su propia reacción a ese primer beso. Casi le molestó la oleada de rendición que lo invadió cuando ella le respondió, con las manos mojadas sujetándole la cara como si buscara anclarse. Su

lengua lo buscó, ansiosa, cargada de deseo; le supo a champán y a la dulzura de su boca.

Con un gruñido hambriento, hundió la mano bajo la espuma y le abarcó un pecho; el contraste entre la calidez de su carne y la suavidad sedosa del agua sobre la piel era exquisito. Ella jadeó cuando Odiseo rozó con el pulgar el pezón erguido, y él no pudo resistirse a seguir explorando. Descendió por el vientre plano hasta que sus dedos danzaron entre los muslos, que se abrieron para él con una entrega deliciosa.

Pero al ver que se desbordaba el agua de la bañera, él se apartó, con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho.

–Aquí no –dijo Odiseo con la voz ronca, ignorando el mohín de decepción de ella mientras la alzaba de la bañera y la envolvía en una toalla enorme.

Oyó el jadeo entrecortado que escapó de sus labios mientras se entregaba a la tarea íntima de secarla. Sus manos se demoraron en los pezones endurecidos y en la humedad seductora entre sus muslos antes de que la urgencia lo golpeara: tenía que llevarla a la cama o terminarían en el frío suelo de mármol.

La alzó con facilidad y la llevó hasta el dormitorio, depositándola con cuidado sobre la colcha. Ella parecía diminuta en el colchón inmenso, su desnudez resaltada por el suave satén de un rosa empolvado que la envolvía como un marco perfecto. Él empezó a desvestirse, y sus ojos, abiertos de par en par, lo seguían con una mezcla de fascinación y asombro. ¿Fue esa curiosidad casi inocente lo que hizo que sus manos, tan seguras siempre, temblasen ligeramente al deshacerse de la camisa y al desabrochar el botón de sus vaqueros?

Una vez desnudo, se dejó caer a su lado y le soltó la goma del pelo, de modo que los mechones castaños y húmedos se derramaron en una maraña salvaje. Ella soltó un gritito que sonó a alivio y le enroscó los brazos al cuello, pegándose a él; su entusiasmo disipó los últimos rescoldos del cinismo. Con un gruñido bajo de anticipación, Odiseo volvió a recorrer aquel cuerpo menudo con el trazo experto de los dedos. Las caderas estrechas, la cintura

mínima. Los pezones duros, que encajaban perfectos en su boca. Los rizos suaves y los pliegues melosos de su entrepierna…

Incapaz de ignorar más sus gemidos, buscó a tientas el preservativo que había dejado junto a la cama con premeditación; enfundarlo sobre su erección palpitante se le hizo eterno. Quizás esa espera amplificó el relámpago de placer que lo atravesó cuando se hundió en ella hasta el fondo. ¿Qué otra cosa podría haber sido? Fue demasiado rápido. Escuchó el jadeo entrecortado de ella justo antes de que su cuerpo comenzara a temblar, y entonces él también perdió el control, incapaz de contenerse.

Las palabras que intentaron brotar de su garganta se quedaron atrapadas, inarticuladas, mientras derramaba su clímax en su interior. Después, el silencio fue distinto, extraño. Se quedó mirando el techo, algo desconcertado, como si hubiera cruzado un umbral invisible. Giró la cabeza para mirarla. Tenía los ojos cerrados, las mejillas encendidas por un rubor de satisfacción, y una pequeña sonrisa, íntima y secreta, le curvaba los labios.

Por primera vez en su vida, Odiseo sintió el peso abrumador y peligroso del poder que una mujer podía tener sobre él. Y no le gustó.

–¿Mejor? –preguntó él, con tono deliberadamente despreocupado.

–¿Mmm? –Grace, arrancada a regañadientes de la dicha absoluta, abrió los ojos y bostezó, encontrándose con su mirada zafiro–. ¿Mejor que qué?

–Que cuando llegaste. Pese a tu mensaje desde Venecia diciendo lo ilusionada que estabas, parecías Marie Antoinette la mañana de su ejecución –murmuró él–. Que, por cierto, no fue muy lejos de aquí.

–Sí, lo sé. Lo leí en la guía durante el vuelo. Y sí estaba ilusionada por venir –añadió con sinceridad–. Pero me quedé un poco descolocada. Nunca había volado en un *jet* privado ni me había recogido un chófer en un coche ostentoso para traerme a una *suite* increíble en un hotel igual de increíble. Fue abrumador y… no sé, casi… –se encogió– frío. Fríamente impersonal.

–¿Y ahora no?

–No –respondió con tono suave, y lo único que quiso fue que la besara otra vez.

Pero él no lo hizo. Y fue decepcionante. Frustrante.

–Dime una cosa, solo por curiosidad. –Odiseo se giró de lado, apoyando la cabeza en una mano, para poder mirarla a los ojos. Grace se tensó de manera instintiva, como si su cuerpo supiera que lo que él estaba a punto de decir no iba a gustarle–. ¿Qué demonios haces trabajando para un hombre como Vincenzo Contarini?

Capítulo 7

Asumiendo la amargura de las palabras de Odiseo, Grace dudó si esquivarlas, quizá pidiendo otra copa de champán o comentando lo bonita que era la vista de la calle parisina. Lo último que quería era hablar de su jefe, y menos aún con el hombre que yacía desnudo a su lado. Aquel fin de semana se suponía que sería un escape, un paréntesis de fantasía donde pudiera dejar atrás las sombras de su vida y fingir, aunque fuera por un momento, que no existían. Quería olvidar su monótona existencia. Pero la mirada fría y calculadora de Odiseo la mantenía anclada a la realidad, desnudándola sin piedad. Era absurdo pensar que el nieto distante de su jefe no aprovecharía la ocasión para interrogarla, teniendo en cuenta las circunstancias.

–¿Que por qué trabajo para Vincenzo? –Grace se incorporó un poco y se peinó con los dedos el pelo revuelto–. Para empezar, porque paga bien.

–Por supuesto… –dijo él en voz baja–. Y el dinero lo es todo, ¿no?

–Es muy fácil hablar así cuando se te cae el dinero de los bolsillos, pero yo lo necesito –replicó ella, porque de pronto sintió que la juzgaba.

–¿Para qué? –Odiseo desvió la mirada hacia donde ella había dejado las zapatillas y la cazadora vaquera desvaída comprada en un puesto callejero cerca de Rialto–. Perdona la franqueza, pero no pareces una adicta a la moda o algo así.

Grace ni siquiera se sintió ofendida. Nunca le interesó la moda, aunque tampoco tuvo la oportunidad. Primero fue una estudiante sin recursos y, más tarde, ama de llaves. A menudo sentía que cargaba con más años de los que tenía. Su forma de vestir era sencilla y económica, siempre buscando las mejores ofertas, y solía restarle importancia a su austeridad para evitar despertar lástima en los

demás. Pero, aunque deseó decirle a Odiseo Diamides que aquello no era de su incumbencia, supo, por el brillo intenso y penetrante de sus ojos azules, que él no pensaba detenerse hasta averiguar lo que callaba.

–Ya que tanto te interesa, pago la residencia de mi abuela –soltó Grace, con una mezcla de indignación y resignación, mientras veía cómo la condena en el rostro de Odiseo se transformaba en sorpresa. Así que la estaba juzgando. Por supuesto que lo hacía.

–Háblame de ella –le pidió él.

–La verdad es que… –negó con la cabeza, con un nudo en la garganta– es una historia larga y no quiero aburrirte.

–Cuéntamela –insistió él.

Grace le sostuvo la mirada con firmeza; esa autoridad silenciosa que emanaba de él era tan imponente que parecía capaz de sacarle sangre a una piedra. Y, aun así, algo en su interior la tentó a confiar. Se dijo que era absurdo: él jamás entendería las estrecheces de su vida, un hombre con avión propio, cuyos zapatos probablemente valían más que su sueldo de un mes. Pero una espina de orgullo la empujó a justificar su lugar en casa de un hombre tan odiado como Vincenzo Contarini, un hombre que Odiseo claramente despreciaba.

De repente, se dio cuenta de algo que la sacudió: Odiseo Diamides conocía su cuerpo mejor que nadie, pero no sabía nada de ella como persona. Y, de pronto, le importó que lo supiera. No quería ser solo un nombre borroso en su catálogo de amantes. Si alguna vez él pensaba en ella, quería que fuera como alguien real, alguien que no pudiera olvidar.

–Mi madre me llevó a Venecia cuando tenía siete años, después de que muriera mi padre –empezó a contarle–. Era su ciudad soñada y odiaba Devon, donde nací. Pero también es una de las ciudades más caras del mundo y tener una niña le recortaba las opciones, así que consiguió trabajo de ama de llaves para el *signor* Contarini. Iba a ser temporal, pero acabó siendo para siempre. –Se encogió de hombros–. Creo que pensó que conocería a alguien y se enamoraría, pero eso nunca pasó.

–¿Así que te criaste en casa de Vincenzo?

–Bueno. Más o menos. –Hizo una pausa y se cubrió el cuerpo con un *plaid* de seda que había a los pies de la cama, porque la desnudez no hacía sino aumentar su vulnerabilidad–. Vivíamos en una zona destinada a los empleados, así que en el día a día apenas lo veía. No le gustaban los niños, así que yo evitaba cruzarme con él.

–¿Y él… mencionó a mi madre alguna vez?

Percibió un destello de algo indefinible en sus ojos y se sintió tentada a decirle lo que sospechaba que Odiseo anhelaba escuchar. Pero Grace no podía mentir para consolarlo. Algo en su interior le advertía que él lo notaría al instante, y la despreciaría por siquiera intentarlo.

–Me temo que nunca. Algunos empleados más antiguos mencionaron que tuvo una hija, pero eso fue hace mucho tiempo y… no había rastro de familia. Ni fotos, ni detalles, nada. –Grace alzó la vista hacia el rostro impenetrable de Odiseo y rezó deseando no haber sido demasiado directa–. ¿Qué… qué fue de ella?

–Eso es irrelevante –respondió él con frialdad–. Se supone que hablamos de ti.

Ella asintió y continuó:

–Íbamos a ver a mi abuela siempre que podíamos y, aunque intentaba convencernos de que volviéramos a Inglaterra, mi madre nunca quiso.

–¿Y tú?

–Tampoco. Venecia es increíble y es lo que conozco. Devon tenía demasiadas vacas para mi gusto –bromeó Grace, pero no consiguió arrancarle una sonrisa–. Fui al colegio como cualquier niña y luego me matriculé en la universidad.

–¿Has estudiado una carrera? –preguntó él, alzando las cejas sorprendido.

Grace no disimuló su exasperación.

–¿Creías que solo valía para abrir puertas y servir agua a hombres irascibles?

–No he dicho eso.

–Es evidente que lo pensabas.

–¿Ah, sí? –La miró con sorna–. ¿Eres capaz de leer la mente de la gente, Grace? Si es así, ¿debería preocuparme?

Si no hubiera sido tan sarcástico, quizá le habría explicado que, cuando eres sirvienta –o hija de una sirvienta–, desarrollas la habilidad de leer el lenguaje corporal, porque se espera que te adelantes a las necesidades de los demás. Pero, poco dispuesta a exponerse a su posible desprecio, se limitó a atenerse a los hechos.

–Estudié idiomas y me saqué el título de intérprete –siguió, tensa–. Me acababan de ofrecer un trabajo en Bruselas cuando mi madre…

Y por eso no hablaba de ello. Porque siempre pasaba lo mismo. Ese nudo molesto en la garganta que le trababa las palabras. Cualquiera le habría sugerido parar. Pero no Odiseo. No había dulzura en él, se dijo, pese a que acababan de hacer el amor. Aquella mirada azul y fría la cortaba como una cuchilla; los ángulos de su cara eran duros y ensombrecidos. Recordó a sus amigas insistiéndole en que buscara terapia cuando todo pasó, pero había tanto en juego que nunca lo hizo y, de todos modos, ¿quién la pagaría?

–Fue un accidente… Casi nadie se ahoga en Venecia, pero una noche… –tragó saliva, intentando mantener la compostura–, una noche hubo una tormenta terrible y mi madre debió de resbalar al volver del mercado y… eso fue todo. Al amanecer, la policía comunicó que habían encontrado un cuerpo en el canal. No llegaba ni a los cuarenta…

Se quedó callada, esperando las típicas palabras de consuelo, pero él no dijo nada. Al cabo de un rato, Grace se dio cuenta de que aquel hombre parecía sentirse cómodo con el silencio. ¿Sería una táctica para obligar a los demás a hablar?, se preguntó. Si así era, estaba funcionando.

–Mi abuela se quedó tan destrozada con la noticia que le dio un ictus –prosiguió–. Los médicos dijeron que a veces el *shock* hace eso. Al principio creyeron que mejoraría, pero fue peor de lo pensado y nunca se recuperó. Tuvo que entrar en una residencia carísima… Ahora tiene demencia. Y como soy su única pariente viva y la única que puede ayudarla, yo… –Apretó los labios y trató de contener las lágrimas. Había querido tanto a su abuela. Aún la

quería. Aunque mirara a su única nieta con ojos vacíos cada vez que la visitaba–. Me hice cargo del trabajo de mi madre.

–Un momento. –Odiseo entornó los ojos–. ¿Por qué ocupaste el puesto de tu madre? ¿Por qué no usaste tu título y mandaste dinero a tu abuela?

En ese momento, Grace perdió la paciencia. ¿Qué sabría un hombre como Odiseo Diamides de cómo la gente corriente sobrevive a lo que el destino les impone?

–¿Por qué crees? Porque no tenía dinero. No podía pagar la residencia y un alquiler. Y además estaba el funeral de mi madre. No te imaginas lo que cuesta en Venecia. Pero el *signor* Contarini intervino. Se ofreció a pagarlo todo si yo ocupaba el lugar de mi madre y me convertía en su ama de llaves. Y… le hicimos una despedida preciosa… –Intentó que la voz no le temblara al recordar la góndola negra cubierta de flores y las lágrimas resbalándole por la cara mientras la veía alejarse–. Además, me paga lo suficiente para cubrir la residencia de mi abuela, aunque para poco más. De ahí mi armario tan escaso. –Se encogió–. Es lo que se llama una situación de mutuo beneficio. Y le estoy agradecida.

«Lo que estás es atrapada», pensó Odiseo. «En una jaula de oro».

Su explicación lo sorprendió y, aunque alimentó su desprecio por su abuelo, también avivó su interés. El coraje y la entereza tenían su atractivo, y se dio cuenta de que nunca había conocido a una mujer tan dispuesta a anteponer las necesidades de otro a las propias.

–Vamos, ¿no te toca a ti ahora? –se aventuró a decir ella–. ¿No es hora de que sepa algo de ti?

–Supongo –respondió él. En lugar de entrar en los detalles intrusivos que ella esperaba, optó por recitar su relato cuidadosamente ensayado: de recadero en la bolsa de Atenas a convertirse, en apenas una década, en el hombre más rico de Grecia. Era una historia pulida, medida al milímetro, con pausas estratégicas y énfasis precisos para dar sensación de cercanía. La gente solía creer que lo entendía. Nunca era así; era una ilusión que él cultivaba con meticuloso cuidado–. Ahora mi trabajo me lleva por todo el mundo y vivo en una isla. Solo, y muy feliz de que sea así –añadió entornando los ojos y con un tono de indiferencia

intencionado–. Entonces, ¿eso responde a todo lo que quieres saber, Grace?

Ella jugueteó con el *plaid* de seda, sin darse cuenta de que marcaba la silueta que se escondía bajo la tela.

–Bueno…

Él se la retiró despacio, hasta dejar a la vista sus pechos, y con el pulgar comenzó a dibujar círculos sobre el pezón que se erizaba.

–Me parece que ya hemos hablado bastante –murmuró él–. ¿No crees que va siendo hora de que tengas otro orgasmo?

–Oh, sí, por favor… –susurró ella, con timidez ansiosa.

Y no fue solo uno. Fueron varios. En cada superficie disponible de la *suite*. Odiseo no había deseado a una mujer tanto como a Grace. Estaba duro todo el tiempo, oscilando entre el placer y la frustración. No se saciaba, y no entendía por qué. ¿Era su inocente disposición a aprender a darle placer lo que lo hacía sentir que iba a estallar de lujuria cada vez que la miraba, o el hecho de que jamás había conocido a nadie como ella? Era humilde y educada. Daba las gracias al personal y se esforzaba por charlar con ellos en francés. Entre bandejas del servicio de habitaciones y el frenesí del sexo incesante, se percató de que no habían salido del hotel en más de veinticuatro horas. Lo más sorprendente era que él no había pensado en el trabajo ni una sola vez.

–Vamos a dar un paseo –propuso Odiseo de pronto.

Grace parpadeó sorprendida desde el sofá en el que estaba tumbada.

–¿Un paseo? –repitió desconcertada, y él sintió una punzada de culpa por haber estado tan obsesionado con lo carnal.

–Hace un día estupendo y París es una ciudad preciosa, sería un crimen que te lo perdieras. El jardín de las Tullerías está cerca. –Alzó las cejas con una ligera sonrisa–. ¿Te apetece?

–Sí. Mucho –contestó tímida, y él sintió otra punzada en el pecho.

–Te dejo que te arregles mientras adelanto algo de trabajo aquí al lado.

–Pero si es sábado –protestó ella.

–Sé perfectamente qué día es, Grace –replicó con frialdad, alcanzando los vaqueros.

Grace lo siguió con la mirada, sintiéndose tonta. ¿En qué estaba pensando? Por supuesto que sabía en qué día vivía. Probablemente usaba el trabajo para remarcar los límites de su relación, que subrayaba en cuanto podía. No era sutil precisamente. Sabía lo que hacía: advertirle que no soñara con un futuro entre ellos. Le gustaba vivir solo, se lo había dicho varias veces. No quería compromisos y, desde luego, no quería hijos.

Tras una ducha rápida, se puso un vestido, se calzó las zapatillas y, a última hora, se plantó el sombrero blanco con la cinta de lunares que su amiga Sophia insistió en prestarle.

–A los hombres les encantan los sombreros –le había asegurado.

Y tenía razón. Porque cuando fue a buscar a Odiseo –que estaba concentrado frente al ordenador–, él se quedó muy quieto al verla. Y su mirada azul ascendió lentamente desde sus pies hasta detenerse en su cabeza.

–Mmm. Bonito… sombrero –murmuró, con un destello de provocación en los labios.

–Gracias. –Se tocó el ala con dedos temblorosos, soñadora, mientras intentaba no pensar en la peligrosa curva de su sonrisa ni dejarse arrastrar por el casual y, sin embargo, devastador cumplido.

Odiseo cerró de golpe el portátil y se incorporó.

–Vámonos.

Fuera, el sol cálido intensificó la alegría de Grace mientras caminaban hacia los jardines, deleitándose con la vista de los monumentos que hasta entonces solo había conocido a través de libros o películas. El destello del Sena. La imponente estructura de la Torre Eiffel. El Palacio Real, la plaza Vendôme. Y, por supuesto, los coches: viviendo en Venecia, no estaba acostumbrada a ellos.

Se detuvieron en una terraza, donde pidieron un *kir royal*. Grace observó a las mujeres elegantes que pasaban, algunas con pequeños perritos asomando curiosamente desde bolsos de diseño.

Cuando llegaron a las Tullerías, Grace ya se sentía completamente relajada. Más aún cuando Odiseo, con su presencia imponente, consiguió hacerse con un banco libre. ¿Sería su porte autoritario lo que hizo que aquella pareja joven se levantara casi instintivamente,

como si no pudieran evitar ceder el espacio al carismático millonario?

–¿Te importa si hago unas llamadas? –preguntó él, sacando el móvil del bolsillo.

–¿Serviría de algo que me importara?

Odiseo marcó y empezó a hablar en griego. Grace se sobresaltó al darse cuenta de que no había mirado su propio teléfono en todo el día. No quería hacerlo. Era como si el mundo exterior hubiera dejado de existir, como si aquel hombre poderoso hubiera desplazado todo a su alrededor y se hubiera convertido en el centro de su universo. Y eso, claro, era peligroso.

¿Lo era?

Miró el brillo del agua en la fuente central y se preguntó qué consejo le daría su querida abuela si no estuviera ausente. En el fondo lo sabía. Le diría que la vida es corta y que debía disfrutar en vez de estropearla preocupándose por el futuro. Y eso pensaba hacer. Nada de sueños imposibles con un hombre completamente fuera de su alcance. Disfrutaría de lo que tenían ahora. Había aceptado esa escapada para aprender y profundizar en los placeres del sexo. Así que… ¡que siguiera la lección!

Un perrito blanco se acercó ladrando alegremente; Grace rio y se agachó para rascarle las orejas. El animalito, encantado, se irguió sobre sus patas traseras y bailó un poco, arrancándole otra risa.

–Así mejor –dijo Odiseo.

Grace retiró la mano del peludo y alzó la vista, justo a tiempo para verlo guardar el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

–¿El qué?

–Estás muy guapa cuando te ríes.

–Vaya, lo tendré en cuenta –respondió ella, esforzándose por mantener un tono ligero, tratando de no sucumbir a la dulzura de sus palabras.

Se sujetó el sombrero con delicadeza cuando una ráfaga de aire amenazó con llevárselo, pero no pudo ignorar la intensidad de su mirada. Una que conocía demasiado bien.

Era como un chorro de lava sensual que fluía entre ellos, imparable y ardiente. Un deseo en su forma más pura, que le

aflojaba las rodillas y hacía que el mundo a su alrededor desapareciera.

–Creo que deberíamos volver al hotel cuanto antes, Grace. Te deseo. Mucho –confesó él.

–Yo también te deseo…

–Pero te prometo que luego te llevaré a un sitio muy especial a cenar.

Estaba tan en las nubes que ni siquiera se agobió pensando en qué ponerse, más aún cuando Odiseo la llevó directamente a la cama y la devoró tan a fondo que se quedó completamente saciada. Durmieron abrazados, y solo cuando se despertó entre las sábanas revueltas empezaron a surgir las dudas.

–¿Ese restaurante al que quieres llevarme es muy elegante? –preguntó ella, con voz somnolienta pero alerta.

–Bastante. ¿Por?

–Estaba pensando en qué voy a ponerme… –Le lanzó una mirada de reproche, recordando sus comentarios pasados–. Especialmente después de lo que dijiste sobre mis gustos en moda.

Odiseo sonrió.

–Me retracto de lo dicho. Te queda bien cualquier cosa. Aunque te prefiero desnuda… –Pasó un dedo de forma lenta y provocadora por su cadera desnuda, provocándole un escalofrío–. Pero hay tiendas cerca. Podemos bajar y buscarte algo.

La propuesta era tentadora. Comprar un vestido de diseñador sería una nimiedad para alguien como él, y no cabía duda de que un bonito atuendo ayudaría a encajar en el barrio tan elegante en el que se encontraban. Pero no. Esa línea no quería cruzarla.

–Mejor no. –Se enderezó, con decisión en la mirada–. Me apañaré con lo que tengo y procuraré no dejarte mal.

Notó su sorpresa, incluso una pizca de irritación, ante su negativa, aunque Odiseo no dijo nada más. Al final, Grace se dio por satisfecha con el resultado. Eligió un sencillo vestido negro, lo adornó con varias cadenas plateadas que captaban la luz con cada movimiento, y se calzó unos tacones negros que lucían como nuevos. Estaba a punto de completar su *look* elegante con un recogido cuando él la detuvo.

–No. Déjalo suelto. Me gusta más así –murmuró él con voz grave, mientras hundía los dedos en el cabello recién lavado de Grace, provocándole un escalofrío.

El restaurante, situado en la sexta planta de un edificio con vistas al río y a la majestuosa silueta de Notre Dame, superaba incluso sus expectativas. La decoración, con sus elegantes candelabros y paredes revestidas de un cálido tono marfil, creaba una atmósfera íntima y sofisticada. Las velas sobre las mesas proyectaban un resplandor suave que parecía envolver todo con un aire de ensueño, mientras, en un rincón, la música de un piano resonaba como un susurro amenizando el ambiente.

La mano de Odiseo en su espalda le transmitió una seguridad inesperada. Era un gesto sencillo pero significativo, como si le dijera que estaba ahí para ella. Mientras avanzaban hacia su mesa, notó cómo algunas miradas se posaban en ellos, en especial en él, tan seguro de sí mismo, tan magnético. Pero lo que hizo que su corazón diera un vuelco fue darse cuenta de que, para Odiseo, ella era lo único que importaba en aquel momento. Bajo la tenue luz de las velas, compartieron un delicioso pato con guarnición de polenta, acompañado de un vino tinto que parecía hecho para esa noche. Grace, entre risas y miradas que hablaban más que las palabras, supo con absoluta claridad que aquella era la mejor noche de su vida, un momento que deseaba guardar y saborear, segundo a segundo, para siempre.

De vuelta en el hotel, no la llevó directamente a la cama. Odiseo se aflojó la corbata, la besó a conciencia y luego desapareció en el baño. Todo se sentía cómodo, íntimo. Real.

Feliz y con el corazón latiendo con fuerza, Grace oyó de pronto una vibración en el fondo de su bolso. Extrajo el teléfono y su ánimo se vino abajo al mirar la pantalla.

Embriagada por el sexo y envuelta en aquella burbuja de lujo, había olvidado que tenía otra vida. Y ese recordatorio le cayó como una losa al ver catorce llamadas perdidas de Vincenzo.

Catorce.

Su primer pensamiento fue: «¿Por qué demonios puse el móvil en silencio?».

Y después se preguntó por qué aguantaba a un hombre tan irrazonable.

Pero conocía bien la respuesta: lo hacía porque no tenía otra opción.

Con un suspiro, se dispuso a devolver la llamada, pero el teléfono vibró de nuevo. Apenas se dio cuenta de que Odiseo la observaba desde el marco de la puerta cuando deslizó el dedo por la pantalla para contestar.

–*Sig… signor* Contarini –balbuceó inquieta–. ¿Va todo bien?

Capítulo 8

No era propio de Odiseo aceptar lo inaceptable, pero se contuvo y no exigió a Grace que cortara la llamada con su abuelo. No era asunto suyo. Ella podía hablar con quien quisiera; era libre, como él. Pero, pese a sus mejores intenciones, la indignación dio paso a una furia creciente mientras escuchaba la conversación.

Empezó con ella disculpándose, y algún instinto profundo lo hizo estremecerse al ver la actitud servil que la empequeñecía.

–Lo siento mucho –decía ella–. Debería haberle dicho que saldría del país. Me alegra que no haya pasado nada y que María le esté atendiendo bien.

Mientras escuchaba la respuesta, alzó la vista hacia él y se le encendió la cara.

–Sí, me doy cuenta. Pero ¿importa quién está conmigo, *signor* Contarini?

Siguió una larga diatriba de la que Odiseo no sacó mucho en claro, más allá del volumen creciente de ira que salía del auricular.

–Se supone que no vuelvo hasta mañana por la tarde –alcanzó a decir Grace con voz rota, y volvió a escuchar–. Bueno, sí, supongo que sí. Claro que puedo volver antes si…

Incapaz de soportarlo más, Odiseo le quitó el teléfono, negó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

–Soy Odiseo –dijo al aparato cuando ya no pudo aguantar más–. No voy a permitir que alteres a Grace ni que me arruines el fin de semana con tus exigencias.

El tono del anciano cambió. Probó a intimidar, luego a fanfarronear, y Odiseo sintió cómo la bilis le subía por la garganta al oír sus ofertas cada vez más desesperadas. De pronto, colgó. Vio cómo a Grace se le agrandaban los ojos ámbar de horror.

–¿¡Qué has hecho!? –se alarmó ella, intentando arrebatarle el móvil–. ¡No puedes colgarle así! ¡Tengo que volver! Dame el teléfono.

–No. Puedes llamarlo en un minuto si es lo que sigues queriendo, pero primero escúchame. –Se acercó a la ventana, intentando calmarse; dio media vuelta y la miró, toda sonrojo y belleza sin artificio–. No puedes seguir trabajando para él, Grace.

–¿Ah, no? ¡No puedes irrumpir en mi vida y destrozarla así! Te enfrentas a alguien que no te cae bien, pero es quien me da de comer. Vincenzo no ganará el premio al mejor jefe, pero es lo que hay. ¿No lo entiendes? Te he dicho que necesito el dinero para mi abuela y tú…

Parpadeó para contener las lágrimas, furiosa con él y consigo misma por haberse puesto en esa situación vulnerable.

–Probablemente me quede sin trabajo cuando vuelva si no hago algo ya. Será mejor que prepare la maleta y me vaya ahora mismo. Tengo que intentar arreglar esto antes de que sea tarde.

–Por favor, no. –Las palabras salieron suaves, como la mano que posó en su hombro, y Grace apenas intentó apartarla–. Escúchame.

–No quiero escucharte.

Él no le hizo caso.

–¿Quieres saber lo que me dijo? Me ofreció dinero, y cuando no piqué me ofreció acciones de la empresa familiar si prometía dejarte en paz. ¿Te das cuenta? Te estaba tasando, Grace. Eso es intolerable.

–Sí, es intolerable…, pero ¿y qué? Ya te lo dije: no estoy en posición de objetar.

–Sé que dependes de él económicamente –gruñó impaciente–. Pero hay alternativas.

–¿Ah, sí? ¿Cuáles? No juego a la lotería.

Hubo una pausa.

–Hay una solución muy sencilla.

Grace lo miró con suspicacia.

–Me muero de ganas de oírla…

–Cásate conmigo.

Al principio, Grace creyó haber oído mal. Y cuando comprendió que no, ¿no hubo una parte de ella que se aferró a la idea con un ansia que debería haber sido una advertencia? Lo miró esperando el ritual propio de una proposición. Una sonrisa, quizá, seguida de palabras de amor.

Pero nada de eso ocurrió. Tenía el rostro impasible y los ojos de acero.

–Vaya, vaya… –dijo ella con sorna–. No tenía ni idea de tus verdaderos sentimientos hacia mí, Odiseo.

–No tengo sentimientos hacia ti, aparte del deseo –respondió él rápido, aunque enseguida suavizó el tono–: Bueno, me caes bien…

–Apenas me conoces.

–Tengo buen instinto con la gente.

–No parece la base de una felicidad eterna.

–No creo en la felicidad eterna, Grace. Y no es ese tipo de matrimonio del que hablo. Propongo un arreglo que nos beneficie a ambos.

–Sigue –pidió ella, sintiendo curiosidad.

–¿Recuerdas el encargo del que te hablé? El viaje real que tengo en breve.

–Me alegro de que tu carrera vaya bien, pero no veo qué tiene que ver conmigo.

Él sonrió.

–No sé cuánto sabes de Tuloranka, pero el régimen cambió hace un par de años. El rey Kaliman está llevando al país hacia el siglo XXI, pero muchas cosas siguen ancladas en el pasado.

–Gracias por la lección de geopolítica. ¿Y esto qué tiene que ver con tu propuesta absurda?

–Mientras esté allí, debo acatar sus leyes draconianas. Como huésped del rey y hombre soltero, no podré tener relaciones fuera del matrimonio. –Sus ojos centellearon–. Eres inexperta, Grace, pero habrás notado que me resultas absolutamente irresistible. Eres fuego para mi sangre.

–¿Quieres decir que no te pasa así con todas? –preguntó sorprendida.

–No. Quizá saber que soy el único hombre que te ha poseído me resulta inagotablemente provocador.

–¡Odiseo! –protestó ella, aunque sus ojos delataban otra emoción.

Él se encogió de hombros.

–Sé que es anacrónico, pero es lo que siento. O quizá todo sea provocado por mi año de celibato.

Grace parpadeó incrédula. ¿Cómo alguien tan atractivo como Odiseo había estado un año sin acostarse con nadie?

–Pero… ¿por qué?

–No fue para tanto. Y como ejercicio de autocontrol resultó ejemplar.

–Pero no fue solo por eso, ¿verdad?

–No. Me aburro con facilidad, y la previsibilidad de las mujeres empezó a irritarme. En particular, sus demandas constantes de cosas que no estaba dispuesto a dar.

–¿Como qué?

–Amor, sobre todo.

–¿Porque no crees en el amor?

–No. Rotundamente, no.

Grace inspiró hondo, procurando no dejar ver lo que le dolía esa sentencia.

–Así que quieres casarte conmigo porque te obsesiona mi cuerpo, y así podrás tener sexo en un país con costumbres estrictas. ¿Lo he entendido?

–Más o menos. Pero quizá tenga otra ventaja: el matrimonio también pondrá fin a la interminable especulación de por qué nunca me he casado. –Le alzó la barbilla con un dedo–. ¿Por qué no disfrutamos de esta química extraordinaria hasta que se consuma?

–¿Y eso es inevitable? ¿Que se consuma?

–Siempre. La atracción es como el petróleo: un recurso finito.

–¿Y qué gano yo?

–Como mi esposa, recibirás una asignación que cubrirá de sobra la residencia de tu abuela y, cuando nos divorciemos, te irás con una compensación generosa. Así no tendrás que volver a trabajar para alguien como Contarini. Podrás hacer lo que quieras. Ejercer tu profesión. Viajar. Te estoy liberando, Grace.

–¿Y por qué harías eso?

Hubo una pausa; se encogió de hombros y respondió:

–Porque puedo.

Grace respiraba deprisa; la sugerencia era una locura y aun así… La idea de no preocuparse por el pago de la residencia era una tentación enorme, y también lo era pensar en una vida normal. Su trabajo se le hacía cada vez más cuesta arriba, y por primera vez se permitió contemplar una alternativa. No más madrugones para satisfacer los caprichos de su jefe. No más cancelar planes por cualquier queja trivial. No más sentarse en esa casa oscura mientras el reloj devoraba las horas… y su vida.

Pero esa era la única vida que había conocido. Restrictiva, sí, pero segura; y a veces el mundo exterior resultaba apabullante. Además, lo de Odiseo era temporal. ¿Y si decidía dar el salto y luego todo se le venía encima?

–Y si dijera que sí, ¿qué pasaría?

–Recogerías tus cosas y volarías a mi isla, en Grecia. Nos casaríamos allí. Sin romanticismo. Sin florituras. –Sus ojos azules brillaron con burla–. Espero que no soñaras con un vestido pomposo.

Ella ignoró la pulla.

–¿Y si Vincenzo intenta impedírmelo?

La burla y el humor desaparecieron de su rostro.

–¡Es tu jefe, no tu carcelero! Pero, para tranquilizarte, me aseguraré de que tengas escolta en todo momento.

–¿Por qué lo odias tanto? –se atrevió a preguntar ella.

El silencio pareció eterno.

–Porque rechazó a mi madre –respondió él al fin–. La echó estando embarazada y ella… –Negó con la cabeza–. Lo demás no importa. Vincenzo Contarini es historia. Y te prohíbo que vuelvas a preocuparte por él.

Prohibir era una palabra poderosa, pero en ese momento la hizo sentirse protegida. Como si apartara los elementos sórdidos de su vida y la rescatara de la rutina.

Y lo deseaba. Eso pesaba más que todo. Lo deseaba con un hambre desconocida. Él había despertado sus sentidos. La hacía

sentirse mujer. La hacía sentir que esa era la persona que siempre había debido ser. ¿Cómo iba a volver a aquella existencia miserable?

Pero solo podía decir que sí si aceptaba sus límites, y en realidad solo había uno que importara: no debía enamorarse de él.

–De acuerdo. Me casaré contigo.

Capítulo 9

Vaya… –dijo Grace en voz baja.

–¿Te gusta?

Le oyó una nota de satisfacción en la voz, y con razón. Volvió a abarcar con la mirada el panorama desde la cima de la colina, en su máximo esplendor. La isla de Kosmima era un paraíso; no era extraño que el multimillonario griego hubiera elegido vivir allí.

Playas de arena plateada, limoneros cargados de fruto y un aire tibio con perfume de tomillo y sal. A su espalda, la casa de Odiseo: una villa deslumbrante, blanca, rodeada de jardines floridos y con una piscina infinita. La casa era luminosa y amplia, lo opuesto a la mansión oscura y enrevesada donde ella creció, y a Grace le había gustado en cuanto la vio. Las oficinas quedaban en otra zona de la finca, aunque notó que no las incluyó en la visita, como si levantara límites y la mantuviera fuera de su espacio privado. Conoció a su ama de llaves, Evangelia, y a su hijo, Marinos, que estaba de visita desde la Universidad de Tesalónica, además de la gata de Evangelia, una bola de pelo blanca y negra que le bufó con evidente mal humor.

Había volado desde Venecia esa misma mañana y, al rodear la isla en forma de media luna, el piloto le señaló los paneles solares y los aerogeneradores que hacían a Kosmima autosuficiente. Con sus olivos y la pesca diaria, por la que pujaban prácticamente todos los restaurantes con estrella Michelin de Europa, la islita prosperaba.

–Me encanta –aseguró ella con sinceridad.

–Entonces no te importará casarte aquí.

–¿Bromeas? ¿Cómo podría alguien oponerse a este lugar?

–Para algunos es un poco aislado. Y esa es una de las razones por las que decidí comprarlo.

–¿Y las otras?

–¿Además de su gran belleza y de tener una de las mejores navegaciones del mundo? –Una sonrisa lenta le curvó los labios–. Sobre todo, me gusta que nadie venga a verme sin mi permiso.

–¿Y para salir de aquí?

–Puedes hacerlo cuando quieras, Grace. –Hizo una pausa–. O cuando quiera yo.

Un escalofrío de mala espina le recorrió la piel: le estaba dejando claro que, llegado el momento, no le importaría demasiado que ella se marchara. Pero eso ya lo sabía; solo tenía que recordarlo. No había venido para quedarse. Primero la boda, luego una luna de miel breve y, después, volar a Tuloranka.

Como marido y mujer.

El latido acelerado reveló su excitación, que seguía creciendo sin importar cuánto intentara reprimirla. ¿Y cómo podía dominarla? ¿Cómo mirar a un hombre como Odiseo y no quererlo?

¿Él lo sabía?

¿Se daba cuenta de que, en lo físico, la tenía completamente hechizada?

Obligándose a apartar la vista de él, miró hacia la calita de abajo, donde el agua transparente lamía la orilla, y pensó en el vértigo de los últimos días.

Se despidió entre lágrimas de Kirsty y Sophia, evasiva sobre el compromiso relámpago, sospechando que la intentarían disuadir si supieran la fría verdad del arreglo. Le señalarían el riesgo de salir herida, riesgo que ella no había pasado por alto. Hasta que pensaba en su abuela y en la seguridad económica que ofrecía Odiseo. «Lo hago por mi abuela», se repetía con fiereza, y nadie iba a hacerla cambiar.

Por suerte, la visita a casa de los Contarini transcurrió sin incidentes. Ayudó la presencia imponente de un escolta griego, aunque se mantuvo apartado cuando Grace le pidió a María que le dijera a Vincenzo que quería despedirse. El anciano se negó a verla y, aunque se dijo que era lo mejor, no le dolió menos que todo terminase con ese mal sabor de boca.

La pena se vio pronto sustituida por una oleada de gratitud y emoción al empezar a asumir que, de verdad, era libre.

–Te he echado de menos –dijo de pronto Odiseo, y Grace se volvió para verlo mirándola.

La tomaron por sorpresa esas palabras, pero, aunque solo habían pasado un par de días, ella también lo había echado de menos.

–¿Sí? –preguntó con la garganta apretada.

–He estado ardiendo por ti, *poulaki mou*. Estas dos noches apenas he dormido pensando en tu cuerpo increíble y en lo que siento al estar dentro de ti –admitió con la voz ronca–. Y quiero llevarte a la cama. Cuanto antes.

Ella quiso que le demostrara ese fervor allí mismo, en aquella colina azotada por el viento: ¿había un lugar mejor para un beso apasionado? Pero él se limitó a entrelazar sus dedos y a guiarla de vuelta a la villa, como si la visita continuara.

Disimulando la decepción, Grace entró en el frescor del aire acondicionado, enfadada consigo misma por sentirse así. Solo alguien extremadamente tonta desearía que no hubiera sido tan clínico al expresar sus necesidades.

«No esperes romanticismo», se recordó, con sus palabras frías y tajantes.

Sin embargo, al llegar al enorme dormitorio, con terraza a todo lo largo sobre el azul deslumbrante del mar, pensó que quizá se equivocaba: aquello no tenía nada de clínico. Su beso fue lento y buscador, y le quitó el vestido con una parsimonia que la dejó temblando de necesidad cuando ella le bajó los vaqueros por encima de la protuberancia desafiante de su erección. Con un roce tímido, lo tocó con intimidad; al verlo endurecerse aún más ante sus ojos, no pudo contener las caricias.

–Qué impaciente estás, *poulaki mou* –murmuró él, inestable.

–¿Te gusta que esté impaciente?

–Mucho –afirmó él con suavidad, y en el borde de su boca se insinuó una sonrisa arrogante–. Significa que te tomas en serio las lecciones.

Quiso decirle que no fuera tan condescendiente, pero no iba a estropear el momento por una palabra. Además, la alzó en brazos y

la llevó hasta la cama, la depositó con cuidado, le acarició la piel desnuda con los dedos y le sembró la piel de besos, del pecho al vientre, hasta hacerla retorcerse de frustración.

–No seas tan impaciente –la reprendió en tono suave.

–Es difícil. Eres tan… insultantemente guapo.

–Siempre eres… –su dedo se detuvo sobre el pezón erizado, y su voz se tiñó de algo parecido a la diversión– tan absolutamente sin artificio.

–¿Y eso es bueno o malo?

–Solo procura no ser vulnerable, Grace, nada más.

El tono había cambiado. Sin duda era un aviso, y sabía que tenía razón. Pero ¿podía estar más expuesta que ahora? Desnuda, esperando que le hiciera el amor, con el cuerpo vibrándole de expectación. Él le encajó los muslos a ambos lados de las caderas, arropándola entre sus piernas poderosas, y ella se sintió a salvo en ese ancla cálida. Él estaba tenso, el deseo casi se palpaba. Aun así, no se movía, y esa contención momentánea tenía su peso. «¿Está exhibiendo su control?», pensó, aturdida.

Un sonido grave y gutural escapó de sus labios cuando él le separó los muslos y se hundió en su interior, borrando cualquier pensamiento bajo el éxtasis de volver a sentirlo. Grace se aferró a sus hombros mientras él la penetraba una y otra vez, y una sensación indescriptible comenzó a crecer en su interior, acercándola al clímax. Agradeció que el orgasmo llegara en ese instante, rápido y dulce, porque el grito que dejó escapar fue de pura satisfacción, silenciando las palabras peligrosas que amenazaban con salir.

Él hundió el rostro en su cuello, con la respiración cálida y desigual, y debió de dormirse, porque al despertar ya no estaba a su lado. Estaba de pie junto a la ventana, desnudo, de espaldas, mirando el azul del mar como un emperador sus dominios. Aún embriagada por el placer reciente, se dio el lujo de contemplarlo en silencio: los hombros fuertes, la espalda musculosa, las caderas esbeltas, las piernas que parecían no terminar nunca.

–Hola –dijo somnolienta.

Odiseo se tomó un momento para recomponerse, inhalando profundamente mientras intentaba recuperar el control. Estaba

irritado consigo mismo, incómodo con la intensidad de su reacción hacia ella. «No tiene nada especial», se dijo con fiereza, casi como un mantra. No tenía ningún poder sobrenatural capaz de atravesar su corazón helado con el fuego de su pasión. No podía ser eso. Había sido sexo, simplemente sexo, especialmente bueno, y ya está.

Ya está.

Se volvió hacia Grace. Estaba espectacular. Su piel sonrosada, el cabello alborotado y esa expresión de agotamiento absoluto la convertían en una visión casi demasiado tentadora. Por un instante, su cuerpo le rogó que regresara a la cama, que la reclamara de nuevo, pero una sensación más profunda y peligrosa se agitó en su interior. Algo le dijo que debía reforzar sus defensas, y no se trataba de lo físico. Era otra cosa, algo que no estaba dispuesto a permitir.

–Podríamos bajar a la cala a nadar –propuso él de forma brusca.

–¿Nadar?

–¿Por qué me miras como si te propusiera pasear por un pozo de serpientes?

–Porque no sé nadar. –Se le ensombrecieron los ojos por la vergüenza–. Ya sé que es raro, pero no sé. En el colegio de Venecia era una de las actividades extraescolares, pero yo solía… Bueno, tenía que ayudar a mi madre. La casa era grande y había mucho que limpiar.

A Odiseo se le tensó la mandíbula al imaginarla de pequeña obligada a fregar para su abuelo.

–Yo puedo enseñarte.

–Primero sexo, ahora natación… ¿Qué será lo siguiente? –bromeó ella–. No he traído bañador.

–Pero yo sí. –Odiseo abrió un cajón y sacó un paquete, que dejó caer sobre la cama–. Considéralo un regalo de boda.

Él se quedó observando mientras notaba el temblor de su mano al romper el papel de seda y quedarse mirando unas braguitas diminutas junto con un top igual de minúsculo.

–No puedo ponerme esto.

–Claro que puedes. ¿Por qué no?

–Si crees que voy a pasearme en público con algo tan… revelador, estás equivocado.

–La playa a la que voy a llevarte es totalmente privada. No va nadie.

–No voy a preguntar cómo sabías mi talla…

–Mejor no –respondió con los ojos brillantes de humor y dándole otro paquete.

Dentro, Grace encontró una bata ligera a juego con el biquini y unas sandalias preciosas.

–¿Qué más vas a sacar del sombrero? –preguntó ella, pensando que ni siquiera en Navidad había tenido tantos regalos.

–¿Esto? –Le tendió una cajita, y a Grace se le detuvo el corazón, porque parecía…

Al abrir la caja, descubrió una piedra amarilla deslumbrante, rodeada por una banda de diamantes blancos, descansando sobre un fondo de terciopelo añil. Su corazón dio un vuelco inesperado.

–Oh, Odiseo, es…

–Un anillo de compromiso. –Sonrió apenas–. Vamos. Póntelo.

Con manos temblorosas, obedeció.

–Es precioso –suspiró, alzándolo a la luz.

–Un diamante amarillo de cuarenta quilates, talla cojín, pureza VS2 –informó él.

Grace parpadeó sin entender gran cosa.

–¿Y eso importa?

–Importará. –Hizo una pausa para elegir las palabras–. Cuando pienses en su valor de reventa.

Una forma diplomática de decirlo, se dijo Grace, intentando conjurar el bajón absurdo de que ya hablara del final del matrimonio antes de empezar.

Aun así, enseguida se animó mientras bajaban hacia el mar. Una escalinata tallada en la roca bajaba desde el jardín a la cala, y se llevó una sorpresa al ver lo que habían preparado para su llegada: mesa y sillas, una nevera con agua, limonada y champán, cerezas, uvas y bombones fríos, toallas suaves y dos tumbonas cómodas a la sombra de la cornisa rocosa. Se preguntó qué manos invisibles habían colocado todo y quién recibiría la orden de retirarlo.

Más perturbador fue ver a Odiseo en esa faceta nueva, más relajada que nunca. Lo devoró con la mirada tras las gafas oscuras –

también nuevas–, recreándose en el bañador negro que se ceñía a sus glúteos poderosos y a sus muslos de roca. No podía dejar de mirarlo y, por la sonrisa burlona con que le tendió un vaso de limonada, él sabía perfectamente que se había vuelto su nueva obsesión. ¿Podría ser esa la razón por la que entró en el agua, dejando que lo abrazara lentamente antes de sumergirse y nadar a crol con movimientos vigorosos y seguros?

–Ven –la llamó, sacudiéndose las gotas del pelo negro cuando salió del agua.

–Estoy muy a gusto aquí –respondió ella cohibida: el biquini diminuto dejaba más piel al aire de la que cubría. Pero él era tenaz y, al cabo de un rato, Grace reunió el valor y lo siguió, adentrándose en el agua hasta los muslos con un chillido previsible; entonces, él nadó hacia ella.

–Está buena, ¿eh? –murmuró él.

–Es… increíble. –Se hundió hasta los hombros y volvió a salir–. Y eres un nadador fantástico.

–Lo sé –asintió, sin pizca de modestia–. ¿Te enseño?

–Odiseo, soy la persona menos deportista del universo.

Ignoró su negatividad y le sujetó las caderas con las manos.

–Es fácil. Y puedes parar cuando quieras. Ponte boca abajo. Así. La sal te mantiene a flote. Intenta relajarte.

¿Relajarse? ¿Cómo iba a relajarse con las manos en la piel desnuda, y más cuando él le puso la mano bajo el vientre para sostenerla, mientras la animaba a patalear? Para su sorpresa, fue mucho más paciente de lo que imaginó, y aquel primer intento, brevísimo, de avanzar por su cuenta la llenó de orgullo risueño.

–¿Ves? Te dije que sería fácil.

Grace no contestó, porque ahora él le había deslizado un dedo dentro del biquini, y el contraste del agua con la caricia cálida era casi demasiado dulce.

–Odiseo…

–Te gusta, ¿verdad?

–¿Y si… y si alguien nos ve?

–Nadie puede vernos.

Y, así, toda resistencia se le disolvió y Grace se entregó a lo que él le hacía. De pronto, parecía hecha de todos los elementos –fuego y agua, tierra y aire– y, en el centro, él. Fuerte. Poderoso. Indómito. El sol brillaba intensamente sobre sus hombros anchos mientras continuaba obrando su magia; el placer se acumulaba, capa tras capa, hasta que ella se perdió por completo en él.

–Odiseo… –gimió antes de que su beso firme ahogara el sonido.

Poco a poco, ella se recuperó, y él le enseñó cómo darle placer bajo las frías aguas del mar de Mirtos: le bajó el bañador, y ella, con la mano, lo envolvió y exploró, guiándose por sus murmullos de aprobación. Y cuando él dejó escapar un gemido áspero de satisfacción, un nuevo tipo de alegría invadió a Grace: por un momento, se sintió su igual.

Salieron del agua y se dejaron caer en tumbonas contiguas, bajo la sombra fresca de las rocas. Al cabo de un rato, él sirvió champán. Al chocar las copas, Grace se dio cuenta de lo cómoda que se sentía. Se llevó una cereza helada a los labios. Por primera vez, pudo creer que sería su esposa y que estaría a la altura de lo que ambos necesitaban. Pero aunque el sexo era abrasador, el hombre con el que iba a casarse seguía siendo un acertijo. Reflexionó sobre sus elecciones. Sobre el firme rechazo de él a tener hijos. Sobre un matrimonio que no parecía más que una cuestión pragmática. «¿Qué lo volvió insensible a los sentimientos y a los deseos habituales de los demás?», se preguntó.

–¿Odiseo? –Le acarició el vientre con un dedo y lo sintió estremecerse–. ¿Puedo preguntarte algo?

–Lo que quieras –respondió él con voz melosa.

Era evidente que esperaba algo sensual, y ella vaciló, reacia a romper el hechizo que los envolvía. Pero debía hacerlo. No era solo que quisiera conocerlo; había en ella una necesidad profunda.

–¿Qué te hizo ser tan solitario?

Odiseo frunció el ceño. Aquella pregunta indeseada le apagó el hambre naciente, porque la respuesta era sencilla. Y profundamente privada. Había perdido la cuenta de las veces que, a lo largo de los años, alguien había tratado de sonsacarle de la misma manera: radiantes tras otro orgasmo, cometían el error de creer que él

deseaba explorar otro nivel de intimidad. Inevitablemente, se lanzaban de lleno a lo personal, y sus defensas se afilaban al instante. Su boca se endureció: siempre había rechazado responder a intromisiones de ese tipo, y no veía razón para cambiar ahora.

La sonrisa que él le mostró fue desdeñosa.

–¿De verdad es relevante? –contestó mientras le acomodaba el biquini torcido, con caricia de por medio. Ella se estremeció, pero no se dejó distraer.

Se incorporó sobre un codo y lo miró con decisión.

–Creo que sí. Te he contado mucho de mí, y tú no has correspondido, ¿no?

–Te conté bastante –replicó seco.

–No lo creo. –Negó con la cabeza–. Sí, me contaste cómo hiciste tu fortuna, pero no hablo de eso. Hablo de lo otro. De cuando eras niño. De cómo pasabas las Navidades. Ese tipo de cosas. –Vaciló unos segundos antes de continuar–: No quiero que seas un extraño para mí.

Odiseo frunció aún más el ceño. Quería cortar aquella conversación por lo sano. Decirle que de nada serviría contarle los recuerdos tristes de su niñez. No cambiaría lo que sentía. Sobre las mujeres. Sobre la vida. Sobre todo. También sobre ella.

–No soy de esos hombres a los que les gusta abrirse –respondió con el tono de voz más suave que pudo–. Por eso nunca lo hago.

–Pero pronto seremos marido y mujer, Odiseo –insistió Grace.

–Solo en papel.

–¿Y cuando vayamos a Tuloranka y nos alojemos con el rey? ¿No crees que quedará… raro que no sepa nada de ti? Si surge algo en una conversación, por ejemplo. –Frunció los labios–. A menos que quieras que nuestro matrimonio parezca falso, claro.

Odiseo abrió la boca para decir que le daba igual cómo pareciera, hasta que recordó que el rey Kaliman, de mecha corta, podía irritarse si una pareja se aprovechaba de su hospitalidad con mentiras.

Además, había otra consideración que no había sopesado. Grace había trabajado para Vincenzo Contarini y vivido en su casa todos esos años. Lo conocía mejor que nadie y, aun así, parecía ignorar la

verdadera magnitud de su crueldad. Aunque su viaje a París se había interrumpido por las demandas irracionales del anciano, ella estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda. ¿Acaso no le había informado su escolta de que intentó despedirse y él se negó a recibirla? Era de corazón tierno, sí. Pero ¿no sería que se estaba engañando a sí misma?

Su boca se tensó, y una sensación fría e incómoda se posó sobre su corazón mientras miraba el cielo azul.

Quizá iba siendo hora de abrirle los ojos sobre su exjefe.

Capítulo 10

Entonces, ¿qué es lo que quieres saber de mi vida exactamente? –murmuró Odiseo mientras se giraba sobre la toalla y dirigía la mirada al cielo azul griego; era más fácil que enfrentarse a los ojos ámbar de Grace–. ¿Mi peso al nacer? ¿Cuánto tiempo me llevó caminar o decir mi primera palabra? Me temo que esos datos no constan en ninguna parte. En cuanto a las Navidades, a mi padre no le iban las celebraciones tradicionales, y para el mediodía ya solía estar tirado, completamente borracho.

Ella no hizo ningún comentario sobre lo que acababa de confesarle y se limitó a preguntar en voz baja:

–Sobre todo de tu madre.

Odiseo sintió un pinchazo en el corazón y se quedó en silencio durante un largo momento. Agradeció estar tumbado de espaldas y así poder ocultar el dolor que le provocaba pensar en ella.

–Se llamaba Valentina –dijo por fin–. Nació de un matrimonio breve e infeliz con Vincenzo Contarini que acabó en divorcio. Nada sorprendente –añadió, amargo–. No creo que fuera un gran marido, pero sí fue implacable al divorciarse. Le pagó generosamente a su ex con la condición de que ella y su familia cortaran todos los lazos con su única hija. Valentina sería criada por él, y solo por él. Se aseguró de que no volviera a ver a su madre.

–Oh, Odiseo –susurró Grace–. Qué terrible.

¿Creía que él quería su compasión, palabras huecas que resbalaban como lluvia de verano? ¿No entendía que por eso lo mantenía todo bajo llave?

–Ahórrate juicios y exclamaciones –la cortó con tono severo–. Si tengo que aguantar ese tipo de comentarios lastimeros en cada frase, dejaré de hablar. ¿Entendido?

–Ha quedado clarísimo –replicó ella, tensa.

Blindando el corazón contra el dolor evidente en su voz, Odiseo siguió:

–Como imaginarás, crecer con un hombre como Vincenzo no fue lo ideal. Por lo visto, mi madre suplicó irse a un internado y la mandaron a la academia más exclusiva del mundo, a orillas del lago Lemán. Pero cuando terminó el colegio, se acabó esa vida. Volvió a Venecia…

Grace se mordió el labio al oír cómo se le quebraban las palabras. Quiso tocarlo, consolarlo, pero sabía que no debía hacerlo.

–¿Y qué pasó? –se atrevió a preguntar.

–Era rica y guapa, y, con dieciocho, tenía el mundo a sus pies. Tenía pretendientes… –Soltó una risa breve–. Vincenzo me dijo cuando nos vimos que muchos millonarios querían casarse con ella. Pero conoció a mi padre…

–¿Y se enamoró? –intervino ella, buscando un resquicio de luz. Tal vez una gran pasión aliviara, un poco, la amargura que destilaba su voz. Pero debería haberse callado: él giró la cabeza y la miró con desprecio sombrío.

–¿Amor? No alimentemos fantasías, ¿te parece? –negó cortante–. Ya dejé clara mi postura. El amor es una palabra que se usa como palanca: por dinero, estatus o sexo. O todo junto, como sospecho fue la motivación de mi padre.

–¿Y cómo se conocieron?

–En un bar. Era guapo y las mujeres revoloteaban a su alrededor. Viajaba por Europa con el poco dinero que tenía cuando se cruzó con mi madre. –Se encogió de hombros–. No tenían nada en común, pero encajaron. Habría sido un amor de verano si mi madre no se hubiera quedado embarazada. Y entonces…

Grace contuvo el aliento.

–Vincenzo la echó. Le dijo que no quería verla más. Sin dinero, sin techo. No tuvo otra que volver a Grecia con mi padre, y no creo que a él le entusiasmara. –Inspiró profundamente–. Y ella… no estaba preparada para lo que encontró allí: un piso minúsculo y sofocante. Vivir al día. No hablaba el idioma; las otras mujeres la miraban con

recelo. Y cuando se puso de parto, antes de lo previsto –puntualizó–, ella…

–Murió en el parto –terminó Grace por él.

Él se inclinó sobre ella, el rostro oscuro, los ojos azules ardiendo.

–¿Quién te ha dicho eso? –rugió–. ¿Quién?

Sentía su calor, su dolor, su ira.

–Nadie. Se ve en tu cara, en tu voz…, en todo. Lo siento, Odiseo. Mucho. Que no la conocieras. Que…

–¿Que soy un pobre hombre marcado porque mi madre murió al darme a luz? Guarda tu lástima para otro. No la necesito.

Grace sabía que él quería que dejara el tema. Y lo fácil sería permitir que la besara, que se hundiera en ella, gemir juntos y barrer bajo la alfombra el tormento del pasado. Sí. Pero lo fácil no siempre es lo mejor. Y prefirió continuar con la conversación para que terminara la historia. No por curiosidad, sino por él. ¿Y si esa revelación a regañadientes le servía de catarsis a un hombre que había enterrado todo ese dolor?

–Debió de ser duro para tu padre… criar solo a un bebé. ¿Vincenzo no intentó ayudar?

–¿Aún no sabes qué clase de hombre es o no quieres verlo? –replicó él–. Adivina su reacción. Mi padre lo llamó para decirle que su hija había muerto, que tenía un nieto y que no sabía cómo iba a arreglárselas sin ayuda. Y Vincenzo Contarini le dijo que se fuera al infierno.

Ella se llevó la mano a la boca.

–Oh, Odiseo.

–Acordamos que nada de lástima –le recordó.

Grace asintió y se humedeció los labios secos.

–¿Encontró tu padre a otra mujer que hiciera de madre?

–Digamos que encontró varias interesadas en el sexo, no en un bebé que no paraba de llorar. –Soltó una carcajada–. Y en un crío que, por lo visto, solo daba problemas.

Grace entendió que jamás había conocido amor incondicional. Ni un segundo. La naturaleza le arrancó el vínculo materno y su padre, mujeriego y borracho, no llenó ese hueco. ¿Cómo no iba a llorar el bebé? ¿Cómo no iba a desmandarse el niño? ¿Cómo no iba a ser

distante el adulto? Le dolió por él, pero no lo mostró; siguió escuchando, como si hablaran del tiempo.

–No fue tan malo como podría –siguió Odiseo–. Era un crío curioso, con hambre de saber. Me salvó un profesor, que me inculcó el gusto por la lectura. Y luego… –añadió, casi reflexivo–, justo antes de los dieciséis, mi padre se casó y mi madrastra vino a vivir con nosotros. Y entonces entendí que tres son multitud. –El chasquido de sus nudillos sonó muy alto entre las olas lejanas–. Solo que decidió que el que sobraba era mi padre, no yo.

Grace tardó en procesarlo. No pidió detalles: el desprecio en su voz hablaba solo. No hacía falta ser un genio para imaginar que algunas mujeres preferirían a un adolescente atractivo y viril antes que a un borracho avejentado. ¿Su madrastra había intentado seducirlo? Le revolvió el estómago.

–¿Y qué hiciste?

La tensión que le petrificó las facciones le hizo temer haber ido demasiado lejos, pero él habló. Despacio, como si no hubiera pronunciado nunca esas palabras.

–Me fui. Dormí en la calle un par de noches hasta que encontré trabajo de vigilante, con habitación… Aunque llamarla así es ser muy generoso. –Rio sin alegría–. El armario donde guardo mis trajes hoy es más grande. El resto ya lo sabes: la versión maquillada, el joven que sale a comerse el mundo. –Esbozó una sonrisa de cartón–. Esta versión no se cuenta. Y entenderás por qué.

Sí, lo entendía. Asintió, ordenando pensamientos. Sobre todo, era consciente de que se había abierto con ella, que en algún nivel confiaba. Y eso debía agarrarlo con fuerza. Su historia dejaba claro de qué pasta estaba hecho.

Normal que no creyera en el amor. ¿Cómo, si no lo había probado en los años que forman a una persona? Un niño puede sobrevivir sin madre si recibe cariño de alguien. Pero el padre borracho y mujeriego dejó al pequeño Odiseo valerse solo.

De pronto lo vio no como la personificación del éxito material –trajes a medida, avión privado, miles de millones–, sino como el niño perdido que nadie quiso. Sintió su dolor y quiso abrazarlo. Mecerse

con él. Robarle parte del vacío. Pero él lo tomaría por lástima, y ya sabía lo que opinaba sobre eso.

Lo miró; los ojos azules le ardían, como desafiándola a equivocarse para poder apartarla. Siempre atenta, sopesó la respuesta.

¿Qué quería de ella Odiseo Diamides?

Sexo, obviamente. Su confesada obsesión con su cuerpo era la razón principal para ponerle una alianza por un viaje de trabajo a un país con leyes estrictas. Eso y acallar especulaciones: normalizar su vida con un matrimonio falso que no le exigía nada.

¿Y qué necesitaba? Esa era la pregunta.

No conoció a su madre, su madrastra fue una depravada y lo habían convertido en trofeo la mayor parte de su vida adulta. Decir que no le gustaban ni confiaba en las mujeres era quedarse corto. Quería que supiera que podía confiar en ella, pero no sabía cómo.

A menos que le mostrara lo que parecía faltarle toda su vida: algo tan simple como la bondad. ¿No podía demostrarle de alguna manera que podía contar con ella? ¿Que se preocupaba por él sin necesidad de recibir nada a cambio?

En ese momento se dio cuenta de que era así, de que realmente le importaba. Él le había dado la posibilidad de mantener a su querida abuela. Y ahora se había desnudado por dentro y le había mostrado su vulnerabilidad. Le había mostrado al hombre real.

Pero tenía que ser cuidadosa. Seguía dolido por lo que le acababa de confesar, y la mordería como un animal herido si ella se acercaba demasiado.

Decidida, se puso en pie y se recolocó el tirante del biquini.

–Bien –dijo Grace con voz firme–. Supongo que habrá que pensar en recoger todo esto.

Le vio entornar los ojos y sintió una chispa de triunfo ante su sorpresa. ¿Esperaba que siguiera hurgando cuando era evidente que ya había llegado al límite?

–¿De qué hablas?

–De esto. –Señaló los restos del pícnic–. Podemos subir algo a la casa.

–No hace falta. Para eso está el personal.

–Pero no significa que no podamos ayudar, ¿no? –Lo miró con esperanza–. Voy a subir al menos lo que queda. Si no, se nos llena esto de moscas.

–¿Moscas? –repitió, como si no diera crédito.

–O avispas. A nadie le gustan las avispas, ¿no?

Él se echó a reír y Grace no pudo evitar sonreírle. Y quiso abrazarse, porque, por extraño que pareciera, el sonido de su risa casi la hizo sentir tan bien como el sexo.

Capítulo 11

No, de verdad –dijo Grace con firmeza, pese a la mirada atónita de la estilista–. No puedo aceptar todo esto.

El derroche que ocupaba cada rincón del dormitorio, como un gran almacén de lujo, le parecía una exageración. Había vestidos de seda. Pantalones de lino. Blusas de batista finísima. Vestidos largos con bordados intrincados o salpicados de lentejuelas. Un abrigo de noche tornasolado y una cazadora vaquera espectacular. Bolsos para cada ocasión imaginable. Y zapatos. Había perdido la cuenta de los zapatos. Grace miró todo aquello con recelo. Un vestido de boda con su lencería a juego era una cosa, pero ¿todo eso?

–¿Que no puedes aceptar qué? –intervino Odiseo con autoridad al entrar sin llamar–. ¿Qué pasa, Grace?

–No pasa nada. Pero esto es demasiado –se quejó ella.

Con un gesto breve, Odiseo despidió a la estilista, que no logró ocultar su decepción por perderse lo que prometía ser una bronca prenupcial. Solo cuando se quedaron a solas y él cerró la puerta, se volvió hacia Grace con las cejas oscuras en alto.

–¿Crees que tus vestiditos de verano y un sombrero prestado bastarán para lo que viene, *poulaki mou*?

Grace se irguió.

–Creí que te gustaba ese sombrero.

–Y me gusta. Mucho. –Le rozó la mejilla con un dedo conciliador–. Solo que no es apropiado para alojarse en un palacio real.

–Por eso acepté que me compraras ropa, pero aquí hay para un año. ¿Cuánto va a durar ese trabajo en Tuloranka?

–Ni idea. Un mes…, quizá dos. Pero tendrás que cambiarte varias veces al día, y te vas a sentir fuera de lugar si no puedes hacerlo.

Grace soltó un suspiro leve.

–Vale –cedió a regañadientes–. Si insistes.

–Qué ironía. –Odiseo esbozó una sonrisa–. De todas las mujeres con las que podría haberme casado, resulta que he elegido a una a la que no le impresiona lo más mínimo lo que mi dinero puede comprarle.

Estaba a punto de convertirse en su esposa. Grace sabía que no era «de verdad», pero, cuando él lo decía así, lo parecía. Peligrosamente real. ¿Era inevitable? ¿Nos condicionaban desde niñas para esperar el gran romance de una boda? Quizá escoger un vestido blanco y las flores reforzaba aquellos sueños de infancia contra los que siempre había luchado. O quizá era porque sus sentimientos por su futuro marido crecían cada día, pese a sus esfuerzos por sofocarlos.

Porque, a veces, aquello parecía un sueño del que no quería despertar.

Cada día, con la salida del sol sobre el glorioso mar de Mirtos, Odiseo le hacía el amor entre las sábanas. Tras una ducha lenta y muy erótica, desayunaban en la terraza, con el aire suave, perfumado de azahar. Entre trinos de pájaros y el rumor lejano del mar, devoraban higos, yogur y miel, antes de volver arriba a hacer el amor otra vez. Su apetito sexual era voraz, y el de ella también. Cuanto más le enseñaba, más quería aprender. Él soltaba una risa grave de placer y la llamaba glotona. Insaciable. Y ella se recreaba en esos comentarios burlones que él le susurraba contra la piel.

La parte física era perfecta; lo demás la inquietaba. El hielo y el fuego imprevisibles de él la fascinaban de una forma adictiva…, peligrosamente adictiva. Pensó que, con el roce diario, el carácter irascible la inmunizaría contra su magnetismo; pero no estaba pasando. Y, aunque a veces una vocecita le susurraba alarmada al oído, se empeñaba en ignorarla.

Le frustraba desear un matrimonio real. Duradero. Algo que nunca estuvo sobre la mesa.

Y, sin embargo, era él quien abonaba ese terreno. Con orgullo posesivo, la llevó por la isla, le enseñó sus rincones: montañas agrestes, bosques altos, calas escondidas que le cortaban la respiración. Vio con sus ojos lo apreciado que era por pescadores y

agricultores, y cómo los niños corrían con trapos a limpiarle el parabrisas, rendidos de admiración.

Era difícil no caer rendida a sus pies. Y más difícil que no se le notara. Más aún cuando, esa mañana, en la cama, se topó con un dato asombroso.

–¿Evangelia no pensará que somos un poco dejados, pasando tanto tiempo aquí arriba? –murmuró ella, somnolienta, salpicándole el hombro de besitos.

–No le pago a mi ama de llaves para que opine sobre cómo empleo el tiempo.

–No, claro. Y supongo que… estará acostumbrada –sondeó procurando no sonar celosa, aunque lo estaba.

Hubo un silencio, como si él estuviera sopesando lo que iba a decir.

–Si quieres saberlo, eres la única mujer a la que he traído aquí –soltó escueto.

Ella se quedó muda durante un buen rato.

–Entonces, ¿dónde sueles…? –atinó a decir al fin.

–Existen los hoteles, Grace –replicó irónico–. Puede que te suenen.

Menos mal que estaba tumbada; en pie, se le habrían doblado las rodillas. No pudo evitar el fogonazo de placer que le calentó la piel.

¡Era la única mujer que había dormido en su cama de la isla!

–¡Vaya!

¿Captó él la satisfacción mal encauzada en su exclamación? Quizá por eso se encargó al instante de desengañarla.

–Traerte aquí solo pretende dar credibilidad a nuestro matrimonio relámpago, *poulaki mou*. Como el anillo –añadió, dejando un beso ligero en lo alto de su cabeza, quizá para suavizar sus palabras–. No hay más.

Grace se obligó a recordar esa frase tajante más tarde, cuando se dieron el sí en la azotea, con el azul del mar de fondo. Iba de blanco, con el pelo suelto –como a Odiseo le gustaba– y una fina trenza adornada con flores. Solo asistieron el abogado de Odiseo, llegado del continente, y Christos, uno de sus asistentes. Su presencia ejecutiva subrayó lo formal del acto, remarcado por el

acuerdo prenupcial que ella había firmado el día anterior. Y fue raro. Odiseo había consignado una suma mareante para la residencia de su abuela, suficiente para toda su vida, porque…

–Si nuestro matrimonio acaba el mes que viene, no queremos que tu abuela se quede desprotegida, ¿no? –le había dicho.

Grace se conmovió y se sintió agradecida, pero junto al caramelo vinieron sus reglas.

No daría entrevistas.

No haría otras reclamaciones económicas que las pactadas.

Y la definitiva, la que le heló la sangre…

Jamás podría ponerse en contacto con él después del divorcio.

Dolió. Más de lo que debía. Más de lo que él imaginaría. Pero a Odiseo Diamides no se le podía negar la ferocidad de su honestidad.

La ceremonia fue sobria y escueta, y las palabras no debían significar nada. Lo irritante fue que, para Grace, sí lo hicieron. Pese a sus reparos, notó el latido de la esperanza. El calor de una posibilidad. No pudo frenar el germen del cariño por un hombre que, intuía, él tanto necesitaba. Bastó mirarle la cara para volver a tierra. Rasgos de piedra, indiferentes; voz fría, como si recitara un inventario. Lo esperable, se dijo con dureza, intentando que la decepción no se le notara. Lo único sorprendente fue la aparición de un fotógrafo, que disparó en ráfaga a los recién casados bajo una lluvia de pétalos de rosa blancos, que Evangelia y su hijo, Marinos, les lanzaron con entusiasmo.

Odiseo la miró pensativo mientras apartaba un pétalo de su mejilla con el pulgar.

–Estás guapísima.

–¿De verdad?

–De verdad –aseguró alzando las cejas–. ¿No te arrepientes?

–¿De qué?

–Del matrimonio.

–Claro que no –respondió ella, aliviada de que nadie alcanzara a oír aquella pregunta poco tradicional de un marido a su flamante esposa–. Me descolocó un poco lo del fotógrafo. Dijiste que querías algo discreto.

–Discreto, sí. Secreto, no. No queremos que piensen que estás embarazada, ¿verdad?

A Grace le pareció un comentario duro. Tal vez esa era la intención: recordarle que nunca habría niños. No supo explicar por qué aquello le encogió el corazón, pero al menos sirvió como un toque de atención.

–Desde luego que no –dijo ella con firmeza, asomándose a la balaustrada: abajo habían montado un pequeño banquete en la terraza sombreada; Marinos portaba un cubo con champán para los dos letrados; la gata blanca y negra, que había descubierto que se llamaba Gouri, era espantada por Evangelia. Al depositar ella una fuente de hojas de parra rellenas, Grace se preguntó qué pensarían del matrimonio sorpresa de su jefe y si sabrían que se trataba de una farsa.

–Vamos a la cama –dijo Odiseo de repente, apoyando una mano sobre su brazo desnudo.

¿Habría notado él su tensión?

Grace clavó los dedos en el ramo: la tentación de obedecer era enorme. Pero sabía el trabajo que le había dado a Evangelia preparar la tarta para los novios; le parecía obligado probarla. Y, hablando claro, ¿no quería alargar todo lo posible su día de boda, aunque supiera que no era real? Tal vez no tuviera otro, y le resultaba peligrosamente fácil disfrutar del papel de esposa de Odiseo.

–A los abogados les parecerá rarísimo que ni brindemos.

–Cobran de mí, Grace –ronroneó altivo–. Están para complacer, no para juzgar.

Y eso era lo que ocurría cuando se era indecentemente rico, pensó furiosa. Si la gente trabaja para ti, baila a tu son. No necesitas tratar con ellos de persona a persona, y ¿no se había pasado Odiseo la vida aprovechándolo? No solo con el servicio: con ella también.

–Sería de muy mala educación desaparecer ahora –le reprochó.

Los ojos zafiro chispearon, reconociendo su franqueza.

–¿Ah, sí?

–Sí. Créeme, sé lo frustrante que es esforzarte en preparar algo y que te lo desprecien.

–Hablo de otro tipo de frustración –murmuró él.

–Seguro. –Grace le bordeó la comisura de la boca con un dedo, contradiciendo la compostura de su voz–. Pero eso puede esperar. Vamos, Odiseo. Al menos, haz el gesto.

Algo desconcertado por la determinación de su recién esposa, Odiseo la acompañó a la terraza engalanada y cumplió con los rituales. Y no pudo negar que Grace llevaba consigo un rayo de sol a donde fuera. Mientras Marinos servía copas y espantaba a la gata, notó que Evangelia sonreía más de lo habitual.

Pero cuando su ama de llaves empezó a explicar el simbolismo de los ingredientes de la tarta tradicional de boda que había preparado, Odiseo se impacientó y decidió que el teatro se había acabado.

–Vamos –ordenó él en voz baja.

Sintió el ligero temblor de sus dedos mientras la conducía escaleras arriba hacia la *suite* principal. Observó cómo dejaba el ramo y se giraba para mirarlo. Era cierto, estaba deslumbrante: su cuerpo joven y esbelto resaltaba en el sencillo vestido blanco; su piel brillaba como si irradiara luz propia. El deseo de llevarla a la cama lo consumía, pero algo en su interior lo instaba a esperar.

¿Por qué?

¿Para prolongar la anticipación y tensar el arco hasta que la consumación fuera de locura? ¿O para demostrar que, pese a estar casados, no había perdido su legendario control?

Aunque durante ese día, por momentos, había sentido lo contrario. Como si el poder se le escurriera hacia las manos de su nueva esposa. No solo porque ella le hubiera llevado la contraria con el ágape. Cuando le alzó la vista en la ceremonia, tan pequeña y deseable, con esos ojos ámbar brillando de esperanza, tuvo que endurecerse contra esa mirada y contra el inexplicable pinchazo en el pecho. La dulce vulnerabilidad había sido la razón por la que la sacó de la casa de su abuelo; ¿cómo pudo haber pasado por alto el impacto silencioso que tendría en él?

¿Cómo?

Su propio enfado fue como un fuego que lo encendió: su boca, dura y hambrienta, la buscó con urgencia, y ella respondió con la misma intensidad. El latigazo de deseo en la ingle fue inmediato; la

sangre le rugió en las venas. Enredó los dedos en su cabello suelto y profundizó el beso, con una pasión que imitaba el ritmo más íntimo que anhelaba. Mientras ella se movía inquieta contra él, le envolvió los pechos a través del vestido. Los pezones, firmes, presionaban contra sus palmas como pequeñas dagas, y, de repente, la visión del vestido le recordó todo lo que despreciaba. La eterna promesa del matrimonio. La familia. Una jaula. «Nada es lo que parece», se recordó con un amargo desprecio.

–Quiero arrancarte esto de un tirón.

–Pero es nuevo…

–No pensarás volver a ponértelo, ¿no? –se burló.

–Supongo que no…

Odiseo no pudo contenerse: con un gesto seguro rasgó la prenda, que quedó colgando, y pudo devorar con los ojos el cuerpecito envuelto en lencería blanca.

–Esto también es nuevo –observó trazando con un dedo la curva delicada del encaje.

–Sí. La… –Grace se estremeció cuando él le prestó atención al pezón–. La estilista me convenció de que necesitaba lencería nueva.

–Tenía razón –concedió él, con la mirada encendida por el deseo.

–Pero… no lo vas a romper, ¿verdad? –De pronto se sonrojó–. ¿Puedo… dejármelo puesto?

Su timidez no hizo más que avivarlo. La alzó y la llevó al dormitorio; al ver en la cama un corazón rojo enorme de pétalos, se vio obligado a dejarla.

–¿Quién ha puesto esto aquí? –gruñó, apartando con impaciencia la mayoría, que volaron al suelo en un torbellino de escarlata.

–Evangelia, supongo. Y no hace falta que te pongas así. Es una bienvenida tradicional para los recién casados.

–No somos recién casados tradicionales. Y no soy muy partidario de la sensiblería empalagosa.

–¿Sensiblería empalagosa? –repitió ella–. A veces puedes ser un gruñón, Odiseo.

–Solo porque estoy que me subo por las paredes.

Y toda irritación se evaporó en cuanto la tuvo boca arriba, el pelo castaño desparramado por la almohada, una rodilla alzada con

provocación ingenua mientras lo miraba entre las pestañas. Él la contempló mientras una oleada de deseo le subía como marea cálida, a punto de arrastrarlo. «No es real», se recordó aturdido. «Es un arreglo que nos conviene a ambos».

Se descalzó y empezó a desvestirse. El traje, la camisa y el bóxer fueron a parar al suelo. Se unió a ella y empezó a explorarla con una minuciosidad que le hacía tronar el corazón. Se recreó largo rato en su piel de seda, mordisqueó el encaje del sujetador que ella le pidió dejar y le deslizó la mano entre los muslos.

–Odiseo –susurró ella, arqueando la espalda hasta rozarle con el vientre su erección.

–Me vuelves loco –se quejó él, hambriento.

Logró encontrar un preservativo; le temblaron las manos al rasgar el envoltorio. Con la atención fija, lo deslizó sobre el miembro tenso mientras Grace lo miraba, con los brazos por encima de la cabeza y un brillo pesado en los ojos cuando él se colocó entre sus piernas.

–¿Sabes que pareces la fantasía de cualquier hombre, con tu lencería virginal, esperándome para…? –La voz se le quebró mientras apartaba la braguita húmeda–. Esto…

–¿Ah, sí?

–Mmm. Dejándome sin más alternativa que… esto…

Se hundió profundamente y ella lanzó un gritito de placer.

–Y esto.

–Odiseo…

–¿Estás bien?

–No te haces una idea –susurró ella entre jadeos.

Vaya si se la hacía, pensó él. El roce del encaje contra su piel era insoportable, y en el centro de ella, el calor lo envolvía como un fuego líquido. Ella ajustó el peso para acomodarlo mejor, lo rodeó con los muslos y él se hundió más profundo, clavándola contra el colchón. Y entonces se perdió. Todo se redujo a sensaciones: su cuerpo cálido y rendido bajo el suyo, los labios suaves devorando los suyos, los suspiros ásperos que lo urgían a continuar. La llevó al borde, sosteniéndola en ese precipicio hasta que ella se deshizo en un orgasmo convulso, con su cuerpo diminuto sacudido por el éxtasis. Y después, Odiseo perdió el último vestigio de control,

dejando escapar palabras ininteligibles, impregnadas de una rendición total.

Se quedó tendido, con la boca hundida en la suavidad de su pelo, el brazo apretado a su cintura. Ella giró un poco la cabeza; él notó el calor de su aliento en la mejilla.

–¿Puedo preguntarte algo, Odiseo?

–Lo que quieras –respondió con cierto temor.

–¿Se siente… distinto?

–¿El qué, exactamente? –preguntó él, aún flotando en lo que parecía el orgasmo más increíble de su vida.

–Lo dijiste cuando supiste que era virgen, porque fue la primera vez –añadió tímida, con una dulzura en la voz–. Y como ninguno de los dos se había casado antes, me preguntaba si el sexo se siente diferente… ahora que es legal.

Un escalofrío de alarma le recorrió la piel al ver la sonrisa cómplice; la satisfacción se le evaporó. Sí, lo había sentido distinto. Pero como si ella le hubiera arrancado algo de muy dentro, como si quisiera destruir su autocontrol, se limitó a decir con frialdad:

–Ha estado bien. –Registró el destello de decepción en los ojos de ella antes de que los cerrara. Lo agradeció. No quería esa mirada ámbar repasándolo con una ternura que tan mal se le daba esconder.

Pensó en todo lo que había hecho distinto desde que la conoció: acostarse con una desconocida. Traerla y casarse. Hablarle de su madre. ¿Fue su insistencia suave o su candor lo que lo llevó a confiar? ¿Lo que le permitió despojarse de la armadura y enseñar la oscuridad?

Demasiado tarde para arrepentirse: ya estaba hecho. Ella era peligrosa, lo reconoció con el corazón encogido. Más de lo que imaginó. Y de pronto recordó, seis años atrás, al hombre más duro que conocía, cautivado por una gatita moribunda en una carretera de Atenas. Recordó la responsabilidad que sintió al recoger aquel peso pluma blanco y negro entre el tráfico, y, sobre todo, el ronroneo que soltó cuando le acarició la oreja, justo después de morderle. Pensaba dejarla en una protectora y hacer una generosa donación, pero, cada vez que intentaba irse, ese maullido lastimero

le atravesaba el corazón y lo hacía desistir. Al final, se la dio a Evangelia, pero la condenada seguía golpeando la cabeza junto a la puerta de su despacho cuando podía, intentando colarse para enredársele en el tobillo.

¿Y no era Grace igual que esa gata? Intentando meterse cada vez más en su vida. Pretendiendo sacarle cosas que él no estaba dispuesto a dar. Tenía que entender sus límites, se recordó con dureza. Solo había una manera.

La boca se le curvó en una sonrisa que sabía cruel –se lo habían dicho otras mujeres–. Pero esta vez no era una barrera, sino un salvavidas. Sabía apartarlas, pero nunca había sido tan necesario. Porque la dañaría si se dejaba querer. Y no quería hacerlo.

–¿Odiseo? –susurró ella, con una voz cargada de placer y otra cosa más, lo que hacía que las alarmas sonaran más alto. En nada diría que lo amaba. Las mujeres confundían el orgasmo con el sentimiento. Y, una vez dichas esas palabras, no habría vuelta atrás.

–Guárdalo hasta que vuelva –murmuró él.

–¿Te… vas?

–Mmm. –Bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza–. Tengo que revisar unos papeles –añadió, dejando un beso distraído en el revoltijo de su pelo–. Y luego iré a ducharme.

Odiseo endureció su corazón al ver la desilusión oscureciendo los ojos ámbar de ella mientras apartaba la colcha y se levantaba de la cama.

Capítulo 12

Tienes que trabajar todo el día? –Grace intentó borrar el matiz suplicante de la voz cuando Odiseo se levantó de la mesa del desayuno; a veces resultaba difícil fingir que estaba contenta cuando por dentro era un hervidero de emociones encontradas. Intentaba a la desesperada templar esos sentimientos tontos que no dejaban de crecer, por muy claro que tuviera lo inútil que era encariñarse de un hombre con un corazón de piedra. Se encogió de hombros y forzó una sonrisa esperanzada–. ¿No podrías al menos escaparte un par de horas para ir a nadar?

Con el sol espléndido moteando su cuerpo poderoso, le dedicó esa mirada que ella conocía tan bien: un punto de pesar, otro de resignación. Como si nada pudiera hacer ante las exigencias de su trabajo, pese a ser el jefe de un emporio global.

–Sabes que no puedo. Hay una docena de cosas que debo resolver antes de irnos a Tuloranka y no me apetece delegarlas. Ahora ven, *poulaki mou*, y bésame antes de que me vaya.

Quiso decirle que estaba cada vez más frustrada. No en lo sexual. Ahí no tenía queja. ¿Cómo iba a tenerla si se derretía de placer en cuanto él la rozaba? Era todo lo demás. Aun así, alzó el rostro; él le plantó un beso largo en los labios y le dijo que la vería después.

Mientras lo observaba cruzar los jardines hacia su despacho, aceptó una certeza que había ido arraigándose en su mente.

En el paraíso siempre hay serpientes.

Siempre.

Dejó la cucharilla en el tarro de miel y se quedó mirando el mar. Seguía pensando que era el lugar más bonito que había visto nunca, y si existía un sitio mejor para desayunar, no sabía cuál. ¿Y quién, en su sano juicio, torcería el gesto ante esa piscina infinita, los jardines

y las playas de arena finísima junto a la villa de Odiseo? Súmale una biblioteca enorme; un ama de llaves solícita que le preparaba lo que pidiera –por muchas veces que Grace protestara que podía hacerlo ella– y la sensación de vivir en un hotel de cinco estrellas.

Pero ella sola.

Otra vez, atada a la fortuna de otros; otra vez, reducida a un rol…, aunque esta vez no como sirvienta, sino como esposa de conveniencia.

Tampoco ayudaba que no supiera conducir y, aunque su marido había puesto el chófer a su disposición, no había querido usarlo. No quería ir sentada atrás como un bulto, una rareza, mientras el coche potente cruzaba el campo.

Ya no sabía quién era. Ya no era el ama de llaves de un rico, pero tampoco se sentía esposa. En realidad, no se sentía esposa en absoluto.

Porque algo había cambiado entre Odiseo y ella. Desde la noche de la boda, él estaba cada vez más distante y no sabía cómo arreglarlo.

Aquello debía de ser una luna de miel breve antes de volar a Tuloranka, pero casi no había visto a su marido. Removiendo el azúcar en el café, se obligó a tragar el nudo de la garganta. ¿Había esperado que el matrimonio los acercara? Sí, lo había esperado. Y podría añadir a la lista otras expectativas poco realistas. Pese a todos sus propósitos, sabía perfectamente que se había enamorado.

Él le había advertido que no creía en el amor, pero Grace eligió ignorarlo. En secreto, había esperado más. Cuando le contó su infancia horrible, se le derritió el corazón. Aquella confesión amarga le dio un hilo de esperanza: que su relación pudiera profundizar. Anhelaba darle algo del cariño que a él le faltó al crecer.

Pero no tuvo ocasión: el repliegue emocional de él fue inmediato y casi tangible. ¿Se habría arrepentido de bajar la guardia al hablar de su niñez? ¿Por eso se encerraba en el despacho día tras día, dejando claro que su presencia era poco bienvenida en ese feudo? Aprendió que cualquier intento de sacarlo de su agenda frenética era inútil y, al final, dejó de intentarlo. Al principio se consolaba con que al caer la tarde él aparecía; tenían tiempo para un encuentro sexual antes

del aperitivo. Luego cenaban a la luz de las velas en la terraza de las puestas de sol y, para quien los viera, todo debía de parecer perfecto.

A veces, hasta lograba convencerse de que lo era. Su rapidez mental y esos raros chispazos de humor la seguían cautivando, y su capacidad para el placer seguía intacta. Un solo beso podía disolver sus dudas y, a ratos, estaba segura de que lo amaba. Pero eran pensamientos peligrosos. Si él lo supiera, se horrorizaría. Claro que sí. Y cuanto más se prolongara, más se desdibujaría su identidad, suspirando por un hombre empeñado en empujarla lejos.

Y estaba sola. En Venecia, al menos, tenía amigas y la familiaridad de una ciudad en la que había vivido casi toda su vida, aunque trabajara para un jefe infernal. Pero aquella soledad era distinta. Se le metía en los huesos. Se obligó a leer libros de la biblioteca y avanzó de veras con el griego –a veces con ayuda de Marinos, que practicaba inglés con ella–. Odiseo le había puesto una entrenadora para mejorar su técnica de natación y cada mañana usaba la enorme piscina. Estaba en mejor forma que en años. Pero las «actividades sustitutivas» solo funcionan hasta cierto punto antes de que tu cabeza esté a punto de estallar.

Terminó el café y subió al dormitorio, donde la cama ya estaba hecha; las sábanas nuevas, impecables, no delataban la pasión de la noche anterior. Pensó en cómo la abrazaba cada noche. En cómo entraba en ella y le hundía la cara en el pelo cuando acababan, la respiración áspera hasta que se calmaba lo suficiente para susurrar su nombre, de una manera que le encogía el corazón. Era fácil creer, en esos momentos, que significaba algo para él. Que era más que una esposa de conveniencia.

Pero esos pensamientos eran efímeros. Se desvanecían bajo la máscara que él se ponía cada mañana al vestirse: una perfección fría que lo transformaba en un extraño.

Esa mañana, ni siquiera el jardín inmenso la aliviaba; le daba claustrofobia, y de pronto supo que tenía que salir de la villa o se volvería loca. Se caló el sombrero de paja y se preparó para caminar; se cubrió con un vestido de algodón de manga corta y bajó a pedirle agua a Evangelia.

–¿Lo sabe el amo? ¿Que va a salir? –preguntó, dubitativa, el ama de llaves.

¡El amo! Una palabra tan arcaica como exasperante. Sofocó el impulso de preguntar si debía pedirle permiso al multimillonario para salir del edificio y simplemente negó con la cabeza.

–Está trabajando –dijo tomando la cantimplora de agua fresca que le tendía Evangelia, sin lograr borrar del tono la ironía, mientras Gouri, la gata, arqueaba el lomo y le bufaba–. Y odiaría interrumpirlo.

Unos cuantos minutos a paso rápido bastaron para calmarle los nervios, mientras el paisaje de la isla, cada vez más espectacular, le levantaba el ánimo. El cielo era de un azul claro y limpio, y el mar, aún más intenso; refulgía como un zafiro profundo bajo el sol brillante. No se cruzó con nadie en el sendero del acantilado y, cuando el sol estuvo en lo alto, le alegró ver en la distancia un pequeño puerto. Con cuidado, empezó a bajar por un sendero serpenteante, bordeado por una explosión de flores silvestres.

El calor apretaba más de lo que esperaba y el pueblo estaba más lejos de lo que había calculado; llegó al agua reluciente jadeando. Se enjugó la frente sudorosa con el dorso de la mano y miró alrededor. Todo desierto: los pescadores debían de haber vuelto hacía horas y no se veía a nadie. La botella estaba casi vacía y, al divisar una taberna diminuta, decidió ir a tomar algo y rellenarla. Al entrar entornando los ojos, se sintió dentro de un *western* de los que veía su abuela: todos se callaron y la miraron. ¿La habían reconocido? ¿Aquel fabuloso diamante amarillo en el anular la delataba como la flamante esposa del dueño de la isla?

Con el poco griego que sabía, pidió agua con gas y la apuró mientras le rellenaban la botella. Miró a los parroquianos; cuando iba a armarse de valor para la caminata de vuelta, vio a alguien conocido. Al fondo, jugando a las cartas, estaba Marinos, el hijo de Evangelia, y a Grace se le iluminó el rostro cuando él se levantó y se acercó.

–Marinos. *Geiá sou!* –Sonrió–. Qué alegría ver una cara conocida.

–*Kyría* Diamides –la saludó él, con una sonrisa prudente–. Está muy lejos de casa.

Se preguntó qué diría el tímido estudiante si le confesaba que la villa de Odiseo no le parecía en absoluto su hogar, pero ese era el cuento de su vida.

–He llegado más lejos de lo que pensaba –admitió.

–Si quiere, la llevo de vuelta.

Abrió la boca para negarse, pero subir aquellos acantilados con ese sol era la temeridad perfecta para alimentar la fama de los ingleses en el continente.

–Genial. ¿Tienes coche?

Él negó con la cabeza, divertido.

–Tengo moto.

Fuera, le tendió un casco de repuesto; Grace se lo encasquetó y plegó el sombrero de paja antes de subirse con cautela detrás.

–Nunca me he montado en una moto.

–Es fácil –la tranquilizó–. Cuando le pillas el truco.

Le indicó hacia dónde inclinarse en las curvas y fue todo el rato a una velocidad moderada. El regreso le resultó, simple y llanamente, emocionante. De vuelta a la finca, le dio las gracias y cruzó los jardines; la recibió el frescor del aire acondicionado. Se descalzó, subió por la escalera de mármol y, al abrir la puerta del dormitorio, solo pensó en meterse bajo una ducha fría y ponerse un vestido limpio.

Al principio no lo vio. ¿Por qué habría de verlo si no lo esperaba allí? Se confundía con la penumbra: un hombre hecho más de sombras que de luz. Estaba sentado en un rincón de la habitación, con el portátil abierto frente a él, sin prestarle atención. Pero, a pesar de su andar descalzo y silencioso, debió de percibir su presencia. Se giró, y ella notó un brillo extraño e indescifrable en el fondo de sus ojos azules.

–¿Has tenido un buen día? –preguntó él.

–Estupendo. Salí a caminar, me pasé más de la cuenta, casi me quedo sin agua, terminé en una taberna y… –Sabía que estaba hablando de más, pero no podía detenerse–. Y estaba Marinos, que me trajo de vuelta en su moto.

–Eso tengo entendido.

–¿Ah, sí? –Lo miró desconcertada–. ¿Tienes espías rondando por la isla o qué?

Pero la firmeza en su boca dejó claro que su intento de bromear no había surtido efecto.

–Oí rugir la moto por la carretera del acantilado y te vi. Con el pelo… alborotado –añadió con un tono suave que parecía forzado.

Grace frunció el ceño: aquel detalle del pelo sobraba. ¿Y ese reproche velado en sus palabras? Podría haberlo dejado pasar, pero una vocecita obstinada dentro de ella se alzó, exigiendo ser escuchada:

–¿Por qué lo dices así?

Él alzó las cejas con calma.

–¿Así cómo?

–Vamos, Odiseo. –Toda la frustración y el miedo acumulados desde la noche de bodas burbujearon en su interior y estallaron–. Evitas implicarte como un ser humano normal, y la mayoría de las veces lo consigues, pero no me engañas. Sabes perfectamente a qué me refiero. Lo dices como si lo desaprobaras.

Hubo una pausa.

–Quizá sea porque lo desapruebo.

Grace inspiró profundamente.

–¿Por qué?

–¿Por qué crees, Grace? –Se puso en pie; dominó el aire entre los dos y, de pronto, parte de su compostura habitual se resquebrajó–. Eres mi esposa y es absolutamente inapropiado que aceptes que te lleve el hijo del ama de llaves.

Ella negó, incrédula.

–Nunca pensé que serías tan estirado.

–No soy un estirado –dijo furioso–. Es cuestión de los mensajes que mandas.

–¿Y qué mensajes serían esos? –lo pinchó, al ver cómo se le tensaba la cara; había algo casi electrizante en su ira.

Se le marcó un músculo en la sien.

–¿No se te ocurre que rodearle la cintura con los brazos y sentir el viento levantándote el vestido y dejándote al aire los muslos puede hacer que te mire de otra manera?

–Oh, por Dios. –Se le cayó la mandíbula–. ¡Es varios años más joven que yo!

–¿Y? ¿No pensaste que podía interpretar mal que te subieras a su moto como si te acabaran de recoger en una discoteca?

Tal vez la sorpresa de su reacción hizo que múltiples ideas le cruzaran la mente, no todas negativas. Sonaba celoso del universitario y, si era así, ¿no implicaba que le importaba más de lo que admitía? Ese pinchazo de esperanza le duró lo que tardó en pensarlo.

Porque «importar» conlleva atención, ¿no? Y sensibilidad. Y esas cualidades brillaban por su ausencia en los hombros tensos de su marido. Se trataba de posesión, comprendió de golpe. Como si fuera algo suyo, igual que el avión, la villa y la montaña de acciones. Un objeto, no una persona.

–Pero ¿tú qué te crees que pasa aquí? ¿Que te hago el amor de noche y de día planeo meter a Marinos en mi cama cuando no estás? ¿Que he pasado de virgen a puta en unas semanas? ¿Eso piensas, Odiseo? ¿Que planeo serte infiel?

Quizá por primera vez en su existencia, Odiseo no supo qué decir. Algo desconocido lo había atrapado; un sentimiento que no entendía del todo, pero que sabía que no debía explorar. No iba a morder el anzuelo. No iba a dejar que esto se transformara en el juego de ida y vuelta emocional que siempre había aborrecido.

–No, claro que no lo pienso –concedió con tono frío.

–¡Qué detalle! –dijo ella con tono sarcástico–. ¿Entonces qué? ¿Tenía que consultártelo antes? ¿Eso querías y se te olvidó ponerlo entre las normas prenupciales? ¿Vas a vigilar a cada persona con la que hablo? ¿Debía pedirte permiso cual esposa dócil? No me extraña que Evangelia se quedara pasmada cuando supo que salía de la villa sin avisarte. Ya sé que estamos casados, pero pensar así es de la Edad Media.

–Ahora te pasas.

–¡No me paso! –gritó ella.

El ceño de Odiseo se frunció, perplejo ante la fuerza de su ataque. Por instinto, dio un paso atrás, refugiándose en la armadura de la lógica, como si se tratara de lidiar con un cliente obstinado en una

negociación tediosa. Pero no era sencillo. No cuando ella lucía tan imponente en su rabia legítima. Y no con el deseo urgente de besarla encendiéndose en su interior. No solo besarla, se corrigió con dureza. Quería callarla. Quería terminar esa conversación de una vez y que nunca volviera. Inspiró profundamente.

–Hubiera sido un detalle avisarme, nada más.

–¿Cómo? Si te encierras en el despacho todo el día.

–Sabes que tengo que cerrar mil cosas antes del viaje.

–Lo repites constantemente. Así que, en vez de quedarme aquí esperando a que el amo se dignara a honrarme con su presencia, decidí ir a caminar. ¿Es tan grave? Fue algo improvisado, aunque, claro, tú no eres precisamente el rey de la improvisación, ¿verdad?

El aire estaba tan cargado que parecía a punto de explotar. Odiseo se acercó, pero no la tocó; sofocó su propio deseo con su autocontrol de siempre. «Que espere», pensó con furia. Igual que él había esperado, con la cabeza ida de preocupación por si ella se caía por esos acantilados del demonio. Como esperaba cada día, contando los segundos que se arrastraban hasta poder tenerla en brazos y recordarse que seguía al mando.

–En adelante, avísame de tus planes –le dijo con tono helado–. Y si vas a caminar, puedo facilitarte un mapa.

Grace lo miró, cada vez más incrédula, mientras pasaba lista a sus defectos más irritantes. La cortesía estudiada. La distancia creciente. Ese control como si fuera una máquina, no un hombre. Una máquina fría.

–Eres un… un…

–¿Qué, *poulaki mou*? ¿Qué nombres quieres ponerme? –la desafió con malicia burlona.

Eso encendió la mecha de Grace. Con un grito de furia, se le echó encima. Quería golpearle el pecho con los puños, empujarlo fuera para demostrar que no lo necesitaba. Pero no ocurrió. Odiseo ya la tenía contra su boca, y ella lo besaba como si no pudiera respirar sin él. Sus manos lo exploraron, mientras él le abarcaba los pechos y ella le desabrochaba el cinturón, sintiéndolo más grande que nunca.

–¡Oh! –jadeó.

–¿Y ahora qué vas a hacer, Grace? –la provocó.

–Esto.

Con la palma, lo empujó hasta que quedó tumbado en el suelo. Él la observó con los ojos entrecerrados mientras ella alcanzaba un preservativo de la mesilla y lo abría tan despacio que a él pareció quebrársele el control.

–Date prisa –la apremió.

Ese ruego desesperado le gustó más de lo que debería, llenándola de una mezcla de poder y deseo que la hizo temblar. Grace saboreó su gemido indefenso, ese sonido profundo y vulnerable que parecía arrancado de lo más hondo de él, mientras lo envolvía con dedos hábiles. Cada movimiento suyo lo hacía temblar, tensándolo al borde, y ella disfrutaba de ese control momentáneo, de esa fragilidad expuesta en su voz ronca.

Se despojó de las braguitas y lo montó, llevándolo por completo hasta el fondo, más allá de lo que jamás había imaginado. Estaba caliente, firme, vibrante, y esa sensación la llenó de placer y una extraña sensación de derecho. Él era suyo, completamente suyo, y esa certeza la embriagó.

Cuando él gritó su nombre, su voz rota por el placer, sus manos se posaron sobre sus pechos, abarcándolos con una intensidad que la hizo jadear. Ella lo cabalgó con un ritmo implacable, sintiendo cómo su cuerpo respondía al suyo, cómo el calor se acumulaba en cada célula, hasta que el placer se volvió insoportable, una ola dulce y feroz que la arrastró sin remedio.

Con un gemido largo y doliente, su mundo se rompió en fragmentos de sensaciones intensas justo cuando sintió que se derramaba dentro de ella. El calor de él, su entrega completa, la hizo estremecerse mientras los dos se perdían juntos, deshechos en el abismo compartido del placer.

Aturdida, se dejó caer sobre él y luchó contra el sueño, recordando lo inútil de sus pensamientos en medio de aquel frenesí. Porque Odiseo no era suyo. Ni lo había sido ni lo sería.

Y esa reacción la asustó.

Estaba segura de que tanto anhelo acabaría consumiéndola. El amor era así, extraño y cruel, crecía sin permiso y te volvía más

vulnerable. No podía más; debía decirle lo que sentía. Pero no ahora, no mientras lo tenía dentro de su cuerpo.

–Voy a ducharme –anunció, consciente de cómo él abría los ojos y la quemaba con la mirada mientras ella se separaba.

Capítulo 13

El golpe en la puerta no fue anunciado, pero Odiseo lo esperaba desde que su esposa lo dejó medio desnudo en el dormitorio y entró dando un portazo en el cuarto de baño. Se le escapó un suspiro áspero. El sexo había sido inolvidable. Intenso. Muy intenso. Pero también rabioso. Había sentido celos. Él, que jamás se había puesto celoso en su vida.

Y ahí estaba el problema, ¿no? Que Grace tenía la capacidad de despertar sentimientos que él ni sabía que poseía. Si no, ¿por qué se habría puesto de esa manera por un chaval que, en el fondo, sabía que ella no miraría dos veces? Porque ella no quería a ningún hombre salvo a él, ¿verdad? Esa era la verdad inquietante.

–Pasa –gruñó de mala gana; la complejidad de sus pensamientos se redobló al verla entrar en su despacho, porque había algo distinto en ella y no atinaba a decir qué. Mantuvo la expresión lo bastante impasible como para que entendiera que su presencia no era bienvenida. Lo último que necesitaba era un enfrentamiento cuando intentaba trabajar. Mejor proponer hablarlo con calma en la cena, cuando, con suerte, ya se le hubiera pasado el enfado.

–¿No puede esperar? –preguntó él.

–Me temo que no. –Grace se mordió el labio, insegura sobre por dónde empezar.

–¿Y bien?

Su brusca interpelación pareció espolearla y se sentó, sin pedir permiso, al otro lado de la mesa.

–Quiero irme a Inglaterra –anunció ella.

Sintió una punzada automática de inquietud.

–Espero que tu abuela no esté peor.

–Odiseo, tiene demencia. No sabe ni en qué día vive. Gracias por preguntar, pero no… –Tomó aire–. No es por eso.

–Entonces, ¿cuál es el motivo de esta marcha inesperada?

–Oh, venga. ¿De verdad te sorprende? –lo retó y, al negarse él a morder el anzuelo, asintió, como si acabara de confirmarle algo que ya sabía–. No quiero seguir con este matrimonio.

–La semana que viene debes acompañarme a Tuloranka. Formaba parte del acuerdo.

–Eres extraordinario, Odiseo –dijo ella con voz serena–. ¿Ni siquiera vas a preguntarme por qué?

Justo en ese momento, él se dio cuenta de que había algo distinto en ella. Llevaba vaqueros y una camiseta vieja. Ni rastro de las prendas exquisitas de diseñador con las que la había colmado desde su llegada. Llevaba su propia ropa. Y tampoco había rastro del anillo de compromiso ni la alianza. Era como si se hubiera despojado de la piel de lujo adquirida al casarse con él para dejar a la vista a la mujer que siempre había sido debajo.

Y entonces supo que iba en serio.

La inquietud se apoderó de él. Podría actuar como si fuera un farol. Decir que no le importaban los motivos. Pero sería mentira: estaba descubriendo que la curiosidad casi igualaba su irritación ante la idea de que ella se le enfrentara, y cada vez le costaba más contenerse.

–¿Por qué? –preguntó él finalmente.

Grace se humedeció los labios, intentando mantenerse entera; cualquier arrebato de emoción jugaría en su contra, su instinto se lo gritaba. ¿Por qué era tan difícil decirlo si sabía que era lo mejor para ella? ¿Porque el corazón apelaba contra la razón y no deseaba nada más que rodear la mesa, hundir los dedos en su pelo negro y besarlo, y dejar que él borrara a golpe de placer todas sus dudas?

Carraspeó y luego dijo:

–Porque no tiene sentido salir de una relación controladora para entrar en otra.

–¿De qué demonios hablas, Grace?

–Hablo de los hombres. De dos, en concreto. Ricos, poderosos, y los dos, a su manera, empujándome de un lado a otro como si fuera

un peón en un tablero.

–Si estás insinuando lo que creo, no lo toleraré. ¡No te atrevas a compararme con Contarini!

–Me atrevo porque es cierto –replicó ella, y, al irse deshilachando su compostura, se dio cuenta de lo inusual que era que él perdiera así los papeles–. Vincenzo me ofrecía un lugar fastuoso para vivir y un sueldo generoso, pero, en esencia, vivía en una jaula dorada. Sin libertad real. Y aquí contigo es exactamente igual.

–¿En qué es igual?

–Piénsalo. Me faltas al respeto cuando salgo sola un día entero.

–Intentaba protegerte.

–Yo diría que encerrarme. ¿No te parece una descripción más exacta? Me dices que tome el coche, o un mapa, para saber dónde estoy en todo momento y poder seguirme a distancia. Y luego las pullas por estar a solas con Marinos, como si un hombre y una mujer no pudieran pasar tiempo juntos sin querer acostarse al instante. ¿Tú quieres acostarte con todas las mujeres que conoces, Odiseo?

–Sabes perfectamente que no –admitió el con un gruñido.

–Pues ya está. –Tragó el nudo que insistía en subirle a la garganta–. En fin, todo eso ya es pasado, porque he estado pensando…

Cuando su valentía se desmoronó por un instante, lo vio alzar las cejas en una demanda muda, su boca rígida dejando entrever la rabia contenida. «Todavía está enfadado», pensó, y eso, en vez de detenerla, la avivó. ¿Era el último suspiro de una esperanza irracional de que él entendiera, se rindiera y la eligiera para ser felices? ¿O seguía atrapada en ese romanticismo imposible?

–¿Qué has estado pensando, Grace?

–Que te has engañado sobre tus motivos para pedirme matrimonio.

–Fascinante –murmuró él, sarcástico–. Por favor. Continúa.

–Eso de llevarme como esposa a un viaje de trabajo a un país estricto para poder tener sexo ilimitado con una mujer de la que no podías quitar las manos no fue más que una cortina de humo. Puede que fuera una de las razones, pero no la principal, ¿verdad? No cuando ya te habías demostrado que puedes prescindir del sexo

cuando lo decides, porque tienes una voluntad de acero. Sé sincero, Odiseo –remató, con la voz hecha un hilo–. La única razón de que esté aquí, casada contigo, es que querías venganza. Nunca has perdonado a tu abuelo que echara a tu madre embarazada y vulnerable, y quisiste castigarlo por todo el daño que causó.

Al principio pensó que no la había oído: su cara siguió pétrea, aunque quizá el brillo oscuro de sus ojos delataba que había tocado un nervio.

–Esa acusación es absurda –dijo él por fin–. Fui a ver a Contarini por curiosidad, sin esperar arrepentimiento ni disculpas, y acerté. –Sonrió con amargura–. Por desgracia, no parecía haber aprendido nada. Cuando me ofreció dinero y acciones para que me alejara de ti, me dio asco. Fue la repugnancia de verlo tasarte como si fueras un saco de arroz en el mercado lo que me empujó a proponértelo.

–¿De verdad te crees eso, Odiseo?

–¿Y tú no?

–No niego que hubiera un asomo de altruismo, y supongo que debería agradecértelo. –Rio de manera seca–. Pero los dos sabemos que la oferta de Vincenzo sería calderilla para un hombre con tu dinero e influencia. No querías su dinero ni sus acciones, ¿no? Pero sabías que el hecho de que te lo ofreciera probaba cuánto quería retener a su ama de llaves, y ahí se te ocurrió tu brillante idea. Sabías lo disruptivo que sería que yo me fuera y cuánto le afectaría. Así que me eliminaste de su vida. Fácil. Una venganza con una buena dosis de sexo entre medias: una combinación poderosa.

Odiseo se recostó en la silla y entrelazó los dedos sobre el pecho.

–Una hipótesis interesante –musitó–. Y, a todas luces, una base pésima para cualquier matrimonio, por muy temporal que sea. –Alzó las cejas y añadió, pensativo–: Aunque no significa necesariamente que no podamos seguir con el viaje a Tuloranka, como estaba previsto.

–¿Te has vuelto loco? –Lo miró incrédula–. ¿De verdad crees que podemos mantener esa farsa como si nada hubiera pasado?

Él se encogió de hombros.

–Tendrías que echar mano de tus dotes interpretativas, eso seguro –ironizó–. En palacio no podremos fingir unidad si dejas claro que

piensas tan mal de mí, Grace.

Ella negó con la cabeza.

–Ahí te equivocas… –susurró en voz baja–. No te estoy echando toda la culpa. Parte de lo ocurrido es cosa mía, de mis decisiones. Llevaba tiempo sintiéndome cada vez más atrapada con Vincenzo, y tu propuesta me dio la oportunidad de escapar sin comprometer el cuidado de mi abuela. Pero quizá debí buscar otra vía. Debí saber que no existen los atajos gratis. A lo mejor elegí lo que parecía la salida más fácil, solo para descubrir que no lo era en absoluto.

–Pues ahora ya lo sabes.

–Sí. Ahora lo sé. –Soltó una risita breve–. La primera noche bromeé con que quería que me rescataras, pero, quizá, en el fondo, lo decía en serio. Y ninguna mujer debería esperar que un hombre la salve.

Él alzó las cejas.

–¿Has terminado?

–Todavía no. –Lo miró fijamente con sus ojos ámbar–. Me apartaste de ti después de la boda. ¿Qué te hizo hacerlo, Odiseo? ¿Cometí el crimen de empezar a quererte demasiado? Porque me temo que sí… –Tragó saliva–. Te quiero.

–El amor no estaba en el guion –replicó él implacable, blindándose contra la mirada de ella–. Lo que tú quieres y lo que yo quiero son caras opuestas de la moneda, y va siendo hora de que lo asumas. Acordamos lo que era: un matrimonio de conveniencia.

–Sí, ya sé lo que acordamos. Pero somos personas, no máquinas. No siempre funciona así. Al menos, no para algunos. Pero, en fin, ahora ya está, ¿no? –Se puso en pie–. Como te he dicho, quiero volver a Inglaterra. Obviamente, no puedo plantarme en el aeropuerto y comprar un billete, porque no lo hay. Y como la única forma de salir de aquí es en helicóptero o en una barca de pescadores, necesito tu ayuda. Si este cambio te impide dármela, estoy dispuesta a cruzar a nado, aunque sea una novata en el agua.

La amenaza, aunque imprudente, estaba teñida de una dignidad serena que le golpeó el corazón, dejándolo incapaz de hablar, con la garganta seca. Y lo más irracional era que quería abrazarla, borrar a besos el rastro de dolor que fruncía su boca, como si pudiera

convertirlo en deseo. Ese deseo que siempre había vibrado entre ellos, sin importar lo que hicieran o dijeran, incluso ahora.

¿Y si lo hacía?

Nada cambiaría. Sus expectativas crecerían hasta que, tarde o temprano, él no podría satisfacerlas. Y entonces tendría que romper él, y para ella sería más difícil aún. Sintió un pinchazo en el corazón. Ella era hermosa por dentro y por fuera; si él fuera otro hombre, quizá habría podido creer en un futuro.

Pero no lo era. Nunca sería el hombre que ella necesitaba y, aunque pudiera… no quería. ¿Qué clase de idiota se abriría voluntariamente al dolor? Sería como meter de nuevo la mano en el fuego después de haberla visto arder hasta el hueso.

Se levantó y sintió otro pinchazo en el corazón al encontrarse con sus ojos.

–Te llevaré a Inglaterra cuanto antes, Grace –accedió él con pesar, y se obligó a esbozar una sonrisa amarga, aunque los labios le pesaban como cemento–. Y créeme, algún día me lo agradecerás.

Al darse la vuelta, a Grace le habrían brotado las lágrimas, pero apretó con fuerza los labios para impedirlo. Ni hablar de hacerle ver el dolor que le corría por las venas como una fiebre, golpeándole el corazón y erizándole la piel. Tenía que convencerlo de que todos sus sueños tontos estaban apagados. Solo tenía que recordar sus brutales palabras si necesitaba más pruebas de que él no veía la hora de quitársela de encima.

–Sí, por favor. Sácame de aquí cuanto antes.

Capítulo 14

Grace había aprendido a fregar los suelos con una concentración absoluta. Trataba de activar todos los músculos posibles y enfocarse únicamente en lo brillantes que quedaban las baldosas con cada movimiento rítmico. Le resultaba mucho más sencillo perderse en las tareas domésticas que dejarse arrastrar otra vez por el torbellino de tristeza que siempre la acechaba. Afuera, la lluvia golpeaba con fuerza los cristales, como si no hubiera dejado de hacerlo desde que llegó a Inglaterra. Ese aguacero constante parecía reflejar perfectamente su estado de ánimo.

Se había marchado de la isla de Kosmima en un subidón de indignación y dolor, pero desde entonces todo había ido cuesta abajo. ¿De verdad pensó que podría agitar una varita y expulsar a Odiseo de su cabeza? ¿Que podía olvidar tan fácilmente a un hombre como él? Catorce días en su nueva vida y el vacío en el pecho, lejos de disminuir, parecía crecer con cada amanecer. Pero el tiempo lo cura todo, ¿no?

Se irguió y se apretó las lumbares con los nudillos, dándose un breve masaje, aliviada de que el turno largo estuviera a punto de terminar y poder, por fin, poner los pies en alto. Trabajar de limpiadora en la residencia de ancianos era físicamente más duro que cualquier cosa que hubiera hecho en la casa de los Contarini, pero muchísimo más gratificante. Y, por supuesto, podía ver a su abuela siempre que quisiera.

–¿Grace?

Se giró y vio a la encargada de guardia, que le sonreía. Aquella mujer amable, de mediana edad, había insistido en darle trabajo el mismo día que Grace apareció allí, una mañana lluviosa, sintiéndose como un extraterrestre recién llegado a un mundo extraño. Le

ofreció un puesto como limpiadora y, de paso, le consiguió también un pequeño cuartito para vivir. Había sido tan dulce en aquel momento, cuando Grace hacía esfuerzos desesperados por no romper a llorar, que esa chispa de bondad le pareció la única luz al final de un túnel interminable y oscuro.

–Sí, señora MacCormack. –Escurría la fregona mientras se enderezaba–. ¿Todo en orden?

–Desde luego. Lo has dejado todo muy limpio. –De repente se le borró la sonrisa y añadió–: Tienes visita.

En lugar de sorprenderse y preguntar quién era, lo supo de inmediato, porque no podía ser otra persona. Ninguna amiga de Venecia aparecería de improviso sin avisar, y en Inglaterra aún no había tenido tiempo –ni ganas, para ser sincera– de hacer nuevas amistades. Y aunque no había pasado un solo día sin fantasear con que él fuera a buscarla, se sentía aterrada. Seguramente se trataba de algo relacionado con el divorcio; ¿qué otro motivo tendría para ir hasta allí? Tal vez sus abogados habían encontrado algún resquicio en el acuerdo prenupcial y quería informarla personalmente de que no sería tan generoso como había prometido.

–¿Qué le ha dicho? –Grace miró el reloj–. Termino en media hora.

–Guarda el cubo, hija, puedes salir antes. Está en el vestíbulo y no tiene pinta de ser de los que están acostumbrados a que los hagan esperar. –La mujer dudó unos segundos–. ¿O prefieres que le diga que se vaya?

«Sí», pensó Grace. «Mándalo lo más lejos posible, así no tendré que mirarle a la cara ni sentir cómo se me rompe el corazón otra vez».

Pero no era una cobarde y, además, algo le decía que, si Odiseo Diamides quería verla, nada se interpondría hasta lograrlo.

Sintió un escalofrío.

¿Por qué demonios iba a ponérselo fácil?

–Trabajaré hasta que acabe el turno –dijo con tozudez, y la mujer mayor le dedicó un asentimiento de aprobación–. Dígale que tendrá que esperar.

Al final, tardó aún más de lo previsto: enjuagó la fregona con esmero extra y ni siquiera se molestó en cambiarse el uniforme de

poliéster. Con el pelo recogido de manera impecable, se miró al espejo y se preguntó si no se estaría disparando en el pie presentándose así vestida ante él.

Pero ¿qué creía que iba a pasar? ¿Que si se soltaba el pelo y se daba brillo en los labios, Odiseo caería desmayado a sus pies y le diría que no podía vivir sin ella? Soltó una risa agria mientras se dirigía a la entrada. No. Ya había tenido bastante de expectativas irreales.

Sin embargo, el estruendo de su corazón fue ensordecedor cuando cruzó el recibidor y lo vio allí, esperándola. Instintivamente buscó en su rostro algún indicio de decepción al verla con aquel atuendo, pero no encontró nada de eso. En cambio, sus ojos zafiro brillaron con un destello repentino, como si alguien hubiera encendido una luz dentro de ellos. Al acercarse, notó las sombras oscuras bajo sus pestañas espesas y que su cabello había crecido apenas lo suficiente para empezar a rizarse sobre el cuello de su camisa de seda. Y fue un esfuerzo casi demencial reprimir el impulso de correr hacia él y preguntarle si estaba bien.

–Odiseo –lo saludó ella, con un gesto cortés–. ¿No se suponía que debías estar en Tuloranka?

–Le he dicho al rey que ya no estaba disponible.

–¿Que le has dicho… qué?

–Que enviaría a uno de mis asociados a hacer el trabajo, pero que no podía comprometerme a quedarme en su país indefinidamente.

–Dios mío. ¿Y cómo se lo ha tomado?

Odiseo se encogió de hombros.

–No estaba precisamente encantado, pero no he venido a hablar del rey Kaliman, Grace.

–Claro que no… –contestó ella en voz baja, intentando no pensar en lo que implicaba un gesto tan poco propio de su marido adicto al trabajo–. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

–He hecho algunas averiguaciones.

–¡Me has espiado! –Le lanzó una mirada acusadora–. ¿Por qué no me avisaste de que venías?

–Porque pensé que te ausentarías.

–Ya.

–¿Lo habrías hecho? –preguntó él, mirándola fijamente.

Grace se encogió de hombros, hasta que se obligó a ser franca. Podría haber sido muy insensata con Odiseo Diamides, pero siempre fue honesta, y no iba a cambiar ahora.

–No.

Él asintió, como guardándose esa pequeña concesión, y tomó aire.

–¿Podemos hablar en algún lugar más privado?

En ese mismo instante, Grace vio a una de las residentes pasar con su andador y detenerse a contemplar a Odiseo embelesada. Ese era el efecto que tenía en las mujeres. Incluso en señoras de noventa.

Grace barajó alternativas. Podía llevarlo a la cafetería del pueblo, pero seguía lloviendo a mares y ni loca iba a poner un pie en su limusina. Tenía que ser en su terreno.

–Está bien. Sígueme.

Odiseo obedeció, apenas consciente de la sucesión de pasillos iluminados y sillones con reposapiés; su atención estaba volcada en la mujer menuda que marchaba delante, con la cabeza alta. Aunque llevaba el cabello recogido y un uniforme holgado que poco hacía por resaltar su figura menuda, había en ella una energía casi magnética que lo tenía en vilo de manera inexplicable.

Caminaron en silencio hasta un pasillo algo lúgubre, donde una hilera de puertas idénticas se extendía a lo largo. Ella sacó un llavero del bolsillo de su uniforme y, al buscar la llave correcta, él no pudo evitar fijarse en que le temblaba la mano.

–Pasa –le ordenó tajante.

La habitación era minúscula. Mientras ella cerraba, Odiseo echó un vistazo: hacía mucho que no estaba en un sitio así. Había una cama individual y una pequeña mesilla con una foto de dos mujeres y una niña. Un lavamanos ocupaba una esquina y, encima del armario, su maleta. Parecía una celda.

Y aquello era lo que Grace había elegido antes que una vida con él.

Se giró; ella lo observaba con atención, el rostro completamente inescrutable. No lo increpaba, ni le exigía explicaciones, ni le

preguntaba por qué había aparecido allí, a mitad del día y sin previo aviso, como habría hecho cualquier otra persona en su lugar.

Pero Grace no era como cualquier otra persona.

¿No era precisamente por eso por lo que estaba allí?

–Supongo que te preguntas por qué he venido.

–La verdad es que sí, se me ha pasado por la cabeza… –respondió ella con tono irónico.

Odiseo frunció el ceño. No quería bromas, quería que ella lo incitara. Que le arrancara las respuestas, como quien hace palanca para abrir una ostra. Que ella pidiera y él diera, para seguir al mando. Pero ella guardó silencio.

Soltó un suspiro áspero al comprender que no se lo pondría fácil. ¿Y por qué iba a hacerlo?

–Te echo de menos –confesó él.

Ella asintió.

–Eso se parece a lo que dijiste antes de la boda, cuando dejaste muy claro exactamente qué era lo que echabas de menos. Pero esta vez no vamos a tener sexo, por mucho que nos apetezca. Solo complicaría las cosas.

Tenía razón. Lo sabía. Estaba de acuerdo, pero esperaba que ella cediera al instante, como le había ocurrido toda la vida con las mujeres. En su rostro no había ni un atisbo de pasión; solo una ligera curiosidad brillaba en sus ojos ámbar. Y esa calma, tan imperturbable, le dejó claro que, si quería obtener lo que había ido a buscar, ella no aceptaría nada menos que una confesión brutal y honesta de sus sentimientos.

Sus sentimientos.

Una punzada de miedo lo detuvo. Toda su vida había insistido en negarlos, en convencerse de que no existían, y, en cierto modo, le había funcionado. Había podido enfocar toda su energía en su carrera, escapar de la miseria sórdida de su infancia y construir una vida sólida. Pero ahora, en ese preciso instante, entendió que aquella fría reserva ya no le servía. Si realmente la quería, tendría que estar dispuesto a enfrentarse al dolor, al daño y a la confusión que había reprimido durante tanto tiempo.

Y la quería como no había querido en su vida.

–Aquella noche en Venecia me hechizaste. Exactamente eso. Me dejaste fascinado. Nunca había sentido nada igual y, desde luego, nunca había tenido un lío de una noche. –Negó con la cabeza–. Fue increíble y, a la mañana siguiente, pensé en cómo localizarte, pero decidí no hacerlo porque…

–¿Porque…? –lo animó a seguir ella, sorprendida por sus palabras.

–Porque tengo un largo historial rompiendo corazones y no quería que mi dulce amante virgen engrosara esa lista –confesó–. Y luego, cuando fui a ver a Vincenzo… allí estabas. Vestida de gris, con la mirada baja, como si te hubiera invocado.

–Entonces, ¿fue casualidad que nos volviéramos a ver?

–O el destino –replicó él alzando el tono–. ¿No crees en el destino, Grace?

–No lo sé… Y me sorprende que tú sí, con lo cínico que eres.

–A mí también me sorprende –admitió él con un suspiro áspero–. He estado dándole vueltas a lo que me echaste en cara en Kosmima y a si era cierto. Sí, te saqué del empleo de mi abuelo, pero no por venganza. –Negó con la cabeza y la miró con intensidad–. ¿De verdad crees que te habría pedido matrimonio, con todo lo que implica y las posibles consecuencias, solo por el placer de fastidiar a un viejo amargado al que no iba a ver jamás? Por encima de todo, nunca le concedería tanto poder sobre mi vida. Hubo otra cosa que me decidió.

–¿Cuál? –preguntó ella, temiendo la respuesta.

–Que trabajas allí por mantener a tu abuela. Sacrificando tu juventud y energía en un puesto de trabajo horrible porque sentías que era tu responsabilidad. Nunca había conocido a una mujer dispuesta a anteponer las necesidades de otro a las propias. Me hizo ver lo dulce y buena que eres. Pero me convenía centrarme en nuestra química extraordinaria y convencerme de que se apagaría sola. No fue así.

Cruzó la habitación y levantó la foto de la mesilla. Tres generaciones: abuela, madre e hija. Las dos mujeres tenían el mismo color de pelo que Grace, y la niña en medio era, evidentemente, Grace. Veía a la adulta en la pequeña: el brillo travieso ya en los ojos, la ternura dulce de los bracitos que se

aferraban a la madre y a la abuela. Reían las tres, y una punzada breve le atravesó el pecho al admitir algo que nunca había conocido, algo que nunca pensó desear. Y ahora sí. Si ella lo aceptaba. Porque Odiseo entendió que lo que quería no podía dárselo nadie más que Grace.

Dejó la foto.

–Cuando viniste a la isla, vislumbré otra vida posible contigo. Y me dio miedo. –Rio con nerviosismo–. A mí, que siempre me he creído un hombre intrépido. Recordé el caos de emociones de mi infancia. La miseria de las aventuras de mi padre. Peor aún, el dolor de la ausencia que siempre me acompañó, porque me faltaba una madre a la que nunca conocí. No quise la posibilidad de sentir ese dolor y esa confusión otra vez, así que te aparté, pensando que, si dejábamos el matrimonio en lo superficial, sería suficiente. No lo fue. Para ti, desde luego, y al final, para mí tampoco. Te he echado tanto de menos, Grace. Te has tejido en mi vida como un hilo de oro que la hace brillar. No imagino vivir sin ti y esa es la verdad. Me he dado cuenta de que no quiero el matrimonio vacío que te ofrecí –añadió con la voz ronca–. Quiero el de verdad. El único que funciona y que se funda en una sola cosa.

Tragó y aspiró hondo, con el aliento entrecortado.

–No espero que me creas –empezó, despacio, y ya no pudo mantener la compostura, se le quebraron las palabras–: Pero te quiero, Grace. Nunca se lo había dicho a nadie, y te lo digo ahora de corazón.

Por un momento, Grace no se movió, atrapada entre la irrealidad del momento y la verdad aplastante. ¿Era un sueño? Odiseo, con los ojos llenos de anhelo y súplica, parecía entregarle su mundo. Era abrumador, pero no podía dudar. Había hablado con amor y valor, y su propio corazón se abrió en respuesta. No dejaría que él ignorara lo importante que era para ella.

–Yo también te quiero, mi querido Odiseo –susurró–. Intenté con todas mis fuerzas no enamorarme, porque era lo que tú querías…

–Lo que creía querer –la interrumpió él.

Ella sonrió.

–Pero, por más que intentaste apartarme, no pude evitarlo. Porque yo también sentí la química –confesó–. Éramos dos desconocidos con máscaras, pero, al quitárnoslas, los sentimientos seguían ahí. Quizá fue el destino aquella noche, pero ahora lo veo como nuestra suerte. –Hizo una pausa–. La de amarnos, cuidarnos y estar juntos.

–¿Para siempre? –preguntó con la voz quebrada.

–Oh, sí, amor. Mil veces sí.

El sonido que él emitió pudo tener un matiz triunfal, pero a Grace no le importó. Solo quería perderse en sus brazos, y así lo hizo cuando él la alzó por las caderas, suspendiéndola en el aire como aquella noche en el baile enmascarado de Venecia. Al bajarla, la besó. La besó hasta que a ella le faltó el aliento. Luego deslizó la cremallera de su uniforme y deshizo su moño tirante. Se despojó de su ropa elegante sin cuidado, dejándola caer al suelo, hasta que ambos quedaron desnudos en la modesta cama. Su erección presionó contra los muslos de Grace, pero, de pronto, un gesto de preocupación apareció en su rostro.

–¿Qué pasa? –preguntó ella alarmada.

–He dejado el maldito preservativo en el pantalón del traje.

–¿Y qué? A mí no me importa, si a ti tampoco.

Entonces, él se hundió en ella sin decir nada, y Grace nunca había sentido nada tan hermoso. ¿Era por hacerlo sin preservativo por primera vez y por lo que eso significaba, ese deseo tácito de tener un bebé, que lo hacía tan increíble? ¿O por la libertad, por fin, de decirse que se amaban?

No lo sabía. Solo supo que, después, cuando volvieron a pisar la tierra y él terminó de besarla, la apretó contra sí.

–¿Sabes qué me gustaría hacer dentro de un rato? –preguntó él tras un bostezo.

–¿Colgar tu traje en una percha para que no se arrugue? No vaya a ser que luego te confundan con un mendigo.

Él sonrió.

–Ir a ver a tu abuela para decirle que te quiero y que pienso pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Estuvo a punto de decir que, aunque la idea era conmovedora, su abuela ya no reconocía a nadie ni lo comprendería. Pero recordó que el oído era lo último en apagarse y que los milagros eran posibles.

Lo abrazó más fuerte.

¿No acababa de vivir uno con su confesión?

–Hagámoslo –dijo emocionada.

Epílogo

Crees que lo tenemos todo?

Odiseo sonrió dulcemente mientras contemplaba a su esposa. Grace estaba de pie contra la balaustrada de la azotea, envuelta en la cálida luz del atardecer. El cabello le llegaba hasta la cintura, y su figura menuda destacaba en un diminuto *short* y una camiseta rosa que le quedaba como un guante.

–Está todo perfecto –la tranquilizó–. Incluida tú.

Ella sonrió.

–Para –susurró.

–Si no hago nada.

–Sí que haces. Me miras como…

–¿Como qué? –preguntó él, haciéndose el inocente.

–Como si quisieras comerme.

–Eso no puedo negarlo. –Caminó hacia ella–. Devorarte es una de mis aficiones favoritas.

Grace se sonrojó cuando él la atrajo hacia su cuerpo.

–La mía también –admitió ella, poniéndose de puntillas para rozarle la mandíbula con los labios–. A pesar de los intentos de dos niñitos por separarnos.

El orgullo lo invadió de inmediato: el amor por sus hijos gemelos, Apolo y Axis, era inmenso, un sentimiento que lo llenaba por completo.

–Bendita sea la ayuda –respondió Odiseo, aunque sus palabras no reflejaban toda la verdad.

Sí, contaban con apoyo para lidiar con los pequeños tornados que eran sus hijos, pero, para sorpresa de todos –y especialmente de él mismo–, se había convertido en un padre plenamente comprometido. Pasaba tiempo con los niños, pero también hacía

todo lo posible por dedicarle atención a su mujer. Había aprendido a delegar mucho más, y su reputación de adicto al trabajo había sufrido un golpe considerable.

–¿Y si bebemos un poco de champán y nos vamos a la cama? –sugirió él–. Mañana nos espera un día movidito.

–Paso del champán. Abrázame un rato, ¿quieres?

–Será un placer, *angele mou*.

Grace se acurrucó aún más, dejándose envolver por el abrazo firme de Odiseo, mientras se permitía disfrutar de esa alegría sencilla que siempre encontraba en su cercanía. A veces se preguntaba qué había hecho para merecer tanta felicidad, pero jamás la daba por sentada. Jamás.

Habían pasado dos años desde que dio a luz a los gemelos y, cuando tenían apenas seis semanas, los tres habían viajado juntos a Inglaterra para despedir a su amada abuela. ¿Había percibido la anciana la nueva vida y la continuidad de su linaje? A Grace le gustaba pensar que sí. Especialmente porque Axis, con su llanto estruendoso, había hecho notar su presencia de forma inconfundible, tanto que la abuela llegó a preguntar si el bebé tenía cólicos. Y sí, los tenía.

De vuelta a Kosmima, Grace descubrió que la vida insular, lejos de aislarla, la llenaba de satisfacción. Por supuesto, a veces Odiseo se preocupaba por si el aislamiento pudiera afectarla, pero ella adoraba la isla. Gracias a su formación en lenguas, ya hablaba griego con fluidez. Estaba involucrada en la comunidad: formaba parte de la junta del pequeño hospital y de la escuela local, donde impartía dos clases semanales de inglés. Sabía que, con el tiempo, las cosas cambiarían a medida que los niños crecieran, pero preferían abordar esos desafíos cuando llegaran.

Incluso Gouri, la gata blanca y negra, terminó aceptándola. Ahora se le subía al regazo siempre que Grace bajaba la guardia y había asumido el rol de guardiana feroz de los gemelos. Aunque, curiosamente, era Odiseo quien lograba arrancarle los ronroneos más profundos. Evangelia, con su habitual perspicacia, había sugerido que, en realidad, la gata sentía celos de Grace.

Grace, por su parte, había animado a Odiseo a retomar el contacto con sus amistades repartidas por el mundo, algo que él había descuidado con los años. Gracias a eso, ahora organizaban fines de semana en la villa para los amigos, lo que llenaba la casa de risas y vida. Y, como si fuera ya una tradición, al día siguiente siempre llegaban Kirsty y Sophia, trayendo consigo aún más alegría.

–¿Grace?

La voz grave de su marido la sacó del ensueño; ella alzó la vista, feliz.

–*Neh, zoi mou?*

–¿Por qué no quieres champán?

–¿Bebo tanto que ahora te parece raro que no lo haga?

–No. Pero suele gustarnos a los dos beber una copa o dos los sábados.

Se había guardado el momento desde que lo supo aquella tarde, abrazándolo como el secreto más delicioso y buscando cuándo soltarlo. Pero él lo había adivinado. Lo vio en la luz de sus ojos zafiro. En la sonrisa pura en los labios. «Me conoce tan bien», pensó, dichosa.

–Sí, estoy embarazada –confesó Grace con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Odiseo no respondió de inmediato. Cuando finalmente habló, sus palabras llegaron cargadas de orgullo y una emoción profunda, casi indescriptible.

–*Kardía mou*… Mi corazón. Mi único y verdadero amor.

Y entonces la alzó en el aire con la misma facilidad con la que lo había hecho aquella noche de febrero, en Venecia, cuando unos ojos brillantes tras una máscara habían logrado lo imposible: derretir el hielo que rodeaba su corazón.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

